

ISABELLA MARÍN

*Te elijo
a ti*



Te elijo a ti
Isabella Marín

© Isabella Marín, septiembre 2019

Diseño de la portada: Adyma Design

Primera edición: septiembre 2019

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

[Otra vez en el mismo cruce de caminos](#)
[Si vuelves la mirada atrás, estás perdida](#)
[Un entierro algo escandaloso](#)
[Cuando Connor conoció a Ophelia](#)
[El día en el que volaron sombreros y pamelas](#)
[Profundo, oscuro azul](#)
[El hombre que asesinó su corazón](#)
[La novia demente de Hamlet](#)
[Viejos roces](#)
[¿Podrías ser tú?](#)
[¿Te hundirás conmigo?](#)
[El inquebrantable vínculo de dos hermanos](#)
[Un oasis de soledad](#)
[Caperucita, cuidado con Connor](#)
[Caos, siempre el maldito caos](#)
[El chico que tocaba la guitarra. Y las narices...](#)
[Legado familiar](#)
[Sigue doliendo como el Infierno](#)
[Merodeando en la oscuridad](#)
[Cuando Connor conoció a Ophelia... ¿otra vez?](#)
[Una tiendecita con encanto](#)
[Nunca puedes fallar con el azabache](#)
[La chica que vivía en el pasado](#)
[Mantente alejada de los conciertos de rock](#)
[Una familia algo... peculiar](#)
[Enamoradizo, casado y lleno de dudas](#)
[No somos los Rolling Stones](#)
[El universo giraba en torno a... ¿ella?](#)
[Culpabilidad. Maldita, maldita culpabilidad...](#)
[Un perfecto caballero](#)
[La santa Ophelia Rosetti](#)
[Los padres de ella](#)
[Rememorando viejos tiempos](#)
[El hijo de John](#)
[El Universo se hunde por culpa de Connor](#)
[Bella y Bestia](#)
[Ophelia, ¿qué me estás haciendo?](#)
[El aborrecible sonido de las olas rompiendo](#)
[Nada que decirse](#)
[Zach y Lara, los comienzos](#)
[Es complicado](#)
[Despiértame por dentro](#)

[Todo acaba en pedazos](#)
[Locamente enamorado](#)
[Dos hermanas peleonas](#)
[Demasiado jerez](#)
[Tregua](#)
[La princesa y el guisante](#)
[La mayor mentira de todas](#)
[Elucidando el misterio](#)
[Entre líneas](#)
[Pequeños desafíos](#)
[El último deseo de Eleonor](#)
[Siempre supe que sería él](#)
[Cita con el pasado](#)
[Epílogo](#)

Otra vez en el mismo cruce de caminos

El presente de Ophelia

—Cómo pega el sol, ¿eh?

Mis ojos dejan de errar por el cielo lechoso y bajo la mirada hacia el hombre que está agachado junto a la rueda trasera de mi coche. Suspiro derrotada cuando constato que todavía le falta un buen rato para acabar.

—Sí, achicharra —coincido secamente al ver que me mira con las cejas en alto, a la espera de que le dé conversación.

Si en vez de distraerse con tonterías hubiese apretado esas tuercas como Dios manda, ya habríamos acabado hace un rato.

No puedo evitar sentir cierta oleada de irritación y tengo que esforzarme para que no se me note. Parece que hoy nada está saliendo como debería. No es el mejor día de mi vida.

—Va a haber tormenta —predice, para nada impaciente por acabar el trabajo—. Ya lo verá. Los nubarrones siempre vienen de la nada por estos lares. ¿Es su primera vez en Virginia?

—No.

Es obvio que espera a que le dé más detalles, pero no estoy de humor para eso. Solo quiero que me cambie la rueda pinchada, para que pueda salir pitando de aquí cuanto antes. Tengo sitios a los que ir y gente a la que *no* ver.

—Va a Marion, ¿verdad? Esta carretera solo lleva a Marion.

Que una carretera solo lleve a un pequeño rincón del mundo es un poco deprimente, la verdad.

Y, sin embargo, Marion es un sitio tan encantador... Huele a bosque y a las endorfinas del primer amor, a fresas silvestres y a besos robados, a sabiduría y a lágrimas a medio secar; huele a gotas de lluvia y caricias que te consumen en el silencio de la noche, culpables, febriles y tan ansiadas que incluso duelen.

Tantos recuerdos, tantos sentimientos embotellados y guardados durante años y años.

Ha pasado mucho tiempo desde *aquello*. Doce años sin volver a Marion. Casi una vida.

Miro a mi alrededor con ojos ansiosos y los nervios se descontrolan en mi estómago. No me gusta tener que volver, y detesto las circunstancias que han propiciado mi retorno.

A pesar de todo, de la inquietud y del nerviosismo, del dolor y de la amargura de las lágrimas que intento reprimir, hoy más que nunca siento la vida correr por mis venas, cada vez más rápida, más burbujeante, como si esta naturaleza paradisiaca me hubiese devuelto el soplo de aire que me

robó cuando me marché corriendo con la intención de no volver jamás.

Cierro los ojos por un segundo y todo regresa como un búmeran, porque en realidad nunca se marchó del todo. Tan solo estaba enterrado bajo una colosal capa de polvo que yo he apartado sin tan siquiera darme cuenta. Volviendo a Marion he conseguido que el olvido dé un paso atrás, y ahora mi corazón vuelve a bombear la sangre deprisa, abrumado por lo vivos que permanecen aún mis recuerdos. ¿Es posible que, después de tantos años, aún recuerde el sabor de esos besos, y el fuego de esas caricias? ¡Jesús! Aún quema por dentro.

Pero no, no voy a pensar en eso. Debo apartarlo de mi mente. Hoy no es un buen día para pensar en los viejos tiempos.

—Sí, voy a Marion —confirmo tras toda una eternidad, y en esa sencilla afirmación se percibe un pequeño ápice de derrota que no he conseguido reprimir a tiempo.

Me obligo a respirar. La intranquilidad es cada vez más fuerte. Para disimularla, me apoyo contra la puerta del conductor y cruzo los brazos sobre el pecho. De todos modos, no sabría qué otra cosa hacer con las manos. Me siento rara. Algo está vibrando dentro de mí y no sé qué hacer para detenerlo.

Noto la garganta seca. Por enésima vez, compruebo el reloj. Maldita sea. Voy a llegar tarde. Ya no cabe duda.

—¿Tiene familia ahí?

Resoplo con fuerza y, aunque sé que solo pretende ser amable, me empeño en decirme que me molestan tantas preguntas, que mi irritación está justificada. Ni que fuera esto el tercer grado, joder.

Pero incluso mientras lo pienso, en el fondo, muy en el fondo de mi corazón, sé que lo hago para evitar lo otro, lo que no me atrevo a nombrar.

—*Tenía* —subrayo con una voz hosca que espero que le deje claro que no estoy de humor para charlas.

—¿De veras? Conozco a todo el mundo de Marion, ¿sabe?

—Apuesto a que sí —bisbiseo con los ojos clavados en las copas de los árboles. Necesito enfocar algo, algo ahí arriba, para que las lágrimas no empiecen a derramarse.

—¿Cómo se llaman sus familiares?

—Rosetti. Eleonor Rosetti —contesto sin que ninguna especie de emoción se filtre a través de mis palabras.

La llave deja de girar de golpe, un crujido brusco que deja paso a un ominoso silencio.

Despacio, el rostro curtido de sol se eleva hacia el mío. Sus ojos marrones me miden con cautela, como si intentaran leer algo en mi expresión. En su lugar, no me tomaría tantas molestias. Lo único que queda es un conjunto de rasgos duros, inflexibles. Delicados rasgos que no desvelan nada. Sé que si vuelvo la mirada atrás estoy perdida, y me esfuerzo por mirar de frente, siempre

de frente, no hacia el pasado sino hacia el futuro. Siempre, siempre, mirando al futuro. No dejo de repetírmelo. Si vuelves la mirada atrás, estás perdida.

—Oh.

—Sí.

Pensaba que mi vestido negro le había dado alguna pista al respecto.

—Me daré prisa, entonces.

Le invito a ello con una sonrisa relámpago.

—Eso estaría muy, pero que muy bien.

Cumple con su palabra, y al cabo de un par de minutos mi Mercedes CLK ya está listo para trazar las curvas de la estrecha carretera que solo lleva a un sitio: Marion, en pleno corazón de Virginia.

—Bueno, pues ya está —anuncia el mecánico al tiempo que se yergue y se limpia las manos en un trapo que guarda en el bolsillo trasero de su peto azul manchado de aceite de motor—. ¿Seguro que no quiere que le arregle el pinchazo? Podría pasarse mañana a por la rueda.

—No. Ya lo arreglaré más adelante.

—Comprendo. No es un buen momento, ¿eh?

—No, no lo es. Aquí tiene. —Le alargo el dinero pactado y recupero mis llaves—. Gracias por todo. —Hago el esfuerzo de componer una sonrisa escueta.

—Para eso estamos.

Mis ojos se mueven de prisa hacia la derecha, como diciéndole que vaya hacia ahí para que pueda mover el coche. No es por meter prisa, pero llego tarde. Horriblemente tarde.

El hombre me observa unos segundos más y noto que le gustaría decirme algo, brindarme alguna especie de consuelo. Tiene unos cincuenta y muchos años. Quizá sesenta. Lleva aquí toda la vida, en este polvoriento cruce de caminos. Sé que no se acuerda de mí. Yo a él sí le recuerdo. Era el jefe de Connor Davis. Una vez averié mi propio coche solo para que Connor pudiera arreglármelo. Pasó justo aquí. En este mismo rincón olvidado de la mano de Dios. Parece mentira que haya sido hace tanto tiempo, porque nada ha cambiado desde entonces. Incluso el muñequito oxidado sigue en el mismo lugar, saludando con la mano a los recién llegados. Resulta bastante irónico haber pinchado la rueda precisamente en este cruce. Si no lo supiera a ciencia cierta, diría que lo he hecho aposta, solo para volver a ver a Connor.

Claro que yo no he tenido nada que ver. Habrá sido el destino, la mala suerte o...

—Eleonor Rosetti —escuchar el nombre de la abuela me arranca de mis pensamientos. Levanto la mirada de golpe y observo al señor Jones a través de las lentes oscuras que velan mi mirada—. Era una gran mujer. Le acompaño en el sentimiento.

Pinceladas de tristeza hacen temblar mi sonrisa.

—Se lo agradezco.

Aunque me resisto, el dolor empieza a apretar contra mis costillas. «*Si miras atrás, estás perdida*».

Él asiente apenado y se aparta para que pueda seguir mi camino.

«*Si miras hacia el pasado, estás perdida*».

Me monto en el coche sin alargar más la despedida, arranco el motor y salgo en medio de una nube de polvo.

Por el retrovisor veo al señor Jones despedirse con la mano, al igual que el muñeco oxidado que hay junto a la puerta. Arrastro furiosa la lágrima que asoma por debajo de mis gafas de sol y piso el acelerador con fuerza. Es agradable conducir. La sensación de tener el control sobre algo me aporta cierta tranquilidad.

La carretera serpentea entre las colinas. Los árboles se inclinan a ambos lados, como si quisieran rodearme en un abrazo. Quizá se hayan percatado de lo desesperadamente que necesito que alguien me consuele.

Conforme pasan los kilómetros, el paisaje se vuelve cada vez más espectacular. Está todo tan verde y tan lleno de vida. Y, sin embargo, Eleonor...

—No lo digas —me exijo gruñendo—. No se te ocurra decirlo.

Bajo los párpados por un segundo y aprieto la mandíbula con fuerza para expulsar ese pensamiento de mi cabeza.

«*No, no vas a llorar. Ella no lo aprobaría. Siempre te decía que tus ojos eran demasiado bonitos para verter lágrimas; que solo podías usarlos para engatusar a los demás. Eres la única de toda la familia que ha heredado sus ojos. Verdes. Profundos. Tan vivos. ¿Recuerdas cómo eran sus ojos? Pues mírate en el espejo*».

Mis ojos buscan el retrovisor. Me fijo en las lágrimas que nublan mi mirada e intento sonreír para desafiarlas. Tengo que sonreírle a Eleonor, donde quiera que esté. Sé que ella odiaría verme triste ahora. Me diría: *la muerte no es gran cosa, niña. Todos nos enfrentamos a ella al menos una vez. Así que a ver esa sonrisa tuya tan bonita.*

Sí, voy a sonreír por Eleonor, y voy a recordar lo que tuve, no lo que perdí.

La carretera se vuelve más estrecha, empinada, medio oculta entre las colinas. El mundo se divide ahora entre luces y sombras, y tengo la impresión de que las sombras me resultan mucho más atractivas. Es como si estuvieran llamándome. *Ven, Ophelia. Descansa tus huesos en este lugar.* Puede que haya algo dañado en mí.

Clavo la vista en las líneas amarillas que enmarcan las curvas y siento como, poco a poco, los densos bosques de Marion empiezan a adquirir contorno y vida, imponentes, llenos de sombras y susurros. No puedo evitar sentir un tirón en el estómago y el fino roce de un sentimiento que va más allá de mi comprensión. Quizá solo sea un escalofrío. ¿O son mis raíces, que me reclaman de vuelta? Todos mis antepasados están aquí. Es como volver a una casa que, si bien nunca fue mía,

siempre me ha estado esperando, acechando, preparándose para mi regreso, con un despliegue de ropas de luto y un colgante de lágrimas a medio derramar. Me siento como si hubiese regresado a una prisión que empieza a cerrar sus puertas a mis espaldas, pesadas puertas de acero, oxidadas por el correr de los siglos. Este lugar lleva toda una vida esperándome, y ahora soy toda suya.

Marion... Hogar dulce hogar. Eso diría Eleonor. Pero Eleonor ya no está aquí, ¿verdad?

Cuadro los hombros en el asiento, elevo el volumen de la radio con mano trémula y me pongo a pensar en aquel trimestre que me quedé con ella en el pueblo. Me siento afortunada de haber tenido esa oportunidad. Ahora la he perdido, pero el recuerdo de los momentos que pasé a su lado siempre permanecerá vivo dentro de mi corazón.

Si vuelves la mirada atrás, estás perdida

Ophelia, doce años atrás

Primer día de clase. Bienvenido último curso. Diez meses de exilio voluntario en este pueblo en mitad de la nada y después se habrá acabado todo, pondré punto final a toda una era. Iré a la universidad, en algún lugar apartado de lo que una vez formaba mi vida. Nueva ciudad, nuevos horizontes. ¿Importa siquiera? Supongo que no. Nada volverá a ser igual. Por mucho que me aleje, siempre habrá algo quedándose atrás.

Mis amigos, mi vida, todo ha seguido adelante sin mí, lejos, en la soleada California, donde el mundo no parece un lugar tan terrible porque el sol siempre brilla con fuerza y el perezoso mar humedece la arena blanca con templadas olas de color turquesa; California, que a mí, personalmente, siempre me ha parecido arrancada de una postal divina. Tanta belleza no podía ser verídica. Y, sin embargo, lo era.

Hay días en los que aún evoco lo que sentía años atrás cada vez que contemplaba absorta esa estampa paradisíaca que se desplegaba ante mi ventana, la bahía, con las blancas embarcaciones meciéndose al son de la brisa, la marea de turistas que venían de todos los rincones del mundo para conocer nuestras espectaculares aguas, el sonido de las olas que se fundían con la tierra...

Eso era estar en paz con el mundo, interminables atardeceres en la playa, la calidez de la arena bajo mis pies, el murmullo del océano... Para mí, escuchar el mar durante horas y horas era sinónimo a estar en casa.

Ahora, a más de dos mil quinientas millas de distancia de ahí, el aborrecible sonido de las olas rompientes se ha apagado por completo.

—*Toto, me parece que ya no estamos en Kansas* —me digo a mí misma, y la impasibilidad de mi rostro se funde en una sonrisa triste, medio irónica.

Estoy de pie delante del macilento cristal de un antiguo tocador y no hago más que mirarme. Llevo veinte minutos mirándome, buscando incesantemente algo que ya no consigo encontrar. Es como si no pudiera reconocer a esta chica; como si fuera incapaz de ver el reflejo de este presente. El aquí y ahora no existe para mí. Se ha difuminado y, en su lugar, aparece el pasado, una y otra vez, la chica que una vez fui, lo que dejé atrás; una imagen eterna y obsesiva de la que no hay forma de escapar, ni siquiera en la otra punta del país.

El espejo no deja lugar a dudas. Los espejos nunca mienten. He cambiado. Una parte de mí ha muerto para siempre. Y solo el espejo lo sabe. A él no puedo engañarle, no puedo mentirle como he hecho con todos los demás.

Él conoce el verdadero motivo por el cual mis padres me han desterrado aquí, para pudrirme en la tormentosa Virginia, lejos de mis amigos, las fiestas en la playa y los cócteles tropicales que bebíamos sin cesar todas las noches en el garrito de Joe. Aquí ya no puedo bailar hasta el amanecer ni contorsionarme alrededor de esas impresionantes hogueras que los universitarios encienden cada noche a orillas del mar.

Aquí no puedo hacer nada salvo morirme.

Pero no me compadeceré por ello. Virginia no está tan mal. Siempre me digo a mí misma que Virginia no es el peor sitio del mundo.

Si la vida te da limones, debes hacer limonada, ¿o no?

Decidida a impedir que la lacerante tristeza de los últimos meses vuelva a abrirse paso a través de mí, cojo aire en los pulmones y, mientras practico una sonrisa exultante, me afano por olvidar toda la carga del pasado. Ahora soy una nueva persona. Más responsable. Más estable. Mayor.

Y puedo ser feliz. *Debo* ser feliz. Seré feliz.

—Puedes hacerlo —le aseguro a la chica que me contempla, muy poco convencida, desde el otro lado del espejo—. Y vas a hacerlo.

Ella hunde los hombros con aire de derrota. Evalúo con fijeza los iris verdes que me devuelven esa antipática mirada que, si bien he puesto todo mi empeño, no he conseguido reavivar desde esta primavera, y me entran ganas de darle un puñetazo al cristal.

—No pongas esa cara —resoplo, irritada conmigo misma por desear rendirme tan pronto—. Puedes ir, fingir una larga sonrisa y decirles que estás encantada de mudarte aquí. Que Marion es un pueblo maravilloso. Te llamas Ophelia. Ophelia Rosetti. Y estás encantada de conocerlos. Tampoco es tan difícil. Ni que fuera tu primera mentira.

Me he convencido a mí misma de que nada malo puede pasar en un sitio tan pequeño como Marion. Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo desde hace cinco generaciones. Será como vivir en el seno de una enorme familia.

—¡Ophelia! —se eleva el grito de Eleonor por el hueco de la escalera—. Baja ahora mismo o no llegamos. ¡No me hagas subir!

O quizá algo malo sí que está a punto de ocurrir en el apacible Marion de Virginia. A la abuela Rosetti no se la puede cabrear. Todo el mundo lo sabe.

—¡Ya voy, abuela!

—Lo mismo dijiste hace siete minutos. Tic tac, Ophelia. Tic tac.

Pongo los ojos en blanco, me recojo la melena pelirroja con una cinta amarilla —me hago una coleta alta que se balancea de un lado al otro cada vez que giro el cuello— y, complacida por el aspecto pretencioso que me devuelve el espejo, agarro la mochila y salgo corriendo por la puerta.

—Encantada de estar aquí. Es un pueblo maravilloso —me mentalizo mientras corro escalera

abajo.

La madera de los escalones cruje de un modo bastante siniestro por debajo de la suela de mis manoleínas color melocotón. Eleanor Rosetti, la madre de mi madre, vive en una vieja mansión colonial, prácticamente engullida por el bosque que se alza como un desorbitado muro, desde el lado izquierdo y dando la vuelta a toda la casa.

Tanto la finca como el bosque colindante pertenecen a mi familia desde siempre. Nuestros antepasados, los primeros colonos de este pueblo, construyeron la vivienda allá por el mil ochocientos cincuenta y tantos, y la conservamos en perfecto estado desde entonces. Es el orgullo de la familia. Ojalá me importara.

—Encantada de estar aquí. Es un pueblo maravilloso.

—¿Qué estás balbuceando?

Niego con la cabeza y le sonrío a Eleanor, que me contempla interrogante desde la cocina. Mantiene la espalda apoyada contra el mueble fregadero y sujeta una descomunal taza de café entre las manos. Sus ojos, tan verdes como las esmeraldas, no desvelan ninguna huella de sueño, señal de que ya lleva bastante tiempo paseándose por la casa, enredando como siempre hace. La abuela Rosetti es un estallido de energía. No me la imagino de otra manera que no sea haciendo cosas. Es muy activa. Hasta el hartazgo.

Tiene el pelo de color violeta y hoy se lo ha recogido en un moño informal. Reparo en los mechones rizados que caen sueltos sobre su todavía firme y atractivo rostro, en sus vaqueros ceñidos, su camiseta roquera y las decenas de pulseras que adornan sus muñecas, y me pregunto cómo es posible que una abuela que vive en un aislado pueblo del oeste de Virginia tenga este aspecto de hippie sesentera. ¿Las abuelitas no deberían ser criaturas entrañables que preparan mermelada y tarta de manzana? A Eleanor no me la imagino yo haciendo nada que pudiera ser definido como *entrañable*.

—Buenos días, abuela —saludo con esa sonrisa que hace meses que intento perfeccionar—. Estoy rememorando la lista de los presidentes. Ya sabes, Washington, Adams, Jefferson, Madison...

—¿Y por qué, si se me permite la osadía de preguntar, estás rememorando la lista de los presidentes en un lunes a primera hora?

Me encojo de hombros con ensayado desdén, cojo una manzana verde del cesto que descansa encima de la pequeña nevera y, tras limpiarla un poco en la camiseta, le doy un buen mordisco. Con la excusa de comer gano unos cuantos segundos para poder confeccionar una respuesta creíble. No me apetece compartir mis temores con ella, ni decirle lo mucho que me sudan las palmas o lo nerviosa que me está poniendo todo esto. Empezar de cero es lo más complicado que he tenido que hacer nunca. ¿Y si no puedo llevarlo a cabo?

—Por si alguien me lo pregunta —contesto por fin, después de tragar—. Ya sabes lo mucho que

me gusta impresionar a la gente con mis vastos conocimientos de historia.

—Nadie te lo preguntará jamás —me tranquiliza Eleonor, que se acerca la taza a los labios y apura el café—. Esto es Marion, niña. Lo único que preocupa a los habitantes de este pueblo es cómo mantener a raya la reciente plaga de mofetas.

Su elevado sarcasmo me hace esgrimir una pequeña sonrisa. La abuela siempre ha sido severa con sus vecinos.

Supongo que por eso apenas tiene amistades en el pueblo. Cuenta con el aprecio y el respeto de todo el mundo, pero, para que quede claro, nadie la invita a las barbacoas dominicales.

—Gracias por el chivatazo. Dios, odiaría no estar a la altura de toda esta gente —me burlo con la boca llena.

Eleonor suspira, me vuelve la espalda y guarda la taza vacía en el lavavajillas.

—Vamos, no te quedes ahí parada. Llegarás tarde en tu primer día. Voy a sacar el coche del garaje mientras desayunas.

—Prefiero ir andando.

Eleonor se vuelve hacia mí para escudriñarme con esa mirada suya que podría significar cualquier cosa.

—¿Andando? ¿Sola? No fue ese el trato, Ophelia. Estás aquí porque...

—Ya sé por qué estoy aquí, abuela —interrumpo, frenándola con las palmas—. No hace falta que me recuerdes el trato cada dos minutos. Lo conozco a la perfección. Accedí a ello.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema —me detengo para tragar— es que tengo dieciocho años. No puedo dejar que me lleves al instituto. A no ser que pretenda que mi reputación esté para siempre hundida, claro.

—Los críos y sus estupideces —rebuzna Eleonor para sí.

—¿Por qué estás tan gruñona hoy? Nada malo puede pasarme en un pueblo de seis mil trescientos cuarenta y siete habitantes, donde el mayor peligro lo supone la creciente plaga de mofetas. Así que relájate. Estaré bien.

Y, para respaldar mis palabras, le muestro mi más convincente sonrisa fingida. Eleonor se cruza de brazos y enarca una ceja morada. Vaya. No parece muy convencida.

—Teníamos seis mil trescientos cuarenta y *nueve* habitantes en el último censo. Esos dos habitantes restantes lo cambian todo. Y hay más peligros en Marion, aparte de las malvadas mofetas.

—Déjame adivinarlo. ¿Plaga de mosquitos? —le propongo sin poder evitar cierto matiz burlón, que le arranca a Eleonor otra mueca de exasperación.

—Las fiestas en el lago, Ophelia. No pienses ni por un segundo que no estoy al tanto de eso. Hace cinco generaciones que...

—Sí, sí, sí. Te has hecho entender. No puedo escabullirme del instituto para ir a

emborracharme al lago. ¿Lo ves? Lo he pillado a la primera. Soy una chica lista. Ahora, con tu permiso, tengo que marcharme. Como bien acabas de señalar, estoy a punto de llegar tarde en mi primer día.

Antes de que le dé tiempo a seguir protestando, me vuelvo sobre los talones y salgo escopetada hacia la puerta.

—Ophelia, no me des la espalda cuando te estoy hablando.

—Yo también te quiero, Eleonor.

—Al menos, ¡desayuna!

Levanto la manzana por encima de la cabeza para que pueda ver que le he dado tres mordiscos.

—Lo estoy haciendo. Las vitaminas son importantes, ¿no? ¡Que tengas un buen día!

—Gracias a ti, eso parece cada vez más difícil de conseguir —grazna disgustada.

Pongo los ojos en blanco y, afortunadamente, la puerta se cierra a mis espaldas. Exhalo una profunda bocanada de aire y mis labios componen una sonrisa de falsa satisfacción. Bien. Puedo hacerlo. No creo que sea tan complicado integrarse en un lugar como este. Seguro que la gente es encantadora en Marion. Por ejemplo, ese chico que se acerca por la acera. Sí, parece todo un encanto. Iré a saludarle.

Un entierro algo escandaloso

El presente de Ophelia

Hace un día espléndido. A Eleonor le encantaría estar aquí sentada, en estas sillas blancas, y contemplar el mullido verdor de los prados y las puntas de los abetos que se mecen en el viento. Solía decir que la brisa del verano la hacía sentir joven y desenfrenada. Aunque los entierros le resultaban deprimentes.

Al suyo ha venido mucha gente. Mucha más de la que yo pensaba. A lo lejos veo a mis padres y a mi hermana. Parecen ajetreados. Iré a ver si puedo echar una mano con algo.

Me acerco a ellos con paso vacilante. Se me hunden los tacones en el césped. Debió de llover anoche. Me cuesta mantener el equilibrio.

—Llegas tarde, Ophelia.

—Hola, mamá. Yo también me alegro de verte. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos? ¿Tres años?

—Haz el favor de ocupar tu asiento. Y lee este folleto de instrucciones. Necesitaremos tu ayuda un poco más adelante.

—A la orden, mi señora.

Mi madre me pone su cara más reprobadora. Vale, no es un buen momento para un toma y daca familiar. Lo pillo.

Mi hermana Kitty se me acerca con una sonrisa triste. Nos abrazamos. La he echado de menos. Qué bien huele esta chica siempre. Abrazar a Kitty es como entrar en una tienda de chuches de fresa y nubes de azúcar.

—¿Cómo estás, Oph? Lo debes de estar pasando fatal. Sé que le tenías mucho cariño a Eleonor.

Suelto un suspiro y disuelvo el abrazo.

—Ya. Bueno. Sobreviviré. Al menos me consuelo con la idea de que no ha sufrido ni un segundo. Se fue a la cama y... no despertó.

Kitty me da un golpecito en el brazo, me dedica una sonrisa compasiva y se va a atender a una pareja de recién llegados. Miro a mi alrededor por si veo a alguien conocido con el que pueda juntarme. No hay nadie. Mi madre se ha esmerado en organizar un funeral por todo lo alto. Sé que Eleonor detestaría toda esta formalidad, lo elegante que va la gente, los cestillos de flores blancas, más propios de una boda que de un entierro. Demasiado pomposo todo. Mi abuela se sentiría insignificante y fuera de lugar.

Pensar en Eleonor como alguien insignificante y fuera de lugar me hace estallar en llanto.

Hundo la cara en un pañuelo y me voy a ocupar mi sitio antes de que me empiecen a fallar las rodillas. Aún no la he visto. No sé dónde la tienen. Aquí abajo, al sol de julio, está claro que no.

Me siento e intento calmarme. Estoy abrumada. Eleonor ya no está. Cuando era pequeña, no tenía relación con ella. Apenas la conocía. Pero ese trimestre que pasé aquí... Oh, lo cambió todo.

Eleonor me comprendía. Era la única que me comprendía de verdad. Era mi mejor amiga.

Y la he perdido.

No dejo de repetírmelo desde hace dos días. Eleonor ya no está. Se han acabado las llamadas en mitad de la noche y llevármela de copas por San Diego; se han acabado sus visitas relámpago y la locura de pintarnos las uñas en mi balcón a las tres de la madrugada mientras le dábamos a la botella de jerez y contábamos viejas historias de miedo. Se acabó. Está todo muerto, descansando en el féretro junto a Eleonor.

—Por favor, si no les importa sentarse. ¿Hola? ¿Os podéis sentar? Estamos a punto de comenzar.

Mi madre se ha convertido ahora en una maestra de ceremonias que da instrucciones a través de un micrófono emplazado delante del altar. Increíble.

Aunque he de admitir que le va mucho más este papel que el de hija desconsolada. Además, la gente la obedece.

De hecho, todo el mundo está sentado cuando arranca la música. A mi madre le encanta la precisión. Es tan distinta a Eleonor, tan rígida, tan formal... Si no lo supiera, diría que nunca se ha soltado el pelo, porque solo hay que verla, la rectitud moral con la que se mueve por la vida, la censura que late en su mirada cuando alguien se comporta de una forma que ella tacha de inapropiada.

¿Y por qué ha tenido que elegir precisamente *Amazing Grace*? La abuela odiaba esta canción. Le hubiese gustado algo menos... deprimente. Esto parece un entierro militar. Solo falta la bandera de los Estados Unidos y que alguien entone el himno nacional.

Gruñendo irritada, me vuelvo en mi asiento y miro cómo se acerca el coche fúnebre. Eleonor está dentro. ¿Por qué no me dejan verla? ¿Por qué no puedo estar un momento a solas con ella? ¿Qué hace toda esta gente aquí? Debería ser algo íntimo, solo para la gente que ella quería. ¿Dónde está esa gente ahora? Me estoy ahogando en un océano de caras desconocidas.

«Respira, *Ophelia*. Respira hondo».

Mi madre ha colocado incluso una alfombra roja, por encima de la cual avanza el féretro, llevado a hombro por ocho hombres vestidos de traje negro, supongo que empleados de la funeraria. El féretro está cerrado. Hay un pequeño cristal, pero no veo a Eleonor desde aquí. Espero poder acercarme más tarde. Hay tantas cosas que aún tengo que decirle...

Nos estamos poniendo todos de pie. Me levanto yo también y miro a Kitty con el ceño fruncido. Mi hermana se encoge de hombros como diciendo *ya conoces a mamá*.

Depositán a Eleonor detrás del altar, sobre una mesa rodeada de jarrones de rosas blancas, y todo el mundo toma asiento. Empieza la ceremonia, con una solemnidad digna de un entierro papal.

Me afano por comprender algo de todo esto, pero es en vano. Ni entiendo la parábola ni me apetece entenderla. Eleonor, si estuviera aquí, pediría la botella de jerez. Casi me la imagino repantigada en la silla, bostezando a más no poder y diciendo: *que me cuelguen si esto no es el mayor coñazo jamás presenciado por un ser humano*. Llevaría escote y vaqueros ajustados al trasero. Muy en la línea de Eleonor.

—Descansa en paz, Eleonor —concluye el sacerdote.

—Descansa en paz —murmuramos los demás.

—Amén.

Y ya está. Se acabó. Ahora se la llevarán y no volveré a verla nunca más. Mi madre pensó que un entierro aséptico y elegante era suficiente para despedir a Eleonor. Tengo ganas de chillar. Tenía que haber llegado antes. A lo mejor podía haber convencido a mi madre para organizar algo más al estilo de la abuela. Esto es un asco. Ochenta años sobre la faz de la tierra y te despiden con una mierda de ceremonia.

—*There is a house in New Orleans. They call the rising sun...*[1]

La voz es tan pura, tan potente, tan vibrante, que el prado es invadido por un desconcierto general. Nos giramos todos en nuestros asientos, intentando identificar el origen la melodía. No tardamos nada en descubrirlo. Hay un chico que se ha puesto de pie en mitad de una fila de sillas y ha empezado a cantar. Sin más.

«¿*Qué demonios?*».

Miro a Kitty con aire interrogante y ella niega desconcertada. No me da tiempo de decir nada. A mi izquierda, otro chico se pone en pie y sigue la letra, con una voz igual de estremecedora:

—*And its been the ruins of many a poor boy. And God I know I'm one.*[2]

Nadie entiende lo que está pasando.

Un momento.

Juraría que conozco a este chico. Está un poco más mayor, claro, pero ¿no es...?

—*My mother was a tailor.*

Giro en redondo y durante unos segundos el mundo se queda atrapado en una bonita estampa que tarda menos de un instante en hacerse añicos cuando Connor Davis avanza hacia mí por la alfombra roja que separa las dos filas de sillas. Con la guitarra colgada del hombro y los ojos azules clavados en el ataúd de Eleonor, canta y acompaña la canción con unos acordes tan melancólicos que te llegan hasta lo más hondo del alma.

—Hay que joderse —bisbiseo en medio de mi asombro.

«*Dios, Eleonor, no podías irte sin armar un poco de barullo, ¿eh?*».

Se me escapa una carcajada que atrae una mirada de censura por parte de mi madre. Finjo toser, busco una mejor postura en la silla y me obligo a permanecer seria.

Pero es desternillante. *The House of the Rising Sun*. ¡Sí, señor! Esto sí que es Eleonor en toda su magnificencia. En medio de un funeral, ¿interpretar una canción que alude a un viejo burdel de Nueva Orleans? Me quito el sombrero, abuela. Me has impresionado incluso a mí.

Negando con la cabeza, miro al cielo y me doy cuenta de que se ha nublado de repente. Jirones de nubes oscuras se han cernido sobre nosotros en algún momento durante la ceremonia y, por cómo se mueven los árboles en el bosque, diría que la tormenta es inminente. El aire huele a peligro y a electricidad.

«Ay, Eleonor, no puedes estarte quieta ni siquiera ahí arriba, ¿verdad? Tenías que mandar un aguacero para estropear el vestido nuevo de mamá y su pomposo peinado».

Me rodeo en un abrazo y sonrío con todo el corazón, porque, por primera vez en dos días, siento su presencia como si ella aún estuviera aquí.

Y eso es muy reconfortante.

Connor y su grupo siguen cantando y tocando para desesperación de mamá, que arde de rabia a mi lado.

—¿Qué demonios es todo este circo? Menuda vulgaridad. ¿Y qué hace Connor Davis aquí? No estaba en mi lista de invitados.

—Relájate, mamá. Era el último deseo de Eleonor.

—¿Tú sabías algo de esto, Ophelia?

—¡Mamá, acabo de volver de París! —me defiendo indignada—. ¡Claro que no!

—No sé yo. Mira cómo te está mirando. Seguro que estáis los dos compinchados, como siempre.

El Diablo me impulsa a girar el cuello y, al instante, mis ojos caen presa de la intensa mirada de Connor. El aliento se me atasca en alguna parte del pecho y noto la tirantez de un rostro que parece convertirse en piedra. Dios mío. Connor Davis está de pie delante de mí, después de tantísimo tiempo, me está mirando fijamente, y yo no puedo apartar la mirada de la suya.

El mundo pierde todo el sentido para mí. Se me olvida dónde estoy. Con quién. Solo puedo verle a él. Como me temía. Sus ojos se han convertido en un enorme imán, y mirarle duele. Duele muchísimo. ¿Por qué creía que estaba curada? ¿Durante años me he estado mintiendo a mí misma?

El ceño de Connor se hunde en una arruga tan profunda que acelera mi corazón. Quizá se haya percatado de la rigidez de mis facciones o de la palidez cadavérica de mi piel.

—*Oh, mother, tell your children*[6]

Un trueno explota por encima de nosotros, y ese es el sonido que desata el caos. El agua empieza a derramarse a cántaros, sembrando el pánico entre los asistentes y, sobre todo, en mi madre, que se vuelve loca cuando las cosas no salen según las ha planeado. Hay que ser

comprensivo con ella. Una tormenta no se incluía entre los planes de mamá para un entierro de revista.

Mi padre me grita que me ponga en marcha y ayude a recoger, pero los ojos de Connor siguen ahondando en los míos con toda la fuerza de ese profundo, oscuro, azul que nunca ha dejado de atormentar mis sueños, y no me siento capacitada para mover ni un solo músculo.

Así que me quedo sentada en medio del aguacero y aguanto su mirada como si no me importara nada aparte de él.

Cuando Connor conoció a Ophelia

Connor, doce años atrás

La chica se detiene en el último escalón del porche y sus ojos se fijan en mí. Hoy lleva ropa de pija. No me gusta cómo le sienta, la hace parecer demasiado repipi. No encaja en este pueblo. ¿Un polo de Ralph Lauren? Por Dios, ¿quién viste así a los diecisiete?

No reacciono cuando levanta la mano y me saluda. Tiene una enorme facilidad para relacionarse con gente a la que no conoce. Casi inquietante. ¿Sus padres no le habrán dado la charla esa de no hables con desconocidos? ¿Sobre todo si esos desconocidos llevan ropa oscura, tatuajes a la vista y sus ojos te destripan con mucha mala uva?

—¡Buenos días! —exclama con energía, confirmándome que, en efecto, sus padres nunca han mantenido esa conversación con ella.

Le lanzo una mirada cruzada. ¿Qué demonios le pasa? Parece como si esta mañana se hubiese despertado en algún lugar por encima del arco iris. No sé por qué razón está fingiendo todo esto, pero no me gusta. No es real. Esta alegría no la representa y los dos lo sabemos.

—No sé qué tendrán de buenos —le contesto gruñón, mis ojos desafiando a los suyos.

Me laten las sienes como si me fueran a estallar y no me apetece hacerme el simpático ahora. Llevo toda la noche tocando para unos adolescentes estúpidos. Solo quiero irme a dormir.

—¿Disculpa?

—He dicho —empiezo diciendo entre dientes, con tanta exasperación que, inevitablemente, elevo un poco el tono— que no sé qué tendrán de buenos.

Su gesto se nubla. La encantadora sonrisa, fingida sin duda, muere encima de sus labios. Estupendo. Lo mejor que le puede pasar a esta chica es que yo me mantenga alejado de ella.

No soy la clase de tío al que le guste cultivar amistades, así que está muy equivocada si cree que me voy a detener a charlar con ella o a pedir disculpas por mi brusquedad.

Ni siquiera tengo pensado esbozar la sonrisa de arrepentimiento que sé que le gustaría recibir para poder sentirse mejor consigo misma. Lamento mucho decepcionarla, pero yo no soy de esos, de los que se desviven por caer bien a la gente. A mí me la suda caer bien a la gente.

Es más, me siento mucho más cómodo cayéndoles mal. Ser el antipático del pueblo me mantiene en mi zona de confort e impide que los demás traspasen las barreras y se me acerquen. Cuando te integras en un lugar, la gente inevitablemente espera algo de ti. Amabilidad, ternura, amor... Lo que sea. *Algo*. No quiero que la gente de Marion espere nada de mí, porque no tengo nada que ofrecerles.

Y para asegurarme de que se lo he dejado bien claro a la chica nueva, le lanzo una mirada

desdeñosa y le vuelvo la espalda sin más, como si no existiera para mí. No es más que un pez pequeño en medio de un desorbitado océano.

Noto que se queda paralizada en el escalón, acaso indignada por mi desinterés. ¿Y qué esperaba? ¿Un comité de bienvenida y una jodida cesta de magdalenas? Esa idea me arranca una media sonrisa lenta.

Hundo las manos en los bolsillos de los vaqueros, silbo perezoso y arrastro los pies por la acera como si no tuviera prisa por llegar a ninguna parte.

—Pues nada, simpático. ¡Un placer charlar contigo! —grita ella a mis espaldas.

Me tengo que morder el labio para no reírme. He conseguido escandalizarla en menos de sesenta segundos. Todo un récord. Me cae bien. Sabe enfurecerse.

Cuento unos ocho pasos, antes de lanzar una mirada hacia atrás, por encima del hombro. Menos mal que ella no se ha dado cuenta. Está de espaldas a mí, por lo que puedo dejar de fingir que no me importa. Bien. En el fondo, me moría por observarla de cerca.

Me detengo en la esquina y la sigo con la mirada. Maldigo al darme cuenta de que parezco un acosador.

Y, aun así, mis ojos la enfocan hipnotizados hasta que cruza la acera y tuerce por la primera calle a mano derecha.

Es al dejar de ver su pelirroja coleta cuando, por fin, puedo expulsar el aire de los pulmones, apoyarme contra el muro con aire sobrecogido y cerrar los ojos en un gesto de derrota.

Es la primera vez que se fija en mí, y ha sido un encuentro bastante raro. Antes de volverle la espalda, nuestros ojos se han cruzado por última vez y ella me ha lanzado una mirada tan fustigadora que me he sentido como si hubiese tragado una enorme pelota de tenis que se me ha quedado atascada en algún lugar del esófago.

Si sumo el tropiezo de hoy, van diecisiete veces. Que no es que yo las cuente ni nada. Solo que me acuerdo de todas y cada una de las ocasiones en las que la he visto, todas esas mañanas que sale a correr, y todas las tardes que va al centro para refugiarse dentro de la biblioteca.

Al principio, me llamó la atención porque su cara me sonaba mucho y no sabía de qué. Luego, a medida que pasaban los días, empezó a despertar algo más en mí, una extraña curiosidad que nunca antes había sentido. Por algún motivo, necesitaba conocerla. Supuse que estaría muy aburrido de mi existencia en Marion y que ella suponía la novedad que rompía con la monotonía de mi día a día.

Intenté olvidarme de esa locura, pero me tenía cada vez más intrigado. ¿Por qué pasaba tantas horas escondiéndose en la biblioteca? ¿Por qué apenas salía de casa? ¿Cuál era la música que escuchaba mientras corría, todas las mañanas a las cinco en punto, justo cuando yo regresaba del trabajo?

Me volvía tan loco el misterio que, intentando pasar desapercibido, me acerqué a ella un poco

más, lo bastante como para ver la sombra de una tristeza que no casaba para nada con el alegre gesto que solían esbozar sus labios. Eso fue bastante desconcertante, porque no me lo esperaba de alguien como ella.

Aunque eso no fue lo peor.

Lo peor pasó el jueves. Era de noche y la vi sentada en las escaleras de la biblioteca, con los cascos puestos y la mirada perdida en la nada. No se movió durante cuarenta y siete minutos seguidos. Solo estuvo ahí, ausente, perdida en sus pensamientos. Me quedé observándola a lo lejos, desde las sombras. Tampoco me moví. Nunca había visto a nadie que pareciera tan triste como esa chica.

Y, de repente y sin siquiera saber por qué, me invadió el deseo de quitarle los cascos, abrazarla y decirle que ¡sí!, que el mundo es una mierda, pero que las cosas irán mejorando.

Claro que no lo hice. No me gusta acercarme a chicas por las que podría llegar a sentir algo. Curiosidad, ternura, la chica nueva despierta algo en mí y lo odio, porque no quiero sentir nada. Sentir no es lo mío.

Por eso no puedo dejar que se acerque a mí. Es la quinta vez que me lo propongo y parece que hoy, por fin, he dado el primer paso en la dirección correcta. Estoy muy orgulloso de mí mismo. Ella me odia y piensa que soy antipático. Y Connor vuelve a su zona de confort. Genial.

Entonces, ¿por qué me mosquea tanto la idea? ¿Por qué una parte de mí necesita caerle bien?

—¡El gran Connor Davis! —se mofa el benjamín de los Morgan cuando, por andar tan enfrascado en mis pensamientos, casi choco contra su robusto pecho. Por supuesto, no pierde la ocasión de meterse conmigo y me da un empujón para hacerme retroceder.

—Morgan —saludo con una leve inclinación de cabeza, intentando parecer menos irritado de lo que me siento—. Pandilla de Morgan. —Lanzo una mirada desdeñosa a sus acompañantes, y luego vuelvo a enfocar esos enormes ojos de buey que parecen estar riéndose de mí—. ¿Te importaría dejarme pasar?

—¿Por qué? ¿Adónde vas tan deprisa?

—No es asunto tuyo —respondo con aplomo.

El auto proclamado matón del pueblo mira primero a sus estúpidos amigos y después sonrío socarrón. Es tan típicamente americano que me enerva, pelo rubio coronando una montaña de carne sin nada de cerebro. Siempre he pensado en los Morgan como en una pandilla de marines, monos rubios y adiestrados que acatan órdenes de algún soplapollas. Vale, sí, mi patriotismo es igual a cero. Mi abuelo era soldado, y para lo que le sirvió... Yo sería incapaz de alistarme en el ejército. Jamás acato una puñetera orden.

—¿Lo habéis oído, chicos? Dice que no es asunto mío. —Se acerca hasta invadir mi espacio personal, inclina el rostro sobre el mío y me mira fijamente a los ojos, mientras gruñe entre dientes—: *Todo* lo que pasa en este pueblo es asunto mío. ¿Te enteras, Davis?

—Pues no. Déjame pasar —ordeno sin alterarme.

—Que le deje pasar. Uh. Cómo le gusta mandar al señorito.

No me impresiona su comportamiento intimidante. Puede que el capitán del equipo local de rugby me supere en tamaño, pero en una pelea justa, yo le ganaría. Tengo algo que el joven Brad nunca tendrá: soy más mayor y estoy infinitamente más cabreado.

Por no mencionar la agilidad que me conceden mis diez kilos menos. Bradley es demasiado grande y demasiado lento. Y, por lo que veo, tan terco como una mula. En fin, él sabrá lo que hace. Todos hemos de vivir con las decisiones que tomamos. Dios sabe que yo vivo con las mías.

—¿Quieres moverte de una vez, tío? —Aunque no levanto la voz, la ira reverbera en ella—. Estás poniendo muy a prueba mi paciencia.

—Venga, Davis, ¿por qué estás tan antipático esta mañana?

Me da un empujón en el pecho, haciéndome retroceder otros dos pasos más. Aprieto los puños con ira y me visualizo a mí mismo partiéndole la cara. «*No, Connor. No hagas eso ahora. No es un buen momento*».

—Te he dicho que me dejes pasar —enfático lentamente, endureciendo el tono con cada sílaba que voy soltando.

—¿Por qué? ¿Te molesto? ¿Eh? ¿Te molesta que te haga esto? —pregunta vacilón mientras me abre paso por un segundo, solo para que, a continuación, vuelva a bloquearme.

Cabe destacar que a uno de los matones Morgan ya le arreglé la cara antes de largarme de esta mierda de pueblo. Está claro que su hermano nunca le habló al pequeño Bradley de ese incidente. De lo contrario, no estaría provocándome ahora.

—Sí, me molesta. Deja de hacerlo.

—Cuánto lo lamento.

Lejos de lamentar nada, sigue incordiándome para impresionar a su pandilla. No entro al trapo, lo achaco a su corta edad y a su aún más corto cerebro, e intento esquivarlo, pero, una vez más, se interpone en mi camino y me frena el paso. Resoplo y lo miro exasperado. Su suerte empieza a pender de un hilo muy delgado.

—Es mala idea provocarme, Morgan —advierto con tono cansado—. Muy mala idea. Hoy más que nunca. Date por enterado.

Bradley levanta las manos en un falso gesto de rendición.

—Solo estoy bromeando contigo, tío.

—Ya. Pues no lo hagas. No somos amigos para andarnos con bromitas.

—Oye, Connor —se entromete Lara Reed, en ademán de apaciguar los ánimos—. Esta noche doy una fiesta en el lago. ¿Te dejarás caer?

—Ni aunque me pagarais por ir —contesto con los ojos fijamente clavados en los de su novio.

—Fracasado —sisea Tony Page en un estornudo.

Aprieto la mandíbula y lucho por no perder los estribos. Page es tan patético que se burlaría incluso de su propia madre con tal de formar parte del universo de Morgan y Lara, el rey y la reina del baile de *Paletolandia*.

—No vales la pena, Page —escupo, lanzándole una mirada glacial—. No voy a rebajarme a tu nivel. Para que lo sepas, insultar es el único recurso de aquel que tiene un intelecto tan escaso que no está capacitado para tener un argumento mejor. Ahora quitaros del medio, si no queréis que os patee el culo a los dos.

—Hay que ver cómo se pone el académico, ¿eh, Tony? —Morgan se aparta de mi camino con su eterna y estúpida sonrisa de autosuficiencia, que consigue tensar la cuerda aún más. Y hace semanas que ya está tensa. Yo lo aviso. Su cara bonita pende de un hilo—. Vamos, vete, Davis. Te hemos despejado la acera como a un rey. ¿A qué coño estás esperando? ¿A que te pongamos la alfombra roja? —se ríe en mi cara.

Lo miro sin pestañear, midiéndolo con la mirada. Como un hombre. Él es un mocoso y yo soy un hombre, y cada nervio de mí, cada pequeña partícula desearía partírle la cara, no solo por lo de hoy, sino por todas las gilipolleces del último año. Pero no es un buen día para meterme en peleas, así que lo dejaré estar.

Es lo que debo hacer, así que aprieto los puños con fuerza y me obligo a hacer acopio de autocontrol. Se supone que soy el único adulto aquí.

—Me marcharé sin provocar una disputa —resuelvo en tono mesurado—. Pero no habrá una próxima vez, porque yo no creo en las segundas oportunidades. Daros por enterados los dos.

—¡Señor, sí, señor! —se burla Morgan, haciendo el saludo militar.

Retomo mi camino, fingiendo no escuchar los insultos y las risas que ellos ahogan a mis espaldas. Cruzo la acera hacia la destartalada casa en la que vivo junto a mi hermano Zach, paso por debajo de la bóveda de una parra que ha vivido mejores épocas y subo deprisa los nueve escalones que llevan a un amplio y desvencijado porche, en el que guardamos los desperdicios de lo que una vez fue el mobiliario de jardín.

Hundo la llave dentro de la cerradura, pero algo me hace detenerme y mirar hacia atrás. Por algún motivo, necesito echar otro vistazo al aire de desolación que envuelve todo esto; ver lo ceniciento y abandonado que luce el jardín, con el huerto sin recoger y los setos sin podar. Está todo tal y como lo dejó mamá el verano pasado, los pimientos y los tomates colgando secos de las ramas, las manzanas pudriéndose en los árboles. Cuesta creer que viva alguien aquí. He estado tan desganado este último año que ni siquiera me he ocupado de cortar el césped y, ahora, lo único que queda de él es un puñado de palos amarillentos que se te clavan como agujas en la suela de los zapatos cuando cruzas el jardín.

Es, sin duda, deprimente. ¿Cuánto me darían por todo esto si intentara venderlo?

Barro la finca con mirada especulativa. Mis ojos acaban cayendo sobre una bicicleta oxidada

de Zach, que hemos dejado apoyada contra la valla de madera. Da la impresión de que la sostiene para que no se venga abajo, ya que, si lo observas con más perspectiva, no queda claro si la bicicleta se apoya contra la valla o si la valla se sostiene solo en esa bicicleta para no venirse abajo. Esta propiedad necesita una reforma urgente. En este estado, no vale nada. Es más, creo que tendré que pagar al comprador para que se la lleve.

—Cojonudo —refunfuño con una mueca.

Resoplo malhumorado, abro por fin la puerta, la dejo caer a mis espaldas y me precipito hacia la escalera, intentando evitar las vigas sueltas. No pretendo acabar en el sótano, con este maldito mausoleo cayéndoseme en la cabeza.

—¡Zach! ¡Más vale que estés levantado y duchado, porque ya llegas tarde! ¡Zach!

Entro de golpe en su habitación y suelto un juramento entre dientes al encontrar a mi hermano en la cama, con la cabeza hundida bajo la colcha. Su cuarto está a oscuras y el olor a alcohol es inconfundible.

Mi mal humor es llevado al paroxismo. ¿Y esta dejadez? Me dejo la piel trabajando para que él tenga un futuro mejor que el mío, pero parece que a Zach no le preocupa demasiado este asunto. Muy bien. Haré que le importe.

Descorro con brusquedad las cortinas, me acerco a su cama y le arranco la colcha de golpe. Zach gruñe algo inaudible y tatea el colchón en busca de algo con lo que taparse.

—Haz el favor de levantarte ahora mismo.

—No. Vete —farfulla, aturullado de sueño.

—Zach, hablo en serio. Mueve el culo de la cama. Tienes que ir al instituto.

—¿Para qué? —me llega su pregunta, amortiguada. No le veo la cara, la mantiene hundida en la almohada, pero seguro que tiene un aspecto horrible. Se habrá pasado toda la noche empujando el codo.

—Porque uno de los dos tiene que estudiar y largarse de *Paletolandia*, y ha quedado bastante claro que no voy a ser yo.

—No pienso volver al instituto.

—Muy gracioso. ¿Y qué vas a hacer con tu vida, eh? ¿Quieres acabar ahogándote en alcohol como papá? ¿Pretendes seguir adelante con su legado y convertirte en el hazmerreír de toda esta gente?

—Pediré trabajo en el taller de tu amigo, el señor Jones. Si tú puedes hacerlo, yo también puedo.

Me echo el cabello hacia atrás con desesperación y por primera vez caigo en la cuenta de que necesito un corte de pelo urgentemente.

—Zach, llevo trabajando toda la puta noche y traigo un humor de perros. No me hagas que te patee el culo. Levanta. Irás al instituto. No voy a permitir que trabajes de mecánico.

—No es decisión tuya.

—¿Que no es decisión mía?! ¡Ya te digo que es decisión mía, mocoso! Si no me falla la memoria, sigo siendo tu tutor legal. ¿Quieres hacer el favor de mirarme cuando te hablo?

—No. Vete —rezonga doblando la almohada para taparse las orejas y dejar de escucharme.

—No me lo puedo creer.

Estoy hasta las pelotas de los adolescentes llenos de hormonas.

Con creciente furia, lo agarro del hombro y lo vuelvo de cara a mí.

Y de pronto comprendo por qué quiere dejar el instituto.

Entrecierro los párpados y tomo una profunda respiración, antes de volver a mirarle.

—Uf. ¿Qué es eso, Zach? —mi voz se ha ablandado súbitamente.

Le agarró el mentón y le elevo la cara para evaluar bien los daños. No parecen permanentes.

—Nada —gruñe apartándome de un manotazo, furioso por el brillo compasivo que lee en mis ojos. Zach odia despertar compasión. En eso nos parecemos bastante.

—¿Nada? ¡¿Esto es nada?! ¿Quién te lo ha hecho, eh? —Mis ojos bajan para estudiar a los suyos, pero no encuentro ninguna respuesta en ese relampagueante azul que me fulmina a través de los rubios mechones de cabello que cuelgan sobre sus cejas.

—¡Nadie! Suéltame, ¿quieres?

—¿Que te suelte? Esa sí que es buena. ¡No pienso soltarte hasta que no me des un nombre! Solo eso, Zach. Un nombre. El puto nombre de la persona que te ha hecho esto.

Mi hermano me mira con rabia contenida.

—¿Para qué? ¿Para que le partas la cara?

—Exacto.

—¡No te metas en mis asuntos, Connor! Ya soy mayorcito. No necesito una niñera.

Con aire cansado, me dejo caer en la butaca que hay al lado de su cama y me froto la cara con ambas manos. Necesito cortarme el pelo, afeitarme y dormir durante quince horas seguidas. Y, ya que estamos, me gustaría poder hacer algo que no sea pelearme con la gente, pero, maldita sea, me lo están poniendo muy difícil.

—Zach, yo no soy tu niñera. Soy tu hermano mayor. Y si alguien te acosa, quiero saberlo.

—No veo la razón.

—Quiero tener una charla con sus padres.

Mi hermano me lanza una mirada repleta de incertidumbre. No se ha tragado eso de que la charla. Es comprensible. No suelo tener charlas. Para empezar, doy una paliza. Luego, charlo, si eso, si al sujeto en cuestión aún le quedan fuerzas para abrir la boca. Con orgullo puedo afirmar que eso casi nunca sucede.

—¿Y no vas a pegarle? —pregunta Zach desconfiado.

—No, claro que no —aseguro con mi mueca más inocente.

—¿Me lo prometes?

—Zach, por enésima vez, ¿quién te ha hecho ese moratón? —insisto haciendo el enorme esfuerzo de mantener la voz imperturbable. No quiero perder los estribos. Soy propenso a episodios de ira repentina y casi nunca consigo controlarlos. Lo mejor que puedo hacer es no apretar ese botón.

—Bradley Morgan —susurra mi hermano, bajando la mirada con aire culpable.

De repente, me siento muy cansado.

—Conque Bradley Morgan, ¿eh?

La tranquilidad con la que me lo estoy tomando resulta casi pasmosa. Me arremango la camisa, me pongo cómodo en mi asiento, separando las rodillas y extendiendo las piernas, y retiro el paquete de Marlboro del bolsillo de los vaqueros. Cojo un cigarrillo, le doy unos cuantos golpecitos contra el reposabrazos de la butaca y lo enciendo en silencio, bajo la atenta mirada de Zach, que está esperando a verme estallar. Hace bien en esperar sentado. Esta vez tengo pensado dominarme. O, al menos, lo haré delante de él. Bastantes malos ejemplos le he dado últimamente.

—¿Sabes, Zach? —me detengo para dejar escapar dos nubarrones de humo seguidos—, cuando tenía tu edad, más o menos, a mí también solía hacerme la vida imposible uno de los Morgan. Kurt.

—Sí, el hermano mayor.

—Mm hm. ¿Y sabes qué es lo que le pasó a Kurt?

La frente de mi hermano se arruga en un gesto de confusión. Me mira expectante, pero finjo no reparar en la avidez que hay en sus ojos y sigo fumando con tranquilidad.

—¡Vamos, Conn! ¿Vas a soltarlo de una vez o seguirás atormentándome con el misterio?

Su impaciencia me arranca una media sonrisa lenta. Parsimonioso, me alzo el cuello de la camisa y absorbo más humo en los pulmones.

—Se quedó sin piños. Espero que su familia haya contratado un buen seguro dental, al menos esta vez.

—Dime que no estás insinuando lo que creo que insinúas.

—Te lo diría, pero ya sabes que detesto mentir.

—¡Connor!

Sin poder contener la sonrisa de suficiencia, me levanto de la butaca y me dirijo hacia la puerta, con el cigarrillo encajado en la comisura de la boca y pisadas firmes y enérgicas.

Mi hermano pega un salto de la cama y corre detrás de mí, en calzoncillos.

—¡Connor! Prometiste no hacerlo.

Me detengo por un segundo para poder mirarlo a la cara.

—Ya. En cuanto a eso... Ops. Resulta que mentí.

Mi elevado sarcasmo hace mella en la expresión facial de Zach. Le dedico una sonrisa inocente

y empiezo a bajar por la escalera. Echa a correr detrás de mí.

—No se te ocurra pegarle o me matará mañana.

—Tranquilízate, Zach. Cuando haya acabado con él, no le quedarán energías. Ni piños, ya que estamos.

El mero pensamiento me hace esbozar una sonrisa cruel.

—¡Connor, no! No todo en la vida se puede solucionar a través de la violencia.

¿Desde cuándo?

Hago una mueca, de espaldas a él. Mi hermano es un moralista. Yo soy más bien un hombre de acción.

—Por supuesto que no. También puedes renunciar a tus sueños y quedarte lloriqueando en la cama, pero me temo que yo no soy de esos, hermanito. Yo lucho por las cosas en la que creo. Y, te guste a ti o no, tú eres una de esas cosas.

—Por favor, Connor. Para. Te lo suplico.

En vano tira de mi hombro para detenerme. Soy mucho más fuerte que él, no lo conseguirá.

—¿Por qué deberían conmoverme tus súplicas? —me intereso mientras abro la puerta y salgo al porche.

—Porque a un buen hermano le conmoverían.

Zach y su tono dolorido consiguen tocar mi fibra sensible. Sin embargo, no cedo. Como he dicho, soy un hombre de acción.

Me detengo y me vuelvo para encararle.

—Vístete, Zach, y vuelve al instituto. El director Rogers no te dará más oportunidades, ¿vale? Así que procura no cagarla esta vez. Mamá murió hace casi un año. ¿Hasta cuándo crees que te van a compadecer por ello? Mira a tu alrededor, hermano. Todo el mundo ha pasado página. De hecho, nunca les hemos importado, salvo a un puñado de personas de este maldito pueblo. Y ellos también empiezan a hartarse de esta actitud de desidia. Lo que hagas a partir de ahora ya no será borrado con una esponja y achacado a tu pérdida. No habrá más justificaciones. Hablo en serio. Ponte las pilas, joder.

Zach coloca la mano en mi brazo. Me tenso por debajo de sus dedos. Estoy muy a la ofensiva hoy.

—Lo entiendo, pero, por favor, no le provoques. No sabes de lo que es capaz.

—Ahí es donde te equivocas. Él no sabe de lo que soy capaz yo. Y ya va siendo hora de que lo averigüe. Se lo ha ganado a pulso. Y, como ya he dicho hoy, no creo en segundas oportunidades.

—No. Connor. ¡Connor!

Haciendo caso omiso de sus protestas, le vuelvo la espalda y avanzo por el jardín. La puerta que da a la calle cruje, como todo lo demás en esta maldita casa vieja. Exasperado y cada vez más consciente de que nunca podré vender la finca, salgo y me detengo en la acera, donde lanzo el

cigarrillo al suelo y lo apago con la punta de la bota.

—Habrá que engrasar las bisagras —comento distraído conforme me giro para encarar a Zach—. Por cierto. Hay una chica nueva en el pueblo. Ophelia Rosetti. Ponte guapo hoy. Los Davis tendremos que causarle buena impresión. Yo he fracasado estrepitosamente. Eres la esperanza de esta familia.

El día en el que volaron sombreros y pamelas

El presente de Ophelia

Eleonor se lo estará pasando en grande al ver a toda esta gente correr despavorida por el prado en el día de su entierro. Vuelan sombreros y pamelas, las sillas están del revés, y el sacerdote ha resbalado y ha caído de rodillas delante del ataúd. Mi madre chilla enfurecida. Que todo el mundo recoja su silla. Que nadie se vaya con las manos vacías. Que alguien le traiga un paraguas. Se le está estropeando el peinado.

«*Ophelia, reacciona*».

La miro con las cejas en alto e intento contener la risa. Este sí es un entierro digno de Eleonor. Cómo estará riéndose en el más allá cada vez que la ventisca levanta el ridículo vestido de vuelo de Mary Jo. Ay, Eleonor, te encantaría estar aquí.

—Ophelia, haz el favor de ponerte en marcha. Ve a echarle una mano a Kitty. Hay que meter todas las sillas a cubierto.

—Sí, mamá.

Sin embargo, en vez de obedecer, salgo corriendo hacia el cementerio, en absoluto alarmada por el poder de las gotas. Conozco muy bien las tormentas de Virginia. Connor y yo solíamos amarnos en la buhardilla, aprovechando el repiqueteo de la lluvia y el estallido de los rayos.

Eran muy buenos tiempos. Yo contaba las gotas de lluvia y él contaba los besos que me robaba. Connor siempre salía ganando.

Doy tumbos por el cementerio hasta que encuentro el hoyo recién cavado. No me sorprende demasiado ver a Connor aquí. Por algún motivo, me lo esperaba. Supongo que por eso los pies me han conducido en esta dirección. Por mucho que me lo proponga, no consigo mantenerme alejada de él.

Me acerco por detrás y contemplo durante unos momentos el nombre de la lápida con ojos apagados. *Eleonor Rosetti*. Se me hace difícil ver su nombre tallado en una piedra. Un día estás aquí y, al siguiente, no eres más que un nombre en una lápida. La vida es muy injusta.

Echo un vistazo a la lápida de al lado, la que está contemplando Connor con tanta intensidad, y descubro que pertenece a su abuelo, Bill Davis. No puedo contener la sonrisa. Los Davis y los Rosetti siempre están juntos. Eleonor solía decir que estábamos malditos.

—¿Crees que estarán juntos ahora? —le pregunto a Connor. La voz me falla un poco, como si hubiese pasado los últimos doce años en silencio.

—Creo que el abuelo estará demasiado borracho como para ponerse a buscarla. Aún es pronto. Otra pequeña sonrisa consigue quebrantar la rigidez de mi rostro.

—Démosle tiempo, pues.

Connor no añade nada. Se me hace raro estar tan cerca de él después de tantísimo tiempo. Ni siquiera sé qué añadir. ¿Debería decir algo o es mejor seguir su ejemplo y mantenerme callada y pensativa?

Miro al cielo y constato que la tormenta empieza a amainar. Juraría que es cuestión de tiempo hasta que salga el sol. El tiempo es tan caprichoso como Eleonor.

—¿Qué ha sido eso? —rompo por fin el silencio. No lo aguanto más.

Connor me mira. Una mirada lenta y estremecedora, calculadora, diferente. No hay fuego en sus ojos. Solo hielo, cortante, hiriente y gélido hielo que me hace estremecer por dentro.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué. *The house of the rising sun*.

Me doy cuenta de que su boca se mueve en una pequeña sonrisa de culpabilidad.

—A Eleonor le habría gustado.

—¿No te lo pidió ella?

—Nunca tuvo la ocasión. Era una mujer demasiado vivaracha como para pensar en los detalles de su muerte.

—Ya veo. Así que lo has hecho por *motu proprio*.

—Algo así.

Me vuelvo del todo hacia él y quedo atrapada bajo la oscuridad de su mirada. Connor está serio, tan serio que tengo la impresión de que ni siquiera respira.

—Gracias, Connor.

—¿Por qué? —susurra suavemente, sin aflojar la fuerza con la que retiene mis ojos.

—Por venir. Por tocar la canción favorita de Eleonor.

—Pensé que podría gustarle. Era la canción de Bill.

—Era la canción de Bill y Eleonor.

Connor cabecea y me dedica una sonrisa triste.

—Tenía que habérmelo imaginado.

—La abuela la escuchaba a todas horas.

—El abuelo también. O, al menos, hasta que se desmayaba junto a su botella de *bourbon*.

—Ya. Eleonor solía beber jerez —comento frunciendo la nariz.

Connor ríe entre dientes.

—Vaya dos. ¿Y tú? ¿Cómo estás, Ophelia?

Me encojo de hombros. Me siento pequeña, débil, a punto de desvanecerme.

—Bueno... No es el mejor día de mi vida.

La voz se me quiebra. Él me da una palmadita en el hombro.

—Ya me lo imagino. Siento mucho lo de Eleonor. Era la mejor.

Me gustaría que me abrazara, pero no lo hace y eso me rompe en pedazos. Duele muchísimo encontrarle tan... frío, tan formal. Me habla como si sus labios nunca hubiesen ardido encima de los míos, como si yo no fuera más que una mera conocida. Oh, Connor... ¿Por qué, por qué, por qué? ¿Por qué no puedo sentirte? ¿Por qué no puedes abrazarme y no soltarme jamás?

—Gracias —me obligo a decirle—. Y gracias por venir. ¿Cómo está Zach?

Connor aparta la mano con brusquedad y sus hombros se tensan por debajo de la camiseta negra. Algo ha cambiado irremediablemente en su mirada. Algo se ha apagado.

—Feliz. A punto de tener hijos.

Enarco las cejas en un gesto de asombro.

—¿En serio? No tenía ni idea. Eleonor nunca me lo dijo. ¿Y tú? ¿Cómo estás? He oído que ahora vives en la gran ciudad.

«Dime que no estás casado. Dime que no hay nadie. Dime que a ti también te duele».

—Ya. Estoy bien. Genial. Bueno, tengo que irme. Tengo un bolo esta noche. Te acompaño en el sentimiento. Mis condolencias a tu familia. No he tenido la ocasión de dárselas.

Frunzo el ceño y lo sigo con la mirada. Se aleja por el cementerio con la guitarra colgándole de la espalda, y sus pisadas son rápidas, firmes, muy decididas. ¿Qué demonios ha sido eso? ¿Por qué se ha ido tan de repente?

¿Y por qué siento que hay un abismo empezando a abrirse por debajo de mis pies?

Me quedo delante de la tumba vacía hasta que traen a Eleonor. Aunque la tormenta ha acabado, solo estamos mi madre, mi padre, mi hermana y yo. Los demás se han debido de marchar por miedo a la tempestad. Ahora apenas llueve. Tan solo caen gotas sueltas, sobre todo las que cuelgan de las hojas de los viejos castaños.

Bajan a Eleonor al hoyo descubierto y mi familia se marcha tras haber lanzado cada uno un puñado de tierra encima del féretro. Yo me resisto a irme.

La tumba ya está cubierta por completo y el hombre que se ha ocupado de taparla se marcha con la pala colgada del hombro. Mejor. Me apetece estar sola.

Cojo una rosa del cestillo que ha traído mi madre y la coloco sobre la tumba.

—¿Cómo estás, Eleonor? Mira, tienes a Bill a tu lado. Por fin. Estarás contenta. Ojalá os hubiese traído una botella de jerez.

Me agacho para poder estar más cerca de ella y sonrío con tristeza, sin lograr reprimir las lágrimas que inundan mis ojos.

—Hoy he visto a Connor, ¿sabes? —le digo con la voz quebrada por el llanto—. Ha sido... muy intenso. Tenías que haber visto cómo me ha mirado cuando he mencionado a Zach. No había visto tanta ira en sus ojos desde mi primer día de instituto en Marion. ¿Te acuerdas, Eleonor? Connor lio una buena ese día.

Cierro los ojos, me abrazo a mis costados y los recuerdos empiezan a envolverme, a

arrastrarme hacia las entrañas de un pasado que aún resulta demasiado reciente y demasiado doloroso.

He vuelto la mirada atrás y estoy perdida.

Profundo, oscuro azul

Ophelia, doce años atrás

Si algo tienen de malo los pueblos pequeños es que todo el mundo conoce la historia de tu vida mucho antes de que tú se la cuentes, de modo que, nada más cruzar las puertas del pequeño instituto en el que la abuela me ha matriculado, la gente sabe que me llamo Ophelia y que soy un bicho raro recién llegado de California. Lo sorprendente es que eso les parezca tan excitante.

Tan pronto como llego al aparcamiento, un corrillo de chicas y chicos se congregan a mi alrededor para darme la bienvenida. Resulta abrumador que la gente sea tan encantadora. Estrecho un par de manos y beso unas cuantas mejillas, aunque no retengo ninguno de los nombres que me van diciendo. Soy malísima para acordarme de tanta información, así, de golpe.

Concluidos los diez minutos de rigor, en los que he sido interrogada acerca de mis asignaturas favoritas, la música que escucho, las razones de mi cambio de domicilio e incluso mi orientación sexual, empiezo a sentirme incómoda. Han acabado esos tiempos en los que yo disfrutaba siendo el centro de atención de los demás. Ahora solo quiero pasar desapercibida, empezar de cero sin mirar atrás.

—Creo que debería marcharme —me disculpo con una sonrisa tensa, sin dirigirme a nadie en concreto y, sin embargo, dirigiéndome a todo el mundo—. No sé exactamente dónde tengo que ir, y no me gustaría llegar tarde a clase.

Dos chicas morenas, cuyas sonrisas destacan en un océano de caras desconocidas, se ofrecen a hacerme el tour del instituto.

—Empezaremos por la cafetería —me dice la más alta de las dos, cogiéndome del brazo—. Sin cafeína, no soy persona.

Ojalá me acordara de sus nombres. Son muy simpáticas las dos. A juzgar por el parecido físico, diría que son hermanas.

—Estupendo. Me encanta la cafeína —declaro con una sonrisa.

Y, esta vez, he dicho la verdad. «*Bien hecho, Ophelia*».

—Tú debes de ser Ophelia.

Me detengo junto al pequeño grupo de fumadores que están de pie enfrente de la cafetería, y vuelvo la vista hacia el chico que ha hablado, alto, guapo, negligentemente apoyado contra un árbol tan fornido como él. Lanzo una mirada rápida a su ropa, camisa blanca perfectamente planchada y pantalones caqui, y sonrío irónica hacia mis adentros. Un niño de papá. Es la clase de chico con el que la vieja yo habría salido.

—Así es. ¿Y tú eres...?

—Me llamo Brad. Bradley Morgan en realidad, pero puedes llamarme Brad.

Guardándose el cigarrillo en la comisura de la boca, extiende mano y yo me acerco para estrechársela.

—Encantada de conocerte, Brad.

—Lo mismo digo.

—Bienvenida. Soy su novia, Lara —se entromete la chica rubia que lo acompaña—, y este de aquí es Tony. Siempre vamos juntos a todas partes. No te acerques a ninguno de los dos. Me pertenecen.

Debo de poner cara de extrañeza, ya que la chica ríe y añade:

—Estoy bromeando. Si quieres mi consejo, en este pueblo solo hay un chico al que no debes acercarte: *Connor Davis* —subrayan los tres al unísono, y luego se echan a reír.

Frunzo el ceño, intrigada por su revelación. No es la clase de testimonio que sueles recibir en tu primer día de clase.

—¿Quién es Connor Davis? —me intereso, intentando parecer más bien indiferente.

—Chusma con la que no quieres mezclarte, confía en mí —esclarece Tony, sonriente—. ¿Y eres de California?

Mis labios se convierten en una fina línea. La mera mención a ese lugar me suele poner nerviosa.

—Sip. De ahí vengo yo.

—¿Y cómo es?

Miro a Brad.

—Es... soleada, supongo.

«*Bravo, Ophelia. ¿Esto ha sido lo mejor que se te ha ocurrido?*»

—¿Echas de menos vivir ahí?

Irritada conmigo misma, muevo la mirada hacia Lara y fuerzo una sonrisa. No quiero hablar de mi vida en California. Se supone que estoy aquí para empezar de cero. Rememorar todo eso no me hará ningún bien.

—No, yo... No lo echo de menos. Marion es un pueblo... ejem... encantada. O sea, es un pueblo maravilloso y yo estoy encantada de mudarme aquí —me apresuro a corregirme.

En casa sonaba mucho mejor. Me siento estúpida al decirlo.

—¡Eh, tú! ¡Morgan!

Nos giramos todos al escuchar ese agresivo bramido y mi traspié lingüístico cae en el olvido.

Enfoco la mirada a lo lejos y, por segunda vez hoy, me quedo boquiabierta. Vaya. La áspera voz pertenece al chico guapo que no se ha dignado antes a contestar a mi saludo. ¡Menudo capullo! Pensaba que iría a la universidad, no al instituto. Juraría que tiene unos cuantos años más que yo.

Puede que sea el bobo que repite curso cinco años seguidos. En todos los institutos hay alguien así.

—Connor Davis. —Brad se cruza de brazos y compone una sonrisa lenta llena de desprecio—. Vaya suerte que tengo. Cruzarme con chusma como tú dos veces en un solo día. ¿A qué debo tanto interés? ¿Hay algo que quieras de mí? ¿Dinero o algo así?

¡Pues claro que Don Arrogante es el famoso Connor Davis al que no debo acercarme! ¿Por qué será que eso no me sorprende en absoluto?

—Oh-oh. Mala señal —me susurra una de las chicas morenas—. Paso de rollos. Vámonos de aquí.

Coge a su hermana del brazo y empieza a arrastrarla hacia la cafetería.

—¿No vienes, Ophelia? —pregunta esta, al ver que yo me he quedado atrás.

Lo niego despacio. Sé que debería irme con ellas, pero la curiosidad es demasiado grande. Connor tiene algo que me intriga. Lo supe en cuanto lo vi, tan desencantado de la vida e indiferente hacia mi persona. Creo que es la primera vez en mi vida que un chico no me hace ni caso.

Y creo que por eso se merece toda mi atención. No me gustan las cosas que puedo obtener fácilmente.

—No, yo... Id vosotras. Ahora os alcanzo.

Connor pasa por delante de mí con el rostro asolado por la ira. No me lanza ni una mísera mirada. ¿Cómo puede ser tan cretino? Vale que me gusten las cosas difíciles, pero podría poner un poco de su parte, ¿no? Mostrar un mínimo de curiosidad. Vamos, digo yo. Al fin y al cabo, soy la única novedad en un pueblo en el que nunca sucede nada nuevo.

Ahogo un grito cuando, con una sola mano, agarra a Brad por el cuello de la camisa y lo estampa contra un coche cuya alarma empieza a sonar. ¿Cómo puede tener tanta fuerza?

—¡Madre mía! —exclamo tapándome la boca con las dos manos. Este chico es un salvaje, ¡y yo preocupada porque no me hace caso!

—¿No te bastaba con meterte conmigo? —ruge Connor, empujándolo violentamente contra la puerta del coche—. ¿Has tenido que hacerlo también con él?

Bradley suelta una risa desafiante. A mi juicio, una actitud suicida, dada la mirada de odio que distorsiona el rostro de Connor.

—Así que eso es lo que te pasa. Estás molesto por lo que le he hecho a tu hermanito.

Connor lo coge otra vez por el cuello y lo vuelve a aplastar contra el coche. Tiene la mandíbula apretada y sus ojos arden con tanta fuerza que podrían reducir a Bradley a cenizas.

—No te acerques más a él, ¿me has oído? —ladra, apuntándolo con el índice.

—¡Menudo llorica! Ni se defendió, el muy panoli —se carcajea Brad—. Y ahora manda a su hermano mayor a que pelee por él. Admítelo, Davis, tu hermano es un cobarde... hijo... de puta

—subraya lentamente con ojos cargados de desprecio—. Ha salido al borracho de tu padre.

—Ni se te ocurra ir por ahí —advierte Connor entre dientes.

La mueca de ira que retuerce su cara no deja lugar a dudas sobre el esfuerzo que está haciendo por controlarse.

Bradley vuelve a soltar esa risita burlona que conseguiría crisparle los nervios a cualquiera. Parece que tiene pensado seguir desafiando a Connor, y no me parece una buena idea.

—¿Sabes qué es lo que le pasaba a tu viejo? Ya no soportaba más la idea de estar casado con una puta como tu madre. Dicen que por eso se ahorcó. Entre la cuerda y la puta, cualquiera elegiría colgarse.

Eso último desborda la ira de Connor, lo veo en el destello asesino que resplandece en sus ojos.

Con un inarticulado gruñido de furia, lanza a Brad al suelo, se coloca a horcajadas encima de él y empieza a asestarle un puñetazo tras el otro. Nadie interviene, el aparcamiento ha quedado prácticamente vacío, y las pocas personas que no se han marchado aún no parecen arder en deseos de entrometerse en esta pelea.

—¡Basta! —grito nerviosa al ver que los amigos de Brad están tan asustados que no se disponen a poner fin a esto—. ¡Eh, tú! ¡Déjale en paz!

Mis palabras no surten ningún efecto. A pesar del pánico que me invade, me acerco vacilante a Connor e intento tirar de él hacia atrás. Me aparta con brusquedad y sigue liberando su ira contra el pobre Bradley, que, pillado por sorpresa, se defiende con bastante torpeza, tapándose la cara con los brazos.

—¡Por favor, para! —suplico con un nudo de desazón en la garganta—. ¡Vas a matarle!

Connor no da señales de haberme escuchado. Como si hubiera perdido el juicio, descarga un puñetazo detrás del otro. Creo que para él no existe nada aparte de Bradley en este momento.

—Mi madre no era ninguna puta, ¿me has oído? ¡No era ninguna puta!

—¡Que pares! —ordeno en un chillido. Bradley, que ya está sangrando por la boca y por la nariz, parece a punto de desmayarse—. ¡Para, maldita sea, Connor!

Escuchar su nombre lo hace detenerse en seco, con el puño apretado a punto de estrellarse contra la mejilla de Brad.

Jadeando con fuerza, mueve la mirada hacia la mía y me observa confuso; me mira como si me viera por primera vez. Tiene el ceño fruncido, el rostro contorsionado por la cólera y unos ojos en llamas que apuntan hacia los míos. Está furibundo, lo sé por la frecuencia de sus inhalaciones.

Y, pese a ello, percibo algo vulnerable en su mirada, un gesto huidizo que solo he podido ver en animales asustados que se sienten amenazados. Es como si... ¡como si me tuviera miedo! Pero ¿por qué?

Me quedo sin palabras ante ese modo tan extraño de mirarme. Sin palabras y sin aire en los

pulmones. Sus ojos son como dos abismos en los que ahogarse. Cuestión de veinte segundos o más, todo lo demás se difumina, los ruidos, la gente, la luz del sol... Se apaga todo sin previo aviso y lo único tangible, lo único real que queda en el mundo es solo eso: precipicios de un profundo, oscuro azul.

El hombre que asesinó su corazón

El presente de Connor

Hoy he vuelto a verla. No esperaba que esto fuera así. Hablar con ella me ha hecho sentir descontrolado, como ese día, en el patio de su instituto. ¿Por qué no dejo de pensar en eso?, ¿en lo mucho que me ha afectado volver a estar cerca de ella?

Me froto la cara con aire cansado y un improperio se abre paso a través de mis dientes apretados.

—Contrólate, Connor. Solo es un fantasma del pasado —me digo para tranquilizarme.

Cojo aire y noto cómo se me tensan los nudillos a ambos lados del volante. La rigidez que paraliza mi cuerpo es palpable.

Cierro los ojos, no me muevo durante unos segundos y luego giro la llave dentro del contacto de mi vieja Chevy. Necesito salir de este pueblo cuanto antes, cruzar las fronteras y no volver la vista atrás. El pasado solo es el pasado.

Rechinando los dientes, bajo el freno de mano precipitadamente, suelto el embrague con brusquedad y el coche sale derrapando, antes de enderezarse e incorporarse a la carretera.

De camino a la ciudad, conduzco deprisa. Sin embargo, el recuerdo de Ophelia se niega a quedarse atrás. Marion ya no se distingue por el retrovisor, pero los ojos verdes siguen ahí, hostigándome como han hecho durante más de una década, acusatorios, llenos de dolor. «¿Por qué, Connor? ¿Por qué lo estás haciendo?». Sus labios no han formulado hoy esa pregunta, aunque tampoco ha hecho falta. Lo he visto en sus ojos, y aún no he conseguido sacarme de la cabeza esa mirada suya.

No quiero recordar el pasado, pero ¿cómo ignorar algo que arde con tanta fuerza dentro de mí?

Respiro hondo y enciendo la radio. Estoy entrando en la ciudad y noto cómo el corazón empieza a endurecerse. Aquí todo vuelve a la normalidad. Aquí Marion no es más que un mal sueño que se desvanece al alba.

Pasada la zona de los comercios, empieza a distinguirse la casa de Zach, blanca, con enredaderas moradas arrastrándose por toda la fachada. Ralentizo la marcha, me arrimo al bordillo y paro un momento para dejarle la cuna que llevo en el maletero. Zach está en el jardín, como si estuviera esperándome.

Saludo con la mano, abro el maletero y cargo la cuna en brazos. Pesa bastante más de lo que parece. La verdad es que he cogido la más grande que había.

—¿Qué tal el funeral? —me pregunta mi hermano desde el otro lado de la valla.

—Como todos.

Me abre la puerta y se aparta para que pueda entrar.

—Me hubiese gustado ir.

—Ya.

—Pero me daba miedo que llegara el bebé. Está ahí, casi asomando la cabeza.

—Ugh, tío, no seas tan gráfico.

Zach me sigue por el patio. Se ríe.

—Lo siento. No era mi intención. ¿Quieres pasar a tomar algo?

Rehúso con un gesto y avanzo por el porche con la cuna en brazos.

—No. Tengo prisa. Un concierto pendiente.

Me agacho y dejo la cuna en el suelo. Ya se ocupará él de meterla dentro.

—Ah. ¿Esta noche? Bueno, no pasa nada. Otro día será. Gracias por la cuna.

—Para eso están los padrinos.

—Es bastante chula. ¿Seguro que no puedes quedarte un rato?

—Seguro.

Compongo una sonrisa lacónica, bajo las escaleras deprisa y camino a grandes zancadas hacia mi coche. Necesito irme ya. Necesito estar a solas.

—Connor.

Gruñendo hacia mis adentros, me giro y miro a Zach con cara de pocos amigos.

—¿Qué?

—¿Cómo está ella?

Aprieto las muelas con tanta fuerza que rechinan las unas contra las otras. ¿Que cómo está ella? Pues como siempre. ¿Cómo coño iba a estar?

—Jodida.

Zach me mira con ojos afligidos. Me monto en el coche, doy un portazo y me marchó con un chirrido de ruedas.

—Joder, Connor —me regaño a mí mismo, y golpeo el volante con las dos manos para dejar salir de algún modo la ira que me abrasa por dentro.

La novia demente de Hamlet

Connor, doce años atrás

Ella sabe mi nombre. Es curioso, pero me gusta que lo sepa. Y eso que Ophelia ni siquiera me es simpática. No por nada que hubiera hecho o dicho, sino por ser quién es. Ella es una Rosetti. Yo, un Davis. Es imposible que nos llevemos bien, considerando la historia de nuestras familias.

La miro y constato con amargura que es más guapa de lo que he podido apreciar hasta ahora. Tiene unos ojos enormes, verdes, difíciles de penetrar, y sus rasgos son suaves y bien perfilados; un conjunto recto y simétrico.

Salvo por la boca. La boca es demasiado sensual como para encajar en ese cuadro renacentista que es su rostro.

—¿Qué quieres? —la reprendo, al ver que se mantiene impávida a mi lado.

—Yo...

—Suéltame —ordeno con voz lenta y calmada—. No me gusta que me toquen.

«Tampoco me gusta que mi ira se desvanezca cuando estás cerca de mí».

Sus ojos bajan hacia mi brazo. Parece darse cuenta de que me está aferrando el bíceps con fuerza y afloja la presión, hasta que su mano se desprende y me libera. De inmediato, noto fría la zona que ella ha rozado. Los dos confundidos, nos ponemos en pie y nos estudiamos mutuamente, como si no supiéramos que esperar el uno del otro.

—Perdona. Es que no te detenías.

—No te metas en esto, Ophelia. —Sus labios dibujan un leve gesto de asombro—. Sí, sé que te llamas Ophelia —aclaro con ojos entornados—. No es un nombre muy común, que digamos. Y este es un pueblo muy pequeño. No suele venir gente de fuera. Eres la primera en años. Has revolucionado nuestra... pacífica existencia.

¡MI pacífica existencia!

Noto cómo traga saliva. Creo que se siente intimidada por mí, y creo que no le caigo demasiado bien.

Con todo, no consigue despegar los ojos de los míos.

Y lo que es aún más curioso, ni yo puedo hacerlo. Estoy tan confundido que frunzo continuamente el ceño. No me gusta esto, lo que sea que estemos haciendo ahora mismo. No me gusta lo que me hace sentir.

—Y bien, ¿qué es lo que quieres? —me obligo a increparla, para ponerle fin a este momento tan extraño.

Ophelia se coloca un mechón rebelde detrás de la oreja. Está cada vez más inquieta. Es

evidente que la pongo muy nerviosa.

—Yo... bueno... sé que no es asunto mío, pero te lo ibas a cargar.

Me muerdo el labio por dentro para no reírme. Qué exageración. Solo le estaba dando una paliza, nada del otro mundo. Pero ¿qué va a saber una chica que se mueve entre unicornios y tiernos gatitos?

—Ciertamente, esa era mi intención, acabar con este gusano.

Esbozo una media sonrisa burlona al verla abrir los ojos de par en par. « *¿Asustada, pequeña? Deberías* » .

—Por desgracia, me has detenido —le digo con seriedad—. Ahora se me ha quitado el berrinche y ya no puedo cargármelo. ¿No te parece eso injusto, *Ophelia*?

Algo cambia en sus ojos. Algo que se enciende y se propaga.

—¿Sabes qué? Si quieres cargártelo y pasar el resto de tus días entre rejas, allá tú. No sé por qué me preocupo por un estúpido que ni siquiera se tomó la molestia de contestar a mi saludo.

Ahogo una carcajada. Interesante. *Ophelia* sabe cómo enfurecerse.

—¿Un estúpido? ¿Es eso lo que crees que soy?

—Sé que no eres listo.

Morgan se mueve al lado de mis pies, pero coloco la punta de la bota en su pecho para impedir que se levante. No he acabado con él. Aún no. « *No incordies, Morgan. ¿No ves que esto se está poniendo intenso?* » .

—¿Y por qué piensas que no soy listo, *Ophelia*?

—Deja de enfatizar mi nombre como si tuviera algo de malo —me exige, tan desafiante que dan ganas de reírse—. Sí, me llamo *Ophelia*, como la novia demente de Hamlet. Súperalo de una vez. En cuanto a tus aptitudes mentales, no hay margen de error. Honestamente, Connor Davis, eres un estúpido. Cuando uno se quiere cargar a alguien, lo hace en un callejón oscuro, no en el patio de un instituto, a plena luz del día y delante de todo el mundo. Y ahora, si me disculpas, llego tarde a mi primera clase.

—Quedas disculpada —concedo con una gran sonrisa que no puedo reprimir.

—Oh, gracias. Me abrumba tanta generosidad.

Me río entre dientes, y ella, seria y bastante cabreada conmigo, coge su mochila del suelo, la sacude de polvo y se la coloca encima del hombro con ademanes bruscos. Ni siquiera se despide. Está bien. Tampoco es que seamos amigos. Solo hemos intercambiado un par de miraditas de corderos degollados, nada especial.

—¡Sé buena, *Ophelia*! —grito tras ella. En lugar de responder, me dedica una peineta y deja que la puerta de la cafetería caiga ruidosamente a sus espaldas. Suelto una carcajada gutural—. ¿Qué te parece, Morgan? Esa chica sí que sabe cómo zanjar una conversación, ¿eh?

—Que... te... den.

Bah, ni me preocupo por Morgan. Ophelia ha captado toda mi atención.

La sigo con la mirada a través de la pared de cristal, hasta que su esbelta figura desaparece de mi campo visual. Por razones que no estoy dispuesto a averiguar, no puedo dejar de sonreír. Es una pija de mucho cuidado, pero tiene algo que cautiva. Lo que más me gusta de ella es que sabe cómo cabrear. Nuestras peleas serían legendarias. Veo en ella a un adversario digno de mí.

—Eres un cretino, Connor —escupe Lara, devolviéndome al mundo real—. ¡Mira lo que le has hecho a Brad!

Mis ojos se giran y le dedican una mirada de exasperación.

—¿Me he perdido algo, princesa? Pensaba que estabas enamorada de mí, no de este gilipollas.

—¡Que te jodan! Vamos, Tony. Llegamos tarde.

Cruzado de brazos, observo con parsimonia cómo desaparecen tras las puertas del instituto. No puedo dejar de sonreír.

—Increíble. ¿Lo has visto, Morgan? Nadie les dará el título a los amigos del año.

—Me estás... haciendo... daño.

Bajo la mirada hacia él y compongo una mueca de arrepentimiento.

—Uy. Lo siento. Estas botas pesan más de la cuenta. Y me parece que antes te he machacado bastante. —Me pongo en cuclillas y me acerco a su oído—. Escucha, *Morg*, no quiero hacerte más daño. De verdad. No te vayas a pensar que pegar a la gente me excita. Porque no lo hace. ¡Tío, mírame! Tu sangre me ha destrozado la chaqueta. Y era mi favorita. Te lo digo en serio, Morgan, esto no me hace feliz. Me cabrea. Y cuando algo me cabrea, alguien sale herido.

—No, por favor —grita, al borde de las lágrimas, mientras se tapa la cara con los brazos.

Entorno los párpados en un gesto aburrido. Tenía que habérmelo imaginado. Va de tío duro, pero solo es un gilipollas que se mete con gente de menor tamaño.

—Está bien, está bien —cedo con grandilocuencia—. Si te pones en ese plan, como un... ¿Qué dijiste que era Zach? Ah, sí, un llorica. Mi vieja memoria empieza a fallar.

—Por favor, vete... —suplica Bradley con los ojos vidriosos.

Finjo deliberar.

—Que me vaya... Hum. Interesante. Me gustas, Morgan —sentencio, agitando el dedo en su dirección—. Eres un tipo duro, pero no temes exteriorizar tus miedos. Eso me impresiona. Creo que podríamos llegar a ser grandes amigos, tú y yo, ¿sabes? Como... ¡hermanos de sangre! Sí. Eso es. Aliados. Cómplices. ¡Los reyes de este puto pueblo! —exclamo viniéndome arriba.

—¿En serio?

Parece esperanzado. Me partirá el corazón desilusionarle. No, espera un momento. ¡Me importa una mierda!

—No. Solo me estaba burlando de ti. La verdad es que me divierte partirte la cara. Siempre y cuando no haya daños colaterales, como ha sucedido hoy con mi pobre chaqueta. Porque eso me

mosquea y, verás, Morgan, resulta que cuando yo me mosqueo, corre mucha sangre. No sé si me sigues.

—Por favor, haré lo que me pidas...

—Bueno, hay algo que sí podrías hacer por mí —admito como el que no quiere la cosa.

Morgan se limpia con la manga el arroyo de sangre que se le escurre por el carrillo de los labios y me mira con ojos huidizos.

—Cualquier cosa. Lo haré —asegura con voz estrangulada. Sé que habla en serio. Está demasiado asustado como para intentar jugármela.

—No te acerques nunca más a Zach. Si me entero de que has vuelto a meterte con mi hermano o que le has puesto un solo dedo encima, regresaré y acabaré lo que he empezado hoy. Y créeme, *Morg*, no te gustará eso. ¿Estamos?

—¡Sí, tío! No volveré a tocarle. Lo prometo. Ahora, déjame en paz.

—Fantástico. ¿Has visto qué fácil? La comunicación siempre es la clave de todo.

Me levanto, le sonrío como si fuésemos los mejores amigos del mundo y le ofrezco mi mano. Me aparta de un manotazo y se pone en pie con dificultad, aunque sin mi ayuda. Su cara tiene un aspecto horrible, hinchada e irreconocible. Creo que me he pasado un poco de la raya. No era mi intención perder el control. De no haber sido por Ophelia, esto podía haber acabado mal. ¿Qué demonios me pasa? Ahora estoy en deuda con ella, y lo que menos me apetece es deberle algo a una Rosetti. Ya sabemos lo mal que acaba eso.

Morgan suelta un gemido de dolor al agacharse para recuperar su mochila. Bajo los ojos hacia él y frunzo el ceño. Odio sentirme culpable. Odio sentir nada, porque sentir es una auténtica mierda. Te vuelves vulnerable y débil. Cuantas más personas por las que preocuparte, más débil te vuelves; más fácil de herir.

—¿Seguro que no necesitas ayuda para llegar a los servicios? ¿O a la enfermería?

—¡Que te den!

Me río entre dientes y finjo que esa mirada acusatoria en sus ojos no me ha afectado en absoluto.

—Imagino que eso es que no. Pues nada. Hasta la vista.

Le doy la espalda y camino unos tres pasos hacia la salida.

Pero hay algo que me carcome la mente. O, mejor dicho, *alguien* que me carcome la mente.

Irritado, suelto un soplido, me detengo y juro hacia mis adentros.

—Ah, y... ¿Morgan?

Me vuelvo para encararle. Sigue ahí, sacudiéndose la suciedad de su estúpida ropa de marca.

—¿Qué?

—La chica nueva. Ophelia. No te acerques a ella. Por tu propio bien.

—¡Que la zurzan! No es mi tipo.

Le guiño un ojo.

—Así me gusta. Que no sea tu tipo. Anda, corre. Llegarás tarde a clase. Hay que ser puntuales, Bradley. ¿Nunca te lo han dicho tus padres?

—Cielo, la cuna ya está en la habitación del bebé. Solo hay que montarla.

Lara se levanta con esfuerzo y, sujetándose la espalda con una mano, se me acerca por el pasillo. Tiene la cara medio torcida, como si acabara de merendar un limón. Ay, no, otra vez no. No me apetece discutir hoy.

—¿Ese coche era de Connor?

—Ajá.

—No ha pasado a saludar.

La agria acusación en sus palabras es más que evidente. Me rasco la ceja, incómodo. Lara y Connor no se llevan muy bien y odio estar en medio de esto.

—Tenía prisa.

—Siempre la tiene.

—Se ha retrasado en el funeral y ahora tiene que recuperar el tiempo perdido —intento justificar a mi hermano.

Lara me pone cara de irritación. Últimamente se ha convertido en su expresión habitual.

—Pues haberte ido, si tantas ganas tenías de verla.

—¡Por Dios bendito, Lara!

—No, si acaba de llegar al pueblo y los Davis ya estáis correteando detrás de ella, como siempre.

Me paso las dos manos por el pelo con gesto furibundo y cierro los ojos por unos segundos. Todo lo que nos rodea se ha convertido en motivo de pelea. Si quiero ir al funeral, por qué voy. Si no quiero ir, por qué no he ido. Cielo Santo.

—¡Su abuela ha muerto, joder! ¡Esto no tiene nada que ver con el pasado!

—¡TODO tiene que ver con el pasado! —ruge ella.

Oh, por Dios. Nuestra casa parece un manicomio. ¿Cómo vamos a ocultarle esto al bebé?

—Si quieres acusarme de algo, hazlo directamente, *cielo*. Estoy harto de recibir indirectas.

—¿Sabes qué? ¡Yo también estoy harta! ¡Llevo once años siendo tu jodido premio de consolación!

—¡¿Premio de consolación?! ¿Tú te estás escuchando? ¡Me casé contigo, Lara!

—Porque ella se marchó.

—¡Te quería! —le grito entre dientes.

—A ella la querías más.

Su tono amargo me deja sin palabras. La miro como si no la reconociera. No, no puedo con esto. No quiero ver esta versión de la mujer a la que creía amar.

Agarro las llaves del coche colgadas junto a la puerta y salgo dando un portazo. Esto me supera. Creo que no estamos preparados para ser padres. Creo que... lo nuestro pende de un hilo y ese hilo lleva resquebrajándose desde que Eleonor Rosetti cerró sus párpados por última vez.

¿Podrías ser tú?

Zach, doce años atrás

Se me rompe la mochila justo en el pasillo del instituto. Todo el mundo se echa a reír cuando mis libros y mi manzana se desparraman por el suelo. Todos, menos ella, la chica de ojos verdes.

—¡Eh, dile a tu hermano que te compre una mochila nueva, *pringao!* —se mofa Page, para divertir a los demás imbéciles que le acompañan.

Cuando éramos pequeños, Tony Page y yo éramos inseparables. Ahora ya no quiere juntarse con *pringados* como yo. Le gusta impresionar a sus amigos *ricachones*. No me importa, aunque me gustaría que me dejara en paz de una vez por todas. Ojalá fuera invisible.

Me subo la capucha para aislarme de todo el mundo, me agacho y empiezo a guardar de prisa las cosas en la mochila, intentando que no se me vuelvan a caer. No le contesto a Page. Si lo hiciera, sería a través de la violencia, y temo que no pueda detenerme una vez perdido el control. Tengo demasiada rabia acumulada en mi interior. Será mejor no encender la cerilla. No quiero ser como Connor, siempre aludiendo a los puños para solucionar cualquier conflicto.

La chica nueva se me acerca, se agacha a mi lado y se pone a recoger unos cuantos libros.

—Ese tío es idiota —dice, y me sonrío cuando alargo la mano para recuperar mis libros—. Y ten en cuenta que solo llevo aquí una hora. Imagínate lo que pensaré al acabar la semana.

Le devuelvo la sonrisa. Con ella es fácil sonreír.

—Dale una oportunidad. Te asombrará, ya lo verás.

Ella frunce la nariz. Tiene una expresión muy simpática cuando hace ese gesto.

—Sí, eso sospecho. —Baja la mirada y coge otro libro, al que estudia con el ceño fruncido—. Vaya. ¿Lees a Poe? Sabes, a mí también me gusta.

Me quedo impresionado. Es la primera chica que me dice que le gusta Edgar Allan Poe. A la mayoría de ellas les suele gustar Stephanie Meyer.

—¿En serio?

—Sip. Esa soy yo. Una loca fan de Poe. Empecé a leerlo a los once años, y nunca he dejado de hacerlo.

—Qué flipe —me asombro.

Su carcajada atrae la atención de varios estudiantes.

—¿Verdad que sí?

Me quedo mirándola y una sonrisa estúpida curva mis labios. Es guapa. Muy guapa. Pelirroja, con unos enormes ojazos verdes que hacen que la piel de su rostro parezca casi traslúcida.

Se ruboriza, y no me hacen falta más indicios para saber que la estoy haciendo sentirse

incómoda.

—Disculpa, no pretendía ser tan siniestro. Soy Zach.

Le alargó la mano y ella la estrecha con una renovada sonrisa de dientes relucientes.

—Ophelia.

—Lo sé. —Avergonzado por mi sinceridad, intento justificarme, no vaya a ser que piense que soy un acosador o algo por el estilo—. Quiero decir que...

—Es un pueblo pequeño —me tranquiliza ella.

Asiento solemnemente, lo cual le arranca otra risita. Me gusta. Esta chica sabe cómo reírse.

—Es un pueblo pequeño —coincido, sin ser capaz de dejar de sonreír.

La campana pone fin a nuestro momento. Ophelia se pone de pie y se cuelga la mochila del hombro.

—Lo siento, tengo que marcharme. No quiero llegar tarde a Lengua.

—Yo también tengo Lengua ahora. Me parece que vamos al mismo curso.

Su rostro se ilumina en una bonita sonrisa.

—¿En serio?

—Sí, creo que sí.

—Genial. Entonces... ¿puedes llevarme? No tengo ni idea de adónde hay que ir.

—Claro. Sígueme.

Me coloco la correa de la maltrecha mochila en el hombro y camino a su lado por el pasillo casi desierto.

—¿Te ayudo con eso? Tu mochila parece pesar bastante.

—Soy una princesa de armaduras, no de coronas.

—Oh. —Frunzo el ceño—. ¿Eso es que no? —le susurro al oído, solo para asegurarme.

Ophelia ríe y no me da más explicaciones al respecto.

—¿Qué te ha pasado en el ojo?

Levanto un hombro con indiferencia.

—Me golpeé contra el armario del baño.

—Auch. Espero que el armario esté peor que tú. Se lo merece.

Riéndome, empujo con el hombro la puerta de clase y la sostengo para que ella entre primero. El profesor de lengua, irritado por la interrupción, se vuelve hacia nosotros.

—Asombroso. El señor Davis nos honra con su presencia hoy.

—Lo siento, señor. He tenido un... percance.

El profesor Fielding se apoya contra su escritorio y se cruza de brazos. Quiere parecer severo, pero la sonrisa bonachona le delata. En realidad, soy su alumno favorito.

—Un percance. ¿Con la señorita Rosetti?

Noto cómo se me incendia el rostro.

—No. Yo... Fue con la mochila. —Todo el mundo rompe en carcajadas y alguien tose un *pringao* en alguna parte de las primeras filas—. Quiero decir que se me ha roto la mochila... ejem... señor.

—Está bien. Sentaos de una vez. Llegáis tarde los dos.

—Lo siento —farfullo cabizbajo.

Me precipito hacia mi sitio, al fondo de la clase. Ophelia me sigue y se instala en el pupitre de al lado. Debe de ser estupor lo que percibe en mi rostro, porque me mira con las cejas en alto.

—¿Qué pasa? ¿Está ocupado?

—No. Es solo que nadie se sienta a mi lado desde secundaria.

—¿Por qué? ¿Tienes gases?

Me ruborizo y empiezo a parpadear deprisa.

—¿Qué? No, yo no...

Se echa a reír.

—Tranquilo. Era una broma.

Compongo una sonrisa abochornada.

—Ah.

Ophelia se vuelve seria.

—Me sentaré aquí, Zach. A no ser que quieras que no lo haga.

—No. Claro que no —Incómodo, me rasgo detrás de la oreja—. Está bien. Siéntate aquí. No hay problema.

—Maravilloso.

—¡Eh, tortolitos! ¿Hay algo que queráis compartir con nosotros?

Sacudo la cabeza y aprieto los labios en un gesto culpable.

—No, señor. Estamos bien así.

—Estupendo. Entonces, callaros de una vez. Página cuarenta y tres, clase. Hoy toca *Hamlet*, en honor a la alumna que se acaba de incorporar. Por si no lo sabíais, se llama Ophelia Rosetti.

—Que alguien me pegue un tiro —susurra la aludida, escurriéndose en su asiento como si pretendiera esconderse bajo el pupitre.

Ahogo una sonrisa, abro el libro de lengua y busco la página cuarenta y tres.

Al final de la tarde, me ofrezco a acompañar a Ophelia a su casa. Hemos estado juntos prácticamente todo el día. Creo que estoy bajo alguna especie de embrujo, porque no puedo apartarme de ella ni por un segundo.

—¿Y tú qué haces para pasarlo bien? —me pregunta mientras paseamos perezosos por la

soleada acera de un pueblo medio desierto. A estas horas no suele haber nadie en la calle.

—Pues no lo sé, lo habitual. Leo, tiro a la canasta... Oh, algunas veces salgo a pescar con mi hermano —añado con súbito entusiasmo—. Eso es lo más divertido de todo. Deberías venir alguna vez.

—¿Tu hermano? ¿No tienes amigos?

Una risa de incredulidad me cosquillea en la garganta.

—¿Aquí? No —bufo, como si me pareciera una idea descabellada.

—¿Por qué no?

—Verás, Ophelia, mi familia... Bueno, es complicado.

Ralentiza el paso, bastante intrigada por mi secretismo.

—¿Por qué es complicado?

Mierda, nunca le he dicho esto a una chica nada más conocerla.

—Digamos que mi padre nunca fue un ciudadano ejemplar. Ahora se ha ido, pero la gente de Marion no olvida.

—La gente de Marion es gilipollas si te juzga por los errores de tu padre.

—Un poco, sí —admito, insinuando apenas una sonrisa.

Nos detenemos al llegar delante de su casa. Me parece percibir un movimiento detrás de las cortinas de la cocina, aunque no podría dar fe de ello.

—Muchas gracias por acompañarme, Zach.

Hago como que me coloco la correa de la mochila.

—No hay de qué.

Me pone un poco nervioso estar con ella. No lo sé, me gusta, y temo meter la pata y hacer que esto se vaya a la mierda. ¿Cuánto tardará en darse cuenta de que soy un pringado?

—¿Vives cerca?

Carraspeo, incómodo.

—Sí. Somos vecinos.

Sus ojos se abren con una chispa de entusiasmo.

—¿En serio? ¿Cuál es tu casa?

Mierda. Ojalá no lo hubiese preguntado.

—Es... —Cojo aire en los pulmones y se la señalo con el dedo—. Esa de ahí. La que está a punto de hundirse bajo su propio peso.

Sus ojos siguen la trayectoria de mi dedo. Permanece callada durante unos momentos, mientras contempla la monstruosa construcción de piedra que lleva a la intemperie más de cien años. Hubo un tiempo en el que los Davis gobernaban este lugar, como una especie de aristocracia local. De eso hace mucho. Ahora somos gentuza.

—¡Guau! ¿Una casa de piedra, eh?

—Sip.

—Debe de ser la única de todo el estado. La nuestra es de madera, como las demás.

—Ya. Mi familia es especial. Nos hemos construido una casa que parece el hogar de unos indigentes. Para destacar, ¿sabes? Nadie puede competir contra eso.

Ophelia frunce el ceño y vuelve la mirada hacia mí, una mirada censuradora que me hace ruborizar.

—Pero ¿qué dices? No parece el hogar de unos indigentes. Más bien de unos vagos. Aunque la casa tiene potencial —añade para consolarme—. Con un lavado de cara, quedaría bastante bien. Si quieres, puedo echarte una mano con eso. No se me da nada mal pintar cosas.

—No, no te preocupes. No quiero molestarte.

—No es ninguna molestia. Me relaja pintar. Me impide pensar en cosas en las que no me apetece pensar. —Contempla de nuevo la casa y una expresión medio ausente se apodera de su rostro—. Guau. No puedo creer que vivas ahí, Zach. Es... enorme. Un poco siniestra. Parece vieja.

—Lo es. Tiene más de doscientos años, y se está cayendo a cachos. Habría que restaurarla y todo eso. Mi hermano piensa hacer algunos arreglos este año. Tiene algo de dinero ahorrado y...

No sé qué más añadir, así que dejo la frase en el aire.

—Ya.

—En fin —concluyo cabeceando.

Sobreviene un silencio un poco incómodo.

—Bueno, tengo que entrar —dice Ophelia de repente—. Hace rato que noto la presencia de Eleonor detrás de las cortinas, y no me apetece que salga en bata y con los rulos puestos. Créeme, no es una imagen agradable.

Pongo una sonrisa triste. Ya está. Se ha dado cuenta de que soy un pringado y no quiere perder más tiempo conmigo.

—Lo entiendo. Pues... encantado de conocerte, Ophelia.

Su ceño se frunce de nuevo.

—¿Por qué lo dices en ese tono?

—¿Qué tono? —me hago el ingenuo.

—Como si fuera una despedida. Mañana iremos juntos al instituto, ¿no?

Mi mueca triste se convierte en una sonrisa radiante.

—¿En serio?

—Pues claro. Somos amigos, ¿no? A lo mejor podríamos hacer algo divertido este fin de semana. Lo iremos concretando, ¿vale? Hasta mañana, Zach.

Me da un beso fugaz en la mejilla y sale corriendo hacia el porche. Me quedo mirándola como un gilipollas, y me apoyo en la pequeña portezuela de madera que yo mismo pinté de blanco el verano pasado. La señora Rosetti es una de las pocas personas de este pueblo que me contratan en

vacaciones para hacerme cargo de pequeños arreglos que necesitan sus propiedades.

La señora Rosetti es un encanto. Y su nieta también lo es.

Con una sonrisa de oreja a oreja, giro sobre los talones y apresuro el paso hacia la lúgubre casa en la que vivo. Hoy estoy extrañamente contento. Silbo y todo. Quizá la quemazón en la mejilla tenga algo que ver con mi buen humor.

¿Te hundirás conmigo?

El presente de Connor

Llego al bar bastante pillado de tiempo. Menos mal que no me he puesto elegante para el funeral. Si no, tendría que tocar en traje. No tengo tiempo ni de pasar por el baño. Me alegro de haber elegido esta mañana unos vaqueros negros cómodos y una camiseta negra sobre la que cuelga mi amuleto de la suerte. Voy bien para un concierto de rock.

Los chicos ya están aquí. Los saludo con la cabeza, doy un trago a una cerveza que alguien me ofrece y, cambiando la guitarra clásica por el bajo eléctrico, me subo al escenario y me coloco en mi sitio. Rusty, sentado en la batería, me pone cara de pocos amigos.

—Lo siento —articulo despacio.

Niega y entorna los párpados. Ya sé lo que está pensando. Piensa que estoy perdiendo de nuevo la cabeza por Ophelia. Y no es así. No tengo intención de volver a pasar por toda esa mierda otra vez. Lo de hoy se lo debía a Eleonor. Nada más. No es como si hubiese ido para verla a ella. Puff. Qué locura, ¿verdad?

—Buenas noches a todos —digo acercándome al micrófono—. Somos Sound Of Chaos y esta noche vamos a interpretar para vosotros uno de nuestros viejos éxitos: *Chaos*. Trata sobre... lo devastador que es el primer amor. Esperamos que os guste.

El público grita entusiasmado.

Supongo que hasta que no formulo las palabras en voz alta, no me doy cuenta de lo que esto supone.

Entrecierro los párpados, gruño un taco y miro a Rusty con expresión culpable. Sigue negando. Pese a su reticencia, empieza a marcar el ritmo.

Me agarro al pie del micrófono con las dos manos y canto:

—Perdámonos en este abismo. Puedes hacerlo. Puedes quebrantar el mundo por encima de ti, amor. No quiero que llores esta noche. Solo quiero sentirte. Estoy cansando de estar aquí, abajo. ¿Y qué si me he hundido? ¿Te hundirás conmigo?

Vaya mierda. Y yo que pensaba que lo había superado todo...

El inquebrantable vínculo de dos hermanos

Connor, doce años atrás

Intento escribir la letra de la canción nueva que compuse ayer, pero no puedo. No me salen las palabras.

—Ojos verdes que...

¿Ojos verdes? ¿Por qué estoy pensando en ojos verdes? ¿Seré idiota? Enervado conmigo mismo, me pongo en pie y empiezo a dar vueltas por el salón como una fiera acorralada.

—Sonrisa... vi su sonrisa y... hmmm... su cándida sonrisa... ¡Qué mierda! —Tiro el lápiz al suelo y le doy una patada que lo lanza hacia la pared—. A ver, piensa, joder. ¡Y nada de mariconadas, Connor!

Bloqueado, me paseo arriba y abajo por la habitación, descartando varias ideas, hasta que, de pronto, una hilera de notas nuevas aparece dentro de mi mente. Me precipito sobre el viejo piano de cola y empiezo a arrancarle al teclado un par de acordes. Ni siquiera pienso en las palabras. Entono lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Perdámonos en este abismo. Puedes hacerlo. Puedes quebrantar el mundo por encima de ti, amor. No quiero que llores esta noche. Solo quiero sentirte. Estoy cansando de estar aquí, abajo. ¿Y qué si me he hundido? ¿Te hundirás conmigo?

—Suenan bien.

Mis dedos se detienen de golpe al escuchar la voz de mi hermano.

—¿Ya has vuelto?

Como no dice nada, me muevo un poco y lo miro por encima del hombro. Zach está apoyado contra el marco de la puerta y tiene los brazos cruzados en actitud despreocupada.

—Sip. Eso parece.

—¿Qué tal con Morgan?

—Ha pasado de mi culo. Por cierto, enhorabuena. Has hecho un buen trabajo con su cara.

—¿A qué está guapo ahora?

—Mucho. ¿Qué era eso que estabas tocando?

Vuelvo la vista al frente y frunzo el ceño. Ni yo mismo sé qué estaba tocando. No era la canción de ayer, sino una nueva que se me ha ocurrido así, de repente, al pensar en... ¿ella? ¿Y por qué demonios estaría yo pensando en ella?

Me paso las dos manos por el pelo y rebuzno irritado.

—Nada, solo estaba... —Bajo la tapa del piano con brusquedad y entorno los ojos—. Estaba haciendo el imbécil. No es nada.

—Pues sonaba bien. Aunque un poco sentimental para lo que suele ser tu estilo. ¿No estarás borracho?

Me levanto y me vuelvo hacia él con oleadas de exasperación barriendo mi cara.

—¿Quién crees que soy? No, no estoy borracho. ¿Tú no tienes deberes que hacer?

—Eh, tío, no te pongas así. Solo era una broma. Sí, tengo deberes, pero me queda todo el día por delante. ¿Qué hay para comer?

Me paso una mano por el pelo y suspiro.

—He hecho pasta.

—¿Otra vez? —se queja, de camino a la cocina.

—¿Comer pasta tres veces por semana es demasiado para el señorito? ¡Entonces hazte unos putos huevos fritos, Zach! Esta mañana dijiste que no te hacía falta una niñera.

Regresa de la cocina con un vaso de zumo, del que toma un sorbo mientras avanza hacia mí.

—Estás inaguantable, ¿lo sabes? No se te puede decir nada. ¿Qué mosca te ha picado?

Me desplomo en nuestro desgastado sofá y emito un profundo gruñido de fastidio. No puedo ponerme así con él. Zach no tiene la culpa.

—Lo siento. Es que no he pegado ojo.

Se sienta a mi lado y toma otro sorbo de zumo.

—¿Y eso?

Me está mirando por encima del vaso. Compongo una expresión irritada.

—Estaba pensando en... —¿Ojos verdes?, me propone mi mente, pero rechazo de inmediato esa idea—. Estaba pensando en una... canción que me obsesiona.

Mi hermano me ofrece un trago, que rehúso con la cabeza. Si hablar con Ophelia me ha quitado, literalmente, el sueño, es que necesito beber algo mucho más fuerte que el zumo de cereza. O ingresar en un puto manicomio.

—La he conocido.

Necesito un segundo para reaccionar.

—¿A quién? —pregunto distraído, perdido en mis reflexiones.

—A Ophelia, ¿a quién va a ser?

Entrecierro los ojos al escuchar su nombre. ¿Es que ni en mi propia casa se me permite olvidarme de ella?

—Ah. Claro...

—Vamos al mismo curso —prosigue Zach, exaltado.

¿Y por qué me mosquea que a mi hermano le entusiasme tanto la idea de haberla conocido? «¡Ni que me gustara la chica, por Dios!».

—¿Y qué tal? —pregunto como si no me importara—. ¿Te parece que está buena?

Mi hermano ríe y sube los pies a la mesita de café.

—¿Buena?! Tío, no blasfemes. Ophelia es... ¡alucinante! Es súper lista, y sensible y... ¡guapísima! Quiere que hagamos algo el fin de semana. ¡Juntos! ¿Te lo puedes creer?

Noto cómo se me desencaja la expresión y una extraña tensión me endurece la mandíbula. «¿Y a mí qué más me da lo que hagan o dejen de hacer un par de mocosos como ellos?».

—Ah. Así que ahora sois los mejores amigos del mundo. Cojonudo.

Mi hermano parpadea, sorprendido por ese tono tan hostil.

—¿Te pasa algo?

«Muy buena pregunta, Zach. Ojalá supiera contestártela».

—¿Connor?

Está preocupado. Me esfuerzo por componer una sonrisa tranquilizadora.

—Nada. Estoy bien. Solo necesito tomar un poco de aire. No me esperes para cenar, ¿vale? Daré un paseo y luego me iré directamente al bar.

—¿Es que ahora tocas todas las noches? Pareces agotado. ¿Por qué no te tomas la noche libre y descansas un poco? Seguro que se las pueden apañar sin ti.

—Necesitamos la pasta, Zach. La universidad no es barata.

—Intentaré conseguir una beca, ya te lo dije.

Me pongo en pie y me enciendo un cigarrillo.

—Por si no la consigues, necesito reunir la pasta antes de que acabe el curso. No permitiré que te quedes sin estudios. Tú, no.

Zach se vuelve serio, como hace siempre que tocamos este tema, y me mira con cierta preocupación.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Vas a volver al Conservatorio algún día?

Visto la chupa de cuero que tiré esta mañana al respaldo del sofá y exhalo el humo hacia arriba.

—Es improbable. No podemos permitirnos las dos matrículas.

—Pero, si me dieran la beca y no tuvieras que pagar mi matrícula, ¿querrías volver?

No quiero pensar en esa opción, porque hay muy pocas probabilidades de que eso ocurra. Lo único que se consigue teniendo sueños es que te lleves muchas decepciones, y yo ya no estoy para que me decepcionen.

—No te acuestes muy tarde, o mañana te retrasarás otra vez.

—¿Lo harías, dime? —insiste Zach, persiguiéndome ansioso—. ¿Te gustaría volver?

—¡No lo sé, Zach! —me mosqueo—. Haz los deberes y vete a la cama. Y no se te ocurra volver a emborracharte o la siguiente cara que parta va a ser la tuya.

Me hermano pone mala cara.

—Venga ya, pero si me adoras.

—Sí, claro. Tú sigue pensando eso.

Salgo a la calle, me detengo por un segundo al lado de la puerta y sonrío para mí. No es más

que un crío, pero ese crío de ahí es todo lo que me importa en el mundo. Haría cualquier cosa por Zach. Esa es la terrible realidad.

Sé que debería irme directamente a casa de Eleonor, pero no me apetece lidiar con mi familia tan pronto ni ponerme a guardar sus cosas en cajas. Necesito más tiempo. Aún no he asimilado nada de esto.

Volver a estar cerca de Connor ha tambaleado otra vez los cimientos de mi mundo. He recordado cosas, cosas dolorosas. Y con el fallecimiento de Eleonor todavía reciente, la verdad es que estoy devastada y solo hay un sitio en toda Virginia capaz de hacerme sentir mejor.

Aparco el Mercedes al otro lado de la calle, rodeo la casa por la parte de atrás y tuerzo hacia el bosque. Camino con cuidado. Está todo mojado y resbaladizo y huele a lluvia. Eso me asegura un par de horas de soledad. A Eleonor le inquietaba que fuera sola al bosque. Le daba miedo que me fuera a pasar algo malo. Fue bastante protectora conmigo ese trimestre que vivimos juntas.

Al principio no me dijo cuáles eran los peligros a los que me enfrentaba en Marion. Pero no tardé en averiguarlo yo misma, tan pronto como conocí a los hermanos Davis. Primero a Connor, que me fascinaba con su arrolladora personalidad. Y luego a Zach, tan sensible y encantador que no podías resistirte. Juntos, formaban el chico perfecto.

Claro que no se podían juntar en uno solo. Había que elegir, y creo que yo elegí al equivocado.

Y, sin embargo, Dios sabe que era el único para mí. Pequeñas ironías de la vida, supongo.

Tengo un amigo que tiene una teoría sobre los grandes amores. Dice que todos somos el gran amor de alguien, pero que ese *alguien* nunca es nuestro gran amor y que de esa forma nos pasamos la vida amando a gente que no corresponde nuestros sentimientos. Es una teoría bastante deprimente. Mi amigo es un tipo bastante deprimente, la verdad.

El graznido de un pájaro despierta ecos en el silencio del bosque. Levanto la mirada y atravieso unos jirones de niebla que se han negado a disolverse y flotan ahora a la altura de mis hombros. El sol empieza a asomar, se filtra a través de las hojas verdes de los árboles y proyecta una alfombra de luces y sombras sobre el suelo cubierto de ramas y hojarasca seca.

Abrazada a mí misma, me adentro en el bosque con pisadas tranquilas, aunque en el fondo de mi corazón sé que en realidad estoy adentrándome en el pasado.

Tan pronto como acabamos de comer, Eleonor y yo nos ponemos a recoger la mesa.

—Y bien, señorita, ¿piensas soltar prenda?

Guardo los vasos en el lavavajillas, me vuelvo hacia ella y la miro sin saber a qué se refiere. La verdad es que he estado bastante ensimismada durante toda la comida.

—¿Sobre qué, abuela?

—¿Qué tal tu primer día? Te has mantenido muy taciturna durante la comida.

—Ah, eso. Bueno, no ha estado mal. He conocido a mucha gente, aunque no me acuerdo de sus nombres. Solo del de Zach. Es nuestro vecino. Vive...

—Ya sé quién es Zach —me interrumpe Eleonor, impaciente—. Llevo cincuenta años viviendo en este pueblo. Conozco a todo el mundo.

—Pues claro. Qué tonta.

—¿Y qué tal con Zach?

Hago un gesto de despreocupación con los hombros.

—Bien. Es majo. Nos hemos hecho amigos a la primera.

—No me sorprende —dice, alargándome un último plato sucio—. Zach es un chico encantador. Coloco el plato en el hueco que queda, me enderezo y me seco las manos con un trapo.

—Sí que lo es —coincido, de camino hacia la mesa. Cojo la jarra de limonada y la guardo en la nevera. Luego, me giro hacia Eleonor—. Sabes, he notado que los demás chicos se meten mucho con él. ¿Tienes idea de por qué?

—Por su padre —me explica, de espaldas a mí. Abre el armario que hay bajo el lavabo y retira un bote de detergente líquido, que, acto seguido, vierte en el dispensador del lavavajillas—. Solía ser muy problemático. Bebía más de la cuenta y armaba cada escándalo que no veas. —Pulsa el botón de inicio, se vuelve y se apoya contra la encimera. El lavavajillas empieza a rugir—. El caso es que Zach lo pasó bastante mal mientras su padre vivía y, por desgracia, sigue haciéndolo, porque la gente de los pueblos pequeños es... de mente cerrada.

Retiro una silla de debajo de la mesa y me siento.

—Me parece injusto. Zach no tiene por qué ser condenado por los errores de su padre.

—Coincido contigo. —Titubea unos momentos, como si quisiera decirme algo más y no supiera cómo hacerlo—. Escucha, Ophelia. Zach es un buen chico.

—No me cabe duda.

—He visto cómo te miraba hoy.

Suelto una risita tonta.

—¿Y? ¿Por qué te pones tan solemne, abuela?

Eleonor me observa con ojos fríos.

—Porque también he visto cómo lo mirabas tú, Oph. Le gustas, pero para ti Zach solo es un amigo. No le des falsas esperanzas, ¿quieres? No se merece que le hagan más daño.

Dejo escapar otra risa, esta vez de pura incredulidad. ¿Qué más necesito hacer para que entiendan que yo ya no soy así?

—¡Vamos, abuela! Hace un par de horas que me conoce. No entiendo por qué me estás dando la charla. Solo somos amigos.

—Y eso me parece estupendo, cielo. Solo... —Coge aire hondo en los pulmones y confecciona una sonrisa tensa—. Solo asegúrate de que él lo sepa, ¿vale?

Pongo los ojos en blanco.

—Vale —convengo irritada—. ¿Sabes qué? Voy a salir a dar una vuelta antes de ponerme a hacer los deberes. Siento que me estoy asfixiando aquí dentro.

Noto cómo se pone rígida. «*Y ahora, ¿qué?*».

—Tengo que volver a la tienda, Ophelia.

—¿Y?

—¿Y vas a ir a dar una vuelta? ¿Tú sola? ¿Otra vez?

Niego muy despacio con la cabeza y suelto un bufido incrédulo. ¿Así va a ser todo el rato? ¿Comportándose de este modo siempre que salgo de casa?

En mi fuero interno, sé que Eleonor lleva razón. No es que le haya dado demasiadas razones para que confíe en mí, y la abuela es de la vieja escuela, de los que piensan que la confianza hay que ganársela. Sé que tiene su parte de razón, pero no puedo evitar sentirme escocida. ¿Por qué no puede tener fe en mí? No soy una causa perdida, por mucho que todo el mundo piense lo contrario. Sé que no lo soy. Puedo hacer las cosas bien y las haré a partir de ahora.

Guardo silencio hasta que se calma la rabia que crece en mi pecho, y luego cojo aire en los pulmones y me acerco a ella.

—Escucha, abuela, sé que he cometido errores. Y nadie lo ha pagado más caro que yo, pero...

—No fue culpa tuya —me acalla con dureza.

—No me mientas —suplico con la voz rota de dolor—. Tú, no.

—¡Ophelia! —exclama consternada.

La miro con gesto elocuente y empiezo a sentirme cada vez más débil, cada vez más cansada. Las lágrimas pugnan por salir y sé que me estoy quebrantando cada vez más deprisa. He intentado ser fuerte, pero no sé si seré capaz de conseguirlo, porque hay momentos en los que quiero dejar de luchar y regresar a lo de antes; coger el camino más fácil de todos. Y aunque sé que eso es lo más egoísta que he hecho nunca, no puedo dejar de desearlo.

—Cuando os miro a los ojos —susurro con voz apagada—, lo veo. Veo el reproche en vuestras miradas, abuela, y sé que todos pensáis que lo que pasó fue culpa mía. Y, francamente, yo también lo pienso. Cometí un error, y lo daría todo por poder cambiar lo que sucedió esa noche. Pero no puedo. Lo único que puedo hacer es intentar portarme bien a partir de ahora, lo cual estoy haciendo. Por favor, no me lo pongas tan difícil. No soy tu prisionera. Esto no es una cárcel. *Accedí* a mudarme aquí, ¿vale? Toda mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados en menos de dos meses. He tenido que renunciar a todos mis amigos y nunca me he quejado por hacerlo. Pero, por favor, no me pidas que me quede encerrada en esta casa, porque no pienso complacerte. Necesito espacio, ¿vale? Intento enmendar mis errores y tú tienes que permitir que lo haga a mi manera.

Eleonor coloca las dos palmas en mis hombros y clava los ojos en los míos. Su mirada es penetrante. Muy intensa. Una sombra de frialdad cubre su rostro.

—No fue culpa tuya, Ophelia —me dice, enfatizando cada palabra—. Tú no pediste que te hicieran eso.

«¿Qué sabrá ella?»

Los ojos se me empiezan a nublar. Los cierro y aprieto los párpados con fuerza, para impedir que las lágrimas se derramen por mis mejillas.

—Asegúrate de volver antes de la hora de cenar —concluye Eleonor con suavidad un segundo antes de apartarse de mí.

Cuando abro por fin los ojos, la casa está vacía.

Sin aliento, agarro mi anorak y me abalanzo sobre la puerta, desesperada por respirar un poco de aire fresco. Apoyo las palmas contra la balaustrada del porche y me quedo ahí parada unos cuantos segundos, cogiendo pequeñas y controladas bocanadas de aire en los pulmones. Cuando consigo estabilizarme un poco, bajo los escalones y me apresuro hacia el sendero que lleva al bosque. Necesito alejarme de todo; alejarme y no mirar atrás.

El viento es tranquilizador, sopla con tanta fuerza que se me clava en los huesos, pero al mismo tiempo apacigua la ira que late dentro de mí. Mis pisadas son inciertas, sin rumbo. Ha refrescado bastante desde esta mañana, y el aire viaja con el inconfundible olor del otoño. Se acerca tormenta, hay truenos resonando a lo lejos, en el sombrío cielo de Virginia. Los arces han empezado a exponer sus tonos de ocre y rojo intenso, y ya están acumulando a su alrededor una delgada manta de hojas muertas, que yo voy aplastando mientras camino.

Eleonor y yo vivimos alejadas del centro del pueblo. De hecho, la propiedad Rosetti es lo único que se interpone entre la civilización y el bosque. La nuestra es la última vivienda a mano derecha.

De pequeña no pasé demasiado tiempo aquí, a lo mejor podría llegar a sumar un par de semanas a lo largo de todos estos años, pero recuerdo que siempre me entusiasmaba la idea de

venir.

Por desgracia, media hora después, me entusiasmaba mucho más la idea de largarme, porque no había mucho que hacer en un lugar tan solitario como este. No para una chica como solía ser yo en esa época.

«*Ojalá te hubieses quedado. Ahora todo sería diferente*», resuena una voz dentro de mí.

La acallo, me arrebujó en mi anorak y giro a la derecha, ya que el sendero queda cortado por un muro de matorrales. Las ramas secas que rompo al caminar crujen bajo mis pies. Aquí dentro no hay ruidos, salvo por los típicos de la naturaleza, las hojas meciéndose por encima de mí, el viento gimiendo entre los viejos árboles y algún que otro trueno a lo lejos.

Estamos en el oeste de Virginia, donde las tormentas se producen de forma regular. Los inviernos en Marion son severos, ventosos y con abundantes nevadas. Supongo que me acostumbraré al frío. No queda mucho hasta su llegada.

Camino pensando en las fiestas de invierno, cuando un ruido a mis espaldas hace que me sobresalte. Me lo he debido de imaginar, ya que, al detenerme, el bosque sigue sumido en el mismo silencio siniestro de antes. No es la primera vez que mi paranoia me juega una mala pasada. Últimamente, me asusta incluso mi propia sombra.

Hago una pausa deliberada y miro otra vez hacia atrás, aunque no percibo ningún movimiento entre los árboles. Seguro que no era nada.

—Estás alucinando —me tranquilizo con un hilo de voz.

Sin embargo, la sangre me late en los oídos y noto una extraña rigidez en la zona del cuello. Puede que pasear sola por el bosque no haya sido una de mis mejores ideas.

Estoy inquieta. Demasiado inquieta.

Camino más deprisa y procuro recordar si hay otra salida, más cercana que la he dejado atrás. Empiezo a agobiarme. Necesito salir de aquí.

La caminata se convierte en una carrera.

Tuerzo a la derecha y es entonces cuando escucho de nuevo ese crujido que hace que mis pies dejen de moverse.

Me armo de valor y, despacio, giro sobre los talones, con el corazón palpitándome como loco dentro del pecho. Sea cual sea la amenaza, necesito saberlo.

En cuestión de segundos, me quedo paralizada, mirando con ojos desaforados la oscura silueta que camina en la penumbra. Y, acto seguido, suelto un grito cuyo eco regresa de inmediato y lo hace parecer aún más aterrador.

El desconocido levanta las manos en señal de rendición.

—Por favor, no grites. No voy a hacerte daño. Solo estaba dando un paseo.

Frunzo el ceño, recelosa. Esa voz me es familiar.

—¿Connor? —musito para estar segura de ello, ya que su rostro todavía se mantiene oculto

entre sombras.

—Te acuerdas de mi nombre, ¿eh?

Se me acerca y me dedica una sonrisa tranquilizadora, pero yo me mantengo igual de desconfiada, ahí clavada en el suelo, con los ojos fuera de las órbitas, el rostro pálido y el corazón galopando con fuerza entre las costillas.

—Lo siento, no era mi intención asustarte —se disculpa al ver mi cara de espanto—. ¿Estás bien?

Necesito un tiempo antes de hablar, para intentar que las rodillas dejen de temblarme tanto.

—No lo sé —respondo con cautela, advirtiendo que mi voz ha sonado bastante más hosca de lo que me hubiese gustado.

Connor me observa con ojos atentos. Me pregunto si estará escuchando el latido de mi corazón. Tengo la impresión de que es un sonido monstruoso.

—¿Y por qué no lo sabes?

—Tú estás aquí —murmuro, buscando sus ojos.

Su gesto se vuelve ceñudo. Algo desconfiado.

—¿Y?

—Pues que, vista la demostración de ferocidad de esta mañana, no sé si eso es malo, nefasto o... sencillamente, catastrófico.

Aprieta los labios con fuerza, pero no puede contenerse y acaba soltando unas cuantas carcajadas.

—No seas tan melodramática, Ophelia. No soy ningún salvaje. Estás a salvo conmigo. No pienso abalanzarme sobre ti. A no ser que lo estés deseando. —Hace una pausa y me mira travieso—. Y esto lo pregunto solo para descartarlo como posible opción: ¿lo estás deseando?

—¡Claro que no! —me indigno, rodeándome el torso en un abrazo bastante remilgado, que le arranca una sonrisa indolente a Connor.

—Entonces, asunto arreglado. ¿Has visto qué fácil?

—No sé si puedo confiar en ti.

Sus ojos dan una vuelta completa sobre sus propias órbitas.

—¿Y, en nombre del Señor, qué he hecho yo para no ser merecedor de tu confianza?

«Emanas una seguridad en ti mismo demasiado poderosa. Tu voz es atractiva como el canto de una sirena. Tienes una mirada distante que me resulta muy sexy. Y, lo más importante de todo, tus ojos son tan hipnóticos como amenazadores».

—Nada. *Todo.*

—Eres una chica demasiado profunda. Simplifica eso, haz el favor, para que los menos espabilados podamos entenderte.

Me encojo de hombros.

—¿No es obvio?

—¿Lo es? —se sorprende él, con las cejas en alto.

—Es que no me has parecido demasiado... civilizado esta mañana.

—Ah, la pelea. Es verdad —dice, como si se le hubiera olvidado ese incidente, al que considera insignificante, a juzgar por la mueca desdeñosa que adopta su rostro.

—Sí. *La* pelea —apostillo, para concederle la importancia que realmente tiene.

Connor vuelve a poner los ojos en blanco.

—No te pongas así. Te aseguro que ese tío se lo ha ganado a pulso. Es un gilipollas.

—Eso ya lo he notado nada más conocerle, pero el simple hecho de que Bradley Morgan sea un gilipollas, no quiere decir que tengas derecho a darle una paliza de muerte.

—Fue más bien una reyerta de escasa importancia.

—No lo sé. No estoy acostumbrada a tanta... demostración de testosterona.

Un gesto de exasperación endurece sus simétricas facciones. Sus ojos me miran y, de repente, me parecen fríos y cortantes como el hielo.

—Estás equivocada. Si hubiese deseado presumir de testosterona, me habría ligado a su chica. En cambio, lo único que he hecho ha sido patearle el culo.

—La cara, más bien.

Mi intervención parece divertirle, ya que la sombra de una sonrisa se insinúa en las esquinas de su boca.

—Te encanta llevarme la contraria, ¿eh?

—No especialmente.

Su mirada baja hacia la mía, y hay cierta dureza en ella.

—¿Qué haces en el bosque, Ophelia?

—Paseando, igual que tú.

—No deberías estar aquí.

Me quedo mirando sus ojos, tan profundos, tan oscuros, tan... infranqueables. Sus ojos arden con una pasión que me deja demudada.

—¿Sabes, Connor? No eres quién para decirme lo que debo hacer y lo que no.

La comisura derecha de su boca se eleva en una media sonrisilla apenas perceptible. De hecho, tan borroso resulta su gesto que empiezo a pensar que me lo he imaginado todo.

—¿Nunca te han contado la historia de Caperucita? A lo mejor hay algún lobo feroz acechando en la oscuridad. Si quieres mi consejo, no se lo pongas tan fácil.

—Aquí lo único feroz que hay eres tú, Connor —repongo, desafiante—. Y no me impresionas.

Se ríe con ganas. Me gusta su risa. Es extraño, porque hace que el cerebro se me desconecte. Debería mantener la guardia alta. Dado mi historial, debería estar aterrada. Él es un perfecto desconocido para mí y, si hago uso de un poco de inteligencia, diría que me acaba de advertir de

que lo más sensato que puedo hacer es apartarme de los lobos feroces. Como él.

Pero no sé, Connor me inspira cierta confianza. Hay en él algo que invita a acercarse. Algo ¿honorable? Algo ¿protector? Algo ¿tierno?

Sí, eso es. Hay en él algo tierno, a pesar de todo. No creo que sea tan malo como aparenta, con su ropa oscura, su cabello despeinado y esa actitud suya de *todo me importa un bledo*.

A primera vista puede que parezca indisciplinado, pero creo que solo es su modo de mantenerse apartado. De lo contrario, no me explico cómo es posible que alguien tan impredecible y distante pueda llegar a parecer tan vulnerable en ocasiones.

Creo que es un hombre de fuertes contrastes, y creo que es complicado y bastante desconcertante para quienes intentan comprenderle.

Sin embargo, no creo que sea peligroso. La gente peligrosa no actúa como él. El peligro se oculta tras palabras dulces y falsas promesas. El peligro no llega con una maldita advertencia de seguridad.

Connor me ha advertido que me mantenga apartada de él. Y por eso sé que no corro ningún peligro. Al menos, no de forma inminente.

Se da cuenta de cómo le estoy mirando y algo se altera en su expresión facial.

—Oh, no, no hagas eso, Ophelia —advierte, como si la simple idea le resultara sobrecogedora.

—¿El qué?

—Te estás equivocando conmigo —murmura, mirándome a los ojos.

Me fijo en la tensión que contrae sus labios y trago saliva.

—¿En qué sentido?

De dos zancadas se planta delante de mí. Ahora está demasiado cerca, invade mi espacio personal. Y eso me... ¿trastorna?

Lo miro sin aire en los pulmones. Sus ojos son... Dios mío, son tan intensos, tan misteriosos... Podría ahogarme y no volver a salir jamás. Hay cosas, cosas terribles, ocultándose tras las pupilas de Connor Davis.

Y, a pesar de todo, me siento segura en su compañía. No importa el matiz amenazador que exhiban sus ojos. Él no es como los demás. No sé cómo, pero estoy segura.

—Dímelo —vuelvo a susurrar, buscando frenéticamente una respuesta en las profundidades de su mirada.

El rostro de Connor se tuerce en una mueca vulnerable. Mueve el brazo y me roza la mejilla con el nudillo de su dedo índice. Apenas lo siento, ni siquiera sé si ha llegado a tocarme de verdad o si me lo he imaginado todo. No debe de trascurrir más de un segundo hasta que deja caer la mano; un solo segundo en el que mi mundo deja de girar por completo.

Empiezo a notarme un poco mareada. Sus ojos bajan por mi rostro y enfocan mi boca. No dice nada, se limita a fruncir el ceño en un gesto pensativo. Algo me dice que vamos a besarnos.

Sin embargo, sus labios se acercan a mi oído.

La respiración se me acelera de golpe al absorber su olor. Desconozco el motivo, pero en este momento el cálido cuerpo que se insinúa por debajo de su ropa me atrae como un imán. Estamos rodeados de tanta energía estática que el aire se ha convertido en chispas a nuestro alrededor. Nunca me había sentido así, como si nada importara.

—Estás buscando algo en mí. Algo bueno. Deja de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque soy exactamente el cretino que crees que soy —me susurra al oído, con la voz más suave que he oído en toda mi vida—. No valgo la pena.

Y sin añadir nada más, se vuelve sobre los talones y da media vuelta, dejándome tan descolocada que tengo que apoyar la espalda contra un árbol para impedir que me fallen las piernas.

Mientras intento tomar controladas cantidades de aire a través de los labios entreabiertos, miro desafortadamente a mi alrededor, con la esperanza de que aún siga por aquí.

Una larga exhalación brota de mi interior cuando comprendo que Connor se ha marchado. Joder.

Caos, siempre el maldito caos

El presente de Connor

—Pensábamos que no ibas a llegar. Podías haber avisado de que te retrasabas.

—Tío, no me des la paliza. Estoy aquí, ¿no?

—Sí, ahora.

—El concierto ha empezado a tiempo.

—Por los pelos.

Me vuelvo hacia él y le lanzo una mirada de advertencia, aunque no parece dejarse amedrentar por la ira apenas contenida en mis ojos.

—Mira, Rusty, tío, no estoy de humor ahora mismo. Recojamos esto y larguémonos de aquí.

Rusty suelta un taco por lo bajo y se pone a cargar un amplificador en la furgoneta.

—¿Y de qué coño iba lo de *Chaos*? —empieza otra vez, al volver—. Hace diez años que no está en nuestro repertorio.

Con absoluto aplomo, me entretengo desmontando la batería. Así tengo una excusa para no mirarle a la cara.

—Once. Y la he elegido porque es una buena canción.

—Claro, claro. El hecho de que se la hayas compuesto a tu ex, que resultó ser el amor de tu vida, no tiene nada que ver con esto, ¿verdad? Es una casualidad que hoy hayas tocado precisamente en el funeral de su abuela.

Dejo caer el cajón de la batería con demasiada brusquedad y me giro para encararlo. La rabia arde en mi pecho, como suele pasar cuando alguien menciona a Ophelia.

—¿Tú quieres una paliza o qué? Sigue tocándome los huevos, ya verás lo que pasa, Rusty.

Rusty se limita a clavar los ojos en mí, desafiantes y fríos como nunca.

—Inaguantable como siempre. No sé qué coño tendrá esa chica, tío. Siempre te vuelves loco cuando anda cerca.

—Deja de decir gilipolleces y ponte a currar, anda. Los micrófonos no se recogerán solos.

Parezco convincente, pero los dos sabemos que él tiene razón. Me cago en la leche, Eleonor. ¿No podías ser inmortal? Así, Ophelia y yo nunca habríamos tenido que coincidir de nuevo y mi vida no se habría convertido de repente en este enorme caos que no soy capaz de controlar.

El chico que tocaba la guitarra. Y las narices...

Connor, doce años atrás

El público estalla en aplausos. Me quedo un momento delante de ellos, impávido, y luego me despido con un guiño que hace que las chicas enloquezcan. Hará un tiempo, soñaba con tocar en grandes auditorios, en las mejores ciudades del país. Ahora mis expectativas han disminuido drásticamente. Me tengo que conformar con unos pocos bares mugrientos, donde la gente está tan borracha que podría estar desafinando toda la noche sin que nadie se diera cuenta.

Hace dos años, interpretaba a Schubert. Ahora hago rock progresivo. No nos va mal, no puedo quejarme. Sound of Chaos tiene cada vez más éxito. Estamos bastante solicitados este año. Incluso hemos traspasado las fronteras de Virginia. Sé que no es gran cosa, solo fue un concierto en un pequeño estadio de Carolina del Norte, pero la gente parecía entusiasmada y eso me ha hecho sentir bien. Muy bien, en realidad.

—No ha estado nada mal el concierto de esta noche, ¿verdad? —me dice un eufórico Buzz cuando me acerco para echarle una mano con la batería que Rusty ha estado aporreando hasta la extenuación durante las últimas dos horas.

—Tío, no te me vengas arriba tan rápido. Estaban borrachos como cubas. Era imposible que no les gustásemos.

No me quiero entusiasmar tan pronto. Aún nos faltan ensayos para que las canciones suenen tan bien como lo hacen dentro de mi mente. Qué se le va a hacer, soy un perfeccionista.

—Deja la modestia, anda, Connor. Lo hemos hecho de putísima madre. Has tocado esa guitarra como nunca. Se nota que estás en racha.

—¿Tú crees?

—Ya te digo. Las chicas estaban desquiciadas cuando has empezado a cantar *Remember you*. ¿Cuántos sujetadores has cosechado esta noche?

Me río y le alargó el charles, para que lo guarde en una caja de cartón.

—No demasiados. No estaré perdiendo *sex appeal*, ¿verdad?

Me hago el preocupado, pero Buzz se echa a reír y ya no puedo fingir más y acabo riéndome también.

—Pues ojalá. Los demás nunca pillamos cacho contigo cerca.

—Qué exagerado. Siempre os dejo un bocadito para que os divirtáis. No puedo con todo yo solito.

Buzz me da un empujón. Riéndonos, salimos por la puerta principal cargando una caja grande y la guardamos en la parte trasera de la furgoneta de Rusty. Buzz, Rusty y Chris son mis únicos

amigos aquí. Los conocí el año pasado, nada más volver del conservatorio. Yo necesitaba desesperadamente un trabajo para pagar las facturas y ellos necesitaban desesperadamente un solista con talento para la composición. Todos encontramos lo que andábamos buscando.

Antes de que yo formara parte del grupo, *Sound of Chaos* no contaba con canciones propias, se limitaban a interpretar versiones de los grandes éxitos de los sesenta y setenta. Ahora tenemos suficiente repertorio como para sacar un disco propio. Por desgracia, carecemos de financiación.

—Creo que ya está todo. Tío, ¿has cogido el micro de Chris?

—Sí —Le señalo con un gesto la caja que hay a sus espaldas—. Ahí lo tienes.

—Vale. Pues ya está. *C'est fini*.

—Espera. Échame una mano con los *amplis*. No me gustaría que se cayeran. Ya sabes cómo coge Rusty las curvas.

Buzz se coloca a mi lado y los dos empujamos los amplificadores contra la pared lateral de la furgoneta.

—¿Aguantarán? —Me mira en busca de respuesta y yo asiento.

—Sí, creo que sí. Vamos.

Pego un salto y aterrizo en la acera. Justo cuando estoy a punto de cerrar las puertas, Chris viene hacia nosotros con el saxofón colgándole del cuello.

—¿Falta algo?

—Tu saxo —contesto irritado. Quiero irme de una vez y ellos no hacen más que remolonear. Esta noche se me está haciendo eterna.

Chris, sin demasiadas prisas, sube por la parte de atrás y guarda el instrumento en su estuche.

—Ya está. ¿Y Rusty? —pregunta mientras se baja.

Cierro la puerta y le lanzo las llaves a Buzz.

—Estará colocándose en algún rincón —contesto, entornando los ojos—. Buscadle si queréis salir antes del amanecer. Yo me doy el piro. Mi hermano está solo en casa.

Buzz se ríe.

—Tío, relájate. Zach tiene algo así como... ¡veinte años!

—Diecisiete y medio.

—Como sea. No le pasará nada. Cálmate, chico. Tómate una copa con nosotros.

—No. No me gusta que mi hermano esté solo toda la noche.

—¿Y la pelirroja?

Miro a Chris sin saber de qué conoce a Ophelia. Joder, ¿por qué me late el corazón de esta forma?

—¿Qué pasa con la pelirroja?

—¿No iba a esperarte en la parte de atrás al acabar el concierto?

Oh, no se refiere a Ophelia. ¿Seré imbécil? Pues claro que no se refiere a Ophelia. Espabila,

Connor.

—Ah, esa pelirroja. Sí, pero no tengo ganas de enrollarme esta noche.

Chris abre los ojos azules de par en par.

—¿Estás seguro? Esa tía es como... ¡Afrodita! Que yo recuerde, nunca haces ascos a una tía así. Me encojo de hombros con indiferencia.

—No es mi tipo.

—¿Desde cuándo? —se ríe Buzz incrédulo.

—Eh... no sé... ¿Desde esta mañana? —les propongo, mosqueado. ¿Por qué no lo dejan estar de una vez?

—Este está raro —le dice Buzz a Chris.

—Sigo aquí —grazno yo.

—Ya te digo que está raro —coincide Chris, ignorándome—. Pero no tengo tiempo de psicoanalizarle. Tengo que marcharme. Hay una joven damisela esperando. Sería descortés por mi parte retrasarme. Hasta la vista, amigos.

—Diviértete, Chris, pero tampoco te pases. Mañana tenemos que ensayar una canción nueva. —Chris se despide con la mano, vuelve la esquina y desaparece de mi campo visual. Vuelvo la mirada al frente, hacia Buzz, que está apoyado contra la puerta lateral de la *furgo*—. Lo siento, tío, ya sabes que te haría compañía, pero realmente tengo que marcharme. No quiero que Zach esté demasiado tiempo solo. Está pasando por una época rebelde y no sé qué esperar de él.

—Adelante. No te preocupes por mí. Ya estoy acostumbrado a las gilipolleces de Rusty. Ojalá pudiera irme andando, como hacéis tú y Chris, pero vivo demasiado lejos.

—Cuando recupere mi coche, ya no tendrás que esperarle. Podré llevarte.

—Te tomo la palabra. Anda, ve. Duerme un poco. Tienes un aspecto horrible.

—Sí. Ya. Buenas noches.

Saludo con un gesto y me marchó. Antes de coger la carretera, me ha parecido ver a Rusty dándose el lote con una chica entre unos arbustos, pero no estoy demasiado seguro de si era él o no. ¿Y a quién le importa? Ya bastante preocupado estoy por mi más reciente obsesión: Ophelia.

Verla hoy en el bosque ha sido... vivificante. Ahí estaba ella, en plan Caperucita Roja, y ahí estaba yo, el feroz lobo que no debería tentar a la suerte. Nada bueno puede pasar si me acerco a la chica que le gusta a mi hermano. Encapricharme con Ophelia solo puede acarrearle problemas, y a mí no me gustan los problemas, no se me da bien manejarlos. Lo mejor que puedo hacer es mantenerme al margen de esto.

Pero, por algún motivo, no lo consigo.

Esa chica no se le parece a nadie a quien haya conocido antes. Y eso me atrae. Me atrae muchísimo. Hay algo diferente en ella. Lo he visto en sus ojos, en su forma de mirarme. La mayoría de las chicas se sienten atraídas por mi físico. A Ophelia la atrae mi alma.

Esbozo un gesto amargo al comprender que me gusta mucho más de lo que debería gustarme. ¿Seré idiota? Nunca pasará nada entre ella y yo. Ni siquiera es mi tipo. Es demasiado joven. Me volvería loco en menos de dos minutos.

O a lo mejor no. A lo mejor sería estupendo estar cerca de ella y conocerla un poco más. Lo cierto es que Ophelia es dulce y tiene una sonrisa que me desarma y...

«¡Le gusta a Zach, joder!».

Hago una mueca cuando esa idea se cuele dentro de mi mente con el único fin de fastidiarme la noche. La cruda realidad es que Ophelia le gusta también a Zach. ¿Qué clase de hermano mayor sería yo si me enamorara de la chica que le gusta? No puedo hacerlo. No pensaré más en Ophelia. Es una tontería. ¡Si ni siquiera me gusta!

«No te gusta, Connor. No quieres formar parte de su mundo de unicornios voladores y tiernos gatitos».

Enumerando mentalmente las mil razones por las cuales debo mantenerme apartado de ella, doblo la esquina y me doy prisa para cruzar la calle antes de que cambie el semáforo. Gruño irritado cuando una enorme gota de lluvia se estrella contra mi cabeza. Lo que me faltaba hoy, el puto diluvio universal para concluir el día de mierda que llevo. Suelto una blasfemia entre dientes, me alzo el cuello de la cazadora y acelero el paso por la acera.

Dime si estoy roto. ¿Por qué estás tan callada esta noche? No hay más que silencio entre nosotros dos, amor.

Increíble. Increíble y patético, además. ¿Por qué ya no puedo componer canciones sobre sexo y violencia? ¿Por qué esta canción en concreto?, ¿notas y palabras tan obsesivas que no dejan de reproducirse dentro de mi mente? ¿Qué significado guardan?

Solo quiero sentirte. Estoy cansando de estar aquí, abajo. ¿Y qué si me he hundido? ¿Te hundirás conmigo?

Camino tan enfrascado en la letra de esa canción que, cuando me quiero dar cuenta, estoy delante de su casa y no de la mía. *«¡Joder! ¿Qué puñetas hago aquí?».* Doy media vuelta para largarme, pero algo me retiene, como una fuerza invisible a la que no puedo plantarle cara.

Me quedo dudando unos segundos y, finalmente, me vuelvo y alzo la mirada, vencido.

La propiedad Rosetti se mantiene en absoluta oscuridad, a excepción de una luz encendida en algún lugar de la primera planta. Quizá sea la luz de su habitación. Quizá esté despierta, pensando en nuestro encuentro de esta tarde.

«¿Qué tontería! ¿Por qué iba a pasar Ophelia Rosetti la noche en vela, pensando en alguien como yo?».

Me armo de valor y cruzo el umbral. La casa de Eleonor, sin ella. Me resulta demoledor. Sé que la muerte es una consecuencia natural de la vida, pero saberlo no lo hace más llevadero.

Están todos aquí. Mamá ha desmontado casi medio salón y los muebles están tapados con sábanas blancas.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto horrorizada.

—Esto se va a quedar cerrado hasta que lo vendamos, así que...

—¿Vender?! —le grito a mi padre, tan enfurecida que le arranco de la mano un adorno y lo vuelvo a colocar en su sitio, en la estantería de los libros—. ¡No vamos a vender la casa de Eleonor! ¡Mamá, di algo!

Mi madre tiene una cara de culpabilidad que me aterra. Empiezo a sentir náuseas. ¿Cómo puede ser tan insensible? Su madre acaba de fallecer. ¿Cómo puede no importarle?

—Ophelia...

—No me lo puedo creer. ¿Acabamos de enterrarla y ya estáis pensando en vender su casa? ¿Qué clase de personas harían algo así?

—Ophelia, ¿tienes idea de cuánto vale el mantenimiento de una casa como esta? Es una reliquia anterior a la Guerra Civil. Todas esas cañerías viejas, y la electricidad...

—Sé perfectamente cuánto vale el mantenimiento, mamá. Y no te preocupes por nada. Lo pagaré yo. Me haré cargo de todo.

—Ophelia... —intenta mediar mi padre—. No estás siendo nada razonable.

—¡Tú no lo entiendes! —le chillo, con mirada fulminante—. ¡Nuestra familia ha vivido aquí durante casi ciento setenta años!

La rabia crece en mi pecho al ver la frialdad de sus rostros. Noto el escozor de las lágrimas que pugnan por salir. ¿Cómo pueden no entenderlo? ¿Por qué no les importa como a mí?

—Hija, no sé por qué nos estás montando un numerito. Tú no tienes ni voz ni voto en esto. Eleonor era mi madre, con lo cual la casa es mía. Me pertenece y soy yo la que decide qué se va a hacer a partir de ahora.

La miro como si no la conociera, negando una y otra vez con la cabeza. Ya ni siguiera me esfuerzo en ocultar mi desprecio.

—Esta era la casa de Eleonor —le recuerdo con voz vibrante—. Ella se sentaba en ese sillón de ahí todas las noches, se echaba una copita de jerez y rememoraba viejos tiempos.

—Pero ahora Eleonor ¡ya no está!

Los ojos se me cargan de lágrimas. Trago saliva y asiento despacio.

—Sí, y tú quieres destruir su recuerdo —acusó, dolida.

Mi madre me mira herida, con ojos cortantes como el metal.

—Hm, ¿chicos? —nos interrumpe la voz de Kitty, titubeante—. Creo que es Eleonor la que tiene la última palabra en esto, así que dejad de pelearos de una vez.

Nos callamos los tres y nos volvemos hacia mi hermana, la cual ha preferido trastear con una caja de papeles viejos para no tener que intervenir en mi pelea con nuestros padres.

—¿A qué te refieres? —pregunta mamá de muy mal humor.

—Eleonor ha dejado un testamento. —Kitty nos acerca un papel—. Aquí pone que, tras su muerte, en un plazo de tres días, vendrá un notario a leer su última voluntad.

No puedo evitar saborear un atisbo de malvado triunfo al ver las expresiones de mis padres. «*Bravo, abuela. Tú sí que sabes*».

—Parece auténtico —sentencia papá.

—Bien. Entonces, deshaceros de toda esta mierda, porque Eleonor nunca va a permitir que vendamos la casa.

Sonriendo triunfante, arranco la sábana blanca que tapa el sillón, me siento y me sirvo una buena copa de jerez.

—¿Qué? ¿Queréis un trago? —pregunto con perfecto aplomo.

Mis padres me fulminan con la mirada. Kitty tuerce la boca en un gesto desdeñoso.

—Bueno, ¿por qué no? —acepta, acercándose a mí.

Quita otra sábana y se sienta en la mecedora en la que solía sentarme yo.

Nuestros padres no dan crédito. De mí se esperan lo peor, pero mi hermana siempre ha sido un modelo de conducta y educación. Quizá esté cansada de pretender ser alguien que no es. Como sea, me alegro por ella. El aire de Marion le está sentando bien.

Entrechoco el borde del vaso contra el suyo, le susurro un *hasta el fondo* y nos bebemos todo el jerez de golpe.

—Vaya. Siempre he querido saber a qué sabe el jerez. —Mi hermana tiene el rostro torcido en una mueca—. Uf. Es más fuerte de lo que pensaba.

—Eso es porque Eleonor le echaba un poquito de whisky cuando nadie la miraba.

Kitty suela una carcajada.

—Qué figura. Me caía bien. Ojalá la hubiese conocido mejor.

—Sigo sin saber por qué teníamos prácticamente prohibido venir a Marion —mi voz denota sarcasmo, y mis ojos despedazan, desafiantes, el rostro de mi madre—. La mayoría de mis compañeros de clase veraneaban en el pueblo de sus abuelos. Nosotras habremos estado aquí unas tres o cuatro veces a lo largo de todos estos años. Es como si mamá se avergonzara de sus orígenes. Claro que a la hora de vender la casa y embolsarse un buen dineral parece que ya no le

avergüenza tanto.

Mi madre me pulveriza con la mirada. *«Sí, sí, le estoy llenando la cabeza a Kitty con tonterías. Demándame».*

No puedo evitar pensar en Eleonor. Se estará frotando las manos en el Cielo. *«Esto se está poniendo divertido, ¿verdad que sí, abuela?»*

Con sonrisa amarga, rozo el sillón en el que estoy sentada y, por un momento, es como si estuviera tocando la mano de Eleonor. Como si ella nunca se hubiese ido de este lugar.

Sigue doliendo como el Infierno

Eleonor, doce años atrás

Observo al chico desde el amparo de la oscuridad que hay en el salón y sorbo un poco de jerez. No se ha dado cuenta de la silueta que se oculta tras la gruesa cortina de terciopelo. Está demasiado ensimismado mirando la ventana de Ophelia.

Tres generaciones más tarde y la historia sigue repitiéndose. Un Davis y una Rosetti, como si el universo lo hiciera a propósito, con un sarcasmo de una crueldad que me da escalofríos. A veces pienso que los Davis y las Rosetti no somos más que mitades de un total que siempre acaba juntándose. Si tan solo pudiera mantenerse esa unión...

Aunque no tiene por qué salir mal esta vez. Las circunstancias han cambiado. Los tiempos ya no son los que eran.

No dejo de repetírmelo.

Sin embargo, sé que me estoy engañando a mí misma. Puede que el mundo sea diferente a 1952, pero ¿dos Davis y una sola Rosetti? No, señor, no hay ninguna probabilidad de que esto acabe bien para ninguno de los tres.

Apuro el jerez, dejo caer la cortina con gesto cansado y mis labios dejan brotar un suspiro desfallecido. Lo siento por la pequeña Ophelia. Su madre ha intentado protegerla todo lo posible, manteniéndola apartada de Marion durante todos estos años.

Pero sus planes han fracasado, porque nada más llegar aquí ya se ha creado una conexión entre ella y los Davis. Ahora pasará lo que deba pasar, y ni Gabriella ni nadie va a poder impedirlo. Una no puede luchar contra la fuerza del destino, ¿verdad?

No, claro que no. La sangre se paga con sangre. Y por eso a la pequeña Ophelia le tocará lidiar con nuestra peculiar... maldición familiar.

Me hundo en el sillón, relleno la copa y recuerdo cómo empezó todo esto. ¿Era una maldición o era un cuento de hadas? Oh, mi vieja memoria empieza a jugarme malas pasadas. Los detalles se han vuelto borrosos con el paso de las décadas. Las arenas del tiempo han tapado muchos recuerdos, pero hay uno en concreto que jamás, jamás, desaparecerá de mi mente: la sonrisa de un joven soldado de ojos azules.

Echando la nuca hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo del sillón, cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza. Aun así, las lágrimas empiezan a caer.

Davis. El joven e insensato Bill Davis, que cometió la imprudencia de fijarse en la única chica que le estaba vetada: la hija de Victor Rosetti, el más temible enemigo de su padre. Era un amor

prohibido y los dos los sabían; sabían que sus padres jamás habrían dado su consentimiento para tan ridícula unión, pero no les importó. Se enamoraron igualmente.

Aunque hace muchísimo tiempo de eso. Tanto tiempo que, a veces, dudo de si fue real o no.

—¿Bill, eres tú el que lo está provocando? —murmuro, mirando hacia arriba.

Nadie contesta. No se mueve la vieja araña que cuelga en mitad del salón, ni se agitan las cortinas por culpa de alguna brisa enviada desde el más allá. Entorno los ojos al recordar lo gamberro que era Bill Davis. Pues claro. Ese viejo bribón estará en el Infierno, así que, si pretendo hablarle, he de mirar hacia abajo. No me extraña que no me contestara durante todos estos años.

—¿Billy? —berreo, llevándome una mano a la frente. De repente, estoy viendo negro delante de los ojos.

Me siento demasiado mareada esta noche. ¡Por Dios! Si estoy hablándole a un hombre que lleva cuarenta años enterrado en el cementerio local. Cierro los ojos de nuevo, me agarro a los reposabrazos con fuerza e intento dominar el malestar.

Pero mis pensamientos vuelan, una vez más, hacia el pasado.

Nunca he sabido por qué los Davis nos atraen de este modo. Será alguna clase de *vendetta* retorcida, o puede que un merecido castigo divino. Hace mucho tiempo, en una época anterior a Bill y a mí, hubo un Rosetti que traicionó a un Davis, y estos nunca más levantaron cabeza. Somos el motivo de la ruina de la familia más poderosa que este pueblo ha visto jamás, y creo que ahora el universo nos lo está haciendo pagar. Otra explicación no se me ocurre.

—Vamos, Bill, mándame una señal para saber si estás ahí abajo —murmuro—. Porque ahí arriba es harto improbable que estés.

Absorbo el silencio con rostro solemne. El insufrible tic tac de un viejo reloj marca el paso de los segundos. Por supuesto que es el único sonido que rompe el silencio. Porque después de la muerte, ya no queda nada. Polvo somos y al polvo regresamos.

Me desplomo otra vez sobre el respaldo del sillón y me quedo con la mirada perdida en la nada. Lágrimas de derrota velan mis ancianos ojos. No soy más que una vieja borracha y supersticiosa, atrapada en el recuerdo de un pasado que nunca volverá. Después de la muerte, ya no queda nada. ¿Por qué me empeño tanto en aferrarme a algo? ¿Por qué no puedo asumir que lo he perdido?

—¿Sabes, Bill?, tu nieto Connor es clavado a ti. Alto, moreno, apuesto... Es igual de gamberro que tú. ¿Pero Zach? Apenas parece un Davis. Por Dios, ¡si hasta es rubio!

Suelto una carcajada y me echo otra copa de jerez. Llevo demasiadas esta noche, pero ¡qué demonios! Es el aniversario de la muerte de Billy. Hoy no quiero acostarme sobria.

—¿Abuela?

Pillada *in fragranti*, con la copa a punto de rozarme los labios, desplazo los ojos hacia

Ophelia y no puedo evitar poner cara de culpabilidad. Está en lo alto de la escalera, en camión y con ojos hinchados de cansancio. Tiene la mano apoyada contra la barandilla y su pelo pelirrojo se derrama como una cascada de sangre que corre sobre su espalda. Me recuerda mucho a mí misma cuando tenía su edad. Era igual de obstinada.

—¿Sí?

—¿Con quién estabas hablando?

Quito importancia con un gesto de la mano.

—No hagas caso de las habladurías de una vieja chiflada. ¿Qué pasa? ¿No puedes dormir?

Ophelia exhala una profunda bocanada de aire mientras baja los ajados escalones.

—No. Estoy como... inquieta.

No me sorprende, con un Davis merodeando por ahí. ¿Qué hacía Connor delante de su ventana? ¿Se han conocido tan pronto? Ella no me lo ha mencionado. Eso quiere decir que le gusta. Las chicas nunca mencionan a los chicos que les gustan.

—Siéntate, anda. ¿Quieres un poquito de jerez?

—¡Abuela!

Su tono consternado me hace entornar los ojos.

—Oh, vamos, que no tengo quince años, Ophelia. Sé que has probado el alcohol. Y también sé que te ha gustado—. Sin esperar una respuesta, sirvo un poco y deslizo la copita por la brillante mesa de caoba, regalo de bodas de mis padres—. Toma. Bebe. Es jerez del bueno.

Lo coge, un poco cohibida, y le da un sorbito.

—Nunca he probado el jerez. No está mal.

—Yo todo lo contrario a ti. Me temo que lo he probado más de lo que la decencia me permite admitir.

Su carcajada me arranca una sonrisa lejana. Nos quedamos en silencio durante algunos minutos, las dos perdidas en nuestra contemplación, como si no nos preocupara que el péndulo del viejo reloj del vestíbulo señale altas horas de la madrugada.

—Estás rara esta noche, abuela —remarca Ophelia tras otro sorbo—. Como ida. ¿Te pasa algo?

Intento sonreír un poco, pero mi sonrisa se borra antes de llegar a materializarse del todo. Me acabo el jerez y me sirvo otro.

—No es nada. Estoy cansada, eso es todo. ¿Sabes que ese era el butacón de tu abuelo?

Una enorme sonrisa ilumina el bonito rostro de mi nieta. No parece haberse dado cuenta de que estoy cambiando de tema a propósito.

—¿En serio? ¿Cómo era? Nunca me habéis hablado de él. Me hubiese gustado conocerle.

Mi sonrisa vuelve a asomar cuando veo con qué interés aguarda mi contestación. Es una Rosetti, le guste o no, y para los Rosetti no hay nada más importante que la familia. Ni siquiera el

amor. Que nos lo digan a su madre y a mí.

—Oh, tranquila, no te perdiste gran cosa. Era un vejestorio gruñón. Siempre se sentaba aquí para mirar las noticias. Y siempre se dormía antes de que empezaran —recuerdo entre risas—. Yo intentaba quitarle el mando para cambiar de canal, pero entonces se despertaba y me gruñía como un perro rabioso: *¿qué diablos haces, mujer? ¿No ves que lo estoy viendo?* ¡Y él llevaba media hora roncando como un búfalo!

Nos reímos juntas durante un rato, hasta que decido que ya he tenido bastante por hoy, y me levanto para irme a la cama.

—Bueno, es hora de irse a dormir, señorita. Tú tienes clases mañana y a mí me toca trabajar.

—Abuela...

De camino a la escalera, me detengo y ladeo un poco la cabeza para mirarla de reojo.

—¿Sí, Ophelia?

—¿Le amabas?

Dejo caer los párpados despacio, me aferro a la barandilla con fuerza y durante un par de segundos lo único que hay en mí es silencio, un silencio culpable y cada vez más difícil de sobrellevar.

—Le tenía mucho cariño. Buenas noches, Ophelia.

Cojo aliento, aflojo la fuerza de mis dedos y sigo subiendo hacia la planta superior.

Ya en mi habitación, me quito la bata y la coloco encima de la butaca. Con movimientos lentos, me acerco a la cama, me siento y retiro los pies de las pantuflas de terciopelo azul. Ay, cómo me chascan las rodillas. Ya no soy la de antes. La movilidad, las ganas de vivir... todo eso se ha ido apagando poco a poco, cada día con más rapidez.

Me tomo unos momentos y respiro hondo, antes de atreverme a abrir el chirriante cajón de mi vieja mesilla de noche. Tiene doble fondo, lo cual me vino muy bien durante mis años de casada. Así pude guardar, sin que mi marido se diera cuenta, una desgastada fotografía en blanco y negro, una reliquia de un apuesto soldado, el único hombre al que he amado en toda mi vida.

Aún recuerdo el día en el que me fue entregada. Para mí el tiempo se ha detenido en ese momento, para dejarme ahí, atrapada durante toda una eternidad, en esa cama, abrazada a su pecho desnudo.

—Guárdala siempre cerca de tu corazón —me dijo en un susurro, mientras su rostro se torcía en una sonrisa tímida que me derritió las entrañas.

Lo he hecho. La he guardado durante exactamente cincuenta y dos años.

—Oh, mi querido, querido Bill.

Cojo la fotografía con dedos trémulos y la miro con un nudo en la garganta. Su sonrisa, sus bonitos ojos. No se percibe en la foto, pero sus ojos eran de un azul profundo y muy oscuro, los ojos más bonitos y penetrantes que he visto nunca.

Cuarenta años han transcurrido desde su muerte, y Bill Davis sigue ahí, clavado en lo más hondo de mi corazón.

—Descansa en paz, Billy —susurro, besando su amado rostro.

Y luego me desplomo sobre la cama, me rodeo en un abrazo y me echo a llorar, como hago en cada aniversario de su fallecimiento.

Porque, cuarenta años más tarde, sigue doliendo como el Infierno.

Merodeando en la oscuridad

El presente de Zach

De algún modo, los pasos me conducen hasta su casa. Bueno, los pasos y el coche también.

Si me soy sincero, he conducido setenta kilómetros solo para llegar hasta aquí. Al principio, me dije a mí mismo que me hacía falta algo de la casa de mis padres y que iba a ir a cogerlo sin falta, pero ahora no queda más remedio que admitirme la verdad: he venido solo para verla. No pretendo acercarme ni hablar con ella. Solo quiero verla a lo lejos y asegurarme de que está bien.

Me siento un poco raro. Estoy de pie delante de la vieja verja que necesita una nueva capa de pintura. Si Ophelia quiere...

«No, Zach, no vayas por ese camino. Estás casado, ¿recuerdas?»

Me frotó la barba con la mano. Mierda. Lara tiene razón. A ella la quise más. Y puede que una parte de mí siga queriéndola.

Estoy tan perdido en mis pensamientos que ni me percató de que alguien se me acerca por detrás hasta que es demasiado tarde.

—Hola. ¿Eres el notario? Llegas pronto. No te esperábamos hasta dentro de dos días.

Sobresaltado, me vuelvo y contemplo ceñudo a la chica que me ha hablado. Vaya. ¡Es ella! Pero ¿Ophelia no tenía los ojos verdes? Los de esta chica parecen casi azules.

Y, sin embargo, el parecido es... asombroso.

—¿Ophelia? —murmuro confuso.

Ella agita sus rizos pelirrojos y me sonrío. Lleva ropa de deporte, pantalón corto y camiseta de tirantes. A juzgar por el rubor de su rostro, ha estado corriendo.

—No, te has equivocado de hermana. Soy Kitty, la pequeña.

Mi rostro se mueve en una sonrisa abochornada.

—Oh. Lo siento. No sabía que... Vaya, sois casi iguales.

—Ya. Nos lo dicen mucho. Entonces... ¿eres el notario?

Me muerdo los labios y lo niego.

—Me temo que no. Soy Zach, un viejo amigo.

—¿Un viejo amigo que suele merodear en la oscuridad?

Me siento ridículo. Ella tiene razón. ¿Qué coño hago aquí?

—No, verás... Yo solo venía a presentar mis respetos.

Kitty me da un golpecito en el brazo.

—Relájate, Zach. Solo estaba bromeando.

Nunca me acostumbraré al humor de las chicas Rosetti.

—Pasa, anda —vuelve a decir Kitty—. Íbamos a cenar.

—No, no creo que sea buena idea.

—Venga, pasa —insiste, cogiéndome de la mano y arrastrándome en dirección a la puerta—. No seas tímido. Si eres un buen amigo, a Ophelia le encantará volver a verte. Siempre habla con cariño del trimestre que pasó en Marion. Ella nunca volvió a ser igual después de regresar, ¿sabes?

—No me extraña —murmuro para mí.

Kitty deja de arrastrarme y me mira ceñuda.

—Un momento. ¿Tú sabes algo de eso?

—¿Algo de qué?

—Algo de lo que le pasó a Oph cuando estuvo aquí.

Me encojo de hombros.

—No sé. ¿Que acabó muerta del asco? —le propongo con sonrisa burlona.

Kitty frunce la nariz. Es muy mona cuando hace eso. Me recuerda a Ophelia.

—Ya. No creo que fuese eso. Se pasaba horas enteras en su habitación, escuchando canciones siniestras de no sé qué banda local de rock...

—Sound of Chaos.

—¡Esos! ¿Los conoces?

—Sí, eran buenos. Siguen siéndolo.

—Hm... No sé. Era todo muy raro. Incluso yo me daba cuenta de que pasaba algo extraño en casa. El secretismo de mamá y Oph... las constantes llamadas de Eleonor... Ahí había gato encerrado.

—¿Nunca se lo has preguntado a tu hermana?

—Sí. Me dijo que no pasaba nada, y luego se largó a estudiar a la Sorbona y no le volví a ver el pelo durante cuatro años seguidos.

Estoy mirándola pasmando cuando se abre la puerta y Ophelia asoma en el umbral. Sus ojos verdes se dilatan al verme. Está guapísima. Como siempre. El corazón me da un brinco. No puedo evitarlo.

—¿Zach? ¡Dios mío! ¡Eres tú!

Se lanza a mis brazos y me envuelve en un abrazo.

—Te dije que se alegraría de verte —me susurra Kitty, complacida por la travesura.

Ophelia retrocede y su rostro se ilumina con una amplia sonrisa.

—¡Dios, Zach! ¡Tenía muchas ganas de volver a verte!

Frunzo el ceño y la observo con sonrisa abochornada. ¿Cómo puede tener ganas de volver a verme, cuando fui yo el que le jodió la vida? Todas esas veces que estuvo en su habitación, escuchando las canciones de Connor, todas las llamadas de Eleonor, el haberse trasladado en

mitad del curso escolar. Todo eso fue culpa mía. ¿No debería odiarme? ¿Es posible que ella no sepa nada de eso?

—Pasa, anda. Íbamos a cenar. Te quedarás, ¿verdad? Quiero que me lo cuentes todo sobre ti.

Compongo otra sonrisa incómoda y me dejo arrastrar al interior de la casa. Vaya. Cuántos recuerdos. Aquí dentro es como si nada hubiese cambiado; como si, de repente, hubiésemos regresado al otoño de 2007, cuando Ophelia y yo íbamos al instituto local y Eleonor Rosetti aún estaba entre nosotros.

Cuando Connor conoció a Ophelia... ¿otra vez?

Zach, doce años atrás

Intentando contener el temblor de las manos, alargó el dedo para rozar el timbre de la casa de Ophelia. Llamo dos veces, cojo aire en los pulmones y espero hasta que la puerta se abre delante de la señora Rosetti, que me dedica una sincera sonrisa, a pesar de la mala cara que muestra esta mañana.

—Hola, Zach. —Está cansada, pero se alegra de verme—. Pasa, anda. Ophelia no ha bajado todavía.

—Buenos días, señora Rosetti. Eh... ella dijo que podíamos ir juntos al instituto y...

—Sí, sí. Pasa, anda. Hay demasiada luz aquí fuera.

Negando confuso, me agarro a la correa de la mochila, cruzo el umbral y la sigo hasta la cocina. «¿*Tiene resaca?*»

—Siéntate. ¿Has desayunado algo?

—He tomado un vaso de leche antes de salir de casa —contesto educadamente, al tiempo que retiro una silla de madera de debajo de la mesa y me siento.

La señora Rosetti me lanza una mirada reprobatoria.

—¡Los jóvenes de hoy en día! Un vaso de leche no es un desayuno completo para un chico de tu estatura. Necesitas proteínas. Te freiré un poco de beicon.

—No, no hace falta, en serio. Estoy bien.

—De eso nada. Desayunaréis antes de iros. ¡Ophelia! ¡Baja de inmediato! ¡No me hagas subir!

Sonrío y observo la destreza con la que se mueve por la cocina. Parece mentira que tenga setenta y tantos años. A diferencia de otras señoras de su edad, Eleonor Rosetti se mantiene muy activa. Incluso se ha negado a jubilarse. La recuerdo diciendo que jubilarse era cosa de vagos.

—¿Necesita ayuda? —me ofrezco, al darme cuenta de que estoy siendo descortés, aquí sentado mientras ella me prepara el desayuno.

—Sirve el zumo, si eres tan amable.

Me levanto, cojo la jarra y vierto zumo de naranja en los tres vasos que ella retira de una estantería.

—¿Algo más? —pregunto servicial.

—No. Gracias, Zach. Lo tengo controlado.

Justo cuando la señora Rosetti reparte los huevos y el beicon en tres platos enormes, Ophelia entra por la puerta. Está guapísima. Hoy se ha dejado el pelo suelto, y le llega hasta la mitad de la espalda.

Sus ojos verdes se iluminan al verme.

—¡Zach! —Tira la mochila al suelo, viene hacia mí y me da un beso en la mejilla—. Te ha convencido para que desayunes, ¿eh?

Sonrío incómodo.

—No he podido decirle que no —le susurro.

Ophelia entorna los ojos.

—Puede ser muy persuasiva.

—Os estoy oyendo. A desayunar.

Eleonor coloca los platos en la mesa, se sienta y nos insta a comer con un gesto severo de las cejas.

—Abuela, esto es demasiado —se queja Ophelia—. No podré acabarlo.

—Si no lo empiezas, desde luego que no.

Ophelia pillla la indirecta, coge el tenedor de mala gana y empieza a comer. Yo decido hacer lo mismo, antes de que la señora Rosetti se cabree conmigo. Es entrañable, pero todos sus vecinos conocemos más que de sobra su mala leche.

—Y, cuéntame, Zach, ¿cómo os va a tu hermano Connor y a ti?

A Ophelia se le cae el tenedor de la mano.

—¿¿Connor es tu hermano?! —se asombra y no puede evitar emitir un chillido.

Mi ceño se frunce y mis ojos se mueven hacia los suyos.

—Sí. ¿Conoces a Connor?

Su expresión se vuelve extraña, un poco culpable. Qué chorrada. ¿Por qué iba a sentirse Ophelia culpable?

—No, no le conozco. Solo... de vista. No es nada.

Agarra el tenedor y se lo lleva a la boca con bastante nerviosismo.

—Ah. —Compongo una sonrisa cordial y vuelvo la mirada hacia su abuela—. Estamos bien, no podemos quejarnos. A Connor le va cada vez mejor en el trabajo.

—Me alegro de oírlo.

Ophelia deja de comer, como si hubiese perdido el apetito de repente.

—¿Y de qué trabaja? —pregunta como quien lo está haciendo solo por cortesía. No parece interesarle particularmente el oficio de mi hermano, solo quiere ser simpática.

—Es músico. Y también trabaja en el taller de coches del señor Jones. Pero solo a tiempo parcial, por las mañanas y los fines de semana.

Ophelia se coloca un mechón de pelo tras la oreja y una sonrisa temblorosa asoma en labios. La señora Rosetti, sin hacerse partícipe de nuestra conversación, alterna la mirada de un rostro al otro. Sus ojos son atentos, un poco fríos quizá. Tengo la impresión de que está observando muy atentamente a Ophelia, que da muestras de nerviosismo mientras juega con su desayuno.

—¿Músico? ¿En serio? Qué alucinante. ¿Y qué clase de música hace?

¿Por qué ha aumentado tanto su interés? Sus ojos muestran un repentino brillo de entusiasmo que antes no estaba ahí. Desconcertado, tomo un sorbo de zumo y me limpio la boca con la servilleta.

—Rock, la mayoría de las veces —contesto evasivo.

—Ah. Por supuesto que hace rock...

Juraría que está un poco decepcionada. La miro pensativo. Ophelia baja la mirada y se queda abstraída. La sigo observando, pero ella no me devuelve la mirada, se limita a jugar con el beicon.

—¿Preparada para irnos? —pregunto abruptamente, incómodo por este repentino momento de silencio.

Agita la cabeza y vuelve a sonreír, actitud que me hace pensar que me he imaginado todo lo anterior. Estoy viendo sombras donde no las hay.

—Claro. Adiós, abuela.

—Adiós, cielo. Tened cuidado —Eleonor me quita el plato de las manos—. No te preocupes, Zach, ya lo recojo yo. Tú ve. Ophelia parece tener mucha prisa por llegar hoy al instituto.

—Sí, no la haré esperar. Muchas gracias por el desayuno. Estaba delicioso.

Sus ojos, tan verdes como los de su nieta, bajan hacia el plato casi vacío.

—No hace falta que lo jures.

Me río, agarro la mochila y salgo fuera. Ophelia me espera apoyada contra la valla. Su abuela lleva razón. Está rara, impaciente por marcharnos. No sé qué es lo que le pasa hoy.

—¿Qué hiciste ayer? —le pregunto mientras arrastramos los pies por la acera.

—Nada especial. Estuve... dando una vuelta por el bosque.

—¿Sola? —me asombro.

—No me asustan las mofetas.

Frunzo el ceño.

—Ya. A mí tampoco me asustan. ¿Sabes?, he pensado que podríamos...

—Cuidado —Ophelia me tira del brazo para evitar que me golpee contra alguien que va en dirección contraria.

Perplejo, levanto la mirada y choco con la de Connor.

—Hermano —la voz de Connor desvela cierto sarcasmo—. Buenos días. Veo que hoy has decidido ir al instituto por propia voluntad. —Le lanza una mirada larga a Ophelia, y su expresión facial se altera—. Y que vas muy bien acompañado.

Me trago el nudo de la garganta y lo miro confundido. Qué raro. Nos está dedicando su sonrisa más encantadora, lo cual es curioso, porque Connor no suele ser precisamente el rey de la simpatía.

—Ah, hola, Connor. ¿Qué pasa, tío?

Los ojos de mi hermano se dilatan un poco cuando se clavan en los de Ophelia. Y puede que se oscurezcan un tono o dos. O puede que me lo esté imaginando todo, no lo sé. ¿Por qué iban a oscurecerse?

—¿No vas a presentarnos? —me dice, mirándola con una impertinencia que roza lo indecente. Agito la cabeza y los miro cada vez más turbado.

—Claro. Ophelia, este es mi hermano, Connor. Connor, ella es Ophelia, nuestra nueva vecina. Para mi asombro, Connor coge la mano de Ophelia y planta un beso en sus nudillos. Y lo hace sin dejar de mirarla insistentemente a los ojos.

—Encantado de conocerte... *Ophelia*.

Ella se ruboriza un poco. Retira la mano y sacude los dedos con disimulo.

—Lo mismo digo, *Connor*.

«¿Pero qué demonios les pasa?».

Los miro desconcertado y constato con estupor que ellos ni siquiera se dan cuenta, tan ensimismados están, mirándose el uno al otro. Decido poner fin a este momento que me hace sentir como si yo no existiera para ninguno de los dos.

—Bueno, esto... nosotros nos vamos. No queremos llegar tarde al instituto. —Al ver que Ophelia se mantiene impertérrita, mirando con insistencia a mi hermano, le lanzo una mirada elocuente—. ¿Verdad, Ophelia?

—¿Qué? Ah, sí, cierto. Tenemos que irnos.

La boca de mi hermano se mueve en un gesto condescendiente.

—Por supuesto. No era mi intención entreteneros. Sed buenos.

Consigo componer una sonrisa tensa.

—Ya. Adiós, Connor.

Mi hermano corresponde a mi despedida con una leve inclinación de la cabeza. Está siendo amable y burlón al mismo tiempo.

—Adiós, Zach. —Fija los ojos en los de Ophelia durante unos incómodos diez segundos, y luego medio sonrío—. *Ophelia*.

¿Por qué demonios enfatiza su nombre en ese tono? Hay en su voz la insinuación de algo que no consigo entender.

—Adiós, Connor —responde ella de igual modo, antes de volverle la espalda.

Siento que hay algo aquí que se me está escapando.

—¿Vienes, Zach? —la escucho a lo lejos.

Agito la cabeza y me doy prisa para alcanzarla.

—Sí. Hm... ¿Qué ha sido eso? —le susurro cuando ya nos hemos alejado lo bastante de Connor, que sigue ahí parado, mirándonos y sonriendo burlonamente.

—Nada. Tu hermano no me cae bien.
—Pues yo diría que tú a él no le has caído nada mal.
Ophelia aprieta los labios.
—Te equivocas. En realidad, no me soporta.
—Hmm —murmuro pensativo y para nada convencido de eso.

Ophelia y yo comemos en la cafetería hoy. Dentro de siete semanas, nuestro instituto acogerá su baile anual de los novatos y somos los del último curso los que lo organizamos este año, así que esta tarde, después de comer, nos reuniremos todos en el gimnasio para repartirnos las tareas. Teniendo en cuenta que los reyes del baile de hace cuatro años son Brad y Lara, serán ellos los responsables de movilizar a todos los demás. Lo que faltaba, que Brad y Lara tengan que mandarme tareas. Con la simpatía que me tienen, me pedirán que limpie el vómito de los baños. Como mínimo.

Durante la comida, intento divertir a Ophelia con anécdotas de los bailes anteriores, pero está tan ausente que apenas articula tres palabras.

—¿En California no hacéis el baile de los novatos?
—No.
—Qué chasco. Es bastante divertido.
—Ya.

Me doy cuenta de que no sé nada sobre ella. No habla sobre la razón por la que se ha cambiado de instituto. No sé si preguntárselo directamente o si esperar a que me lo cuente ella cuando se sienta preparada para hacerlo. No quiero presionarla.

—¿Y qué te parece la vida en Marion? Supongo que aburrida, comparada con California.
—Diría que más bien pacífica.

Me río y le doy un mordisco a mi sándwich.

—Eso seguro. Aquí nunca pasa nada.

Ophelia se pone en pie con gesto precipitado y agarra su mochila. Ni siquiera ha tocado el almuerzo. Está muy rara.

—Tengo que irme —me suelta con nerviosismo.

Levanto la mirada hacia la suya y una expresión de incredulidad se pinta en mi cara.

—¿Irte? ¿Adónde? No puedes irte. Tenemos que...

—Sí, ya. Las tareas del baile. Diles que me duele la cabeza. Mañana me cuentas qué quieren que hagamos. Si deciden formar equipos, me pido ir contigo. Hasta mañana, Zach.

Intentando disimular lo atónito que estoy, la sigo con la mirada mientras ella se apresura hacia

la puerta. ¿Qué demonios le pasa?

Como estoy sentado en una mesa al lado la ventana, puedo ver cómo se aleja a grandes zancadas por el aparcamiento. Está chispeando, y Ophelia se pone la capucha de la sudadera y se abraza a sí misma, quizá para combatir el frío. Ayer iba vestida de un modo diferente, más recatado. Hoy, en cambio, parece una adolescente como cualquier otra, con vaqueros, zapatillas y esa sudadera negra de una banda de rock muy conocida entre la gente de nuestra edad. ¿Qué ha cambiado en ella en las últimas veinticuatro horas? Estoy convencido de que hay algo diferente. Pero ¿qué?

—¡Eh, tú, Davis! ¡Deja de mirar a las musarañas y muévete! ¿No ves que llegas tarde? Los demás ya están en el gimnasio.

Agito la cabeza para despejarme y suspiro con fuerza. No tengo tiempo para seguir analizando el desconcertante comportamiento de Ophelia. Lara está parada en el umbral y me está lanzando una mirada bastante severa. Si no quiero provocar su ira, debo obedecerla de inmediato.

Ofuscado, me levanto, tiro lo que queda de mi almuerzo al cubo de la basura y la sigo por el pasillo.

—Es todo un detalle por tu parte haber venido a por mí —comento, punzante—. ¿Qué pasa? ¿Nadie más quiere limpiar el vómito de los baños?

—En realidad, eres el encargado de traer el alcohol.

Mi mirada se vuelve hacia la suya. Lara es casi tan alta como yo y tiene un tipo bastante atlético. Por algo es la capitana del equipo de voleibol. Físicamente, es bastante atractiva, rubia, con el pelo un poco más corto que el de Ophelia y ojos azules.

Ahora que lo pienso, las dos chicas son bastante parecidas. Dos alfas, sin la menor duda, acostumbradas a mandar y a que los demás las sigan. La única diferencia es que Lara no parece tan frágil y delicada como Ophelia. Es más bien lo contrario, el tipo de chica que podría darte una buena paliza si se lo propusiera.

He estado enamorado de Lara durante... prácticamente toda mi vida, pero ella nunca se ha fijado en mí. Como todas las demás chicas de este pueblo, solo tiene ojos para mi hermano. Gracias a Dios, a Ophelia no parece caerle demasiado bien Connor.

—He visto que te has hecho amigo de la nueva.

—Mmmm.

—Parece un bicho raro.

Le dedico una mirada seca.

—Solo dices eso porque es más guapa que tú.

Lara abre la boca en un gesto escandalizado.

—¿Piensas que es más guapa que yo?!

Le doy dos palmaditas de consuelo en el hombro.

—Todo el mundo lo piensa. Pero tranquila, Reed, la reina del baile sigues siendo tú.

Me pone mala cara y tira con ira de las dos puertas que dan al gimnasio. Sonríe y de pronto somos el centro de la atención de todo el mundo. Ojalá me hubiese marchado con Ophelia. Desearía estar en cualquier otra parte menos aquí.

Mientras yo me coloco al fondo de la sala, intentando pasar desapercibido, Lara sube al escenario, al lado de su novio, Brad, y empieza a organizar a los demás. A Page le toca la iluminación. A un grupo de chicas, la decoración. Las mellizas Nelly y Sally se ocuparán de las invitaciones, puesto que, según Lara, tienen buena caligrafía.

—Y a ti, Davis... ¿Dónde está Davis? —Escudriña todos los rostros de la sala, hasta que sus ojos azules se encuentran con los míos—. Ah. Ahí estás. Bien, te ha tocado hacerte cargo del alcohol y de la música.

Me quedo boquiabierto. Pensaba que solo me estaba tomando el pelo, pero parece ir en serio. Creo que preferiría limpiar el vómito. Así habría pasado desapercibido.

—¿Qué? ¿Por qué dejáis lo más importante en manos de un pringado como yo?

Todo el mundo se echa a reír. Menos Lara, cuya expresión se tuerce un poco.

—No ha dicho nada gracioso —espeta, irritada—. ¿De qué os reís tanto?

Mis compañeros se vuelven serios, desconcertados por tal extraña actitud.

—Tú no eres un pringado, Davis —prosigue, consiguiendo una voz un poco menos corrosiva—. El que piense lo contrario, se puede ir al Infierno. Y ya que tanto te preocupa el porqué de mi decisión, bueno, ten en cuenta que eres el único que puede hacerlo. Tienes un hermano mayor que podría encargarse tanto de comprarnos el alcohol como de aportar un par de CD de su grupo. Me han dicho que son bastante buenos.

Ah, claro. Solo está siendo maja porque me necesita. Ahora se explica todo.

—¿Y Ophelia?

Me cruzo de brazos. Presiento que estoy en posición de poder negociar cosas. Más vale aprovecharlo.

—¿Qué pasa con Ophelia?

Lara está exasperada por la simple mención.

—¿Qué responsabilidades hay para ella?

—Puede limpiar el vómito de los baños —concede, con una descarada sonrisa de superioridad.

Le dedico un gesto seco, que ensancha su sonrisa aún más.

—Mandadle eso y os juro que no habrá alcohol en la fiesta. En cuanto a la música, haré que mi hermano venga a interpretaros a Bach. Sabéis que es capaz, solo por tocar las pelotas.

—No hace falta ponerse en ese plan, Davis —me apacigua Morgan, el cual alza las palmas en actitud conciliadora—. Tu pequeña protegida puede presentar el espectáculo. Lo que menos

quiero es a tu hermano aquí, jodiéndonos el baile.

—¡El espectáculo iba a presentarlo yo! —se enfurece Lara, pulverizando a su novio con la mirada.

—Pues ya no, cariño. Que lo haga Ophelia. Tú podrás coronar a la nueva Miss Novata. ¿Tenéis todos claro lo que os ha tocado hacer? —Brad vuelve los ojos hacia nosotros y una mirada demente ilumina sus pupilas—. Este tiene que ser recordado como el mejor baile de los últimos cien años, así que más vale que os apliquéis, pringaos, si no queréis que os parta el culo a todos.

Suspiro y me precipito hacia la puerta antes de que Morgan suelte otra chorrada de las suyas, como: *habrá que hacer historia, pringaos, o el cielo es nuestro límite*, etc. Tengo entrenamiento de fútbol esta tarde y, si pretendo conseguir una beca, ya puedo ponerme las pilas y llegar a tiempo. Al entrenador le mosquea la falta de puntualidad.

Y nadie con dos dedos de frente querría mosquear al de por sí mosqueado entrenador Dick Marvin Junior.

Una tiendecita con encanto

El presente de Ophelia

Zach se queda a cenar y luego él, Kitty y yo nos tomamos una copa en el porche. Mis padres se han ido a dormir a un hotel. Mamá no quería quedarse en una *casa vieja*. Me hubiese gustado recordarle que esta casa vieja es la casa en la que se crio, pero no quise dar un espectáculo delante de Zach, así que lo dejé correr. De todos modos, irse es lo mejor que han podido hacer. Nos habrían hecho sentir incómodos a todos. Mamá estuvo mirando a Zach durante toda la cena como a un intruso. No le ha hecho ni pizca de gracia verlo aquí.

Claro que Kitty estaba tan entusiasmada que mis padres no se han atrevido a decir ni mu. A mi hermana le brillaban los ojos como nunca. Hacía años que no la veía tan implicada con algo.

Y Zach ha estado encantador, como siempre. De lo más gracioso. Kitty ha estado riéndose a carcajadas. Incluso papá ha sonreído un par de veces.

Los observo con gesto ausente y pienso en la conexión que se ha creado entre ellos. Si Zach no estuviera casado, a lo mejor...

«No digas tonterías, Ophelia. ¿Kitty y Zach? Qué chorrada».

Y, sin embargo...

Míralos. Ni siquiera son conscientes de que sigues aquí. Solo tienen ojos el uno para el otro.
«Por Dios, ¡cogeros una habitación!»

—Chicos, voy a retirarme.

Zach parpadea, se endereza en su asiento y deja de mirar a mi hermana tan ensimismado. Estaban cuchicheando como dos ancianas de pueblo. Ni siquiera sé cuál era el apasionante tema de su conversación.

—¿Te vas? ¿Tan pronto?

—Pero vosotros podéis quedaros —me apresuro a tranquilizarle—. Yo me iré a dar una vuelta.

—¿A estas horas?

—A ver, Zach, ¿en qué quedamos? ¿Que es pronto o que es tarde?

No puedo contener la irritación. Él se encoge de hombros con gesto abochornado.

—Bueno, es pronto para irse a la cama y tarde para dar paseos.

—Zach tiene razón —interviene Kitty muy severa—. No me parece bien que estés zascandileando a estas horas, Ophelia.

Pongo los ojos en blanco. Lo que me faltaba, que mi hermana se pusiera en plan maternal conmigo.

—Tranquilos, solo voy a ver la tienda de Eleonor.

—Te acompañamos —se ofrece Zach como el caballero que es, aunque yo sé que la idea de quedarse a solas con Kitty le atrae mucho más. A veces Zach hace cosas que en realidad no quiere hacer. Quizá por eso haya acabado casado con Lara Reed...

—Eres muy amable, pero prefiero que os quedéis. Me apetece estar sola.

—Vale —cede Kitty con demasiada facilidad —. Te esperaremos aquí. Te quedarás, ¿verdad, Zach? Me horroriza la idea de estar sola en medio de un bosque.

Increíble. Qué pendón es mi hermana, aludiendo a su *delicadeza femenina* para hacer que Zach se quede. Es que no me lo puedo creer.

Negando con la cabeza, bajo los escalones del porche de prisa, me monto en el coche y conduzco en silencio hasta la pequeña tiendecita de Eleonor. Podía haberme ido andando, pero en realidad no me apetecía pasear. Solo quería estar sola y rememorar viejos tiempos. Como, por ejemplo, el día en el que me encontré a Connor en la tienda.

Nunca puedes fallar con el azabache

Ophelia, doce años atrás

He salido corriendo porque no quería escuchar nada más sobre el estúpido baile de los novatos. Parece que el único tema que preocupa últimamente a los habitantes de Marion es adivinar qué novata será coronada Miss. Nelly y Sally (hoy he averiguado el nombre de las dos hermanas morenas, aunque aún no sé quién es quién) se han pasado toda la mañana dando el coñazo con todo ese rollo de los vestidos y las máscaras. Y Zach, ¡incluso Zach!, me ha puesto la cabeza como un bombo durante la comida.

Ni siquiera sé por qué me irrita tanto el hecho de que se estén entusiasmando con el dichoso baile. ¿Acaso no era yo como ellos el curso pasado, antes de que mi vida diera este giro? Pues claro que sí, y ahora estoy siendo cínica al criticarlos por hacer algo que a mí me encantaba hacer.

Lo que me pasa es que estoy de mal humor desde esta mañana. ¡Connor y Zach son hermanos! ¿Cómo demonios no me había dado cuenta de ello, teniendo en cuenta que sabía que los dos se apellidan Davis? ¿No he sabido sumar dos más dos o qué?

Sé que no debería importarme su parentesco, pero resulta que sí me importa. Zach es mi amigo. Pasaremos mucho tiempo juntos. Él vendrá a mi casa, yo iré a la suya. Eso quiere decir que, tarde o temprano, volveré a cruzarme con el insufrible de Connor.

Y yo no puedo volver a ver a Connor. Porque... ¡me enerva!

Y me desconcierta.

¡Y me cae muy mal!

Y porque siento algo así como diez mil descargas eléctricas atravesándome cada vez que sus ojos azules se clavan en los míos...

No, no puedo volver a verle. Punto y se acabó. Su mera presencia me pone nerviosa.

¿Por qué no intentó besarme ayer? Por más vueltas que doy al tema, no consigo una respuesta digerible. He pasado toda la noche pensándolo, pensando en que Connor no me considera lo suficientemente atractiva para él.

De lo contrario, ¿por qué se echaría atrás en el último momento? ¿Por qué no besarme cuando la electricidad de ese momento nos empujaba el uno hacia el otro? A lo mejor luego me habría arrepentido, pero, en todo caso, era decisión mía, no suya. ¿Por qué ha tenido que fastidiarlo todo?

Mosqueada por el rumbo que cogen mis pensamientos, compruebo la hora que es y suspiro. Si quiero dejar de agobiarme con el tema, lo mejor que puedo hacer es distraerme con algo. Es demasiado temprano para volver a casa. Además, no me apetece volver, porque, desde mi

ventana, puedo ver la casa de los Davis, y eso, inevitablemente, me hará pensar otra vez en Connor, en ese insufrible Connor que no me considera lo bastante atractiva como para besarme.

Agito la cabeza al caer en la cuenta de que, a pesar de haberme obligado a mí misma a no pensar más en él, Connor Davis sigue abriéndose hueco a través de mi mente. Y todo eso porque ¡no quiso besarme!

Dejo escapar un gruñido irritado, cierro los ojos y me obligo a respirar hondo. No voy a pensar en lo profundos que parecían sus ojos ni en la intensidad con la que me observaban ayer. Será mejor que vaya a ver a la abuela y pase la tarde con ella. Así dejaré de lado estas tonterías.

Eleonor regenta una tienda de amuletos en el centro del pueblo. Aún no me he dejado caer por ahí en las dos semanas que llevo viviendo en su casa. He estado ocupada con la mudanza y con organizar mi nueva habitación.

Pero hoy no habrá más excusas. Necesito hacer algo que no sea... pensar en Connor Davis.

La tienda tiene una campana que emite un suave tintineo al abrirse la puerta.

Eleonor está atendiendo a unos clientes, con lo que le sonrío a modo de saludo y me entretengo mirando amuletos. A lo mejor encuentro algo para mi madre. Se acerca su cumpleaños.

Pensar en eso me entristece, porque mi cumpleaños fue hace una semana y mis padres ni siquiera se acordaron de llamarme. Su falta de interés roza ya lo insultante. Durante toda mi vida he intentado captar su atención. Al principio, lo hacía estudiando y sacando las mejores notas. Por desgracia, no funcionó. Cuando me concedieron mi primera matrícula de honor, mi padre me acarició la cabeza como a un perro y me dijo:

—Si estás estudiando, lo haces por ti, no por mí. Yo no seré ni mejor ni peor si tú llegas a ser alguien importante en la vida.

Justo lo que un niño necesita oír.

Al verme tan decepcionada, mi madre decidió hacerme un poco de caso. Me llevó de compras. Yo solo quería un abrazo y una caricia, o que me dijera lo orgullosa que estaba de mí, pero lo que recibí fue un iPod. No me quejé. ¿Qué niño se quejaría de algo así?

Ninguno que estuviera en su sano juicio, de modo que mostré entusiasmo e intenté fingir que no sentía un enorme vacío en mi interior.

Pero lo sentía. Ahí estaba: el hueco que nada conseguía llenar y que aumentaba con cada día que pasaba.

A medida que crecía, comprendí que haciendo cosas buenas no llamaba su atención. Y empecé a hacer cosas malas. ¿Y por qué no? A lo mejor mi actitud rebelde les hacía sentirse lo bastante culpables como para quedarse a cenar conmigo al menos una noche por semana.

Esa táctica tampoco funcionó, y empecé a sentirme cada vez más y más vacía. El hueco se volvía cada vez más mayor, abismal. Pasé por una época muy rebelde en la que pretendí herirles, pero lo único que conseguí fue herirme a mí misma.

Aunque duela admitirlo, a mis padres sigo sin importarles un comino. Me han desterrado a Virginia y han regresado a sus perfectamente ordenadas vidas, con sus apretadas agendas y sus ridículas cenas de gala.

Con todo, le compraré un colgante a mi madre, porque intento ser una buena hija.

Resignada, alargó la mano y cojo un amuleto de piedra verde veteados. Creo que le gustará.

—Oh, la malaquita —comenta una chica que se ha detenido a mi lado para examinar unos amuletos de piedras azules—. Muy buena elección. Es una gema muy poderosa y protectora.

Vuelvo la mirada hacia ella y quedo impresionada por lo atractiva que es. Vaya. Luce un rollo un poco gótico, ojos delineados con lápiz negro y color cereza para los labios. Su vestimenta, oscura y ajustada, me hace pensar en las novelas de Anne Rice. Tiene el cabello moreno, brillantes bucles que caen sobre la cazadora de cuero de mangas dobladas como si atrajeran toda la luz de la tienda, y su piel es blanca, perfecta bajo los rayos del mediodía. No creo que sea más alta que yo, pero al llevar vaqueros ceñidos y botines de tacón alto parece mucho más estilizada.

—¿En serio? —pregunto, esforzándome por dejar de mirarla tan embobada.

Ella sonríe y coge otro amuleto para examinarlo más de cerca. Sus dientes son increíblemente rectos y blancos. Sigo pensando en las novelas de Anne Rice. *La reina de los condenados*, por ejemplo.

—Sí. La vinculan a la inteligencia y al equilibrio emocional.

—Pareces saber mucho sobre piedras.

Se encoge de hombros con indiferencia.

—Me gustan.

Deja el amuleto en su sitio y me mira por fin. Sus ojos son como dos esmeraldas, enormes y brillantes, con una fuerza extraordinaria.

—Hola. Soy Amber —Sonríe y me ofrece su mano.

Torpemente, alargó el brazo para responder a su saludo.

—Ophelia.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Mis cejas, fruncidas de asombro, la hacen sonreír.

—Sí. Es un pueblo pequeño. Además, me parece que tenemos amigos en común.

—¿De verdad? ¿A quién?

A Amber no le da tiempo de contestar, porque alguien abre la puerta y el ruido de la campana atrae toda mi atención. Me quedo sin aliento al ver a Connor avanzar hacia nosotras. ¿Y ahora qué

quiere? ¿Y por qué tiene que ser tan condenadamente guapo? Él también parece sacado de una novela de vampiros.

Al igual que Amber, va todo vestido de negro, con vaqueros y cazadora de cuero. Su oscuro cabello está desordenado, y sus ojos me parecen todavía más azules hoy.

—¿Ya estás? —le susurra a Amber al oído.

Mi expresión se quebranta. Así que por eso no intentó besarme ayer, porque sale con una chica que parece una maldita supermodelo. Un buen golpe para mi pobre autoestima.

—Sí. Me quedará este —informa ella, con una sonrisa que ilumina sus ojos—. Nunca puedes fallar con el azabache.

Connor no me lanza ni una mísera mirada. Se comporta como si yo fuera invisible. Parece que solo tiene ojos para ella, lo cual no me sorprende demasiado. Tan solo me fastidia y me enfurece. Pero sorprenderme, no, no puedo decir que me sorprenda.

—Iré a pagar —anuncia, antes de darnos la espalda.

No puedo evitar seguirle con la mirada.

—¿De qué conoces a Connor? —le susurro a Amber en cuanto nos quedamos a solas.

Ella compone una sonrisa taimada.

—Los Davis son nuestros amigos en común. Estoy de visita en Marion y me quedará un par de días en su casa.

—Oh —es todo cuanto consigo balbucir. Me siento pequeña e insignificante; patética por empezar a colarme por un tío que no solo es un cretino, sino que, encima, tiene novia. «*Genial, Ophelia. Sigue así, haciendo el ridículo como siempre*».

Mis pensamientos cesan en el momento en el que Connor regresa con una bolsita de papel y se la ofrece a Amber.

—Aquí la tienes.

—Gracias, amor. Luego te devolveré el dinero. —Amber besa la mejilla sin afeitar de Connor y me mira con una sonrisa afectuosa—. Me he dejado la cartera en el coche —me explica.

—Ah.

—Sí, soy así de torpe. Oye, ¿por qué no te pasas esta tarde por casa? A Zach le encantará verte. Me ha hablado mucho de ti.

Miro a Connor de reojo y veo que se ha puesto tenso a su lado. Sus rasgos parecen más esculpidos y más duros que nunca.

—No creo que a su hermano mayor le haga demasiada ilusión recibir visitas —contesto, punzante—. No me gustaría molestar.

—Tonterías. Estará encantado —asegura Amber, aun cuando la mueca de Connor contradice la rotundidad de su afirmación—. ¿Verdad, Conn?

El aludido hace un gesto de fastidio con los labios y su mirada se clava por fin en mí. Más que

mirarme, lo que hace es atravesarme con saña. Se me corta la respiración. El aire de la tienda aumenta de temperatura cada vez más deprisa. Sé que no seré capaz de balbucir nada inteligente, así que me limito a tragar saliva.

—Absolutamente encantado —coincide.

Sin embargo, la sequedad de su voz asegura todo lo contrario. Me está diciendo *ni se te ocurra venir*.

Pues nada. Iré. No hay más remedio.

Llamo al timbre tres veces seguidas, hasta que me abren. Trago en seco cuando veo que el que asoma en el umbral es Connor. Esta vez lleva vaqueros azules y una camisa blanca. ¡Si sigue estando como un tren!

—Bonito amuleto —comento, sin poder suavizar el tono mordaz.

Connor baja la mirada hacia la piedra que cuelga de su cuello, por encima de la camisa, y se encoge de hombros. ¿Por qué lleva el colgante de Amber? Ni siquiera parece de su estilo.

Noto las desagradables punzadas de unos celos que no me sé explicar a mí misma.

—Nunca se puede fallar con el azabache —me dice, con una sonrisa tan indolente que dan ganas de patearle las espinillas—. ¿Qué quieres, Ophelia?

Apoya el codo contra el marco de la puerta y me examina con gran interés. Me doy cuenta de lo tenso que está su brazo y trago saliva, antes de atreverme a enfrentarme a sus ojos.

—Pues que me dejes pasar, obviamente.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

—Porque tu novia me ha invitado —contesto, felicitándome mentalmente por la despreocupación con la que se lo he dicho.

La esquina derecha de la boca de Connor se alza un poco. Pero, una vez más, no sé si ha sido de verdad o un producto de mi imaginación, porque esas medias sonrisas tuyas son apenas perceptibles.

—Bien, si mi... *novia* te ha invitado, entonces no te quedes ahí parada. Adelante. Mi choza es tu choza.

Oh, es absolutamente insufrible.

Paso por delante de él intentando parecer menos cohibida de lo que me siento y le alargo la bolsa que la abuela se ha empeñado en que traiga.

—¿Qué es esto? —pregunta Connor, mirando mi regalo con gran desconcierto.

—Aperitivos y refrescos. No se puede ir de visita sin obsequiar a los anfitriones con un detalle.

—Intentaré recordarlo la próxima vez que vaya de visita. Que será algo así como... ¿nunca?

Le pongo mala cara y sigo la dirección de su mano, que me indica una puerta que supongo que dará a la sala de estar.

Si por fuera la casa de los Davis muestra ese aspecto de deterioro, por dentro continúa en la misma línea. Está todo viejo y desgastado. Los muebles de madera maciza deben de tener al menos cien años, al igual que las roídas alfombras que cubren el oscuro entarimado de los suelos. Los altos candelabros necesitan una limpieza a fondo para volver a brillar, y la enorme escalera de madera, que une las tres plantas, tiene el segundo escalón partido.

Con todo, no deja de ser una casa impresionante, techos altísimos y enormes ventanales; una casa señorial.

—¿Decepcionada? —susurra Connor en mi oído, dejándome otra vez sin aire en los pulmones. No me había dado cuenta de que me seguía tan de cerca, como un felino al acecho. Siempre camina sin hacer el menor ruido.

Agito la cabeza despacio e intento fingir que no me afecta su proximidad y que el calor que desprende su cuerpo no hace que se me contraiga el estómago.

—Impresionada —respondo, desviando los ojos hacia el retrato de un hombre que guarda bastante parecido con Connor—. Esto es lo más alucinante que he visto nunca. Es como estar en un museo.

Cuando cruzo una mirada con sus ojos me doy cuenta de que luce confundido y que me está examinando con una curiosidad casi siniestra.

Nos evaluamos unos segundos más de la cuenta, y siento que le gustaría decirme algo. Pero no se dispone a hablar.

—¿Tu padre? —pregunto, señalando el retrato colgado en el vestíbulo.

—Abuelo.

—Oh. Os parecéis mucho —murmuro, y se me hace tan incómodo seguir mirándole que mis ojos se desplazan de nuevo hacia la escalera.

«Vale, ahora es cuando tú dices algo y esto deja de ser tan raro».

Después de un intervalo de silencio, oigo un débil suspiro como de rendición.

—Vayamos a sentarnos —propone Connor por fin—. Zach aún no ha llegado.

El asombro me hace abrir los ojos de par en par.

—¿Zach no está en casa? —me oigo balbucir.

Connor lo niega y coloca una mano en la parte baja de mi espalda para instarme a avanzar por el vestíbulo.

—Tiene entrenamiento de fútbol. No llegará hasta dentro de una hora.

Mis labios se curvan en un gesto tenso. He hecho mal en venir y lo sé. Y ahora, encima, me entero de que tendré que pasar la siguiente hora con Connor y su perfecta novia, Amber, porque

Zach no ha llegado aún. ¡Maldita mi curiosidad! Y maldito Connor Davis, que, aun teniendo novia, hace que me tiemblen las rodillas. Y todo eso porque ha colocado la palma en mi espalda. No se puede ser tan patética, en serio.

—Vaya. Creí que estaría aquí. Yo... Será mejor que me vaya.

El rostro de Connor adopta una sonrisa socarrona.

—Te garantizo que no muerdo. Estás a salvo conmigo.

Suelto una risita nerviosa, casi histérica. Relájate, Ophelia, y deja de hacer el ridículo.

—Bueno, está claro que estoy a salvo contigo, pero...

Connor se inclina sobre mí y coloca el dedo índice en mis labios para acallarme. Palidezco y siento toda la sangre agitándose en mis oídos. Estoy sin aliento, mis hormonas se han desquiciado todas a la vez. ¿Qué me está pasando?

—No te puedes marchar sin que los anfitriones te obsequien con una bebida, Ophelia —susurra, y sus ojos, convertidos en dos carboncillos ardientes, se hunden en los míos—. ¿A tu abuela se le ha olvidado decírtelo cuando te ha dado la bolsa?

Contemplo sus ojos, azules como el fuego, burlones y quizá un poco distantes, y me parece sentir un pequeño escalofrío corriendo por mi espalda. ¿Puede alguien hacerte sentir escalofríos en el buen sentido de la palabra?

Me trago el enorme nudo de la garganta y me dispongo a contestar algo desagradable, cuando me interrumpe la cantarina voz de la perfecta Amber.

—¡Ophelia! —Ella lo entona más bien como *Ophiilia*—. Estás aquí. Connor, deja a acorralar a nuestra invitada y sírve una copa, ¿quieres?

Connor, en cambio, actúa como si estuviera sordo. Se mantiene en el mismo lugar, casi pegado a mí, con los ojos bajos y clavados en los míos y el dedo índice apoyado contra mis labios. De nuevo, puedo percibir algo en su mirada, como una especie de lucha interna que, a juzgar por cómo frunce el ceño, diría que le está atormentando.

—¡Connor!

—Claro —responde con educación y creo que en contra de su voluntad. Lanza una mirada larga y atormentada a mi boca, y luego levanta los ojos para buscar algo en los míos—. ¿De qué la quieres? —le pregunta a Amber mientras deja caer la mano con la que me sujetaba y se aparta de mí.

Dejo escapar un largo suspiro de alivio y muevo la mirada hacia Amber, que se acaba de repantigar en el sofá. Estoy tan descolocada que aún no me atrevo a moverme, por miedo a que me flaqueen las piernas.

—¿Tenéis algo interesante de beber en esta casa?

—*Bourbon*.

Amber entorna los párpados.

—¡Hombres! No puedes esperar que te ofrezcan una bebida glamurosa, ¿verdad?

Connor se vuelve hacia ella y la mira exasperado.

—Lo quieres, ¿sí o no?

—Si te pones tan gruñón, sí.

—¿Ophelia? —Connor, sin mirarme, vierte el alcohol en dos vasos de cristal tallado.

Necesito unos segundos para reaccionar.

—¿Qué? —balbuceo.

—Que si quieres *bourbon* —aclara, con la voz aún más irritada, si es que eso es posible.

Me ruborizo.

—Ah. No. No tengo edad para beber.

Esta vez, Connor sí me mira. Creo que le divierto, ya que parece incapaz de reprimir una sonrisa socarrona.

—Cierto. Bien visto. *Mea culpa*.

Va hacia el sofá, le ofrece la bebida a su novia y entrechoca el vaso contra el suyo.

—Siéntate, Ophelia —ordena, de espaldas a mí. Sus ojos se mantienen clavados en los de Amber.

No quiero sentarme, quiero irme. ¿Qué diablos hago aquí? Estoy sobrando, y está claro que les estoy fastidiando el momento romántico.

—Será mejor que yo...

—*Siéntate* —enfatisa Connor con voz lenta, y de pronto toda la intensidad de sus ojos se concentra en mí.

Me dejo caer en una silla, sobre todo porque me empiezan a temblar de nuevo las rodillas.

Y porque su voz y esa mirada concentrada me intimidan lo bastante como para obedecerle.

—¿Quieres una Coca Cola?

Asiento despacio. Así podré distraerme con algo y dejar de parecer tan ridícula y tan fuera de lugar. Ay, ¿a qué hora va a volver Zach?

—Traigo unas cuantas en la bolsa —murmuro con voz queda.

—No te preocupes. Tengo en la nevera. Sabía que vendrías.

Durante unos segundos, me mira a los ojos de un modo casi suplicante. ¿Qué es lo que me está pidiendo? ¿O me lo estoy imaginando todo?

No me da tiempo de averiguarlo porque, un segundo después, Connor desaparece detrás de una puerta y yo me encuentro dejando salir el aire que había retenido.

—Me ha dicho Connor que te acabas de mudar aquí.

Traslado la mirada hacia Amber y me obligo a mostrar una sonrisa de cortesía. Guau. Está guapísima otra vez. No creo que vaya a acostumbrarme a ella. Lleva un despampanante mono de color azul eléctrico y zapatos de tacón alto, mientras que yo sigo vistiendo los vaqueros y la

sudadera que llevaba esta mañana. Desearía no sentirme tan fuera de lugar.

—Así es. Solo llevo aquí unas cuantas semanas.

—Entonces, no conocerás a nadie en el pueblo.

—Prácticamente. Solo a Zach y a un puñado de personas más.

—Y a Connor —enfatisa ella, sin quitarme ojo.

Me arden las orejas, señal de que mi rostro debe de estar bastante sonrojado.

—Sí. Y a Connor —repito con sequedad, sin entender adónde quiere ir a parar.

Cuando me quiero dar cuenta, ya es demasiado tarde. Connor está a mi lado y me ha escuchado decir su nombre.

—¿Qué pasa conmigo?

Levanto la mirada hacia él y cojo deprisa el bote de Coca Cola que trae en la mano. Procuero no tocarle. Me preocupa ese estallido de chispas que se produce cada vez que nuestra piel se roza, aunque estoy bastante segura de que me lo estoy imaginando todo. O sea... ¿por qué iba a darme Connor descargas eléctricas?

—Nada. Solo estaba diciendo que... te conozco.

Me dedica esa insufrible sonrisa burlona, tan suya.

—Eso, preciosa, lo dudo mucho.

Carraspeo y, para eludir su mirada, abro mi bebida y le doy un buen trago.

—No hay mucho que hacer en este pueblo, Ophelia —prosigue Amber, ajena a mi incomodidad y al siniestro modo en el que me observa su novio.

—Ya me lo puedo imaginar.

—Pero, para no aburrirnos, podríamos ir esta noche a un concierto. Connor toca en el...

—Ni hablar —la interrumpe él, tajante.

Amber le pone mala cara.

—Oh, vamos. No seas tan desagradable. Entretén a las damas.

—Lo siento, pero no tengo tiempo de hacer de niñera de Ophelia esta noche. A lo mejor otro día, cuando me encuentre de mejor humor.

Lo miro boquiabierta. Este tío es un desagradable. ¿Por qué la ha tomado conmigo?

—Yo no necesito una niñera —declaro entre dientes.

—¿Qué te apuestas? —me reta, sin que la sonrisa fastidiosa se borre de sus labios.

Dejo la Coca Cola en el reposabrazos de mi silla y me pongo en pie con una dignidad de la que me siento bastante orgullosa.

—¿Sabes qué, Amber? Iré contigo al concierto, y así le demostraré a Connor que soy capaz de apañármelas sin su ayuda.

Amber aplaude tan entusiasmada como una niña pequeña.

—Trato hecho.

Se produce un silencio breve, y en ese intervalo de tiempo, mis ojos no se apartan de los de Connor. «*Atrévete a decirme algo*».

—Me parece justo —resuelve él, sin que se le apague esa molesta sonrisa que podría significar cualquier cosa.

—Bien —le digo, desafiante.

—Asunto arreglado —Amber parece muy complacida—. Tenemos plan. Esta noche, iremos a tu concierto. Voy arriba a buscar algo decente para ponerme. ¿Subes, Ophelia?

Lo niego despacio.

—No. Debo regresar a casa. Tengo deberes.

—Oh. De acuerdo —Amber se me acerca y me da un beso en la mejilla—. Supongo que te veré esta noche.

—Sí —coincido, dedicándole una sonrisa vacilante.

—Genial. Disculpadme.

Nadie habla mientras los tacones de Amber se alejan y suben por la escalera.

—Le diré al portero que os deje pasar a mi prima y a ti.

Durante cinco segundos, me mantengo muda a su lado.

—¿Qué? ¿Amber es tu prima?

Connor ríe entre dientes.

—Claro. ¿De verdad pensabas que era mi novia?

Me encojo de hombros. ¿Y por qué no iba a pensarlo, cuando él no se ha molestado en sacarme de mi equivocación?

—Bueno, ¡sí!

Connor extiende el brazo y me coloca un mechón de pelo tras la oreja. Pego un brinco cuando sus dedos me rozan como por error la mejilla. Esta vez me ha tocado de verdad. No ha podido ser mi imaginación, porque es imposible que yo me imaginara todas estas chispas estallando a lo largo de mi piel.

Sus ojos bajan por mi rostro y caen sobre mis labios. Ni siquiera me atrevo a moverme. El corazón me late desbocado entre las costillas. Connor me mira fijamente, un momento prolongado, y luego cabecea.

—Lamento decepcionarte, pero yo soy más de tener *amigas*, Ophelia. Tener novia no es lo mío. Le daré recuerdos a Zach.

Y, sin más, me vuelve la espalda y se aleja hacia la escalera. Trago saliva y me precipito hacia la puerta. Necesito respirar de inmediato y comprobar que hay un mundo real girando más allá de Connor y de mí.

La chica que vivía en el pasado

El presente de Ophelia

La tienda está a oscuras, pero no me cuesta nada encontrar el interruptor de la luz. Pasé unas cuantas tardes aquí, haciéndole compañía a Eleonor. Qué buenos recuerdos. Cómo la echo de menos.

Nostálgica, avanzo entre los mostradores llenos de bisutería y arrastro la mano por encima de las vitrinas de cristal. Está todo igual. Eleonor trabajó aquí hasta el último día de su vida. Era la persona más activa que he conocido nunca, era incapaz de estarse quieta ni por un segundo. Siempre decía que se estaría quieta en el cementerio. Mientras tanto, tenía cosas que hacer.

Me pregunto qué pasará con la tienda ahora. Espero que no caiga en manos de mi madre. La vendería. No tiene ningún sentimiento de añoranza hacia su pasado. ¿Cómo lo habrá conseguido? Yo no hago más que volver una y otra vez. Ojalá fuese más como mamá y menos como Eleonor.

Sonrió con tristeza y me acerco al viejo equipo de música. Cómo le gustaba la música. En su casa siempre sonaba alguna vieja canción.

Empujada por la curiosidad, lo enchufo y me pongo a buscar el mando. Quiero saber qué es lo último que escuchó ella.

Con un nudo en la garganta, presiono el botón y al instante las notas de una balada rock ponen fin al silencio de la noche. Me quedo paralizada y mis ojos se pierden en la lejanía. Esta canción... Es lo que tocó él en ese concierto, la primera vez que fui a escuchar a su grupo. ¿Qué hacía Eleonor con esto?

—¿Por qué tenías esto, Eleonor?

A punto de llorar, me siento en el suelo, doblando las rodillas hasta apoyarlas contra el pecho, y cierro los ojos mientras la voz de Connor me arrastra de nuevo hacia un pasado del que nunca he podido salir.

Perdámonos en este abismo.

Puedes hacerlo.

Puedes quebrantar el mundo por encima de ti, amor.

No quiero que llores esta noche.

Solo quiero sentirte.

Estoy cansando de estar aquí, abajo.

¿Y qué si me he hundido?

¿Te hundirás conmigo?

Dime si estoy roto.

¿Por qué estás tan callada esta noche?

No hay más que silencio entre nosotros dos, amor.

Mantente alejada de los conciertos de rock

Ophelia, doce años atrás

No ha sido tarea fácil convencer a Eleonor, pero aquí estoy, montándome en el coche de Amber, rumbo a no sé qué club. Ni siquiera sé por qué demonios lo estoy haciendo. Ir a clubs y a conciertos de rock no se incluía en mis planes para este curso.

—No sabéis cuánto me alegro de que hayáis organizado esta salida —Zach me lanza una mirada furtiva a través del espejo. Está sentado en el asiento del copiloto, para indicarle a Amber el camino—. Nos hacía falta un cambio de aires.

—A tu hermano no le ha hecho demasiada gracia —replica su prima, distraída por el tráfico.
Zach vuela la mirada hacia ella.

—Pasa de él. Ya sabes lo cascarrabias que se pone. Para mi hermano, tocar es un empleo, y no quiere distracciones en su lugar de trabajo.

Amber agita los oscuros bucles.

—Nunca se divierte, ¿no?

Zach bufá.

—¿Connor? Jamás.

—Entonces, creo que mi visita le hará bien. Connor ejerce de adulto desde hace demasiado tiempo. Haré que se desmelene un poco.

Zach suela una risa.

—Suerte con eso. Se está tomando muy en serio lo de ser el cabeza de familia, así que no creo que puedas conseguir que Connor se... desmelene.

La sonrisa de Amber se torna picarona.

—Ponme a prueba, amor.

Escucho su conversación desde el asiento trasero del coche. No participo, ya que no me concierne.

—Oye, Amb, ¿Conoces a Charles Holt? —pregunta Zach de pronto.

—¿El pequeño Charlie? —Amber sonrío—. Ya te digo. La última vez que lo vi, tenía unos...

Estoy tan ensimismada que las voces se van apagando poco a poco. Ya no reparo en ellas. Miro por la ventanilla y me distraigo pensando en él, en lo triste que me parece que un chico de su edad no se divierta nunca y que tenga que ser adulto cuando no le corresponde. A lo mejor por eso es como es; por eso siente tanta rabia en su interior y ese brutal deseo por exteriorizarla. Porque, a lo mejor, la vida nunca ha sido justa con él.

La abuela mencionó que la madre de los Davis falleció repentinamente el año pasado y que Connor tuvo que abandonar sus estudios para regresar a casa y hacerse cargo de su hermano, pero no sé nada más sobre el tema. Por lo visto, es bastante celoso con su vida personal. No tiene amigos en el pueblo, no tiene novias... ¿Quién es Connor Davis?

—Casi estamos —regresa la voz de Zach—. Gira a la derecha.

Amber obedece, pone el intermitente y tuerce por un camino de gravilla. A lo lejos distingo las luces rojas de un bar.

—Pues sí que está cerca, sí —conviene Amber, volviendo a girar el volante, ahora hacia la izquierda.

—Te lo dije. A siete kilómetros del pueblo. Mi hermano va y viene andando casi todas las noches.

—¿Y el Camaro de Bill? —Amber le lanza una mirada asombrada a Zach—. Tenía entendido que Connor lo había hecho funcionar.

—Y así es, pero se lo destrozaron hace casi un mes y todavía está en el taller. ¿No te lo ha dicho Connor? Estaba hecho un basilisco. Trabajó mucho para poder restaurar ese coche. Tenías que haberlo visto, estaba tan orgulloso de cómo le había quedado. Decía que a papá le habría encantado verlo.

—¿Cómo que se lo destrozaron? —pregunto, perpleja. Vale, no es asunto mío, pero no he podido evitar la curiosidad.

Los ojos de Zach se cruzan con los míos a través del espejo.

—Mi hermano lo dejó en el aparcamiento y se fue a tocar en un bar de la zona. Hubo un incidente, algo relacionado con una chica. Aparca ahí, Amber. Este es el club.

—¿Qué clase de incidente? —insisto.

Zach me lanza otra mirada.

—Había un tipo maltratándola, gritándole y todo eso, y Connor intervino. No soporta esa clase de cosas, ver a un borracho tratar mal a una chica, ¿sabes? Por lo visto, sacó al tío de ahí y le invitó a medir sus fuerzas con alguien de su tamaño.

—No me cuesta imaginármelo —rezongo, desencantada. ¡Pues claro que se enzarzó en una pelea! Conociéndole, no iba a tener una charla fraternal o ponerlo en manos de las autoridades locales. No. ¿Por qué iba a hacer Connor Davis algo por el estilo?

—El caso es que mi hermano dio el asunto por zanjado y se fue a trabajar. Cuando acabó el concierto, se encontró el coche destrozado en el aparcamiento y una nota pegada al parabrisas. *Todo esto por una zorra.* Eso ponía en la nota.

—¡Menudo capullo! —se escandaliza Amber.

Zach se encoge de hombros.

—Bueno, Connor hizo lo que pensaba que tenía que hacer y luego pagó el precio. Ahora le toca

arreglar el coche y rezar para que quede más o menos bien. Mientras tanto, tendrá que caminar.

—Vaya putada. —Amber quita el contacto, se lanza una mirada en el espejo y se vuelve hacia mí, sonriendo—. ¿Preparada, O?

Aprieto los labios en una fina línea.

—Sip.

—Pues venga. A divertirse.

El club está petado. De hecho, hay una cola monumental para entrar, pero el portero nos cuela cuando Amber le susurra algo al oído, probablemente que somos amigos de Connor. En todo caso, con lo impresionante que está Amber esta noche, con un minúsculo vestido blanco y unos tacones de vértigo, creo que nos habría colado igualmente.

—Voy a por un par de bebidas —anuncia Zach mientras nos abrimos paso hacia una zona menos aglomerada—. Tequila, ¿verdad? —Mira a Amber y ella asiente—. Ophelia, ¿qué tomas tú?

—Pues... agua.

Zach enarca las dos cejas.

—¿Seguro?

Asiento enérgicamente.

—Sip. Nunca bebo alcohol.

«*Ya no*».

—Está bien. Ahora vuelvo.

Me besa la mejilla y se va a la barra.

—Le gustas —me susurra Amber.

Me ruborizo un poco.

—A mí también me gusta él.

—¿Tanto como Connor?

Abro la boca en un gesto escandalizado.

—¿Pero qué dices? ¡No soporto a Connor!

La risotada de Amber me hace fruncir el ceño.

—Si engañarte de ese modo hace que te sientas mejor contigo misma, ¿quién soy yo para llevarte la contraria?

La miro conteniendo el aliento y ella me da la espalda y se va a bailar. Me vuelvo hacia la barra con la esperanza de que Zach esté a punto de regresar, pero, por la cola que hay, se quedará

ahí un buen rato. Genial. ¿Por qué no me habré quedado en casa estudiando para los exámenes de ingreso en la universidad?

Irritada, me abro camino entre un grupo de chicas e intento encontrar una mesa libre para sentarme mientras tanto. Sin embargo, están todas ocupadas. Me vuelvo sobre los talones para seguir buscando, y entonces choco con la oscura mirada de Connor, que atrapa a la mía de inmediato.

Me mira durante unos segundos desde el otro extremo de la sala, y luego echa a andar hacia mí. Juraría que parece exasperado. Busco frenéticamente a Amber o a Zach, pero los dos están entretenidos. Mierda. Me tocará estar con Connor. A solas. «Ay, madre».

—Así que has venido —saluda, bajando los ojos para ponerlos a la misma altura que los míos. Connor me saca casi una cabeza. Es un poco más alto que Zach.

—Sip. He venido. ¿Te alegras de verme?

Me estudia con esa mirada suya tan imperturbable que me crispera los nervios. Ojalá supiera en qué está pensando ahora mismo. Por algún motivo, me gustaría saberlo.

—¿La verdad? No. Esperaba que tuvieras suficiente sentido común como para quedarte en tu casa. ¡Pero aquí estás! —exclama, separando los brazos con falso entusiasmo.

Hago una pausa para tragar saliva y desvío los ojos hacia el escenario que, de momento, se mantiene a oscuras. Según el cartel que había en la entrada, el grupo de Connor, Sound of Chaos (menudo nombre, por cierto) tocará dentro de una hora.

—¿Por qué no te caigo bien, Connor? —pregunto abruptamente, volviendo los ojos hacia los suyos. Él en ningún momento ha dejado de mirarme.

—¿Qué?

Mi pregunta parece confundirle.

—¿Por qué no te caigo bien? —insisto con naturalidad.

Durante unos segundos, me contempla absorto.

—Créeme, Ophelia, me caes mucho mejor que el resto de personas que conozco.

—Pues no lo parece.

—Pero es cierto.

—Si de verdad lo es, no quiero saber cómo tratas a los demás.

—Llevas toda la razón. —Sonríe y luego apaga la sonrisa—. No quieres.

Pongo los ojos en blanco y me aparto.

—Que te den.

Con aplomo, Connor me atrapa la muñeca y me arrastra de vuelta a su lado.

—No corras tan rápido, Caperucita. Esto está lleno de lobos malos. No pienso dejar que vayas por ahí tú solita.

Alzo los ojos desafiando a los suyos por debajo de las largas pestañas cargadas de rímel.

—¿Tú me has visto? Llevo vaqueros y sudadera en un club lleno de escotes y minifaldas. Nadie se fijará en mí.

Connor ladea un poco el cuello y se me queda mirando con gran interés.

—Yo no estaría tan seguro —murmura, paseando la mirada por todo mi rostro. Ese modo de evaluarme no tiene nada de civilizado.

—Pues deberías —replico, con un aire tan digno que le arranca una sonrisa—. ¿Sabes? Ni siquiera sé por qué te preocupas por mí. No somos amigos. ¿Por qué no vas a darle esta charla a tu prima? Por lo que veo, hay al menos siete lobos a su alrededor.

—Amber sabe cuidarse solita.

Doy un tirón para liberarme de su agarre y le lanzo una mirada fulminante.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que yo no sé cuidarme?

—Es evidente que no. De lo contrario, te habrías quedado en casa esta noche.

Me acerco a él para resultarle un poco más intimidante. Nuestros cuerpos casi se rozan.

—Realmente eres un cretino, ¿verdad?

Los intensos ojos de Connor bajan hacia mis labios y algo estalla dentro de mí. Pretendía parecer desafiante y segura de mí misma, pero está claro que ahora solo parezco una pánfila ruborizada que le está suplicando un beso, algo que Connor Davis nunca me dará.

—¿Quieres saber la verdad? —Sus ojos sueltan mis labios y se hunden en mis pupilas, y su mandíbula se endurece en un gesto pétreo—. Sí, soy un cretino. No intentes encontrar nada bueno en mí, porque perderás el tiempo. No tengo nada que ofrecer. Si fueras lista, te mantendrías alejada.

Con ojos cortantes como el metal, da media vuelta y desaparece entre las sombras del club. Solo pasan veinte segundos hasta que Zach regresa con las bebidas. Estoy bastante descolocada, pero finjo una sonrisa para disimular. Lo que menos me apetece es compartir con Zach mis sentimientos respecto a su hermano. «*Si es que Connor despierta en mí algún sentimiento, aparte de la inmensa, desorbitada indiferencia*».

—Toma. Tu agua y... —Mira a nuestro alrededor con aire confuso—. ¿Dónde está Amber?

Se la señalo con el dedo.

—Ahí.

Como va vestida de blanco, destaca un montón. Cada vez que estallan los *flashes*, se ve cómo Amber se contonea contra un tipo musculoso mucho más alto que ella; alguien cuyo rostro no alcanzo a distinguir.

—Ah. Sí, típico en ella, darse el lote con el primer gilipollas que encuentra. Ha salido a Connor. Pues nada, ella se lo pierde. Salud. —Zach choca su chupito contra mi vaso de agua y se lo toma de golpe. Después, se toma también el de Amber y deja los dos vasos encima de la barandilla—. ¿Bailas?

La sonrisa fingida se torna en una sonrisa verídica. Me deshago del vaso de agua y alargo la mano hacia la suya.

—Claro.

Zach dobla los dedos sobre mis nudillos y yo me estremezco, ya que hay una extraña electricidad pasando de su mano a la mía. En el club suena *What I've done* de Linkin Park, y eso me gusta, porque me recuerda a la vieja yo. Esa chica no ha muerto. Sigue ahí en algún lugar dentro de mí y quiere salir y pasárselo bien esta noche. Quiere... olvidarlo todo. Ha estado huyendo de algo durante cinco largos meses. Y no quiere seguir huyendo. Esta noche, no. Esta noche está demasiado cansada para luchar. Así que pondrá las armas en el suelo y se rendirá.

Seducida por la oscuridad y el anonimato que eso me concede, cierro los ojos, me rozo la nuca con los dedos y me muevo junto a Zach, dejando que la música penetre a través de cada molécula de mi cuerpo y fluya hasta llegarme al corazón.

Y hago todo esto mientras finjo no reparar en el hecho de que Connor me está mirando fijamente desde un reservado oscuro, o que sus ojos me atrapan como un imán.

Una familia algo... peculiar

El presente de Ophelia

Hacía mucho que no me levantaba tan cansada. Ayer fue un día duro. El entierro, Connor, correr bajo la lluvia, Connor otra vez, pelearme con mi familia, escuchar un viejo disco de Connor...

Vaya. Parece que Connor está en todas partes.

Con una mueca de disgusto, entro en la cocina y preparo el café. No me cuesta nada localizar la vieja cafetera metálica y el bote de vidrio en el que se guardan los granos recién molidos. Está todo en el mismo lugar de siempre, en el armario que hay encima del fregadero, junto a las tazas y los vasos. Eleonor no ha cambiado nada de sitio en los últimos treinta años.

Me siento en una silla y espero a que la cafetera empiece a silbar. Para mí no hay nada mejor que el olor a café recién hecho por la mañana.

Voy por la segunda taza, cuando baja mi hermana con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días, querida y preciosa hermana. ¿Cómo estás esta hermosa mañana?

Se inclina y me da un beso sonoro en la mejilla.

—Buenos días a ti también, Shakespeare. ¿Y esa cara? ¿No te habrá tocado la lotería?

Mis ojos se achinan al escrutar su rostro, ruborizado y alegre.

—No. Pero... *I'm so excited and I just can't hide it*—Kitty menea la cintura de camino a la cafetera.

Sonrío por encima de la taza y la sigo con la mirada. No puedo evitar reírme. Está hecha un cuadro. Va en bragas, unas bragas rosas de Bugs Bunny, y la camiseta gris de tirantes cubre solo una parte de su abdomen, dejando a la vista una buena porción de piel tersa y bronceada. Está tan despeinada que *sexy* es la palabra adecuada para definirla.

Y parece la leche de contenta. Empiezo a dudar de ella.

—En serio, ¿por qué estás tan alegre esta mañana?

—Porque anoche besé a Zach.

Sé que es de muy mala educación quedarse boquiabierto, pero no puedo contenerme. Mi mandíbula se abre de *motu proprio*.

—¿Que hiciste qué?!

Kitty se encoge de hombros y exhibe su sonrisa más traviesa.

—Le besé.

—¿¿Estás loca??

—Oye, que no fui solo yo. No me mires con esos ojillos acusatorios. Él me besó de vuelta. Y fue... ¡Dios mío, Ophelia! No sabes cómo besa Zach.

—Por desgracia, sí que lo sé... —murmuro para mí.

A Kitty se le dilata los ojos.

—¡Serás putón! ¡¿Te besuqueaste con Zach?! ¿Cuándo? Si yo estuve ahí todo el rato...

—Cálmate. Pasó hace doce años, cuando él ni estaba casado ni estaba a punto de tener un bebé con su mujer. No sé si me sigues, Katherine.

Mi hermana hace un mohín. Tengo la impresión de que cualquier cosa que diga le dará igual.

—Él no es feliz con esa mujer —alega en su defensa.

—No es asunto tuyo.

—Sí que lo es. Me gusta y me lo pido para mí.

Hala, como si tuviera doce años. ¡Qué fácil le resulta todo! Alucino con ella.

—¡Está casado, so loca!

—Me da igual. Me devolvió el beso.

No puedo creérmelo. De Kitty me esperaría cualquier cosa. ¿Pero Zach?

—Eres una buscona.

No se altera en lo más mínimo. Es más, me sonrío.

—Lo sé. Y por eso... *I'm so excited* —Empieza a bailar otra vez—, *and I just can't hide it. I'm about to lose control and I think I like it.*

Se vuelve de espaldas a mí y menea el culo. Me río. Tiene un rabito de conejo dibujado en el trasero. Quiero cabrearla con ella, pero nadie nunca puede cabrearla con Kitty.

—*I'm sooooo excited...*

Con un salto dramático, se vuelve de cara a mí. Es la reina de la disco.

—A ver si te vas a torcer un tobillo, anda, que ya no tienes cinco años. Deja de hacer el mongolo.

Riéndose, se me acerca y me coge de la mano.

—No seas aguafiestas. Baila conmigo.

—Yo no bailo con busconas —le digo, muy remilgadamente. Sin embargo, la sonrisa me delata.

—Oh, sí que lo vas a hacer. Venga. Sabes que no puedes resistirte a esta canción.

—Sí que puedo. Soy un témpano de hielo.

—Casi veo tus pies moviéndose por debajo de la mesa, señorita Escarlata. *I'm so excited. Venga, mueve el culo. And I just can't hide it. And I know, I know, I know, I know, I know, I know I want you. I want you.*

Me río a carcajadas mientras Kitty me hace dar volteretas por la cocina de Eleonor. Parecemos dos dementes. Aunque es bastante divertido. Si Eleonor estuviera aquí, se uniría a nosotras.

«*Y se traería el jerez...*»

—Canta conmigo —me pide Kitty.

—Ni hablar —rehúso entre carcajadas.

Pero Kitty nunca acepta un no por respuesta. Me inclina hacia abajo y me lanza el anzuelo.

—*I'm sooooo excited*. Venga, ahora tú. Con un poco de sentimiento.

—Por favor, no.

Disgustada, agarra un cucharón de madera y me lo pone delante a modo de micrófono.

—Va. Solo un poco. Dame ese gusto. *I'm sooooo excited*.

No me queda otra que seguir la letra.

—*And I just can't hide it. I'm about to lose control and I think I like it.*

—*Yeah* —añade mi hermana.

—Ay, qué vergüenza.

—Calla, sosa, ¿no ves lo divertido que es? Venga, el estribillo.

Me endereza, pone el cucharón en el medio y cantamos las dos juntas.

—*I'm so excited, and I just can't hide it. And I know, I know, I know, I know, I know I want you. ¡I want you!*

—¿Qué demonios estáis haciendo?

—George, temo que anoche bebieran demasiado jerez. ¡O esta mañana!

Kitty y yo nos detenemos de golpe y miramos a nuestros consternados padres, los cuales acaban de entrar en la cocina y nos contemplan con cara de horror.

—Y ahora ¡todos juntos! —se viene Kitty arriba, tras un tenso momento de silencio.

Le hago un discreto gesto de negación para que corte el rollo. Está claro que mamá y papá no están de humor para eso.

Kitty, comprendiéndolo, se vuelve seria y carraspea.

—Bueno, solo estábamos...

—Da igual, Katherine —la interrumpe papá muy severo—. Tenemos cosas que hacer.

—¿Qué cosas? —pregunto yo, para normalizar la situación.

—Localizar a ese maldito notario y averiguar los últimos y disparatados deseos de mi madre.

Vaya por Dios. Una buena forma de empezar el día.

—¿Y cómo vamos a hacer todo eso? —indago, y creo que el hastío se trasluce en mi voz.

—Dividiéndonos —me ilumina papá, el capitán de la expedición—. Vestiros. Nos espera un día largo y muy ajetreado.

Enamoradizo, casado y lleno de dudas

El presente de Zach

Madre mía, madre mía, madre mía.

Mis ojos, llenos de culpabilidad, se vuelven hacia Lara, que ronca a mi lado en la cama. No he podido pegar ojo desde que volví de Marion. No puedo sacarme de la cabeza lo que ha pasado entre Kitty y yo. Cada vez que cierro los ojos, veo sus labios acercándose a los míos, y veo mis manos cogiéndola por la nuca.

«¿Cómo coño has dejado que pasara algo así, Zach? Tú no eres de esos».

Escupo un taco y me masajeo los ojos con aire cansado.

No tengo ni idea de cómo acabamos besándonos. Nos estábamos riendo a carcajadas y de repente ella puso sus labios encima de los míos y, cuando me quise dar cuenta, ya la estaba besando. Y, Dios santo, me gustó tanto...

Preso del horror, me froté la cara con las dos manos y le lancé otra mirada a Lara. Sigue desparramada en el colchón, durmiendo como si no hubiera ni una sola preocupación cargando su mente.

Muevo la mano y le acaricio un mechón de pelo rebelde. Una sonrisa tierna tuerce mis labios. Hay algo adorable en su forma de dormir. Siempre me lo ha parecido. Una parte de mí la echa de menos. Echo de menos lo que teníamos al principio, cuando ella no estaba tan llena de odio y rencor.

Hace años, Lara me quería. Pero en algún momento dejé de ser lo suficientemente bueno para ella y empezó a echarme la culpa de todos sus fracasos. Me he ido convirtiendo poco a poco en su saco de boxeo y a estas alturas de nuestra relación la exaspero tanto que no puede ni hablarme sin echarse a gritar. A veces creo que se ha casado conmigo solo porque me parezco un poco a Connor. O, peor aún, para estar cerca de él.

Porque está claro que sigue enamorada de mi hermano. Toda esa parafernalia de no aguantarle solo puede ser la frustración de un amor no correspondido.

Cuando Ophelia se marchó del pueblo, Lara intentó acercarse a Connor, pero él la rechazó con tanta crueldad que la lanzó a mis brazos.

Y como yo también estaba jodido por lo de Ophelia, no me importó ser el hombre sobre el que ella lloraba. Luego me enamoré de ella y le pedí matrimonio, y todos estos años he estado convencido de que a Lara le pasaba lo mismo, pero ahora algo ha sembrado la duda en mi mente y ya no puedo sacármelo de la cabeza. Desde esa maldita barbacoa familiar.

Connor estuvo presente, y no sé qué pudo pasar porque, a mitad de la fiesta, se marchó de

repente dando un portazo, y desde entonces nunca más ha vuelto a pisar nuestra casa. Queda conmigo en terreno neutral, bares, cafeterías o la vieja mansión Davis. Pero nunca en mi casa.

Y desde que él ya no viene por aquí, a Lara no hay quien la aguante.

Mi vida se ha convertido en un culebrón barato. Estoy un poco harto de vivir en medio de una historia en la que nadie consigue lo que quiere. Connor quiere a Ophelia, eso está claro. Lara, por el contrario, quiere a Connor. Ophelia quiere a... ¿Connor? Y yo... Yo ya no sé lo que demonios quiero.

A pesar de que solo son las seis de la mañana, salgo de la cama, me doy una ducha rápida y me marcho antes de que Lara se despierte y me pregunte por qué estoy tan raro. Puedo solucionar esto de un único modo: hablándolo con mi hermano. La historia no puede volver a repetirse. Estoy harto de los tríos sentimentales. Quiero algo que sea solo mío, joder. ¿Pido demasiado?

El presente de Connor

Estoy ordenando mis viejos discos, cuando encuentro por casualidad el primer CD de Sound of Chaos. Dios, qué recuerdos. Qué joven era. Tonto, hecho polvo y lleno de ilusiones. Y qué difícil fue llegar hasta donde estamos ahora. Me estremezco solo de pensar que hemos estado a un paso de perdernos por el camino.

El grupo se habría hundido de no haber sido porque Bob *Bubba* Brown nos escuchó tocar en un bar de Baton Rouge. Entonces no lo sabía, pero Bob era el productor más importante de Richmond. Esa misma noche nos hizo firmar un contrato de exclusividad. Lo demás es historia. Ahora nuestros discos se venden a nivel nacional. No somos los Rolling Stones, pero nuestros conciertos congregan a un par de miles de personas y eso es genial. Incluso hemos salido por la tele. Tres de nuestras canciones se convirtieron en banda sonora de una serie policiaca muy famosa en Virginia, y a partir de ahí conseguimos vender más de veinte mil discos. Ya no estamos en la miseria, y todo gracias a Bob *Bubba* Brown, donde quiera que esté.

Le rindo homenaje con una sonrisa triste, un trago de *bourbon* y coloco el CD en el equipo de música. Esta mañana el aire viaja arrastrando algo nostálgico y a mí me apetece volver al pasado, escuchar todas las canciones que tocábamos hace doce años y recuperar a ese Connor que, de algún modo, ha ido perdiéndose por el camino.

Paso de largo unos cuantos temas y elijo la balada que compuse pensando en Ophelia. Aún recuerdo su cara cuando la escuchó por primera vez. ¿Cómo olvidar algo así?

El universo giraba en torno a... ¿ella?

Connor, doce años atrás

He tocado mis mejores canciones. Para ella. Y le han gustado, lo sé. Lo he visto en sus ojos, en la expresión de su rostro. Me ha estado mirando todo el rato. ¡A mí! Sus ojos no me han soltado ni un segundo. No ha mirado a Rusty, ni a Chris, ni a Buzz. Ni a Zach. Me ha mirado a mí durante todo el concierto. Como si no existiera nada más.

Incluso antes, mientras bailaba con mi hermano, lo ha hecho, no ha podido evitar que sus ojos se movieran hacia los míos, que me buscaran en la oscuridad. Lo nuestro se está volviendo peligroso, y no me gusta ni un pelo, porque odio todo lo que Ophelia me hace sentir. Esta vulnerabilidad, la inseguridad, el inexplicable deseo de querer estar en los lugares donde está ella...

No me gusta, y tengo que mantenerme firme en mi propósito de no acercarme a ella. No quiero tener a nadie más por quien preocuparme, nadie que me importe, porque es mucho más fácil así. No dejar entrar a la gente no tiene nada que ver con la falta de simpatía. Es cuestión de supervivencia.

—¿Quién es la pelirroja? —me susurra Chris mientras recogemos los cables.

Levanto la mirada del suelo y le lanzo una mirada a Ophelia, que está sentada con Zach y Amber, esperándome. ¿Por qué no se han ido ya? Mañana tienen instituto y son casi las dos de la mañana. Pienso darle un buen tirón de orejas a Zach en cuanto lleguemos a casa. Puto inconsciente. Vale, sí, me estoy poniendo de los nervios solo porque ella está aquí. No puedo controlarlo.

—No es nadie —gruño, mosqueado conmigo mismo por permitir que Ophelia me altere de esta forma, incluso estando a varios metros de distancia de mí.

—¿La conoces?

—Sí —bramo, irritado por todo este interés en ella.

Chris carga con una caja y desaparece tras la puerta trasera. Respiro hondo y me obligo a seguir recogiendo cables.

—Quiero que me la presentes —me pide en cuanto vuelve al escenario.

Lanzo un taco entre dientes, suelto el pie del micrófono y me vuelvo de cara a él.

—No es tu tipo de chica.

Chris suelta una carcajada.

—Tranquilo. No pienso casarme con ella. Solo quiero llevármela al huerto un par de veces.

Sin poder controlarme, lo agarro por el cuello de la camiseta y lo estampo contra la pared.

—¡Mantente alejado de ella, joder! —ladro, apuntándolo con un dedo.

—¡Eh! —interviene Rusty, agarrándome del brazo—. ¿Qué coño te pasa, hermano?

Al darme cuenta de que he perdido el control, cojo aire en los pulmones, aflojo los dedos y retrocedo hasta que suelto su camiseta.

—Perdona, Chris, tío —farfulto, confundido—. No... No sé qué me ha pasado.

Rusty mueve la mirada hacia Chris.

—¿Qué le has hecho?

Este hace una mueca, me empuja hacia atrás y se coloca la ropa.

—Parece que me he metido con su novia —le contesta en tono guasón.

—¡NO es mi novia!

Chris, con la mandíbula tensa, se planta delante de mí y no me queda otra que aguantar su mirada. No quiero pegarme con él. Es mi amigo.

—¿Sabes? Yo solo quería follármela, pero me parece, *hermano*, que tú pretendes casarte con ella.

Y se va, dejándome con ganas de darle un puñetazo a alguien.

—Venga, a seguir recogiendo —vocifera Rusty, alejándose por el escenario.

No me muevo. Me quedo inmóvil, apretando los puños con ira. Sigo queriendo destrozar algo.

—¿Qué ha sido eso?

—No me lo puedo creer —bisbiseo para mí.

Apretando la mandíbula para refrenar la exasperación, me giro hacia ella y la miro con ojos entornados. Está a mis espaldas, aguardando, interrogante.

—¿Por qué no puedes meterte en tus propios asuntos? —le suelto a gritos.

Y, para dejar de verla, le vuelvo la espalda y franqueo la puerta a grandes y furiosas zancadas.

Fuera, me enciendo un cigarro. Ahora mismo tengo tanta ira en mi interior que sería capaz de pegarme con cualquiera. Solo necesito que alguien me provoque.

Gruño al oír la puerta abriéndose a mis espaldas y doy una larga calada que espero que me tranquilice un poco.

—¡Eh, Connor! ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Dejo caer los párpados muy despacio y un tacho consigue atravesar la barrera de mis labios. Ophelia coloca una mano en mi hombro y su roce me quema la piel. Con brusquedad, mi mirada se gira y se clava en ella.

—¿Es que no puedes dejarlo estar?

—Solo quiero saber qué te pasa.

—¿Y a ti qué coño te importa? —escupo con voz cortante—. Te dije que no me apetecía hacer de niñera esta noche. ¡Pero aquí estás!

Ophelia exhala un *oh* y se aparta con gesto arrepentido.

—Así que te has peleado con tu amigo por mí.

Le dedico una mueca fatigada.

—¿Qué tal se te da la astronomía, Ophelia?

—¿Disculpa?

Me lanza una mirada desconfiada. Me cruzo de brazos y enarco las dos cejas con ademanes apremiantes.

—La astronomía. ¿Qué tal se te da?

—¿Por qué quieres saber eso ahora?

—Tú contesta.

—Mal. Se me da mal —responde gruñona.

—No me extraña, teniendo en cuenta que piensas que el universo gira en torno a ti.

Sus labios se separan en un gesto indignado. Compongo mi más encantadora sonrisa, le vuelvo la espalda y cojo el camino de vuelta a casa. Que recojan los demás. Yo he tenido bastante por una noche.

—¡Connor! —grita Amber a mis espaldas—. ¡Vuelve! ¡Hemos venido en coche!

—Iré andando —anuncio, sin girarme—. Os veré en casa.

Lanzo el cigarro al suelo y suelto un soplido. ¿Qué demonios me pasa? Esta chica me trastorna la mente. Desde que se ha mudado al pueblo, ya no soy el mismo de antes.

—¿Sabes? Yo creo que, en realidad, te gusto.

—¡Me cago en...! —Me vuelvo sobresaltado y le lanzo una mirada chispeante—. ¡¿Qué haces aquí?! ¿Por qué no te has ido con Zach y Amber?

—Me apetecía andar.

—Son siete kilómetros hasta el pueblo, Ophelia —le recuerdo, sin poder evitar el toque caustico.

Sus labios se tuercen en un gesto de indiferencia.

—Mejor. Así bajamos la cena.

Me paso las manos por el pelo y suelto un gruñido exasperado.

—¿Por qué me atormentas? —le digo, aunque esta vez ya no parezco irritado, sino vencido.

Ella baja la mirada al suelo y frunce el ceño. Me parece tan decepcionada que tengo ganas de abrazarla. Pero no lo hago, porque si lo hiciera, sé que no habría marcha atrás.

—¿Piensas que te atormento? —susurra, levantando despacio los ojos hacia los míos.

Dios. Es tan ingenua, tan... guapa. La única respuesta que le concedo es un largo soplido.

—¿Cómo es que Zach ha permitido que te marches conmigo? —cambio de tema.

—No lo ha hecho. Seguía en el club cuando me marché.

—Genial. Ahora mi hermano me odiará por haberle quitado a su chica. Y todo, gracias a ti.

Refunfuñando, echo a andar a grandes zancadas por la carretera.

—No soy su chica —espeta, siguiéndome tan obstinada como siempre. Empiezo a creer que esta chica solo quiere lo que no puede tener.

—¿En serio? Pues lo parecía mientras bailabas con él. ¿Os habéis besado ya?

—No es asunto tuyo.

—¿Con lengua? Me lo puedes decir. Puedo soportarlo.

—Eres un gilipollas.

Suelto una carcajada.

—En eso estamos de acuerdo.

Ophelia ralentiza el paso. Aunque siento el peso de su mirada, mantengo la vista al frente y sigo caminando.

—Deberías hacer eso más a menudo —susurra de modo abrupto, buscando mis ojos a través de la oscuridad.

La miro confuso.

—¿El qué?

—Todo eso de... ejem... reírte y todo ese rollo. Ya sabes. —Hace una pausa, vacila y me mira, con tanta intensidad que se me forma un nudo en la garganta—. Te sienta bien reírte —añade en un susurro.

Aprieto los labios con fuerza. Aun así, las esquinas de mi boca se vuelven a alzar en una sonrisa.

—¿Me acabas de hacer un cumplido, Ophelia?

—¿Qué? ¡No! Si ni siquiera me caes bien.

—Ni tú a mí —respondo, un poco escocido por la rapidez de su negativa.

—Eso no es cierto. Antes has admitido que te caigo mejor que el resto de la población.

—Que no fantasee con atropellarte con el coche, como al resto de la población, no quiere decir que me caigas bien. No seas tan arrogante, por el amor de Dios.

—Yo creo que tú y yo somos amigos.

—Y también crees en los unicornios voladores, ¿verdad?

—Pero cuando te pones en plan cretino, ya no me gustas nada.

—¿Quieres decir que el resto del tiempo *sí* te gusto? —repongo, deteniéndome delante de ella.

Ophelia frena en seco y busca mi mirada. Algo cambia entre nosotros, la forma en la que nos evaluamos, la respiración cada vez más pausada.

—Lo que intento decir es que tú...

El claxon de un coche la hace detenerse. Entorno los ojos al ver el Nissan de mi prima disminuyendo la velocidad.

—Genial. Vienen al rescate. Hala, adiós, Ophelia.

Y, mosqueado, no sé con quién, continúo con mi caminata.

—¡Pero si aún no te he contestado! —grita ella a mis espaldas.

—No es necesario que lo hagas. No me importa.

—¡Porque eres un cretino! —ruge.

Lo siguiente que escucho es la puerta del coche cerrándose con fuerza. Mi prima pita para despedirse y me adelanta. Cierro los ojos y suspiro derrotado. Está claro que Ophelia me trastorna la mente. De lo contrario, no pensaría en lo que estoy pensando ahora; no pensaría en que, de no haber sido por la interrupción, la habría besado aquí mismo y me habrían importado una mierda las consecuencias.

Connor ha bebido. Más de la cuenta. Está casi tambaleándose cuando me abre la puerta.

—Genial. Lo que me faltaba.

—¿Qué quieres? —me reprende, mosqueado.

—Quería hablar contigo de algo serio, pero ya veo que no es un buen momento.

—Oh, nunca es un buen momento para tratar asuntos serios. Salvo los martes y los jueves. Y solo de tres a cinco. No atiendo asuntos serios fuera de ese horario.

—Anda, sírreme una copa —pido al cruzar la puerta—. Estoy hecho polvo.

—¿Por qué?

—Porque me casé con Lara Reed. ¡Por eso!

Connor sofoca una risa.

—Eso es cierto. Estás jodido, hermanito.

Le pongo mala cara.

—Me abrumba lo bien que se te da consolar a la gente —digo, corrosivo.

Se ríe.

—Lo siento. Estoy borracho. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien, joder.

—¿Te has peleado con Lara?

—Peor. He besado a Kitty.

Se produce una pausa, en la que el rostro de mi hermano cambia de tono varias veces, hasta que se torna completamente lívido.

—¿Quién coño es Kitty?

—La hermana de Ophelia. ¿Me sirves ahora esa copa?

Connor se tapa la boca con la mano. Parece un niño pequeño cuyos padres acaban de confesar que Papá Noel es un invento.

—Mierda.

—Tú lo has dicho.

Volviéndose serio, va a la mesa y se trae la botella de *bourbon*. Me la ofrece sin más dilación.

—Toma. Bebe.

—¿No hay copas? —Me pone cara de pocos amigos y comprendo que no es buen momento para remilgos—. Bueno, da igual. Beberé así.

Agarro la botella e ingiero una considerable cantidad de alcohol. Connor me la quita de la mano.

—Tampoco te pases, mocososo. No son ni las diez de la mañana.

—Dijo el que está como una cuba.

—Solo estoy un poco mareado. Por el cansancio.

—Y la media botella que te has cascado desde la salida del sol.

—También —admite Connor sin remedio.

Se produce un breve silencio.

—¿Todo esto es por ella? —pregunto, aun cuando me había prometido a mí mismo que no lo haría, que no nombraría a Ophelia nunca más delante de él.

—¿Tú qué crees?

Connor habla con voz tranquila. Indiferente. Pero sus ojos arden como el Infierno. El dolor sigue ahí. Nunca se ha marchado.

Me paso la mano por la cara y nos quedamos los dos con la mirada perdida en la nada. Siento haberlo jodido todo. Que mi hermano esté así ahora es solo culpa mía. Fui yo el que se interpuso y lo echó todo a perder. Joder. Me merezco todo lo que tengo.

Un perfecto caballero

Zach, doce años atrás

La observo durante todo el camino de vuelta. No aparto los ojos del espejo, a pesar de que ella no me devuelve la mirada ni una sola vez. Parece bastante cabreada. No sé, todo esto es muy extraño. ¿Qué coño hacía con Connor? Siempre he creído que no le caía bien mi hermano, ¿y ahora resulta que se va con él, ¡andando!, cuando podría regresar conmigo en coche? ¿De qué va? Me gustaría hablarlo con ella, pero está claro que no puedo hacerlo con mi prima delante.

Resoplo aliviando cuando Amber por fin detiene el coche enfrente de nuestra casa. Han sido los diez minutos más largos de mi vida.

—Hasta aquí habéis pagado el peaje, chicos.

Amber sonrío, ajena a mi malestar. Bajo y me apresuro a abrir la puerta de Ophelia, pero ella se me adelanta.

—Te acompaño —le digo, inexpresivo.

—No es necesario. Vivo a cuatro casas de aquí.

—Aun así, insisto.

Suspira hastiada.

—Bien, acompáñame pues. ¡Adiós, Amber! Gracias por todo. Lo he pasado genial.

—¡Hasta la próxima, O!

Amber le lanza un beso y se pone a hacer maniobras. Dar marcha atrás no es lo suyo. Estará entretenida un buen rato.

Me doy prisa para alcanzar a Ophelia y me adapto a la cadencia de sus pisadas. Tengo las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros. Me siento inquieto. No sé por dónde empezar. No quiero que mis dudas la ofendan.

—¿Estás bien? —susurro finalmente, después de varios segundos de lucha interna.

—Sí.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—Lo de antes. Lo de... —Carraspeo y la miro a la cara. Ella, por el contrario, mantiene los ojos clavados en el suelo—. Lo de Connor.

—No nos habíamos irritado lo bastante y quería continuar con la reyerta. Me quedaban unas cuantas cosas por decirle.

Mis ojos devoran su expresión ausente. «*Maldita sea, ¿por qué no me mira a la cara?*».

—¿Seguro? Es decir, parecía como que...

—¿Qué? —increpa, deteniéndose para lanzarme una mirada chispeante—. ¿Que me gusta tu hermano? ¿Es eso lo que piensas?

Frunzo el ceño. «¿Quién ha dicho nada de eso?».

—¿Te gusta? —susurro, buscando la respuesta en sus facciones.

—¡NO!

—Entonces...

—¡Tenía que aclarar un asunto con él, Zach! —alza el tono—. Por Dios, no hagamos un drama de todo.

No sé por qué se ha puesto tan furiosa de repente, pero decido no insistir con este asunto, si tanto la molesta.

—Ophelia...

—¿Qué? —grazna, aún más cabreada conmigo.

Le tiro de la mano y la detengo. En vez de contestarle, hundo los dedos en su cabello, atraigo su rostro hacia el mío y la beso. Sin más.

Ophelia necesita un momento para reaccionar.

Y luego me devuelve el beso, un poco vacilante, aunque firme. Mis labios envuelven a los suyos, y cualquier duda se esfuma de mi cabeza. Le gusto. A Ophelia le gusto. Bien. Más que bien. ¡Genial!

—Buenas noches —le susurro, acariciándole la cabeza con las yemas de los dedos. Mis labios se despegan de los suyos, despacio. Me resisto a soltarla.

—Buenas noches, Zach.

Sonríe un poco. Parece mucho más calmada ahora. Quizá fuera esto lo que necesitábamos. Puede que haya tardado demasiado en lanzarme y por eso estaba tan cabreada conmigo.

—Buenas noches —vuelvo a decir.

Tragando saliva, me vuelve la espalda y se marcha. Me quedo inmóvil hasta que entra dentro de su casa y apaga la luz del vestíbulo. Solo entonces doy media vuelta y desando el camino de vuelta a casa.

Estoy despierto cuando llega Connor. No he podido dormir de la emoción. He besado a Ophelia, ¡y ella me ha devuelto el beso! Es alucinante. Aún no me lo creo.

—¿Por qué no estás en la cama? —gruñe mi hermano, tan pronto como cruza el umbral—. Son casi las cuatro de la mañana, Zach.

—La he besado.

Connor enmudece junto a la escalera. Su rostro parece de hielo, pálido, gélido y contraído en

un gesto ausente.

—¿Que tú...? —Parpadea azorado y sacude la cabeza para despejarse—. ¿Que tú las has besado? ¿A Ophelia?

—¿Por qué te sorprende tanto? Ya sabes que me gusta.

Mi hermano cruza el salón, va al mueble bar y se sirve una copa. Por algún motivo, sus manos tiemblan y derrama una pequeña cantidad de *bourbon* encima de la alfombra. Está claro que necesita descansar. Está hecho polvo esta noche. Probablemente lleve más de veinticuatro horas despierto.

—Conque te has lanzado, ¿eh? ¿Y qué ha hecho ella? —pregunta, de espaldas a mí. Su voz suena indiferente y apagada.

Como no contesto, Connor se vuelve y me mira interrogante, con las cejas en alto.

—Devolverme el beso —le digo con una sonrisa que no puedo reprimir.

Connor coge una honda bocanada de aire y la suelta pausadamente. Hay cierta tensión contrayendo sus labios.

—Así que ella te ha besado también —afirma, dándole un buen trago a su vaso.

—Sip —Caigo en la cuenta de lo extraño que resulta su comportamiento y mi entusiasmo se apaga de pronto. Busco su mirada, pero los ojos de Connor lucen demasiado inexpresivos como para poder sacar alguna conclusión—. Espera, ¿te molesta eso?

—¿Por qué coño iba a molestarme? —repone con la voz impregnada de un desdén que no me parece del todo honesto.

Apura la bebida, deja el vaso encima del viejo piano y me lanza una mirada larga, como si quisiera añadir algo más. Finalmente desiste, me da la espalda y se dispone a marcharse. Lo persigo con la mirada.

—Pues parece molesto.

Connor ralentiza el paso de camino a la escalera. No me mira.

—No digas chorradas. Solo estoy cansado.

—¿Te gusta Ophelia? —decido ir al grano, cada vez más cabreado y más inseguro.

Cuando se gira, mi hermano tiene el ceño fruncido.

—Ni siquiera me cae bien —contesta a través de los dientes apretados.

—Bien. Porque ella piensa que eres un cretino.

Connor esboza una sonrisa lenta y bastante burlona.

—Lo sé. Antes me lo hizo saber.

—Genial.

Quiero que parezca que no me importa. Por desgracia, me ha salido el mismo tono que el de una niña resentida, y mi hermano se ha dado cuenta de ello, ya que resopla exasperado y me mira con aire paternal.

—Esto es estúpido, Zach. No vamos a discutir por una chica. Somos hermanos.

Connor se comporta con aplomo, pero yo ya estoy que hecho humo.

—No hay nada por lo que discutir, Connor. A ti no te cae bien, ella piensa que eres un cretino...
¡Y yo la he besado!

—¡Enhorabuena! —exclama irritado—. Ahora, si me disculpas, voy a echarme un rato. Estoy molido. Algunos de nosotros trabajamos. Buenas noches.

Apoltronado en la butaca, me cruzo de brazos y lo sigo con la mirada mientras sube por la escalera.

Se ponga como se ponga, el que ha besado a la chica he sido yo, pienso complacido.

Y otra enorme sonrisa vuelve a curvarme la boca.

Me he pasado el día recorriendo el pueblo en busca de un notario y sigo sin tener ni idea de quién es esa persona ni cómo localizarla. Espero que Kitty y los demás hayan tenido más suerte. A mí también me apetece solucionar este lío para poder largarme de aquí cuanto antes. Hay algo en este lugar que me está volviendo loca. Será la electricidad de las tormentas.

Un poco harta de seguir deambulando sin rumbo, peino la calle con la mirada en busca de algún parque o banco para sentarse, y veo que he dado con el único bar en dos kilómetros. Estupendo. Me muero de sed y necesito parar un rato. La próxima vez que decida irme de expedición, me acordaré de llevar algo de beber. Y una sombrilla. El sol me está matando.

Cruzo la calle en dirección al establecimiento, empujo la puerta de madera con el hombro y entro.

Al principio, no veo gran cosa. Estoy cegada por el sol, y este es un lugar muy oscuro y bastante deprimente. Juraría que es un bar de noche o alguna especie de pub.

—Ah, la señorita Rosetti, tan pagada de sí misma y moralmente superior a los demás, frunciendo su aristocrática nariz cada vez que una mosca osa zumbar a su alrededor. ¿Qué hace alguien como tú en un tugurio como este?

Hago una mueca y me acerco a la barra. Connor es el único cliente y de pronto me siento muy cansada y muy aburrida.

—Vaya por Dios. Connor. Justo la persona a la que no quería ver. ¿Qué haces *tú* aquí?

El aludido se encoge de hombros con desdén.

—Mi hermano ha agotado mis reservas de *bourbon*. Resulta que ayer besó a tu hermana y ahora se siente muy culpable. Pequeños dramas de la vida de un hombre felizmente casado —me susurra conspirativo.

Le quito la copa de la mano y le doy un trago. No hay ningún camarero a la vista, yo estoy sedienta y, de todas formas, Connor ya ha bebido más que suficiente. Se le nota en el brillo de los ojos.

—Si fuera tan feliz, no la hubiera besado, ¿no te parece?

Connor cabecea y me observa divertido. Fingiendo indiferencia, ocupo la silla de al lado.

—Hmmm. La santa Ophelia Rosetti —se deleita—. Disfrutas mucho juzgando a los demás, ¿verdad?

—Estás siendo desagradable porque estás cabreado por algún motivo y has decidido pagarlo conmigo. Pero ¿sabes qué, Connor? No voy a picar.

Sus ojos centellean de diversión.

—Qué lista eres, coño. Aunque te equivocas.

—No, no lo creo. Te conozco. Usas el sarcasmo para apartar a todo el mundo, y ahora la has emprendido conmigo.

—Sí, eso es cierto. Pero te equivocas en todo lo demás. No estoy *cabreado*, Ophelia. Estoy triste. Por eso bebo. Y por eso soy desagradable contigo.

—¿Estás siendo desagradable porque te sientes *triste*? —recalco en tono incrédulo.

—Exacto. Lo vas pillando.

—¿Y cuando estés furioso?

Apura la copa antes de contestar y luego tuerce los labios en una mueca de indiferencia.

—Me pondré el plan homicida —resuelve con expresión traviesa.

Levantándose de la silla, se dobla sobre la barra, agarra una botella de *bourbon* y otro vaso y llena las dos copas. Lo miro con ojos reprobatorios.

—¿Qué haces? Espera a que te atiendan.

—Nadie va a atenderme. El bar está cerrado hoy.

—¿Y cómo has entrado?

Sonríe juguetón. Se acerca a mí, se apoya en un codo y me susurra:

—Tengo la llave.

—¿Has robado la llave de un bar?

—¿Pero qué coño...? ¡No! ¡Es mío! Jesús, te estás convirtiendo en tu madre, siempre pensando lo peor de los demás.

Para mí, que alguien me compare con Gabrielle es un terrible insulto.

—Y tú, en tu padre —contraataco, señalando hacia la botella de alcohol.

—Auch. Sacando los trapos sucios, ¿eh?

Connor muestra una expresión cómicamente escandalizada y noto que hay una carcajada cosquilleando en su garganta.

—Lo empezaste tú —me justifico con aire digno.

Sonríe. Su sonrisa de borracho me gusta. Es una sonrisa lenta, insinuante, medio amodorrada. Cuando está borracho, no me mira como si no existiera para él.

—Es verdad. Lo siento. No sé ni lo que digo. Hoy he visto a tu madre. Curiosamente, sigue estando cañón.

—¡Connor!

—En el buen sentido de la palabra. Cálmate.

Cojo el vaso que me ha llenado y lo vacío de golpe, antes de dejarlo sobre la barra con un ruido seco.

—No hay un buen sentido de la palabra —le digo, limpiándome las comisuras de la boca con

el dorso de la mano.

Connor se encoge de hombros.

—Ya. Supongo que no. ¿Te acuerdas de ese garito que...?

Sé lo que va a decir incluso antes de que lo diga.

—Ay, Señor. ¡No! No he bebido lo bastante como para acordarme.

Connor se ríe y me llena el vaso.

—Pues vuélvete loca.

Le pongo mala cara.

—¿Intentas emborracharme?

—¿Lo estoy consiguiendo?

Durante unos cinco segundos o más, nos medimos con la mirada. Los pocos rayos de sol que se cuelan por entre las rendijas de la persiana arrojan juegos de luces y sombras sobre el rostro de Connor, y me doy cuenta de que sus ojos arden en la penumbra.

—Me parece que sí —gruño con voz seca, sonriendo solo porque él sonríe.

Los padres de ella

Ophelia, doce años atrás

Supongo que lo que me despierta es el follón, puertas abriéndose y cerrándose, voces resonando ahogadas desde la cocina... ¿Qué demonios está haciendo Eleonor?, ¿montando una fiesta con gente del geriátrico local?

Me levanto irritada, me envuelvo en una bata y bajo por la escalera, bostezando. Abro la puerta de la cocina y...

—¡Sorpresa!

Me quedo paralizada en el umbral.

—Mamá, papá, ¿qué hacéis vosotros aquí? —pregunto, parpadeando aturdida.

«¿Por qué no estáis en la portada de Forbes? Encajaríais mucho mejor que en un pequeño pueblo de Virginia».

—Cariño, estamos celebrando tu cumpleaños —me dice mamá en tono de dulce regañina.

Se acerca y finge besarme las mejillas. En realidad, ni siquiera me roza, no quiere estropearse los labios, pintados de un tono de marrón que casa muy bien con el bronceado californiano de su piel y con el brillo perlado de su impoluto cutis.

Cuando se aparta, me doy cuenta de que se me ha impregnado su olor a Lancôme. Mi madre siempre huele a Lancôme.

—Fue hace una semana —la saco de su garrafal error.

Y no, no he podido evitar el tono punzante.

El hermoso rostro, insultantemente joven para la edad que tiene, adopta una sonrisa condescendiente.

—Lo sé, cariño, pero nos ha sido imposible tomarnos el día libre. Tu padre... Dios mío, lo de la fusión le agota las energías, y yo tenía que preparar el catálogo de otoño-invierno para la boutique. Dime que lo entiendes, cielo.

Su tono lastimero me hace entornar los ojos hacia mis adentros. He cumplido dieciocho años y mis padres ni siquiera se han acordado de llamar. ¿Qué hay que entender?

—No, si entender lo entiendo, mamá. Por desgracia, tengo que ir al instituto porque es miércoles. Y como estoy convencida de que vuestras apretadas agendas no os permiten quedaros hasta por la tarde... —Cierro los puños como para darles ánimos—. Muchas gracias por pasaros. Ahora tengo que subir a ducharme.

—No tan rápido, señorita.

Frustrado mi intento de escabullirme, hago una mueca y me giro hacia mi padre. Se ha puesto

en plan solemne conmigo. Mirarle es lo mínimo que puedo hacer.

—Eleonor ha llamado al instituto esta mañana —me informa en cuanto nuestras miradas se encuentran a través del aire—. Tienes el día libre para pasarlo con nosotros.

—Geeeniiiiial —canturreo, sin pizca de entusiasmo.

Mi padre pone los brazos en jarras como si fuera un *boy scout* preparado para la acción, coge aire en los pulmones y despliega los labios en una sonrisa energética. Es el típico emprendedor americano, rubio, bronceado y obsesionado con mantenerse en forma a sus casi cincuenta años.

—Y bien, ¿qué quieres hacer, princesa?

«¿Cortarme las venas y esperar a que me desangre? No, no creo que esa respuesta les gustes demasiado».

—No sé... ¿ducharme?

Los ojos de mi madre se entornan de un modo que solo podría definirse como *pura exasperación*.

—Después de ducharte, cielo.

—Vestirme —declaro con firmeza, y me esfumo antes de que les dé tiempo a decirme nada más.

¿Qué demonios hacen aquí? ¿Y dónde está Eleonor? Ay, es demasiado temprano para enfrentarme a esta crisis. Quiero volver a la cama, dormir y despertar cuando todo haya acabado. Dentro de diez o quince años.

—Lo siento, Ophelia, pero ya sabes que no me cae bien tu padre. Por encima de mi cadáver pasaré el día con él. ¡Mi gélido cadáver!

Me lanzo a la cama, cierro los ojos y resoplo.

—Abuela, vuelve... —lloriqueo.

Eleonor ríe al otro lado del teléfono.

—Vamos, cielo, has pasado con ellos los últimos dieciocho años de tu vida. No sucederá nada por un día más.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. Por cierto, señorita, te mereces una azotaina por lo de anoche. Menudas horas de volver. ¿Qué ha sido del *a las doce como muy tarde estaré en la cama, con los dientes lavados*?

Hago una mueca, consciente de que Eleonor no está aquí para reñirme por mi insolencia.

—Lo siento. El concierto acabó más tarde de lo previsto. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que volviera a casa sola, a las tantas de la noche? Y ya que sacas el tema, ¿les dijiste a mis padres que

me dejaste salir?

Lo pregunto para saber a qué atenerme, si tengo o no que prepararme para los sermones del tipo: ¿Ophelia, qué pretendes hacer con tu vida? ¿Hasta cuándo vas a seguir así? ¿Has bebido? No mientas, sabemos que has bebido. Etc. Etc.

—No. Será nuestro pequeño secreto.

—Gracias, abuela.

—Ya me contarás luego con cuál de los Davis te has liado finalmente.

—¡Abuela! —me escandalizo, aun cuando una sonrisa se empeña en hacerse notar en las comisuras de mi boca.

—¿Qué? No nació ayer, Ophelia. He visto tu interés por esos dos gamberros.

—Zach me besó —confieso por lo bajo.

—Conque Zach, ¿eh? Vaya por Dios. ¿Y qué hiciste tú?

Suelto una risita tonta.

—Dejarme...

—¿En serio?

—¿Por qué te sorprendes tanto?

—Porque siempre pensé que sería Connor.

Una sombra de incertidumbre cruza mi rostro, y noto algo extraño en la boca del estómago.

—¿Y por qué pensabas que sería Connor?

—Por nada. Escucha, tengo que colgar. Un policía me está haciendo señales para que baje el teléfono.

—Oops. Espero que no te multe.

—No lo hará. Fui al colegio con su madre. Si me multa, le daré un buen tirón de orejas. Adiós, Ophelia. Sé comprensiva con tus padres.

—Lo intentaré.

—Ahora dilo como si lo pensaras de verdad.

—Lo intentaré —repito, hundiendo los hombros.

Eleonor suspira. No se lo traga. Cuelgo y me meto por fin en la ducha. Supongo que podré aguantarles durante un par de horas. No creo que se queden demasiado tiempo. Sin duda habrá un asunto mucho más importante que yo aguardándoles en la soleada California.

Como viene siendo habitual en esta familia, mi madre no está conforme con mi elección de ropa.

—¿Ophelia, qué ha sido de las blusas que te compré?

—Mamá, aterriza. Nadie viste seda en Marion.

—Razón de más. ¿No te gusta ser diferente?

Intentando no ponerme en plan homicida, agarro la chaqueta vaquera y me la pongo deprisa.

—Ya soy bastante diferente gracias al dramatismo del nombre que llevo. ¿Nos vamos?

—Espera, cariño. Cierra los ojos.

Le dedico a mi padre una mueca de exasperación.

—¿Para qué?

—Tú hazlo, cielo —apremia mamá.

Con mal disimulada irritación, los cierro y suspiro. Mis padres me cogen cada uno de un brazo y me llevan así hasta el porche.

—Ya puedes abrirlos. ¡Sor-pre-sa!

Abro los ojos de mala gana y contemplo impasible el reluciente descapotable rojo aparcado en el jardín.

—Feliz cumpleaños, cariño —me dice mi madre, abrazándome.

Mi padre me ofrece las llaves. Siento el mismo vacío que sentí aquel día cuando recibí el iPod. Se les ha olvidado mi cumpleaños y ahora pretenden compensarme sobornándome con esto.

—¿Qué te parece?

Mi padre sonrío tan entusiasmado que no me atrevo a decir nada desagradable.

—Un sueño hecho realidad —contesto, forzando una sonrisa.

Él le guiña un ojo a mi madre.

—Te lo dije, Gaby. Te dije que le encantaría. ¿Por qué no nos llevas a algún sitio a desayunar? Así podrás probar tu coche nuevo.

—Si es preciso...

Montamos los tres en mi nuevo Audi y conduzco hasta las afueras del pueblo, donde sé que hay varios bares de carretera. Mi madre, si bien parece escandalizada por mi elección, se mantiene callada en el asiento de atrás y se limita a fruncir la nariz en un gesto de desaprobación.

—¿Qué os parece este lugar?

—Tú sabrás, cielo —responde mi padre.

—Yo creo que está bien —resuelvo, y giro el volante para torcer hacia la puerta.

Estaciono el coche en la sombra y sigo a mis padres hasta el interior del recinto, donde ocupamos una mesa para cuatro al lado de la ventana. Un chico más o menos de mi edad viene a tomarnos el pedido. Mi madre pide toda clase de pijadas que no están en el menú y finalmente se decide por unas tostadas y un café.

—Es increíble que no tengan batidos de remolacha —protesta por lo bajo.

Mi padre nunca desayuna, con lo que solo quiere café. Y yo, para compensar las cosas, me pido el café, los huevos y las tortitas, a ser posible con nata y fresas. Nunca desayuno tanto. Debe de ser cosa de la ansiedad que me produce este extraño encuentro familiar. Además, si tengo la

boca llena será más complicado cometer algún desliz.

—Tu hermana Kitty quería venir, pero está muy ocupada organizando una fiesta benéfica.

Kitty solo tiene un año menos que yo. Por desgracia, se pasa la vida intentando complacer a mamá. Supongo que en una familia no puede haber más de una oveja negra, ¿eh?

—Estoy muy orgullosa de ella —prosigue mi madre—. Es *tan* solidaria.

—Solo lo hace para complacerte.

Me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta cuando noto una alteración en la expresión facial de mis padres.

—¿Cómo dices?

Entorno los ojos y decido seguir adelante con esto. Alguien les tendrá que bajar de las nubes algún día. ¿Por qué no hoy?

—A Kitty le importa una mierda la extinción de no sé qué cucarachas en Sudán y los icebergs que se derriten en el hemisferio norte. Solo lo hace porque quiere tener algo en común contigo, mamá. Para que te dignes a hacerle un poco de caso.

—Ophelia, no le hables así a tu madre.

—Yo no le hablo de ningún modo. Solo digo las cosas tal y como son. A veces parece que vivís en otro planeta.

Mi madre agita la cabeza para indicarle a papá que no pasa nada y vuelve a adoptar su sonrisa educada, esa que siempre finge cuando algo consigue traspasar sus muros de hielo y afectarla de verdad.

—El caso es que vendrá dentro de unos días —continúa como si nada—. Quiere pasar el fin de semana contigo. Espero que seas agradable con tu hermana, Ophelia.

Tomo un sorbo del café que me acaban de servir para evitar soltar un taco.

—Yo siempre soy agradable con Kitty, mamá.

—Me alegra oírlo. —Y me vuelve a dedicar esa sonrisa suya que me hace poner los ojos en blanco cuando nadie se da cuenta de ello.

Como si lo hubieran hablado previamente, mis padres encienden los iPhone a la vez y se ponen a leer correos electrónicos. Cinco minutos es el tope de atención que una puede esperar de ellos. Está bien. Lo asimilé hace muchos años. Ya no me afecta.

Tomo el café a sorbitos y me centro en mi desayuno. A juzgar por las frenéticas pulsaciones de sus dedos, se marcharán en breve. Parece que hay asuntos de mucha más importancia requiriendo su atención.

—¿Y qué tal el instituto? —pregunta mi madre distraída.

Como si te importara.

—Un asco. Los profesores me odian, y no creo que apruebe todas las asignaturas este curso. Ah, y ya que estamos con las confesiones, que sepáis que me he hecho un *piercing*, un tatuaje y

creo que estoy embarazada, aunque no lo sé a ciencia exacta. Solo llevo dos meses de retraso. En cuanto al padre, ni idea de quién es.

—Ah, genial, cielo. Genial.

Sacudo la cabeza y exhalo un pequeño suspiro. Nunca me escuchan.

—Muy graciosa.

Pego un brinco y me tenso de la cabeza a los pies cuando esa voz, proveniente de la mesa que hay a mis espaldas, rompe con la monotonía del silencio.

—No he podido evitar escuchar la conversación —prosigue él, sin renunciar a ese irritante matiz burlón tan suyo—. ¿Deduzco que los encantadores señores son tus padres?

Medio entornando los párpados, muevo el cuello hacia atrás y me quedo atónita al ver que mis padres han bajado los móviles y están mirando a Connor Davis boquiabiertos. Hm. Interesante. Esto nunca había pasado antes. ¿A qué se debe tanto interés?

No me hace falta ser adivina para saber que a ninguno de los dos le gusta lo que ve. Mi madre parece escandalizada por sus vaqueros rotos y su pelo desordenado, mientras que a mi padre no le gusta ni un ápice el tatuaje que se asoma por debajo de las mangas subidas de la camisa de Connor.

—Buenos días —respondo cordialmente, a pesar de que no se merece una respuesta educada después de lo de anoche.

—¿Quién es este, cariño?

Connor contesta por mí, y lo hace con una sonrisa tan encantadora que no puedo evitar devolvérsela. «¿Qué está tramando?».

—Usted debe de ser Gabriella. Soy Connor Davis. Seguro que conoció a mi padre. Se llamaba John.

Mirando a mi madre, advierto que se ha puesto lívida.

—Oh.

—¿Y sois amigos? —se interesa mi padre, ajeno a la conmoción de mamá.

—Íntimos —puntualizo yo, solo por tocar las narices.

Connor les dedica su sonrisa más insufrible y burlona.

—De hecho, estoy enamorado de su hija y creo que ella también me quiere. Escuchen, no deben preocuparse por nada, les prometo que nos casaremos en cuanto acabe el instituto. Mi plan es conseguir una choza en el nuevo barrio de caravanas. ¿Lo conocen? —Mis padres, en evidente estado de conmoción, lo niegan a la vez—. ¿No? ¡Qué pena! Les aseguro que son los cuatro metros cuadrados más lujosos que han visto nunca. Su hija vivirá como una princesa ahí, cuidando de las alimañas. —Mi padre, que estaba bebiendo un sorbo de agua para tranquilizarse, se atraganta, al mismo tiempo que mi madre abre los ojos de par en par—. Tranquilo, señor, intentaré no dejarla preñada antes de la boda. Aunque eso está complicado, ¿eh? —La sonrisilla pícaro de

Connor deja aún más estupefactos a mis refinados padres—. Es decir, ¡mírenla! Está buenísima.

—¿Cómo ha dicho? —se indigna mi padre, a gritos.

Connor finge mirar el reloj.

—Uy, he de irme. Me pagan por arar los campos, no por perder el tiempo en los bares. Encantado de conocerles, suegros. Supongo que nos veremos en la boda. O en la sala de partos. En fin, lo que el Señor quiera que pase antes.

Cruzando los dedos, se va hacia la puerta y sale, mientras yo me muerdo los labios para no reírme a carcajadas. Este chico está como una cabra.

—No hablará en serio —susurra mi madre, inclinándose sobre la mesa—. Dime que no vas a casarte con él, Ophelia.

«*Vaya, ahora sí que me hacen caso*».

—No lo sé, mamá. —Intentando no reírme, hago un gesto de impotencia con los hombros—. Le quiero.

Casi se me escapa una carcajada ante la expresión homicida de mi padre.

—Te lo prohíbo —ruge, fulminándome con la mirada—. ¿Pero tú le has visto? Tiene el antebrazo marcado como los presidiarios.

—O como las vacas, querido —aporta mi madre, con muda consternación.

—¡O como las vacas! —vuelve a rugir él—. ¿A qué se dedican sus padres?

—Ay, Dios, no lo sé, papá. ¿Qué importa?

—Ophelia, ni se te ocurra, ¿me has oído?

En dieciocho años no me han prestado tanta atención, y ahora solo lo están haciendo porque piensan que me voy a casar con Connor Davis. ¡No me lo puedo creer!

—Es increíble. Te dije que tu madre no sería capaz de controlarla. Lleva aquí dos semanas y ya se ha liado con un paleta. Esto es tan típico de ella...

Hago un gesto de aburrimento y sacudo la cabeza una y otra vez. Ahora se pondrán a discutir el uno con el otro y a sacar trapos sucios de hace veinte años, y otra vez se desviarán del tema principal de esta conversación. O sea, yo.

—Solo os estaba tomando el pelo —resoplo, ya cansada de seguir con esta farsa.

—¿Qué? —mi padre me mira confuso, incapaz de creer que yo fuera capaz de algo así.

—Connor y yo. Os estábamos tomando el pelo, ¿vale? No salgo con él. Y no se dedica a arar los campos. Es músico.

—¡Músico! —se indigna mi madre—. A estas alturas, ya no sé qué es peor. ¿Seguro que no sales con él?

Una expresión incrédula asoma en mi mirada. ¿Cómo podemos ser parientes? No tenemos nada en común.

—No, mamá —contesto con aire decepcionado—. Puedes estar tranquila. Nos estábamos

quedando con vosotros.

—¿Y por qué harías algo tan descortés, Ophelia?

Su tono herido no hace más que aumentar la ira que hace años que voy guardando en mi interior.

—Por la misma razón por la que a vosotros se os ha olvidado mi cumpleaños y ahora venís como si nada y me regaláis un jodido coche, esperando que eso me compense. ¿Pues sabéis lo que os digo? ¡No me compensa! Así que os podéis llevar vuestro estúpido coche y regresar a California, porque no os necesito aquí. Hace mucho que ya no os necesito.

Lanzo las llaves sobre la mesa, me levanto y me precipito hacia la puerta. Mi padre ruge a mis espaldas que como dé un paso más, puedo olvidarme de que me paguen la universidad.

Salgo corriendo para dejar de escucharle y cojo el camino de vuelta a casa, evitando a posta la carretera, para que no me alcancen. Si no me equivoco, y no creo que lo haga, este bosque desemboca en el jardín trasero de la abuela. Solo espero que mis padres no estén ahí cuando llegue yo.

—¿Qué te tengo dicho sobre los bosques?

Casi pego un grito por el susto. Connor, apoyado contra el tronco de un árbol, se endereza y compone una sonrisa tranquilizadora.

—Lo siento. No pretendía asustarte.

—No estoy de humor para discutir contigo hoy —advierdo, pasando de largo.

Connor lanza su cigarrillo al suelo y se apresura a seguirme.

—Eh, ¿te encuentras bien?

—¿A ti qué te parece, genio?

Me agarra del hombro para detenerme.

—Oye... Lo siento, Ophelia.

Dejo de andar y lo miro enfurecida. Lo que menos necesito ahora es que se burle de mí.

—¿El qué sientes, Connor?

Traga saliva y busca mis ojos. Parece turbado.

—He sido un poco capullo contigo y...

—¿Un poco? —subrayo, perpleja.

—Vale, he sido muy capullo contigo, llevas razón —admite, con los párpados entornados—. Y lo siento. Si algún día necesitas a alguien con quién hablar, yo...

—¿Estarás ahí? —le propongo, cáustica.

Asiente y se mordisquea el labio inferior con algo sospechosamente parecido al nerviosismo.

—Sí. Estaré ahí.

Me quedo mirándole a los ojos y me doy cuenta de que esta vez habla en serio. No se está burlando de mí. Connor me está ofreciendo ayuda, y eso me pilla desprevenida. No sabía que él

fuera capaz de hacer algo noble. O desinteresado.

—Gracias —musito, frunciendo un poco el ceño.

Recibe mis agradecimientos con un gesto de cabeza, y de algún modo sé que algo ha cambiado entre nosotros dos.

—No hay de qué —susurra, igual de confundido que yo.

Como si ya no pudiera contenerse más, alarga el brazo y me roza la mejilla, lo cual hace que se me corte el aliento.

—Oye, me alegro por ti y por Zach —vuelve a susurrar—. Hacéis muy buena pareja.

Y antes de que lo estropee todo, como siempre hace, se vuelve sobre los talones y se aleja hacia la carretera, donde le veo haciendo autostop. No puedo evitar preguntármelo: ¿qué es lo que hay entre Connor y yo? ¿Por qué me afecta tanto su presencia?

Quiero mosquearme con él, y hay momentos en los que realmente lo consigo, porque Connor es irritante y disfruta mucho tocándome las narices, pero luego va y hace algo bueno. Como ahora. Dice algo que lo cambia todo.

Y eso me desconcierta. Y me desarma. Me hace comprender que Connor no es tan malo; que hay algo bueno en él, a pesar de su empeño por demostrar siempre lo contrario.

Oh, no... Creo que me gusta Connor. Un poco. Muy poco. No todo él, por supuesto, sino algunas partes, las partes buenas, las que valen la pena ser tomadas en cuenta.

Por desgracia, también creo que me gusta Zach, porque, al besarnos, noté un cosquilleo en el estómago y, no pienso negarlo, me gustó la sensación. De hecho, me gustó bastante.

Lo cual es de locos. Porque Zach y Connor son hermanos y no me pueden gustar los dos.

Rememorando viejos tiempos

El presente de Ophelia

—Nunca me dijiste cómo se lo tomaron.

Sonrío y me apoyo en un codo. Hemos bebido demasiadas copas, con lo que mi sonrisa es lánguida y soñolienta. No sé el tiempo que llevo aquí con él, rememorando viejos tiempos. Lo único que sé es que esto no es suficiente para mí. Mirarlo, reírme, ya no me basta. Necesito más. Lo quiero todo.

Connor está tan cerca que podría tocarle. Podría deslizar los dedos por su firme mandíbula y sus esculpidos pómulos, o por los carnosos labios que dibujan una sonrisa picarona. Incluso podría hundir los dedos en su oscuro cabello, atraer su rostro hacia el mío y besarle.

«¿Cómo te olvido, Connor? Dime cómo hacerlo, porque está claro que no tengo ni puñetera idea».

Le besaría si supiera que él me devolvería el beso. Pero estoy bastante segura de que me dirá: *no, Ophelia, esto es muy mala idea. Déjalo estar. No es lo mío. Sabes que no me gusta acercarme a los demás. Yo soy así.*

Sí, eso es lo que me diría. Suelto un interminable suspiro y me sirvo un poco más de alcohol. Demonios, sí, estoy teniendo un mal día. Puedo hacer una excepción. Quizá, si bebo más de la cuenta, consiga que desaparezca este deseo que me desgarrar por dentro, el deseo de volver a sentir a Connor, sus brazos a mi alrededor, sus labios temblando encima de los míos...

Me parece que vamos a necesitar más *bourbon*.

—La verdad es que se lo tomaron mejor de lo que cabía esperar —contesto por fin—. Creo que les horrorizaba tanto la idea de que acabara casada a los dieciocho que decidieron cambiar de táctica. Cuando llegué a casa, ellos ya estaban ahí, dispuestos a hacer las paces conmigo. Mi madre incluso me dio su bendición. Dijo que parecías buen chico y que podía salir contigo si quería.

Connor no da crédito.

—¿Tu madre te dijo eso de mí?

—Oh, sí. Estaba muy rara. Dijo que se lo esperaba. Que lo más normal era que yo acabara colgándome por el hijo de John.

Connor frunce los labios para retener la sonrisa.

—Supongo que tenía razón. Las Rosetti no os podéis resistir al encanto de los Davis.

Ya. El problema era que John tenía *dos* hijos y creo que yo la cagué un poco ese día.

Pero me abstengo de compartirlo con Connor, y me limito a sonreírle mientras me recuesto

sobre la barra. El *bourbon* es bastante fuerte. Desearía haber bebido menos. Cerraré los ojos por un segundo, a ver si se me pasa este mareo.

—¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca.

Pero no es cierto.

Me siento rara, como si nunca me hubiese marchado, como si los doce años lejos de Marion no hubiesen sido más que un mal sueño. Puede que sea cierto. Puede que durante todo este tiempo haya estado aquí, atrapada entre las ruinas de nuestro amor.

Entorno los ojos cuando llego a casa, media hora más tarde. Para mi asombro, me encuentro a mis padres sentados en el balancín del porche. «*Oh, estupendo. Justo lo que me hacía falta ahora*».

—Ophelia, hemos cometido un tremendo error —comienza mi madre con cautela.

—¡No jodas! —exclamo alarmada—. ¿Os habéis olvidado de dejarle propina al camarero?

—Lo sentimos, hija —prosigue mi padre, intentando pasar por alto mi sarcasmo—. Sentimos que se nos haya pasado tu cumpleaños. Pero hemos venido con la intención de arreglarlo.

—¡Regalándome un coche! —les grito, y noto la rabia prender en mis ojos—. ¿Papá, se os ha ocurrido pensar alguna vez en que lo único que necesitamos Kitty y yo es una caricia o un abrazo o que, sencillamente, nos hagáis un poco de caso? Os comportáis como si fuésemos vuestras mascotas, ¡pero somos vuestras hijas! Solo queremos un poco de vuestra atención.

Mi madre entrecierra los ojos con aire culpable, se acerca a mí y me abraza. Me quedo inmóvil, sin saber cómo actuar.

—Lo siento.

Un suspiro derrotado me hace hundir los hombros. ¿Un *lo siento* y ya está? Dos palabras no arreglan las cosas. Ni siquiera sé si lo siente de verdad o solo me lo está diciendo porque cree que es lo que yo necesito escuchar en este momento.

—¿Me perdonas, cariño?

Gruño hacia mis adentros y, un poco de mala gana, le devuelvo el abrazo. ¿Qué otra cosa podría hacer ahora? ¿Echarle en cara los últimos dieciocho años? ¿Su eterna melancolía? ¿Sus largas ausencias? ¿Su indiferencia? ¿Sus *intento hacer algo con mi vida, Ophelia, así que sé buena chica y cuida de tu hermana por mí. Mamá tiene que trabajar?* ¿De qué serviría? ¿Me haría sentir mejor? ¿Menos vacía? Lo dudo, así que hago lo único decente que puedo hacer: perdonarla e intentar pasar página.

—Está bien, mamá —le susurro—. No tiene importancia.

Nos quedamos así unos segundos, hasta que mi padre se nos acerca y nos envuelve a las dos en un abrazo.

—Yo también lo siento. Y si no quieres el coche, no pasa nada. Me lo llevaré de vuelta a California.

—Y una mierda —gruño, alargando la mano para recuperar las llaves—. El coche me lo quedo yo, en concepto de daños y perjuicios.

Mis padres se ríen y acabo sumándome a la diversión colectiva mientras se disuelve al abrazo.

—Ay, antes de que os marchéis. Tengo algo para ti, mamá.

—¿Para mí? —se asombra ella.

—Sí. Se acerca tu cumpleaños y te lo iba a mandar mañana por correo, pero ya que estás aquí... —Busco dentro del bolsillo de mi chaqueta, retiro una cajita y se le ofrezco—. Toma. Feliz cumpleaños.

Mi madre desata el lazo, abre la caja y me mira emocionada.

—Cielo, esto es precioso. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo compré en la tienda de la abuela.

—Tuve uno muy parecido cuando era joven. Pero... lo perdí —añade en ese tono melancólico al que nos tiene más que acostumbrados.

—Pues ya tienes uno nuevo para reemplazarlo —le sonrío.

—Sí... —musita, contemplando absorta el pequeño medallón. Por su rostro pasa todo un vendaval de emociones y yo no sé identificar ninguna de ellas.

—Cariño, tenemos que...

Mi padre se detiene incómodo y se aclara la voz.

—Ya lo sé, papá. No pasa nada. Sé que os tenéis que marchar.

—Lo siento, hija.

—Tranquilo. Supongo que nos veremos en Acción de Gracias.

—Dalo por hecho —asegura él con férrea convicción. Los dos sabemos que miente. Está bien. No tiene importancia.

Me da un último abrazo y se despide con una sonrisa.

—Te espero en el coche, cariño —le dice a mi madre.

—Solo serán un par de minutos, cielo —contesta ella, cogiéndome del brazo—. Ophelia, por favor, sé buena con Kitty. No sabes cuánto te admira.

—Lo haré.

—Y haz caso a tu abuela. Es una mujer sabia.

—Ajá.

—En cuanto al chico Davis...

Mi entusiasmo se estrella contra el suelo como un gorrión fulminado por un rayo divino.

—Allá vamos. Justo cuando íbamos por el buen camino...

—Está bien si quieres salir con él, Oph —resopla mi madre, como cansada de seguir interponiéndose—. Parece un buen chico.

Me quedo perpleja.

—¿Qué? ¿Estás tomándome el pelo?

Lo niega despacio.

—Claro que no. Además, ya sabía que tarde o temprano iba a pasar esto.

—¿A qué te refieres?

—A que te ibas a enamorar del hijo de John.

—No estoy enamorada del hijo de... —empiezo a decir, cuando me doy cuenta de que negar mis más que evidentes sentimientos no es lo más importante ahora—. ¡Mamá, no entiendo nada! ¿De qué estás hablando?

—Dile a tu abuela que te cuente la historia. Así lo entenderás todo. Yo tengo que marcharme. Hay algo que necesito hacer antes de volver a California. Regresar a Marion lo ha... revuelto todo —susurra, abatida.

—¿Qué historia? ¿Y qué tienes que hacer? ¿Por qué estás tan rara?

Mi madre no permite que la tristeza la venza y fuerza una sonrisa.

—Ella sabrá de qué historia estoy hablando. Adiós, Ophelia. Cuídate.

Me da la espalda y empieza a bajar los escalones del porche. No doy crédito. ¿Pero qué demonios le pasa? Se comporta de un modo rarísimo, incluso para ella.

—¡Mamá! ¡¿Adónde vas?!

—Al cementerio. Tengo que despedirme del abuelo —contesta mientras se coloca las gafas de sol, cuyos cristales dorados van a juego con los largos bucles que caen sobre el hombro derecho.

—¿Puedo ir contigo?

—No, cielo. Prefiero hacerlo a solas.

Abre la portezuela del coche y se gira de cara a mí, para dedicarme una última sonrisa.

—Adiós, cariño.

—Adiós, mamá...

Unos segundos después, estoy sola en el patio.

Decido meterme en casa, cuando veo a Zach corriendo hacia mí.

—¡Ophelia! ¡Espera!

Lo que faltaba. Me dejo caer en el balancín, suspiro y endezco con esfuerzo la espalda. Este día se me ha hecho muy largo, y eso que aún queda mucho para que acabe.

—Hola, Zach —me obligo a mostrar un poco de entusiasmo. Se supone que debería estar entusiasmada, ¿no?

Zach tira la mochila al suelo, se inclina sobre mí y planta un beso corto en los labios.

—Hola.

—Hola —repito en un susurro, forzando una sonrisa mortecina.

—¿Estás bien? —El balancín chirría cuando se deja caer a mi lado—. Me he pasado por tu casa esta mañana y no te he encontrado. Y quería saber si estamos bien después de... Bueno, después de lo de anoche.

—¿Por qué no íbamos a estarlo? —pregunto despreocupadamente.

Zach se encoge de hombros con un poco de incomodidad.

—Te besé.

Lanzo un suspiro airado y muevo la mirada hacia la vieja casa Davis. Me parece que Zach le está concediendo más importancia que yo a lo que sucedió anoche.

«*¡Si ni siquiera fue un beso con lengua!*»

En cuanto mi mente vomita esa exclamación, comprendo la horrible verdad. Esas palabras no eran mías, sino de Connor.

Y no veo ninguna razón para estar reproduciendo sus palabras ahora. ¿Por qué no deja de colarse en mi cabeza? ¿Por qué mis pensamientos vuelan hacia Connor cada vez más, si yo no quiero pensar en él? Él no es el chico que me conviene. No lo es. No puedo enamorarme de Connor. Supondría el final de otra era, y no sé si podría aguantar más finales. Tengo que salir con alguien como Zach. Él es bueno para mí.

—¿Ophelia?

—Sí, me besaste —murmuro, con el rostro contraído en una expresión ausente.

—Y tú me besaste de vuelta —puntualiza él.

—Lo sé, Zach. Créeme. Me acuerdo —aseguro con una risa carente de diversión.

Zach se humedece los labios y sus ojos me evalúan en silencio. Empiezo a sentirme incómoda, a preguntarme si él es consciente del rumbo que han tomado mis ideas.

—Entonces, ¿estamos bien?

Fuerzo otra sonrisa.

—Sí.

—¿Eso quiere decir que irás conmigo al baile?

—Claro. ¿Con quién iba a ir si no?

«*No recuerdo que tu hermano me haya invitado*», pienso con fastidio.

—¡Genial! —exclama Zach complacido y, quizá, aliviado—. Es un baile de máscaras, recuerda.

Entorno los ojos.

—Ya lo sé. Conozco todos los detalles. He quedado con Nelly y Sally para ir de compras la semana que viene. Tranquilo. No desentonaré.

—Eso seguro. Serás la chica más guapa de todo el baile, con máscara o sin ella—. Creo que le incomoda un poco lo que me acaba de decir, porque se apresura a cambiar de tema—. Bueno, tengo que dejarte. Todavía me queda pasar por casa y cambiarme antes de ir a entrenar.

Se levanta y se queda de pie delante de mí, tan guapo como un príncipe azul. Su pelo dorado reluce bajo la luz del sol y sus ojos no son un cóctel de fuego y hielo como los de Connor, sino dulces y sinceros. Estos ojos nunca me fulminarán ni me reducirán a cenizas, ni me harán tiritar ni sentir escalofríos. «*Es eso lo que quiero, ¿no? ¿No sentir el peligro nunca más correr por mis venas?*»

—Que se te dé bien —escucho mi voz, átona, como si mi mente hubiese volado a miles de

kilómetros de aquí.

—Gracias. —Zach recupera la mochila, avanza hasta el viejo columpio que cuelga de la rama de un castaño y ahí se detiene, como si acabara de recordar algo importante—. Oye... ¿Te apetece que salgamos esta noche?

Busco el azul de sus ojos, el azul que nunca me intimidará ni me obsesionará, y frunzo el ceño.

—Como... ¿tú y yo?

—Exacto. Tú y yo.

Me encojo de hombros. Me está pidiendo una cita. Y debería decirle que sí. ¿Por qué no? Zach es dulce y tierno y lo ha pasado muy mal tras la muerte de sus padres. Se merece un poco de diversión. Además, me gusta mucho. Me divierte con él. Tenemos bastantes cosas en común. Está Poe y...

Me lo pienso unos segundos, pero no se me ocurre nadie más que Poe, lo cual hace que mi entusiasmo vuelva a estrellarse contra el suelo por segunda vez en un solo día. Vale, Zach y yo no tenemos tantas cosas en común, pero es el chico que más me conviene; una opción mucho más acertada que su hermano. Eso, sin duda.

Connor es tan... ¡Connor! Es distinto. Mayor. Más antipático. Le gusta jugar, ponerme a prueba. Disfruta crispándome los nervios. Estoy convencida de que Connor no es capaz de sentir nada por nadie. No sabe lo que es el amor, ni parece arder en deseos de averiguarlo. Hemos tonteado un poco y ha estado bien, la verdad. De hecho, ha estado más que bien. Ha estado alucinante, porque me ha hecho sentir cosas que no creía ser capaz de sentir.

Pero no podemos pasar de ese punto, porque él no podrá ofrecerme nada más. Zach es la opción más sensata. Dado mi historial, me temo que es la única opción.

Así que cojo aire en los pulmones y me obligo a contestar:

—Claro. Saldremos esta noche.

Su enorme sonrisa me hace sonreír a mí también. Zach es como un cachorrillo falto de caricias. En cuanto se le concede un poco de atención, se pone eufórico, porque, al igual que todos los demás (salvo Connor, claro), lo único que necesita es un poco de amor.

—¡Genial! Luego te recojo. ¿Qué te parece a las siete?

Tuerzo los labios en plan pensativo.

—Me parece bien.

—Guay. —Entusiasmado, se cuelga la mochila del hombro y me guiña un ojo—. Hasta esta noche.

—Sí... —murmuro para mí, mirándolo mientras se va.

Ya que no tengo que ir al instituto, decido quedarme un rato en el porche y disfrutar de las vistas. El pueblo está soberbio. Nunca me ha parecido tan hermoso.

Por un lado, las silenciosas casas de madera, extendidas en hileras a mi izquierda, con

fachadas blancas que parecen atraer toda la luminosidad de la atmósfera y coloridas jardineras, rebosantes de geranios, colgadas en los porches.

Por el otro, el cobrizo bosque, que se alza a mi derecha, alto e inamovible, con las crestas de los árboles intentando desgarrar el raso cielo azul.

Ni una sola nube ensombrece hoy el reluciente sol. Allí y allá, entre los troncos cubiertos de musgo, las luces de la mañana arrojan sombras sobre el suelo, envolviendo todo el bosque en una brillante capa de misterio.

El inicio de otoño es espectacular aquí en Marion. Las temperaturas suaves, el sublime conjunto de marrones y ocre... Ni siquiera las playas de California podrían competir con la regia belleza de estos valles.

Mis ojos regresan a la propiedad Rosetti y se pierden en la imagen de las anaranjadas calabazas que trepan por la valla del jardín. No me muevo, hasta que el sonido del móvil me arranca de mi contemplación. Agito la cabeza para despejarme y, con un suave suspiro, lo retiro del bolsillo. No puedo evitar hacer una mueca al ver el nombre de mi hermana iluminando la pantalla.

—Gatito Kitty —saludo, intentando parecer más alegre y menos deprimida de lo que me siento—. ¿Qué pasa?

Kitty empieza a hablar tan deprisa que me cuesta bastante esfuerzo seguirla. En resumidas cuentas, quiere saber si seguiré necesitando la ropa que me dejé en el armario de casa. De lo contrario, piensa quedársela ella, porque hay unos conjuntos que le sientan como un guante.

—¡Dios, tu vestido morado! —chilla—. Es espectacular. ¿Me lo puedo quedar?

Frunzo el ceño. «¿Por qué hoy en día ya nadie llama nunca para preguntarte qué tal estás?».

—Claro, Kit. Haz lo que te venga en gana. Quédate toda la ropa, dónala... Me da igual. Yo ya no soy esa persona, por lo que no volveré a vestir todos esos trapos que he ido acumulando.

—¡¿Donarla?! ¿Estás loca? ¡Hay miles de dólares invertidos en este armario! Me la quedaré, por supuesto.

—Pues disfrútala.

Mi hermana cambia de tema y ahora me habla sobre no sé qué mono de Marc Jacobs, sin percatarse de que yo he dejado de escucharla por completo. Para mí es como si su voz se hubiese apagado, porque, de repente, solo puedo concentrarme en Connor, que pasa desdeñoso por la acera, caminando en dirección al bosque. Se me acelera el corazón de golpe y no puedo hacer nada para ralentizarlo. Connor produce este efecto en mí, incluso estando a diez metros de distancia.

Debe de advertir mi presencia, ya que levanta el rostro y, durante unos inquietantes veinte segundos, me lanza una mirada concentrada, que yo interpreto como una invitación a seguirla. «¿Por qué me está mirando de este modo?, ¿tan concentrado, tan intenso? ¿Qué es lo que me

están diciendo sus ojos?». Parece que nunca seré capaz de entenderle.

Retengo el aliento e intento convencerme a mí misma de que es muy mala idea ir tras él. Seguramente su mirada signifique todo lo contrario. No creo que Connor tenga demasiados deseos de pasar la mañana conmigo, la verdad. Si lo hubiese deseado, me lo habría pedido, ¿no? Como ha hecho su hermano.

Zach se ha presentado en mi casa y me ha pedido una cita. Connor, en cambio, se ha limitado a lanzarme una mirada que, hasta donde yo sé, podría significar cualquier cosa.

«Vale, ¡no estoy pensando en Connor Davis! Y de ningún modo quiero seguirle al bosque».

Y para demostrármelo a mí misma, aguardo inmóvil hasta que su ancha espalda se pierde entre los árboles y, solo entonces, me obligo a exhalar despacio y a regresar a Kitty y su incesante cháchara. Es lo más sensato.

No puedo creer que por unos estúpidos veinte segundos se me pasara por la cabeza la ridícula idea de seguirle al bosque. ¿Pero qué me pasa? *«¡Ni que tuviera deseos de formar parte del mundo de Connor Davis!»*

—¿Y cuándo vienes, Kit? —me intereso, intentando poner un poco de entusiasmo.

—Ya. Respecto a eso... No sé si va a poder ser antes de navidades. Me he colgado por un chico y...

La historia de su vida. Kitty es la persona más enamoradiza que conozco. Siempre se cuelga por alguien. Desearía ser como ella.

El Universo se hunde por culpa de Connor

El presente de Ophelia

Estoy un poco mareada para caminar, con lo que Connor me coge en brazos y me saca del bar.

—Puedo sola —protesto con voz de borracha al sentir el acero de sus brazos rodeando mi cintura.

—Ya has demostrado que no.

—Connor, no puedes llevarme en brazos hasta mi casa.

—Sí que puedo.

—Solo te estás haciendo el gallito.

—No, qué va. Es que me gusta cargar con peso muerto.

—Muy gracioso. Es culpa tuya. Ese *bourbon* debería ser ilegal. Estaba demasiado fuerte.

—Lo que pasa es que eres una debilucha.

Hago una mueca e intento atrapar su mirada. Pero Connor está empeñado en mirar la calle a lo lejos.

—Fíjate, ya es de noche. ¿Cuánto tiempo hemos estado bebiendo?

—Toda la tarde. Son casi las diez.

—Madre mía, ¡el viejo cine sigue abierto! ¿Por qué no vemos una película, eh, Connor?

—¿Tú te has vuelto loca? ¡Estás borracha!

—Por eso. Así hacemos tiempo hasta que se me quite. No puedo presentarme a casa en este estado.

Le veo entornar los ojos y sé que lo he convencido. Creo que una parte de él tampoco quiere que este sea nuestro adiós.

—Bueno, pero no te duermas, ¿vale?

—Jamás de los jamases me he dormido en medio de una película, tío —aseguro, irritada por la poca confianza que me concede—. Ni siquiera esa del francotirador. Y mira que es un coñazo integral.

Connor se ríe y dirige sus pasos hacia la entrada.

—Más te vale. Buenas noches. Dos entradas para *La ciudad de las estrellas*.

—Es un musical —le susurro al oído.

—Sí, lo sé.

La cajera le lanza los billetes por debajo del mostrador. Connor se los guarda en el bolsillo y echa a andar, conmigo en brazos, por el oscuro pasillo.

—La vi hace años, cuando se estrenó —le digo.

—Mejor. Así no te costará demasiado seguirla.

—Dime una cosa. Has elegido esta película porque...

—Sí, para torturarte. Lo has pillado a la primera, cielo.

Sonríó complacida y hundo el rostro en su camisa. Huele de maravilla, a besos robados y a lluvia de verano. Me reconforta sentirle. Olerle. Tocarle. Estar cerca de Connor es estar viva.

—No puede ser.

Abro los ojos para descubrir el motivo de la exasperación de Connor y se me dilatan las pupilas cuando veo a Zach y a mi hermana, ¡juntos en el cine!

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —pregunta Zach, poniéndose de pie—. Ophelia, ¿estás bien?

—Solo está borracha. ¿Qué hacéis *vosotros* aquí?

—Íbamos a ver una peli —contesta Kitty con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿*Juntos*? —énfasis yo alzando el tono. Vaya. He sonado más histérica de lo que pretendía.

—¿Qué tiene eso de malo?

Mi hermana es gilipollas.

—¡Que él está casado! —le gritamos Connor y yo a la vez. Después, nos miramos confusos. Connor es el primero en desviar la mirada.

—Solo somos amigos —asegura Zach, el muy ingenuo. Pobre. Aún no conoce a mi hermana.

—Amigos que se besan, Zach. Y según Kitty, fue *muy excitante* besarte.

—¡Ophelia! —se escandaliza mi hermana.

—¿De verdad te lo pareció? —se entusiasma Zach con ojos brillantes. «*Oh, por Dios*».

Kitty, ruborizada hasta la punta de las orejas, se encoge de hombros. Solo es una táctica. Detrás de su recato sureño hay un gato malvado ronroneando y afilándose las uñas.

—Bueno, sí...

La boca de Zach se despliega en una sonrisa exultante.

—Mola.

Connor pone los ojos en blanco.

—Increíble. Me vais a disculpar, pero a mí no me va el adulterio, así que iré a sentarme tres filas más allá.

Y se aleja en la oscuridad de la sala. Conmigo en brazos.

Al llegar arriba, me hace sentarme en un asiento y ocupa el de al lado.

—¿Qué le pasa a Zach?

Mi intención es reunir información para Kitty. Solo espero acordarme de todo mañana...

—¿A qué te refieres?

Connor no me mira. Está cabreado. Puedo sentir cómo bulle de ira a mi lado.

—En su casa. ¿Tiene problemas con su mujer?

Incluso en la oscuridad le veo entornar los párpados.

—Sí. Y es culpa mía.

Me vuelvo en el asiento para estar de cara a él, pero se empeña en mirar los anuncios de la pantalla con gran interés.

—Para ya, Connor. No todo lo que pasa en el universo es culpa tuya.

Su perfil se contrae de tormento. Sin pensar en lo que estoy haciendo, busco su mano y me aferro a ella.

Sus ojos se giran hacia los míos de golpe y me atraviesan. Aparta la mano con brusquedad y su rostro me parece de repente afilado y duro en la penumbra.

—Esto sí. Y, sinceramente, espero que tu hermana tenga el suficiente sentido común como para colgarse por un solo hermano Davis, porque estoy un poco harto de las mujeres que no son capaces de elegir.

Mis labios se separan involuntariamente y creo que se me van a salir los ojos de las órbitas como siga mirándole sin parpadear.

—¿Te has acostado con su mujer? —gruño, y el desprecio que desvela mi voz ensombrece la cara de Connor.

Alguien a mis espaldas escupe un *chiss*.

—¿Estás loca? ¡No! ¿Eso es lo que has entendido de todo esto?

Estamos susurrando a gritos, si es que eso es posible.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando?

—De que la mujer de mi hermano está enamorada de mí.

—Oh, Dios mío.

—Me lo dijo hace tiempo.

—¿Y qué hiciste tú?

—Chisssss —insiste el tío de antes.

«Cállate ya, capullo. ¿No ves que estamos teniendo una conversación?».

—Largarme y no volver a verla. ¿Qué iba a hacer?

—¿Lo sabe Zach?

Connor hace un gesto con la mano, como diciendo qué sé yo.

—Creo que sospecha algo. Está muy raro desde entonces. Y yo estoy muy harto de toda esta situación. Joder, ¿tan difícil es que una chica se enamore solo de Zach?

Me siento muy culpable. Sé que se refiere a mí, a los errores que cometí en el pasado. Estar en este cine hace que *aquello* sea más real que nunca.

Bella y Bestia

Ophelia, doce años atrás

Zach y yo contemplamos aburridos la cartelera del único cine que hay en Marion. No somos capaces de decidir qué película vamos a ver. La oferta es escasa, algunas películas actuales mezcladas con títulos del cine clásico, películas de los ochenta...

—¿Qué te parece *Transformers*?

Bien podría cortarme las venas y esperar a que me desangre lenta y dolorosamente. Seguro que sería mucho más placentero que ver *Transformers*.

Pero como no puedo decir la verdad, me veo en la situación de confeccionar una respuesta menos melodramática.

—Tengo una contraoferta.

—Te escucho.

—¿Qué opinas de *La Bella y la Bestia*? Es un clásico.

No me hace falta ser adivina para saber que no le entusiasma la idea. Aun así, me dirá que sí, porque es un buen chico.

—Bueno... ¿Por qué no? Tiene más años que nosotros... —dice para sí.

Finjo no oírle y le dedico mi mejor sonrisa.

—Gracias, Zach. Eres un encanto.

—No te creas. Tengo mis defectillos.

Suelto una carcajada.

—Me cuesta mucho creerlo.

Sus labios exhalan un largo suspiro como de rendición.

—Iré a comprar las entradas...

Para compensárselo de algún modo, aprovecho que está haciendo cola para las entradas y pillo un enorme cubo de palomitas.

—¿En serio? —se mofa Zach cuando le ofrezco el refresco que he comprado para él—. ¿No los había más grandes?

Me río.

—Venían con el cubo de palomitas tamaño industrial. También traigo chuches. El kit completo.

—Mola. ¿Preparada?

Me ofrece su brazo, al que me agarro de inmediato con una sonrisa llena de coquetería.

—Sí, señor. Tengo muchas ganas de verla. Llevo años esperando.

Zach me mira como si fuera un bicho raro.

—¿Llevas años esperando para ver una película vieja?

—Sip. Las películas clásicas son difíciles de encontrar hoy en día. Es una suerte que este cine las haya incluido en la cartelera.

—Creo que, en realidad, nunca las han quitado.

Me río y lanzo una mirada al reloj que hay en el pasillo. Eleonor ya ha debido de llegar a casa y leído la nota que le he dejado para decirle que venía al cine con Zach. No la he visto en todo el día y aún no hemos podido hablar sobre el desconcertante comportamiento de mi madre ni esa historia familiar de la que yo no sé nada. Me puede la curiosidad.

—Esta es nuestra sala.

Sigo a Zach en silencio y, tras localizar nuestra fila, ocupamos dos asientos y colocamos los refrescos en los huecos que hay en cada reposabrazos. Dejo el cubo de palomitas en el suelo. No me apetece comer nada, de momento.

—Disculpa, estás sentada en mi sitio.

Levanto la mirada y me topo con uno de los amigos de Connor. El corazón me pega un brinco. No sé por qué. Espero que no sea porque mi mente ha vomitado la palabra *Connor*.

—Oh. ¿En serio? Lo siento. ¿Qué asiento tienes?

—El trece. ¿Y tú?

Zach mira primero las entradas y luego al chico de nombre desconocido.

—Hola, Chris.

—Hola, Zach. ¿Qué asiento tiene tu novia?

—Oh, no somos...

—El doce —me interrumpe Zach, y yo aprieto los labios en una línea fina que pretendía que fuera una sonrisa.

—Entonces, os tenéis que echar un asiento más para allá.

Me levanto y ocupo el asiento de Zach, mientras que él ocupa la butaca de al lado. El corazón me va a mil pulsaciones por minuto, y todo eso porque he intercambiado un par de palabras con un amigo de Connor. Soy muy patética, lo sé.

—Hola, soy Chris —me susurra el chico, tan pronto como se deja caer a mi izquierda.

—Ophelia —susurro yo también. Hablar alto en el cine me parece de muy mala educación.

—Nunca he conocido a ninguna Ophelia.

—Comprensible. Creo que solo está la de Shakespeare.

Chris suelta una carcajada. Incómoda, le doy un sorbo a mi Coca Cola, produciendo un sonido nada elegante.

—¿Todo bien? —me susurra Zach desde la derecha.

Muevo los ojos hacia los suyos, me obligo a sonreír y asiento.

—Sí. Genial —contesto, desplazando de nuevo los ojos hacia la pantalla. Estoy tan nerviosa que no dejo de darle sorbitos a mi refresco, a pesar de que ni siquiera tengo sed.

Chris mira a Zach con el ceño fruncido, y luego se inclina hacia mí oído.

—Disculpa que esté tan desconcertado, pero pensaba que eras la novia de Connor.

Me atraganto con la Coca Cola. Necesito unos momentos para recuperar el aliento. La idea de que yo sea la novia de Connor es ridícula. Excitante...

—¿Y por qué pensarías algo así? —pregunto mirándolo.

Chris se encoge de hombros.

—Casi me crucifica la otra noche por querer acercarme a ti. Nunca le había visto tan fuera de sí. Ah, mira, por ahí viene el rey de Roma.

Muevo el cuello y, con ojos desafiados, constato que Connor, acompañado por dos amigos más, sube las escaleras y se encamina hacia nuestra fila. Empiezo a escurrirme en mi asiento, pero no sirve de mucho. Connor me ha visto, ¡y me está sonriendo como el gato que se acaba de zampar al canario!

Solo tarda unos cinco segundos en plantarse al lado de Chris.

—Estás en mi sitio —brama a modo de saludo.

Chris alza el rostro y compone una sonrisa burlona para Connor.

—Nop. Estoy en el mío. Tengo el trece y, la última vez que miré, este era el...

—Mueve el culo, Chris —rezonga Connor, impaciente y para nada impresionado por su sonrisa y sus argumentos.

—Y por razones así pensaba que eras su novia —refunfuña el pobre Chris en mi oído, antes de levantarse e intercambiar su asiento con Connor, que se deja caer a mi lado y suspira satisfecho.

Sin mostrar arrepentimientos por haber echado a su amigo, se coloca el refresco, el cubo de palomitas y estira sus largas piernas hasta meter los pies debajo de la butaca de la otra fila. Al acabar todo eso, vuelve a suspirar satisfecho. Es un chico muy irritante.

—*Ophelia* —saluda por fin, sin siquiera mirarme.

Agito la cabeza con reprobación. ¿Alguna vez dejará de decir mi nombre en ese tono? Lo dudo.

—Hola —le susurro, con la vista clavada en la enorme pantalla. Me siento muy incómoda, con un Davis a la derecha y el otro a mi izquierda. El ángel y el demonio. El bien y el mal. Y yo en el medio.

Zach se inclina un poco hacia adelante, ve a su hermano y hace una mueca.

—¿Qué haces aquí? —le susurra.

El rostro de Connor adopta una mueca inocente.

—Oh, me pierden los musicales.

Zach abre la boca.

—¿Quieres decir que es un musical?

Oops. Puede que se me haya olvidado mencionar que hay algunas cancioncillas dentro de la película. Si eso es lo que define un musical, entonces podría decirse que *La Bella y la Bestia* es... un poco... musical.

—No me digas que nuestra encantadora Ophelia no te lo ha comentado cuando te ha comido el tarro para que veas esta película.

Aprieto la mandíbula y miro al techo. ¿Por qué no deja de meter cizaña? ¿Disfruta incomodando a los demás?

—Chiss. Ya empieza —les lanzo una reprimenda a los dos, para desviar su atención. De acuerdo, se lo podía haber dicho a Zach, pero no pensé que le fuera a importar demasiado. Es decir, ¡el tío me mira con ojos de cachorro apaleado! Si le hubiese dicho *saltemos por un precipicio*, me habría respondido *geniaaal*.

Se apagan las luces de la sala y todo el mundo se calla. A medida que avanza la película, me encojo en mi asiento. Las manos de los hermanos Davis han ido cambiando de sitio y se han acercado cada vez más a mi butaca. De tal modo que, al llegar Bella al castillo de la Bestia, tanto la mano de Zach como la de Connor están a unos milímetros de rozar mis dedos. Es el momento justo de recuperar las palomitas y darse un buen atracón.

Me agacho, cojo el cubo, lo coloco en mi regazo y me meto todo un puñado de palomitas en la boca.

—¿Alguien quiere? —pregunto con la boca llena, mientras los miro con fingida inocencia.

Los dos niegan y retiran las manos. Mucho mejor. Así podré recuperar el aliento.

Al acabar con las palomitas, vuelvo a dejar el cubo en el suelo e intento centrarme en la película. Tantas ganas que tenía de verla y ahora no me estoy enterando de nada. Solo puedo mirar de reojo a los dos hermanos y comparar sus reacciones.

Zach odia la película, está claro. Connor, muy en contra de mis pronósticos, parece disfrutarla mucho más. Supongo que es por su vena musical. Ojalá pudiera hacer yo lo mismo.

Pero no, aquí estoy, sentada en el medio, incapaz de centrarme en nada. Empiezo a sentirme como Bella, participe de un extraño triángulo amoroso.

Doy un trago irritado a mi refresco, suspiro y miro la hora. A lo mejor puedo volver con Kitty y ver la película como se merece ser vista: sin distracciones. Está claro que verla en compañía de los Davis es muy mala idea.

—Pensaba que nunca iban a dejar de cantar —se queja Zach mientras andamos los seis hacia la salida.

—¿Si no te gustan los musicales, qué coño haces aquí? —pregunta uno de los amigos de

Connor. Si no me equivoco, el chico con pintas de malote responde al nombre de Rusty.

—Ophelia quería verla. Y vosotros, ¿qué hacéis aquí, aparte de estropear mi cita?

Chris pone los ojos en blanco.

—Oh, por favor, pequeño Davis. Esto no tiene nada que ver contigo y tu cita. Relájate. Hemos venido por la película.

—¿Por qué? No parece de vuestro estilo. Hay tacitas que cantan.

—Un pequeño sacrificio, teniendo en cuenta los resultados. ¿Tienes idea de cuántos puntos ganas con una tía si le dices que has visto *La Bella y la Bestia*, el musical?

—No. ¿Cuántos?

—Digamos que te ahorras los preliminares.

—¡¡Eeehh!! —se escandaliza Connor, que camina detrás de nosotros con las manos hundidas en los bolsillos de su vaquero negro—. Hay menores aquí, tío.

—Solo Zach. Yo ya he cumplido los dieciocho —presumo con una sonrisa tonta.

—¿En serio? —Un chico cuyo nombre desconozco empuja a Chris y se coloca a mi lado—. Cuénteme más, señorita.

—Ni se te ocurra —gruñe Connor, tirando de él hacia atrás—. Ophelia, te presento a Buzz, el ligón del grupo. Si te lo encuentras por la calle, lo mejor que puedes hacer es caminar por la otra acera. O dar media vuelta.

—Tonterías —se defiende Buzz con inocencia—. El ligón es Chris, ahora que Connor está de baja.

—¿Y por qué estás tú de baja? —quiere saber Zach, mirando a su hermano con extrañeza.

—No les hagas caso. Son idiotas.

—Sí, claro —ríe Rusty—. Me parece que nuestro Conn está colgado por alguien. Lleva tres noches sin liarse con nadie. Nunca le había visto así de desganado. Es casi depresivo.

—¿Es que te lías con chicas todas las noches? —pregunto perpleja.

—*Varias* veces cada noche —subraya Chris.

—Ah, maravilloso —digo desencantada y, ¡sí!, lo admito, un poco celosa.

Connor hace una mueca y lo niega.

—Pasa de ellos. No saben lo que dicen.

—Lo que pasa es que quieres impresionar a la chica nueva —se mofa Buzz.

Connor mueve el pétreo rostro hacia él, lo cual le quita a Buzz las ganas de carcajearse.

—Nada más lejos de mi intención. Quiero caerle lo peor posible.

—Pues no hace falta que te esmeres tanto, Connor —le tranquilizo yo, en un tono tan seco que algo se altera en su mirada—. Con ser tú mismo es más que suficiente.

Se ríen todos menos él. Lo miro, reparo en la mandíbula apretada y el brillo vulnerable que arde en sus ojos, y empiezo a sentirme mal por lo que acabo de decir, por haberle ofendido de esta

forma delante de sus amigos. Ni siquiera es cierto. La verdad es que Connor me cae tan bien que no dejo de buscar su compañía. Si tuviera que compararle con algo, supongo que le compararía con la heroína. Malo y tóxico, y jodidamente irresistible.

Una vez en la calle, Zach coloca la mano en mi espalda, en ademán de apartarme de su hermano. Sé que no le gusta haber coincido con Connor y sus amigos en el cine. Y lo entiendo. Salir en grupo no es apropiado para una primera cita.

—¿Qué planes tenéis ahora? —pregunta Chris, el cual escudriña mi rostro con unos ojos tan astutos que dan miedo—. Nos vamos a jugar a los dardos. ¿Os apuntáis?

Sé que solo me lo está diciendo a mí. Para Chris, Zach no existe.

—Nosotros no...

—No creo que deban...

—Claro —le contesto, acallando tanto a Zach como a Connor, que estaban a punto de decir que no.

Todo el mundo se calla y las cinco miradas se clavan en mí. Vale, sé que es estúpido y sé que estoy arruinando mi cita con Zach, pero la verdad es que me apetece irme con Connor y sus amigos a jugar a los dardos.

«Esto es un desastre, ¿verdad?».

Por cómo avanzan las cosas, lo mejor que puedo hacer es no salir con ninguno de los Davis y ser solo amigos. Está claro que soy incapaz de decidirme. Me atraen los dos. Bella al menos lo tenía fácil: Gastón era un idiota. En cambio, los Davis, a pesar de los defectos que pueda tener cada uno (cabe mencionar que, de momento, solo conozco los defectos de Connor), son encantadores los dos, cada cual a su manera. *«Jesús, ten piedad de esta pobre pecadora».*

El bar es más bien un antro pequeño, cuya única decoración consiste en unos paneles de madera que cubren media pared y farolillos de madera colgando ahí y allá. Su mejor atributo es que está a orillas del famoso lago que acoge las fiestas de Marion, así que las vistas son inmejorables. El interior no puede tener más de veinticinco metros cuadrados y está abarrotado de gente. Para vivir en un pueblo tan pequeño, no conozco a nadie.

Hay una mesa de billar en el centro, aunque ya está ocupada, y cuatro dianas en una pared. El camarero nos dice que tenemos que esperar en la barra hasta que se liberen las dianas.

—Mientras hacemos tiempo, ¿qué queréis beber? —nos pregunta Connor a Zach y a mí.

—¿Puedo tomar cerveza?

Connor hace una mueca de exasperación.

—Tío, la primera regla de las citas es que nunca debes preguntar si puedes hacer eso o aquello

delante de una chica. Vas y lo haces.

Suelto una risita. Menudo consejero de parejas está hecho Connor.

—¿Qué te parece tan gracioso, Ophelia? —se ofusca.

Aprieto los labios, niego y bajo la mirada al suelo.

—Nada. Todo...

—Ya estamos —protesta Connor en tono de falsa irritación. Sé que no está enfadado de verdad, porque, cuando levanto la mirada hacia la suya, veo la pequeña sonrisa que lucha por asomar—. ¿Qué quieres beber? —me susurra, esta vez con calidez.

Lo miro a los ojos con gesto serio y él me mira a mí. Creo que a los dos nos cuesta apartar la vista.

—Cerveza —susurro al cabo de unos segundos—. Quiero beber cerveza.

Connor asiente, da media vuelta y se marcha a por las bebidas.

Cuando regresa, nos ofrece a cada uno un tercio de cerveza. La mía lleva una rodajita de limón en el borde. La quito divertida, la chupo y la vuelvo a colocar.

—¿Y esto? —pregunto, buscando su mirada.

—Segunda regla de las citas, Zach. Procura impresionarla.

—No me hace falta. Para eso ya estás tú —refunfuña su hermano, el cual está cruzado de brazos en actitud hosca desde que entramos por la puerta.

La expresión de mi rostro se hace añicos. Por fin lo comprendo. Comprendo que he metido la pata muchísimo y que vuelvo a ser la misma Ophelia de siempre, la chica que juré que nunca más volvería a ser, la que siempre jugaba con los chicos y hería sus sentimientos. Durante demasiados años me he sentido tan vacía que me acabé convirtiendo en una persona muy egoísta y muy superficial, y creo que ahora ya no sé cómo ser de otro modo.

Llena de remordimientos, dejo la cerveza encima de la barra y me siento al lado de Zach.

—Oye... —Lo cojo de la mano para captar su atención.

—Estoy bien —gruñe, soltándose.

—Lo siento, Zach. He sido una capulla, he arruinado la cita y lo siento muchísimo. Y Connor también lo siente.

Los dos movemos la mirada hacia Connor, que se acaba de sentar tres sillas más allá, solo, con la mirada perdida en la nada. Me parece tan triste y abstraído, ahí jugueteando con su pulsera de cuero, que también me entran ganas de ir a consolarle. Vale, Zach lo ha pasado mal después de la muerte de sus padres, pero ¿qué pasa con Connor? Él lo ha debido de pasar mucho peor. No solo que tiene que enfrentarse al dolor, sino que encima se ha tenido que colocar una máscara de entusiasmo para poder sacar adelante a su familia. Ha renunciado a todo. Puede que la vida nunca le preguntara si le apetecía hacer de adulto. Simplemente, le fue impuesta esa tarea, y él lo está haciendo lo mejor que puede.

¿Qué demonios estás haciendo? ¿Estás justificando a Connor? ¡¿Por qué?!, me grito a mí misma, enfurecida por la ternura que siento de repente. Dios, parece que se me ha olvidado que he elegido a Zach y que me he prometido a mí misma que no buscaría más la compañía de su hermano.

—¿Y esas caras de funeral? —Chris, de pie delante de nosotros, mueve la mirada de derecha a izquierda—. Vamos, tíos, estamos aquí para divertirnos, no para lloriquear. Connor, he conseguido una diana. Espabila.

Connor se pone en pie, bastante desganado, y se encamina hacia la diana en cuestión. Es como si de repente hubiera perdido las ganas de divertirse. Antes parecía animado, pero ahora se nota que nada de esto le hace ni pizca de gracia. Sus ojos ya no brillan traviesos. Lucen apagados, con un aire mortecino que me parte el corazón. Lo daría todo por poder hacerle sonreír. Vaya. Eso debe de ser lo menos egoísta que he deseado en años. Por algún motivo no puedo ser egoísta con él.

—¿Jugamos? —le propongo a Zach, intentando parecer lo más entusiasmada posible.

—Empieza tú. Voy un segundo al baño.

—De acuerdo.

Me levanto y me acerco a Connor, que ya ha empezado a lanzar.

—Guau. Menuda puntería.

Apoyo el hombro contra una vieja rocola y recorro su apuesto rostro con la mirada.

Connor me dedica una pequeña sonrisa. Hace un esfuerzo. Lo sé. Y se lo agradezco. Me gusta verle sonreír, incluso si es solo una sonrisa desganada y llena de tormento.

—Gracias. ¿Quieres probar?

—Ni siquiera sé cómo se hace. Nunca he jugado a esto.

—¿Nunca has jugado a los dardos? ¿De dónde vienes tú?, ¿del Medievo?

Noto mis labios desplegándose en un gesto risueño.

—De California.

—¿Y en California no hay dardos? —repite Connor, con esa sonrisa burlona suya que hace estragos en mí.

—Nunca los había visto.

—Ven. Te enseñaré.

«Sí, ¿por qué no? Seamos amigos».

Me acerco y cojo el dardo que me ofrece. Connor se coloca a mis espaldas. Vaya, no había contado con que hiciera eso. Su pecho casi está rozándome, y su aliento golpea contra mi nuca, irregular, acompasado, diferente. Solo puedo oír ese sonido y el simple hecho de saber que está a escasos centímetros de mí, me acelera el pulso.

Trago saliva, cuadro los hombros y enfoco la diana, decidida a no dejar que algo así haga

mella en mi rostro.

Connor se aparta un poco para dar un trago a su cerveza y me estremece el frío que, de repente, noto a mis espaldas. No puedo controlarlo. Por un momento he pensado que iba a marcharse y me he dado cuenta de que esa idea me ha paralizado el corazón. Me lo ha paralizado, para luego lanzarlo a un errático estado de hiperactividad.

Entrecierro los párpados cuando regresa junto a mí y se trae con él las mismas sensaciones de antes, chispas en la piel, pulso incontrolable, un desconocido calor que nace en alguna parte de mi estómago y se expande por mis venas. «*¿Qué me está pasando?*».

—Estás demasiado tensa. No vas a poder lanzar así.

Sus manos me instan a relajar los hombros, y toda esa energía palpable que irradia su piel hace que se me agite el estómago y me ponga a pensar en él de un modo diferente, en cómo sería que me abrazara de verdad, o que me besara.

No, no puedo pensar en eso. No puedo mirar a Connor Davis desde esa perspectiva. Es peligroso y puede que letal. No es el chico que me conviene.

Me obligo a coger aliento, pero lo único que consigo respirar es el divino olor de Connor, y eso aturde mis sentidos todavía más. «*Dios mío*».

—Bien. Ahora apunta.

La resonancia de su voz, cálida y sensual, me obliga a bajar de nuevo los párpados. Intento concentrarme en el juego, intento decirme a mí misma que no tengo por qué sentirme tan afectada por su proximidad. Solo tengo que concentrarme en lo que estoy haciendo. Nada más.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Casi. Levanta el codo. No. Así. —Los dedos de Connor me empujan un poco el codo hacia arriba y yo tengo que cerrar los ojos para protegerme de la oleada de excitación que me produce el calor de su piel—. Ahora lanza —susurra en mí oído, y su voz ronca me hace lamerme los labios reseca y mordérmelos con fuerza.

«Joder, Connor. ¿Cómo consigues que pierda el control sobre absolutamente todos los aspectos de mi vida?»

Dijiste que yo te atormento. Es más bien al revés. Tú me atormentas a mí, porque no dejas de interponerte en mi camino. No quieres estar conmigo, lo has dejado claro.

Pero, al mismo tiempo, tampoco quieres estar lejos de mí. No dejas de aparecer, siempre, en todas partes, y yo no puedo evitar sentirme como me estoy sintiendo ahora: confusa, desarmada, atraída...

Furiosa, joder».

El dardo vuela a través del aire y se estrella contra el centro de la diana.

—¡Muy bien! —exclama Connor, impresionado—. Lo has hecho genial. ¿Seguro que es tu primera vez?

Me giro hacia él y lo fulmino con la mirada. Al percibir un cambio en mis ojos, frunce el ceño.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No, ¡no estoy bien! Me voy a casa. Dile a tu hermano que me duele la cabeza.

Connor separa los labios en un gesto incrédulo y yo agarro mi bolso y salgo escopetada por la puerta. De todos modos, ¿qué podría decirle? ¿Estoy enamorada de ti, pero he salido esta noche con tu hermano porque soy imbécil, egoísta y muy superficial y, en el fondo de mi dañado corazón, creo que lo que pretendía era castigarte de alguna forma por no hacerme caso?

Ophelia, ¿qué me estás haciendo?

El presente de Connor

Ophelia se ha quedado dormida a mi lado y, encogida en su asiento, parece tan pequeña y vulnerable como una niña. No sé qué estoy haciendo aquí con ella. Esto no está bien. Mi vida era tranquila y apacible antes de su regreso, y ahora siento que empiezo a perder el control otra vez.

«*Ophelia, ¿qué me estás haciendo?*».

La observo por debajo del ceño fruncido. Su respiración es lenta, cada vez más pausada. Tiene los labios un poco entreabiertos y, por un momento, me imagino a mí mismo rozándoselos suavemente.

«*No*».

Apoyo la nuca contra el respaldo de la silla, entrecierro los párpados y suelto un taco entre dientes. Nunca he podido mantenerme al margen. ¿Qué me hace pensar que voy por el buen camino esta vez? Tengo treinta y cuatro años, casi treinta y cinco y, sin embargo, cuando estoy con ella me comporto como un crío descerebrado. No puedo evitarlo. Ella es mi única debilidad.

Mi cabeza resbala hacia la derecha y mis ojos se arrastran despacio por su rostro. La verdad es que la echo de menos. Llevo echándola de menos demasiado tiempo. Cada vez que he estado con alguien, cada vez que he empezado una nueva relación, he pensado en ella. Me he acostado con más mujeres de las que me gustaría admitir, pero en mi mente nunca ha habido nadie aparte de ella. Aún no sé cómo ha podido calarme tan hondo. Quizá Eleonor tuviera razón. Quizá fuera cosa de la jodida maldición familiar.

Aunque, por el otro lado, ¿quién cree en las maldiciones?

La película apenas lleva unos veinte minutos, pero como Ophelia duerme ya no le veo el sentido a esto de estar aquí solo, mirando una película igual de deprimente que nuestra historia de amor. Así que me levanto, la cojo en brazos con delicadeza y me encamino en silencio hacia la salida. Su pelo cuelga por encima de mi brazo y noto su cuerpo suave y cálido contra el mío.

El pasillo está a oscuras. A ambos lados, imágenes de la época dorada de Hollywood cubren las paredes. Ni siquiera las miro esta vez. Mis ojos están demasiado apagados como para ver nada que no sea su rostro. Cuando tengo a Ophelia cerca, el mundo entero se apaga para mí.

—Oh, Ophelia, ¿qué voy a hacer contigo? —murmuro, mirándola con ojos tristes.

Mi primer impulso es llevarla a su casa, pero no creo que a sus padres les haga mucha gracia que me presente a las tantas de la noche con su hija inconsciente entre mis brazos.

Tras meditarlo unos segundos, decido llevarla a la antigua mansión Davis. Hay una llave en un macetero. La usaré para entrar.

—Otra vez aquí, ¿eh? —le susurro al oído.

Consigo traérmela hasta mi vieja habitación y la acuesto en la cama. Farfulla algo, no sé el qué. Creo que ha dicho mi nombre.

—Tranquila, estás a salvo.

—Connor... quiero a Connor —murmura en medio de su pesadilla.

—Chisss, estoy aquí.

«*Por fin estoy aquí*».

Sus labios exhalan un suspiro de alivio y luego no se vuelven a mover.

Despacio, para no despertarla, le quito las zapatillas y los vaqueros y la tapo con la colcha. No puedo dejarla aquí sola. ¿Y si se despierta de golpe en mitad de la noche y no sabe dónde demonios está ni cómo ha llegado hasta aquí? Será mejor que me quede, aunque eso suponga vender mi alma otra vez.

Blasfemando, me quito la camiseta y las zapatillas y me tumbo a su lado en la cama. Hay luna llena y el rostro de Ophelia presenta un aire fantasmal bajo la palidez de los rayos. Alargo la mano y paseo los dedos por el lateral de su rostro, con tanta suavidad que no sé si llego a tocarla.

—Ojalá nunca te hubiese conocido.

Ophelia no dice nada. Está profundamente dormida.

El aborrecible sonido de las olas rompientes

Connor, doce años atrás

No era mi intención estropearle la cita a Zach. Ha sido una coincidencia realmente retorcida que tuviéramos asientos contiguos, dentro de la misma sala. De haber sabido que irían a ver *La Bella y la Bestia*, sin duda habría comprado entradas para *Transformers*.

Un taco brota ahogado a través de mis labios cuando recuerdo los acontecimientos de esta noche. Vale, sí, yo he metido la pata. ¿Y Ophelia? ¿Cuál es su excusa? ¿Qué pudo impulsarla a decir que sí cuando Chris propuso que nos acompañaran al bar? ¿Qué demonios le pasa? Tenía que haberse llevado a Zach a otra parte. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Por qué nos ha acompañado? ¿A qué cojones está jugando conmigo?

Y ahora se va sin ninguna razón y deja a Zach plantado. ¿Cómo pretende que le explique esto a mi hermano? ¡Le dolía la cabeza y un cuerno! Zach nunca se lo tragaría.

Enervado, le dejo los dardos a Rusty y agarro mi chaqueta con gesto airado.

—¿Adónde coño vas?

Miro a Chris con ojos entornados. ¿Acaso no es evidente adónde voy?

—Se ha marchado —gruño con cara de pocos amigos.

—No es asunto tuyo. Es asunto de Zach.

—¿Y dónde coño está Zach?

Chris se encoge de hombros ante mi tono áspero.

—¡Yo qué sé! Habrá mucha cola en el baño.

Le cojo por los hombros y lo aparto de los demás para poder hablar con él a solas.

—Escúchame, Chris, dile a Zach que Ophelia se ha marchado porque ha recibido una llamada de Eleanor. Ni se te ocurra decirle que le ha dejado plantado.

—¿Y adónde coño vas tú?

—A acompañarla a casa, ¿no es evidente? No voy a dejar que se vaya sola, andando, de noche. ¡Joder!, ¡lo que me saca de quicio esta chica!

—¿Y si tu hermano pregunta por ti?

Me detengo un segundo, cabeceo y miro a lo lejos con gesto pensativo.

—Pues no lo sé. Dile que me he encontrado con Sandra y que ella quería hablar. Zach sabe que sigue colgada por mí. Se lo tragará.

Chris sacude la cabeza con pesadumbre.

—No va a salir bien, hagas lo que hagas. Estás enamorado de la chica de tu hermano, tío, y ella está enamorada de ti.

—No estoy enamorado de... Espera. ¿Crees que está enamorada de mí?

—¿Lo ves? Te lo dije. Quieres casarte con ella.

Me siento desenmascarado y, cuando eso pasa, me suelo poner agresivo.

—No quiero casarme con nadie, joder. Solo quiero que esté a salvo. Luego nos vemos. ¡Cuida de Zach!

—Venga, ve a por la damisela. Yo me ocupo de todo.

—La damisela. Hay que joderse. No ha hecho más que complicarlo todo desde que ha llegado al pueblo. ¿Por qué no se habrá quedado en la puta California?

Chris me mira con mal disimulad diversión.

—Si se hubiese quedado, ahora estarías aquí muerto del asco. Anda, lárgate de una vez.

Odio que lleve tanta razón.

No me cuesta nada de trabajo encontrarla, solo está a cuatro calles de distancia del bar. Se la ve desde muy lejos. Es la única silueta que camina en medio de la carretera desierta, con el bolso casi arrastrándose por el suelo y pisadas inciertas y acompasadas.

—¡Eh! —grito a sus espaldas, cuando solo me faltan un puñado de metros para alcanzarla—. ¡Ophelia!

—¡Déjame!

Su rugido me enfurece todavía más.

«Ojalá pudiera. Me encantaría poder dejarte, Ophelia. Nada me haría más feliz. Pero ya ves, aquí estoy otra vez, siguiéndote como un gilipollas».

—Oye. —Tiro de su brazo para detenerla y, al volverla de cara a mí, advierto que está llorando y toda la agresividad que he podido sentir con anterioridad se convierte en una aplastante ternura—. Eh. Habla conmigo, Ophelia —le susurro dulcemente, moviendo los pulgares por su rostro para secarle las lágrimas.

Levanta la mirada y, al cruzarse nuestros ojos, rompe en sollozos. Nunca he visto a nadie tan infeliz como lo es ella en este momento. Se está viniendo abajo.

—Eh... —le susurro, pero agita la cabeza para rechazar mis caricias. Me da igual, pienso abrazarla le guste o no—. Ven aquí.

La cojo por las muñecas, la acerco a mí y me abrazo a ella. Ophelia llora en silencio. Pongo una mano en su nuca y dejo que se desahogue contra mi hombro. Llorar le hará bien. Ojalá pudiera yo hacerlo de vez en cuando.

Ni siquiera sé el tiempo que nos quedamos en silencio. Parece que cada vez que estoy con ella, el tiempo deja de importarme.

—Lo siento —le susurro al oído, mi mirada perdida en algún punto de la carretera—. Quiero que sepas que, si he hecho algo que te ha ofendido esta noche, lo siento muchísimo. No era mi intención hacerte daño, lo juro.

—No es por ti —gime ella, con la cara enterrada en mi pecho—. Es por mí.

No puedo evitar entornar los ojos.

—¿En serio? ¿No es por ti es por mí? ¿No se te ocurre nada mejor?

Ophelia ríe a través de las lágrimas, se aparta un poco y se pasa los pulgares por el rostro.

—No, supongo que no.

Está tan triste y vulnerable que me descoloca. No sé cómo comportarme con ella. Solo sé que quiero mejorar las cosas. Quiero que deje de sentirse así. Sea cual sea la causa de su dolor, quiero ponerle fin.

Supongo que quiero lo que siempre he querido, desde que la vi por primera vez. Quiero abrazarla y decirle que *¡sí, Ophelia!, el mundo es una mierda, pero las cosas irán mejorando.*

Y sé que no tengo derecho a querer lo que quiero. El hecho de que haya salido con Zach esta noche no hace más que demostrármelo. Me estoy interponiendo entre ellos dos. No es justo. Mi hermano se merece ser feliz, merece un poco de normalidad después de todo por lo que ha pasado. No es más que un crío, no puedo hacerle pasar otra vez por el dolor de perder a una persona que es importante para él.

Debo apartarme de ella, pero ¿cómo dejarla sola en este estado? No puedo. No puedo mantenerme alejado de Ophelia. Al menos, no esta noche.

—Demos un paseo —le propongo, cogiéndola de la mano.

Asiente y se sorbe las lágrimas, mientras sus delgados dedos se entrelazan con los míos y me aprietan con fuerza. Frunzo el ceño en un gesto confundido. Parece que nuestras manos encajan a la perfección.

—¿Adónde vas a llevarme?

—A un lugar tranquilo.

No se me ocurre nada mejor que el cementerio.

—¿Qué fue lo que le pasó a tu madre?

Bajo la mirada al suelo y me quedo callado durante un tiempo. Nunca he traído a nadie aquí, y mucho menos a una chica. Tampoco he hablado nunca de la muerte de mamá. Ni siquiera con Zach.

Es un tema que no me gusta tocar.

—Estaba recogiendo las berenjenas del huerto —le respondo con voz queda—. Se agachó para cargar el cesto. Cayó al suelo y nunca más se levantó.

Sus dedos buscan los míos y se aferran a ellos con fuerza.

—¿Ataque cerebral? —susurra, y yo asiento en silencio—. Lo siento, Connor.

—Gracias.

Se produce una breve pausa, en la que los ojos de Ophelia se alejan por el cementerio.

—¿Su vida fue... feliz? —vuelve a susurrar al cabo de unos momentos.

Aprieto los dientes con fuerza. «¿*Feliz? No, no creo que mamá supiera el significado de esa palabra*».

—No mucho.

—Eso es lo triste. Irse sin haber vivido. Creo que eso es lo que más me aterra en el mundo.

Le sostengo la mirada sin inmutarme y ella curva los labios en un gesto vacilante, cuya tristeza hace que mi rostro se tiña de ternura.

—Supongo que a mí también —musito con una calma mortal.

Tomo una profunda aspiración y doy un paso atrás. Estábamos demasiado cerca. Ni siquiera sé cuándo nos habíamos acercado tanto o cuándo se ha inclinado mi rostro sobre el suyo, como si estuviera a punto de besarla. Ella me aturde tanto que no puedo pensar con claridad cuando la tengo cerca.

—Me gusta el lugar que has elegido —me dice—. Me gustan los cementerios. Son muy tranquilos. Sé que suena a locura, pero a veces pienso que me vendría bien tener un entierro propio, para despedirme de la chica que una vez fui.

—Sentémonos —le susurro, y la llevo a un banco de piedra, cercano a la tumba de mi madre—. ¿Cómo era esa chica?

Ophelia sonrío con amargura.

—No te habría gustado. Era horrible.

—¿De verdad?

—Sí. Vacía. Superficial... Murió hace cinco meses, pero hay momentos en los que aún la echo de menos. ¿Crees que está mal?

—No, no lo creo. ¿Cómo murió?

Durante unos momentos, su rostro se mantiene ausente. Después, su boca se tuerce en un gesto de agonía.

—Todo empezó con una fiesta. Conoció a un chico, cómo no. Y era guapo. Madre mía si era guapo. Era más mayor, universitario quizá. Llevaba traje a medida y conducía un Corvette oscuro. Olía a cigarrillos caros, a colonia de marca y a mar, como huele el mar durante una tormenta, ¿sabes?, como cuando los rayos se funden con violencia contra la arena mojada y el mar chispea

electricidad. Respondía al nombre de Dean, pero no creo que fuera así como se llamaba de verdad.

—¿Dean? Suena a gilipollas.

Cualquier tío de su pasado era un gilipollas si la ha dejado escapar. Yo no lo haría.

Ophelia sonríe, una sonrisa pequeña que, de algún modo, parece romperla por dentro.

—Puede que tengas razón. El caso es que bebieron un poco más de la cuenta. Se besaron. Él dijo que ella era sexy. Ella se lo tragó, porque se nutría de los cumplidos de los chicos. Él dijo que esa fiesta era un rollo. Ella estuvo de acuerdo. Así que decidieron marcharse. Cogieron el coche y se fueron lejos, a un descampado que había a afueras de la ciudad. Era el lugar más precioso de toda California. Ojalá lo vieras, Connor. Ojalá pudieras ver el océano en todo su esplendor desde lo alto de las rocas. Parecía la cima del mundo. A ella le gustaba el sonido de las fuertes olas que rompían contra la orilla. No podía dejar de sonreír. Siempre había sido una chica de playa más que de montaña. Creo que eso fue lo que realmente la mató.

Empieza a escocerme la garganta y bajo los párpados en un gesto vencido. Sé lo que viene a continuación. Ahora entiendo por qué parece estar tan rota, por qué pasa tanto tiempo en la biblioteca, por qué corre todas las mañanas como si entrenara para una maldita maratón. No está entrenando. No está corriendo. En realidad, lo que hace Ophelia es huir.

—No hace falta que me lo cuentes —le susurro, rozando su mano con cautela.

—Fueron cuatro —musita, bajando la mirada—. Él tenía amigos. Ella ni siquiera se resistió. Estaba paralizada. Los jueces la condenaron por ello. Todo el mundo lo hizo.

Cierro los ojos para refrenar la rabia que crece en mi interior.

—Lo siento, Ophelia. —Cojo su mano y me aferro a ella con fuerza—. Lo siento muchísimo.

Su rostro luce una expresión de abatimiento que nunca he visto en ella. Está conmigo y no lo está.

—Esa chica murió esa noche, Connor. Ahí, en ese descampado con vistas al océano. Se llamaba Ophelia. Ophelia Rosetti. —Una lágrima cae veloz por su mejilla, pero ella sigue como si nada hubiese pasado—. Nadie le organizó nunca un entierro. No hubo velas, ni llantos, ni convite. Nadie la echa de menos, porque, en el fondo, era una persona horrible que recibió lo que se merecía. ¿Por qué tuvo que emborracharse? ¿Por qué se marchó con él?

—Eso no es cierto. No te merecías eso. No fue culpa tuya. Por favor, deja de culparte.

—No puedo. Porque fue culpa mía y de nadie más. Yo me lo busqué, todo el mundo lo dice.

—¿Quién lo dice?

—Todos. Lo dicen a mis espaldas —musita abstraída.

—Son gilipollas si de verdad lo piensan.

—Puede.

—¿Por eso dejaste California? ¿Para huir de lo que decían sobre ti?

Aparta la mirada y niega en silencio. Calla durante unos segundos y luego otro gesto de agonía desencaja su perfecto rostro.

—No. Eso no me importaba. Me marché de casa porque, cada vez que escuchaba el mar, ese... *abhorrecible* sonido de las olas rompientes, me quería morir. Era el único trauma que se me había quedado. Podía estar con chicos, podía ser la de siempre y fingir que todo era normal en mi vida, pero era incapaz de acercarme a la playa. Eso era un problema, porque vivimos en la bahía, ¿sabes? —Se ríe, con una risa absolutamente vacía, y luego baja la mirada al suelo y se queda callada durante un buen rato—. Era imposible evitar el mar, o dejar de escucharlo. Allá adónde iba, las olas me perseguían. Dios, ¡era tan horrible! No podía arrancármelo de la mente. Las imágenes volvían como un bumerán. Así que me auto exilié aquí, lejos de todo, lejos del sonido del mar... Y decidí cambiar, en serio. Lo hice. Decidí ser mejor persona en mi nueva vida. Pero esta noche he vuelto a ver a esa chica tan horrible que era. Yo... —Sacude la cabeza y traga aire con un jadeo—. Le he hecho daño a tu hermano y lo siento. No sé qué es lo que pretendía, ni por qué hago las cosas que hago. Hay algo malo en mí, Connor. Lo digo muy en serio. Intento ser buena, pero... nunca lo consigo. Porque hay algo dañado en mí. Es como si... a veces... no me importara nada más aparte de mí misma. No puedo evitarlo.

—Ophelia, ¿a ti te gusta Zach?

Se lo piensa unos momentos y una sonrisa lejana empieza a insinuarse en sus labios.

—Sí. Me gusta Zach. Es... muy dulce. Es diferente a todo lo que he conocido hasta ahora.

Esa es exactamente la respuesta que deseaba recibir.

Aun así, duele horrores.

—Entonces, no le hagas daño. Sé buena con mi hermano. Ha perdido tantas cosas que... no quiero que te pierda también a ti. Y mucho menos por mi culpa.

Ophelia suspira y se aparta de mí. Apoya la espalda contra el respaldo de piedra y, poco a poco, su rostro se convierte en una máscara gélida, bella, pero carente de vida. Su mirada se apaga con cada parpadeo.

—Gracias —murmura al cabo de un buen rato de absoluto silencio.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y hace un amago de sonrisa.

—Por escucharme. —Levanta la cabeza y cruza una mirada conmigo—. Eres un buen amigo, Connor. Creo que eres el único amigo que tengo.

Cierro los ojos y gruño hacia mis adentros.

Aunque sé que es lo mejor. No podemos ser nada más que amigos.

—Vamos —exhalo, cansado—. Te acompaño a casa.

Ophelia se yergue con un suspiro y me sigue hacia el arco que delimita la salida. La luna es tan enorme que no hay tanta oscuridad como otras veces que he venido al cementerio después de la

puesta del sol.

—No se lo dirás a Zach, ¿verdad? —me dice Ophelia de repente.

—Claro que no —la tranquilizo con una sonrisa leve.

—Me gusta la forma en la que me mira y no quiero que eso cambie nunca.

—Descuida. Tu secreto está a salvo conmigo.

Los dos callados, caminamos el uno al lado del otro, desgarrando las sombras que en algunas partes del cementerio se diluyen con los gélidos rayos de la luna.

De pronto, no sé por qué razón, Ophelia coge impulso y encaja su pequeña manita en la mía. Bajo la mirada, ceñudo, atónito, y contemplo la unión de nuestros dedos. Es fuerte. Irrompible. Un vínculo que se ha creado de repente.

Sin saber cómo actuar, la contemplo a ella, y entonces me doy cuenta de que hay una pequeña sonrisa agazapada en las comisuras de su boca. No sé qué significa todo esto, pero yo también sonrío.

Nada que decirse

El presente de Zach

Después de dejar a Kitty en su casa, conduzco de vuelta a la ciudad. Cuando llego, Lara está durmiendo. Últimamente apenas nos vemos. Yo no suelo pasar demasiado tiempo en casa y creo que ella se siente aliviada. Esto es una mierda. ¿Qué vamos a hacer cuando llegue el bebé? Estamos mal desde hace demasiado tiempo. ¿Vamos a poder arreglarlo? No lo sé. No sé cuándo se echó a perder mi vida ni por qué. No sé qué estoy haciendo, por qué no dejo de buscar a Kitty, como si hubiera un hilo invisible arrastrándome siempre hacia ella. Es tan divertida, tan dulce. No tiene nada que ver con Lara.

—Pero Lara es tu mujer y no puedes pensar lo que estás pensando —me sermoneo a mí mismo.

Me froto los ojos con aire cansado y me sirvo una copa. Me la acabo de un trago y decido tomar otra. ¿Me estoy convirtiendo en papá? Incluso yo me doy cuenta de que acabo ebrio casi todas las noches. A mi padre le pasaba lo mismo. Se casó por los motivos equivocados y ni él ni mamá fueron felices nunca. Lo intentaron, por nosotros, pero incluso de niños nos dábamos cuenta de que algo no marchaba bien entre ellos dos. No entendíamos sus silencios, por qué apenas intercambiaban tres palabras durante la cena. Ahora lo sé. Papá y mamá no tenían nada que decirse. Es lo mismo que nos pasa a Lara y a mí. Si estuviéramos en una isla desierta, solos ella y yo, nos pasaríamos la vida entera en silencio.

—¿Qué estás haciendo, Zach? ¿Qué coño estás haciendo? —gruño, negando una y otra vez.

Requiere cada vez más esfuerzo vivir así. Llevo años ahogándome en un pozo de infelicidad y desesperación.

Esta noche he visto a Ophelia. Connor la llevaba en brazos. Los dos parecían tan felices juntos que no he podido evitar sentirme mal. ¿Qué sería de ellos si yo...? Por Dios, no puedo más. No puedo seguir pensando en eso. La culpa lleva doce años atormentándome. No me bastaba con mi propia infelicidad. He hecho infelices a todos los que me rodean. ¿Y por qué? ¿Por un capricho? ¿De verdad la quería tanto como afirmaba? Ya no lo sé. Empiezo a dudar de todo lo que daba por sentado.

Con la copa en la mano, me voy a la cama y me tumbo al lado de Lara. Dejo el vaso en la mesilla y un largo suspiro desgarrar mis labios y el silencio de la noche.

—Hola, tú —me susurra Lara desde la oscuridad.

Sonrío débilmente. Pensaba que estaría dormida.

—Hola. ¿No puedes dormir?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Qué nos está pasando, Zach?

Busco su mirada y la sostengo unos segundos.

—No lo sé, Lara. Sinceramente, no lo sé.

Admitir que tenemos un problema es... liberador.

—Esto se ha ido a la mierda —me dice ella.

—Ya.

—Y sé que es culpa mía.

—No digas eso. También he contribuido yo. He estado tan ausente que...

—La dije a Connor que estaba enamorada de él.

Mi corazón deja de latir de golpe. No estoy lo suficientemente borracho para esto.

—No necesito saberlo. Ahórrame los detalles.

—No hay mucho que decir. Me rechazó. Es un buen hermano. Cualquiera otro...

—Lara...

—Pero creo que sigo enamorada de él.

Me coge de las manos y, aunque me gustaría apartarla, no lo hago. Me limito a estrechar los párpados con fuerza. Me escuece la garganta por el peso de las lágrimas que pelean por salir.

—Lo siento, Zach. Lo siento muchísimo. ¿Podrás perdonarme algún día?

Abro los ojos y los clavo en ella. Ni siquiera puedo odiarla. ¿Qué me queda entonces?

—Dime una cosa. ¿Por qué todas os enamoráis de Connor, pero al final os conformáis conmigo?

Lara llora despacio.

—No lo sé... ¿Porque eres un buen chico?

—Joder, pues ojalá no lo fuera.

Esto es muy duro, mucho más de lo que imaginaba. Saber que eres el segundo plato de absolutamente todas las mujeres que te han importado a lo largo de tu vida duele bastante.

—Al principio, creí que te amaba. De verdad que sí. Y creo que lo hacía, a mi manera. Pero Connor es...

—Aquello que no puedes tener.

—Supongo.

—Ya. Bueno, a dormir.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

«¿Por qué no te callas de una vez?».

—No tengo ni puta idea, cielo.

—Oh, Zach... Lo siento tanto....

Me trago el nudo de lágrimas que me ahoga la garganta y aprieto la mandíbula con fuerza. No

puedo dejar que ella asuma la culpa de todo. Yo también la he cagado. Es muy hipócrita por mi parte mantenerme en silencio. Se lo tengo que decir.

—He besado a Kitty.

Incluso decírselo duele. ¿Por qué no dice nada?

—¿Quién es Kitty? —llega por fin la voz de Lara, ahogada, perpleja.

—La hermana de Ophelia.

—Dios mío. ¿Hay otra como ella?

Sonríó amargamente.

—Me temo que sí.

—¿Y... te gusta?

Bajo los párpados con gesto agotado. ¿De verdad estoy hablando con mi mujer de esto?

—No quiero hablar del tema.

—Pero tenemos que hablar. Tenemos que decidir...

—Ya lo sé. Pero no quiero hacerlo.

—La vida nunca pregunta lo que quieres, Zach. Asúmelo.

—¿Puedes conseguirme otra de estas? —le señalo a Chris mi cerveza vacía.

Él hace una mueca, resopla y se sienta a mi lado. Oh, no. Me va a dar una charla parental, como hace Connor.

—Llevas cinco y estás bastante mareado, Zach.

—¿Y qué más da? Mi novia se ha largado a mitad de nuestra primera cita. No tengo nada mejor que hacer.

—Si se entera tu hermano de que te he comprado alcohol, me destripa.

—Mi hermano nos ha dejado plantados. No le importará. Si está con Sandra, no pasará por casa durante toda una semana. Se me habrá quitado la borrachera para entonces.

—No te hagas ilusiones. No creo que Connor vuelva con Sandra. Solo iban a hablar.

—Ellos no hablan, Chris —lo corrijo con los ojos entornados—. Ellos *follan*. Es diferente.

—Como sea, no pienso comprarte más alcohol, así que largo de aquí.

Lo que imaginaba. Si quiero conseguir bebida, lo tendré que hacer por mi cuenta. Lo malo es que nadie me la venderá en este pueblo asqueroso, porque mi hermano ha advertido a todo el mundo de que, como quebranten la ley por mí, les partirá la cara. Nadie es tan inconsciente como para tentar a la suerte y arriesgarse a vérselas con Connor solo por vender un par de cervezas más.

—Aguafiestas —grazno por lo bajo.

Me levanto y todo empieza a girar, mi cabeza, el bar. Me siento como si mis pies no tocaran el suelo.

—¿Te las apañas para regresar a casa, campeón? —pregunta Rusty, acercándose con el palo de billar en la mano.

Lo miro encogiendo las pupilas. El bar está girando a una velocidad tan alta que la cabeza me da vueltas. Me cuesta un poco de esfuerzo enfocar a Rusty. No estoy tan borracho. Solo ha sido el impacto de levantarme de forma demasiado brusca. O eso me digo a mí mismo.

—Sí, tío. Estoy perfectamente. Aquí os quedáis —hago un gesto de fastidio con la mano y me arrastro hacia la puerta.

Sé que me siguen con la mirada para asegurarse de que soy capaz de caminar bien, pero no me vuelvo a girar.

Cruzo el local sin darles motivos de duda, empujo la puerta con el hombro y salgo al exterior, agradecido por el aire fresco que sopla contra mi cara. Me vendrá bien el fresco para despejarme

la cabeza. A ver si el paseo me quita un poco este mareo.

Me cierro de golpe la cremallera de la sudadera, me pongo la capucha y echo a andar hacia el pueblo, perdido en mis reflexiones sobre Ophelia y la razón por la cual me ha dejado plantado esta noche (no creo que sea cosa de Eleonor). A lo mejor es que lo he hecho tan de pena que ha preferido ponerle fin a la cita y aceptar la propuesta de Chris de irnos a jugar a los dardos. Luego, por lo que sea, se ha aburrido también de su compañía y se ha marchado. A lo mejor es una chica que se aburre con demasiada facilidad. En el instituto se rumorea que se ha mudado aquí porque le resultaba aburrido vivir en la playa. Será eso.

Una especie de bisbiseo interrumpe el hilo de mis pensamientos. Vuelvo la mirada hacia atrás y escudriño ceñudo la cortina de árboles. No hay nada. «¿Algún gato, quizá?».

Agudizo el oído durante unos segundos y vuelvo a escuchar el mismo ruido, que ahora parece el llanto de mujer. Espero que no sea Ophelia.

Preocupado, doy media vuelta y echo a correr hacia ahí, pero en vez de encontrar a Ophelia en apuros y rescatarla para ganar puntos con ella, me topo con la pesada de Lara Reed. Está sentada en el suelo, abrazada a sus rodillas y llorando a moco tendido. Lo que me faltaba.

—Ejem... —Me arrodillo a su lado y le rozo el hombro—. Lara. ¿Estás bien?

Levanta los ojos, brillantes de lágrimas, hacia los míos y, durante unos segundos, no compartimos más que un denso silencio. Me siento torpe y fuera de lugar.

—¿Te parece que esté bien, imbécil?

No permito que la exasperación me venza y suelto el aire antes de hablar.

—¿Estás borracha?

—No como tú, obviamente.

—Está bien, *drama queen*.

Cojo sus brazos y hago que los coloque alrededor de mis hombros.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo, Davis? —me chillaba, revolviéndose entre mis brazos.

—Voy a llevarte a casa, Reed —informo con tranquilidad.

—No seas idiota. No quiero ir a mi casa.

Trato de disimular una mueca de irritación. ¡Encima que le echo una mano! Bien podía haberla dejado aquí y largarme. ¿Cuándo coño ha sido ella maja conmigo? ¿Desinteresadamente? Nunca, que yo recuerde. Se merecería que me fuera ahora mismo. Pero no puedo dejarla aquí sola. No parece estar en pleno uso de sus facultades mentales y sé que me sentiría fatal si la dejara a solas.

—¿Y qué quieres hacer? —repongo, mirándola con ojos fríos—. ¿Quieres seguir lloriqueando entre los arbustos? Porque puedo dejarte para que prosigas.

—¿Lo ves? Eres un idiota. Nunca sabes interpretar lo que digo.

—¡Porque nunca hablas claro, Reed! —me enervo—. ¿Por qué demonios no me dices claramente qué quieres de mí?

—¡Que me lleves a algún sitio que no sea mi casa, imbécil! —se explica a gritos.

Levanto mucho las cejas.

—¿Quieres que pasemos tiempo juntos? ¿Tú y yo?

—¿Por qué no? —repone ella, evaluando mis ojos con cautela—. Te he visto esta noche en el bar. Parecías triste. Además, tu novia se ha largado, mi novio es un idiota... Hagamos algo juntos, Davis. Solo... solo esta noche. —Se sorbe las lágrimas y arruga el ceño en un gesto pensativo—. Mañana ni siquiera tenemos que fingir que somos amigos.

Delibero unos segundos. ¿Tengo algo que perder? No, no lo creo. Y tampoco tengo nada mejor que hacer.

—Está bien. Esta noche. Tú y yo. Agárrate fuerte.

Lara obedece, se agarra a mi cuello con los dos brazos.

—No me sueltes —me susurra.

—No pienso soltarte, Reed. No soy el gilipollas de tu novio.

—Eso ya lo veo.

Llevo a Lara al antiguo mirador. Desde que se hundió la vieja carretera, ya nadie para por aquí. No hay acceso en coche. Como yo solo tengo una bicicleta oxidada y voy a todas partes andando, soy el único del pueblo al que aún le gusta perder el rato por estos lugares tan solitarios y apartados.

—Es la primera vez que vengo de noche —le digo a Lara cuando recupero el aliento tras la subida.

Nos sentamos en el borde del precipicio y, durante unos minutos, contemplamos abstraídos las luces del pueblo, que parecen estrellas en medio de un tapiz negro. La luna llena cuelga en un rincón.

—No sabía que aún se pudiera venir al viejo mirador —musita ella, lanzándome una mirada de soslayo.

—Si vienes andando, sí.

—¿Tú vienes mucho por aquí?

—Bastante.

—¿Por qué?

Cuando muevo la mirada hacia su rostro, advierto que me contempla con el ceño fruncido, como si intentara comprenderme.

—Porque me gusta esto. Míralo. —Señalo con la mano el mundo que se extiende ahí abajo—. Es vasto. Solitario. Quietos. Aquí nadie me molesta.

—Eres un chico extraño, Davis.

Me río sin ganas.

—Supongo.

—¿Te gusta? —susurra, colocando su mano encima de la mía.

Aprieto la mandíbula y bajo la mirada hacia nuestras manos. Años atrás, habría matado para que me tocara de este modo o para que hablara conmigo como lo está haciendo ahora.

—¿Te refieres al pueblo? —susurro, con un nudo en la garganta.

—Me refiero a Ophelia.

Mi sonrisa se vuelve un poco pesarosa.

—Sí, pero me parece que yo no le gusto a ella.

—Oh, ni que fuera ciega. Pues claro que le gustas. Tú le gustas a todo el mundo, Zach. Eres el chico de oro del pueblo, el que siempre cae bien a la gente.

Agito la cabeza y río con amargura. Lara está más borracha de lo que parece si piensa que yo le gusto a todo el mundo.

—¿Sabes qué? No quiero hablar de Ophelia ahora.

—¿Y de qué quieres hablar?

Me lo pienso un segundo.

—Hablemos de Morgan —propongo, con una media sonrisa maliciosa.

Lara me censura con la mirada.

—Que le den por el agujero del culo. No quiero hablar de él.

Me río al escucharla decir tacos. Lara siempre es tan educada que me parece muy divertido que sea capaz de usar *agujero* y *culo* dentro de la misma frase. ¿Cómo encajarían eso sus padres, miembros destacados de la comunidad de Marion?

—Un lenguaje muy elegante —me mofo sin poder evitarlo.

Me da un empujón con el hombro.

—Oh, cállate —me riñe, riéndose.

Suspiro y me vuelvo otra vez abstraído, concentrado en las parpadeantes luces de Marion.

—Odio este pueblo —comenta Lara en voz queda.

Cruzamos una mirada.

—¿Por qué?

—Porque es tan pequeño, tan limitado. A veces me parece... asfixiante, ¿sabes? Hay días en los que, como ahora, lo estoy viendo a lo lejos y... ¿sabes en qué estoy pensando?

—¿En qué?

—En que hay un mundo extraordinario aguardándome ahí fuera, un mundo lleno de una belleza inimaginable, y yo estoy aquí atrapada, desgastándome en este minúsculo lugar, esperando a que la vida me pase de lado. Es como si siempre estuviera viviendo en el futuro, siempre deseando que

pase algo.

—Algo... ¿como qué?

Lara se encoge de hombros.

—No lo sé, Davis. Algo... excitante. Algo que me haga sentir que... estoy viva.

—¿Insinúas que Morgan no te hace sentir que estás viva?

Me lanza una mirada tan fría que casi empiezo a tiritar.

—No seas idiota. Bradley no me basta.

—¿Por qué no? —susurro, evaluándola atentamente. Nunca había visto a Lara tan vulnerable como esta noche. Ella, que siempre aparenta ser tan perfecta, tan inalcanzable... ¿Cómo puede parecerme tan humana ahora?

—Porque Brad no... no me completa —musita para sí. Baja la mirada, coge una piedrecilla del suelo y la lanza al vacío—. No tenemos nada que decirnos. Nada en común. Hay días en los que no intercambiamos más que un puñado de palabras, porque no se me ocurre nada de lo que hablar con él.

—¿Qué tal hablar de la vida? ¿Del futuro?

Lara suelta una risa desganada.

—¿El futuro? Bradley tiene claro cuál va a ser su futuro. Se graduará en el instituto y luego trabajará en los almacenes de su padre. Se convertirá en encargado, se casará y se comprará una bonita casa en el barrio en el que se ha criado. Tendrá hijos, que también irán al instituto local, se graduarán y trabajarán en los mismos jodidos almacenes.

—Y entiendo que ese futuro no te basta a ti.

Se queda ausente durante unos momentos. Acto seguido, agita la cabeza.

—Quiero hacer algo importante con mi vida.

Coloco la mano encima de la suya y le doy un apretón.

—Pues hazlo, Reed. Lárgate de esta mierda de pueblo. Tú estás por encima de esto. Puedes hacer cosas... increíbles. ¡Inimaginables! Nada te retiene aquí.

Lara sonríe un poco y sus ojos buscan a los míos en la oscuridad.

—Me retienes tú, Zach —musita apesadumbrada.

—¿Qué? —pregunto, perplejo—. ¿De qué estás hablando?

Me mira unos segundos en silencio y luego mueve el cuello hasta que sus labios rozan los míos. Cierro los ojos y frunzo el ceño, y Lara, vacilante, coge mi labio inferior entre los suyos y tira de él. Su respiración se acelera, y también lo hace la mía.

Permanecemos así, respirándonos, hasta que agarro su cabeza entre las manos y la detengo. No puedo hacer esto.

—¿Por qué has tenido que tardar tanto? —susurro contra su boca.

Ella agita la cabeza con pesadumbre.

—No lo sé. ¿Porque soy estúpida?

Un profundo suspiro brota de mi pecho.

—Ya no estoy enamorado de ti, Lara.

Su entrecejo se arruga en un gesto confuso.

—Pero...

Esbozo una mueca de dolor y apoyo los labios contra su frente.

—Lo siento —bajo el rostro para poder hablarle al oído—. Siento que estés triste y que te sientas asfixiada aquí, y ojalá puedas conseguir todo cuanto deseas de la vida, pero besarme a mí esta noche no es la solución. Porque mañana te sentirás igual de mal.

Ella cierra los ojos y frota la mejilla contra mi mano.

—No lo haré...

—Sí, lo harás. Los dos hemos bebido más de la cuenta y no estamos pensando con claridad. Te equivocas si piensas que esto es algo más que un calentón.

Lara se aparta con brusquedad y suelta un suspiro teatral.

—Dime una cosa. ¿Qué es lo que veis todos en esa Ophelia?

Desvió la mirada hacia el lejano horizonte y me tomo unos momentos, antes de musitar, más bien para mí:

—No quieres que te conteste a eso, confía en mí.

Es complicado

El presente de Ophelia

Me despierto en la cama con Connor. Ay, Dios mío. ¿Qué hicimos anoche? ¿Y por qué me arden las mejillas solo de pensarlo? ¿Es que me he vuelto loca? Hace doce años esta locura me hizo pedazos. No puedo volver a pasar por todo esto de nuevo.

Cojo aire para tranquilizarme y, entre jadeos entrecortados, vuelvo la mirada hacia el hombre que duerme a mi lado, con un brazo por encima de mi vientre; un brazo que arde sobre mi piel y aviva un fuego que me consumirá si me descuido. ¿Cómo puede ser tan guapo? De joven era atractivo, con ese aire de Mick Jagger adolescente y el cigarrillo colgándole siempre de la esquina de los labios, pero ahora me parece irresistible. La madurez le sienta muy bien, sus rasgos lucen una solidez que endurece y perfila los ángulos y los contornos de su rostro.

«No lo hagas, Ophelia. No te acerques otra vez a Connor».

Dejo caer los párpados en un gesto vencido y respiro hondo para aplacar el ansia que late dentro de mí. Tengo que salir de aquí. Tengo que irme y no mirar atrás. *«Si miras atrás, estás perdida. ¿Es que lo has olvidado tan pronto?».*

Tragando saliva, empiezo a deslizarme muy despacio por debajo de su brazo.

Casi lo he conseguido, cuando Connor abre los ojos de golpe y me paraliza con la fuerza de su mirada. Tiene las pupilas de una cobra furiosa. Si muevo un músculo, estoy perdida.

—¿De verdad? ¿Ibas a irte así?

Apenas me atrevo a mirarlo a la cara. La culpabilidad se lee en mi rostro.

—Bueno, no. Iba a... dejarte una nota —miento, después de aclararme la voz.

—Increíble.

Se aparta con ademanes bruscos, resopla furioso y se sienta en la cama de espaldas a mí. Clavo la mirada en sus anchos hombros desnudos y me muerdo el labio por dentro con fuerza. Esto es muy incómodo. *«Oh, ¿por qué tuve que emborracharme ayer?».*

Connor hunde la cabeza entre las manos. Parece muy disgustado, posiblemente herido por mi comportamiento. Sé que tengo que decir algo, y más vale que sea bueno.

—Connor...

—¿Qué? —gruñe enervado.

«¡Jesús, qué carácter!»

—Anoche...

—¡Por todos los Santos! No, Ophelia, no follamos, así que no te emociones.

Que sea tan desagradable conmigo me pone de los nervios y no tardo nada en contraatacar.

«Como en los viejos tiempos, ¿eh?».

—No es precisamente *emoción* lo que me produce la idea de acostarme contigo.

Connor se vuelve y me pulveriza con la mirada.

—¿Qué coño quiere decir eso?

Al ver sus ojos azules despedazando a los míos, ya no me siento tan valiente.

—Nada. Que... no es buena idea que nos acostemos.

—No me digas, Séneca.

—Oye, no sé qué es lo que te pasa ni por qué me hablas en este tono, pero no estoy de humor para intentar comprenderte. Así que me largo.

—Genial. Vete. Es justo lo que esperaba de ti.

Rechino los dientes para evitar una confrontación, agarro mi ropa de la silla y me marcho airada, dando un portazo. Oigo a Connor soltar un taco a mis espaldas.

Sin mirar atrás, bajo deprisa la escalera. Ya no hay vigas sueltas. Ha debido de hacer esa reforma de la que tanto hablaba. La casa tiene mucho mejor aspecto que antes. Pero ¿quién tiene tiempo para quedarse a mirar?

En el vestíbulo, me termino de vestir, me pongo las zapatillas y me atuso el pelo con las palmas delante del espejo ovalado que cuelga de la pared. Hay una capa de polvo y de misterio cubriendo cada objeto de esta casa. Odio este viejo mausoleo. ¿Por qué ha tenido que traerme aquí? Los fantasmas del pasado acechan en cada maldito rincón. Necesito aire fresco y dejar de pensar en lo que estoy pensando. Necesito... alejarme. De Connor, de esta casa y de todos nuestros recuerdos juntos.

Si no lo hago, me asfixiaré.

Con cada vez menos aire en los pulmones, me precipito hacia el exterior, cierro la puerta lo más rápido que puedo y me apoyo derrotada contra ella. Dejo salir un interminable suspiro y bajo los párpados con gesto exasperado.

El mundo a mi alrededor ha encogido de repente y todo me parece extraño bajo la luz de la mañana. El sol, que se pasea por el cielo con la desidia de un niño mimado, no calienta como otras veces. Hoy percibo en él algo frío, algo inhóspito, algo cortante y afilado que arde con la misma fuerza con la que ardían en el pasado los ojos Connor cada vez que se cruzaban con los míos.

Despiértame por dentro

Ophelia, doce años atrás

Zach me ha estado evitando desde el día posterior a nuestra cita, y ya ha pasado más de una semana desde entonces. Cuando intenté disculparme esta mañana en el instituto, me dijo que no podía hablar, que tenía que ir corriendo al entrenamiento de fútbol y que ya lo hablaríamos más tarde.

Pero más tarde no coincidimos, se las apañó de tal forma para evitar cruzarse conmigo.

De modo que no me deja más opción que, un viernes a las diez de la noche, presentarme en su casa. Ya está bien de tonterías. Si tiene algo que decirme, que me lo diga a la cara.

Eleonor ha ido a jugar al bingo con sus amigas. Es el momento perfecto para escabullirse sin tener que dar explicaciones.

En vaqueros y con una sudadera negra que me camufla en la oscuridad, cruzo a paso enérgico el jardín de los Davis y subo deprisa las escaleras del porche. Golpeo la puerta con los nudillos un par de veces, pero nadie me contesta, lo cual no es de extrañar, dado el volumen de la música, que se debe de escuchar desde la otra punta del estado.

Llamo otra vez, solo por si acaso y, al ver que no recibo una contestación, me armo de valor y empujo la puerta con las yemas de los dedos.

En Marion nadie cierra con llave. Aquí nunca pasa nada malo. Todo el mundo conoce a todo el mundo desde hace al menos cinco generaciones. Los niveles de delincuencia están por los suelos.

De hecho, creo que lo más escabroso que ha pasado en Marion en las últimas décadas es que yo esté a punto de realizar un allanamiento de morada en casa de los Davis.

Esa idea me produce una sonrisilla burlona. Vaya delincuente estoy hecha.

La casa está sumida en penumbra cuando entro. Con pasos vacilantes, cruzo el vestíbulo y acabo en medio del enorme salón que recuerdo de la vez pasada como una estancia majestuosa y deteriorada por el paso del tiempo. En el equipo de música suena una canción rock que no conozco de nada. Me mola la letra. El cantante dice algo sobre un viento muy frío.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí?

Ahogo un gritito y me vuelvo muy despacio sobre los talones. Noto la piel pálida y tirante, y un extraño cosquilleo en las puntas de los dedos.

Abofeteándome mentalmente como castigo por ser tan pava, levanto la mirada hacia la voz que ha restallado como un latigazo y se me dilatan las pupilas. Connor está en lo alto de la escalera, llevando solamente una toalla que le cuelga sobre las caderas. Sus músculos están resbaladizos por el agua y el oscuro pelo le cae mojado sobre la frente.

No puedo apartar la mirada y tengo que separar los labios para poder respirar como es debido.

Al verme atónita, impertérrita en medio del recibidor, con el rostro desencajado y de una palidez casi fantasmal, Connor se sujeta la toalla con una mano y empieza a bajar la escalera entre soplidos de irritación. Está descalzo y yo me siento fatal por violar su intimidad de este modo.

—¿Ophelia?

Se detiene delante de mí y, por debajo del ceño fruncido, los interrogantes ojos azules descienden para buscar los míos. Desconfío tanto de mi voz que cojo una profunda bocanada de aire en los pulmones y me limito a estudiar su mirada.

—¿Qué haces aquí? —susurra Connor con suavidad.

Suelto el aire despacio y me obligo a tranquilizarme y a fingir que la habitación no me parece de repente más pequeña a causa de su proximidad, ni que hay un torrente de energía fluyendo desde su cuerpo hasta el mío.

—Estoy buscando a Zach —acierto a decir, sintiéndome cada vez más dispersa, tanto que mi voz suena bastante insegura.

La sonrisa de Connor parece tan encantadora que siento ganas de devolvérsela, aunque no lo hago. Estoy demasiado inquieta como para sonreír ahora.

—Oh, me partes el corazón. Pensaba que estarías aquí por mí.

—No lo hagas.

Sé que he sonado suplicante. Creo que es así cómo me siento.

Connor ladea el cuello hacia la derecha y curva los labios en una lánguida e insufrible sonrisa burlona.

—¿Hacer el qué?

—Ser desagradable aposta para apartarme de ti.

Cruza los brazos a la altura del pecho y su mirada erra por mi rostro hasta aterrizar sobre mi boca, que estudia durante unos momentos con un interés rayano en lo obscuro. Su mirada es lenta. De lo más insistente.

—¿Eso es lo que crees que estoy haciendo? ¿Crees que intento apartarte de mí?

Cuando levanta los párpados para mirarme a los ojos, me doy cuenta de que sus pupilas han encogido y que parecen más penetrantes que nunca. Arden como esquirlas de hielo.

—Es exactamente lo que haces —le suelto, empezando a sentirme valiente de repente—. No me quieres a tu lado porque te doy miedo.

Connor, frunciendo los labios para retener la sonrisa, enarca una ceja con aire divertido.

—Oh, Dios mío. Una chica de cincuenta kilos de peso y poco más de metro y medio de altura. ¿Cómo no iba a sentirme aterrado?

Su voz arrastra un toque de pavor tan exagerado que me entran ganas de darle un bofetón solo para que deje de mofarse de mí.

Pero decido que estoy por encima de eso y, aprovechando que su hosca actitud me ha hecho recuperar un poco el dominio sobre mí misma, dejo las llaves encima de la mesa y me desplomo en el sofá.

—¿Siempre eres así de arisco, o solo cuando te pones a la defensiva? —me intereso mientras acomodo la espalda entre los cojines.

—¡No me pongo a la defensiva, Ophelia! —exclama, picado—. ¿Por qué estás aquí, conmigo, un viernes por la noche? ¿Por qué no te has ido al lago con tus amigos los *guays*?

Tuerzo la boca en un gesto de desdén.

—Tengo prohibido beber. ¿Cuál es tu excusa?

Su suspiro denota aspereza y enfado. Me da la espalda, se va al mueble bar y se sirve una copa, quizá para demostrar que a él nadie le prohíbe nada.

—No le caigo bien a la gente —rezonga, pasada toda una eternidad.

—Me caes bien a mí.

Connor se gira y me contempla con rostro helado.

—No lo hagas —escupe, y juraría que, por un segundo, parece herido.

Lo miro sin comprender de qué me está acusando.

—¿A qué te refieres?

—A ser simpática conmigo solo porque te doy pena. Lo odio.

Una risa de incredulidad brota desde lo más hondo de mi garganta. No puedo contenerme y me río, y me río, y me río. Connor me contempla con cara de póker y he de admitir que nunca le he visto tan inseguro como ahora. Creo que no sabe qué esperar de mí y eso le debe de inquietar horrores.

—¿Es eso lo que piensas? —digo, sofocando la risa—. ¿Que intento ser tu amiga porque me das pena?

Toma otro sorbo de lo que sea que contenga su copa y algo parecido a una sonrisa arruga las comisuras de sus ojos.

—¿Me equivoco? —repone, con las cejas en alto.

No le aguanto cuando está tan distante y corrosivo. No le aguanto cuando me observa con esa mirada ya familiar, entre desdeñosa y ausente. Sé que él no es así. Me ha mostrado otra faceta suya y esa me gusta mucho más.

—Has sido desagradable conmigo desde el minuto uno, Connor. Has dejado claro que no me quieres cerca de ti y que no pretendes ser mi amigo. Aun así, heme aquí, delante de ti, intentando caerte bien una vez más. ¿Realmente crees que me estoy esmerando tanto porque me das pena?

Con movimientos controlados, deja la copa encima del piano y levanta la mirada hacia la mía. Le confunde la ironía con la que le estoy hablando. Lo percibo en la forma en la que se le desencaja el rostro. Sus rasgos parecen de pronto afilados y duros.

—¿Y por qué lo estás haciendo si no?

—¡Porque me gustas! —estallo, poniéndome de pie delante de él—. No sé por qué jodida razón y, créeme, odio que me hagas sentir de este modo, pero me gustas, Connor. Me gustas mucho, a pesar de que yo no te guste a ti ni una pizca.

Nos miramos unos segundos a los ojos, los dos confundidos por mis palabras, por lo herida que he sonado hacia el final de la frase, y me doy cuenta de que *quiero* que me mire. *Quiero* que se fije en mí. *Quiero* tener poder sobre él. Obsesionarle... Es muy retorcido.

—¿Sabes qué? Que te den. Me largo de aquí.

Agarro las llaves y me dirijo al vestíbulo.

Connor, acercándose de tres zancadas, tira de mi muñeca para detenerme, y la suavidad de su mirada me lo pone difícil para darle la espalda.

—Espera. No te vayas.

Incluso cuando me pide que me quede, su voz suena llena de fastidio.

De pie a su lado, tenso la mandíbula y sacudo la cabeza despacio. Deliberadamente mantengo los ojos clavados en el suelo. No quiero tener que mirarle ahora.

—¿Por qué iba a quedarme?

Se coloca delante de mí, me coge la cabeza entre las manos y sus ojos descienden hacia los míos. Se pasa la lengua por los labios y se los muerde con nerviosismo. No me queda más remedio que ceder y cruzar una mirada con él.

—Porque, aunque me haya empeñado en demostrarte lo contrario, tú también me gustas a mí, Ophelia.

No sé si confiar en él o no. ¿Dónde está el truco? ¿Está siendo agradable hoy para volver a burlarse de mí mañana?

—Demuéstrame —lo reto.

Una pequeña sonrisa empieza a asomar en los bordes de sus labios. La sonrisa es el mejor atributo de Connor, traviesa, picarona, a veces desdeñosa y satírica; una sonrisa que, o bien refleja descaro, o bien sinceridad. Me gusta su sonrisa. Desvela mucho sobre él.

—Concédeme esta noche y lo haré —me susurra, y aunque lo intenta, no puede dejar de sonreír.

—¿En serio? —pregunto con desconfianza.

—¿Por qué no? —me propone, y luego frunce el ceño—. Espera. ¿Crees que te haré daño como...?

—¡No! —me apresuro a acallarle, tapándole la boca con la palma—. No es eso. Confío en ti.

Connor me coge por la muñeca y me baja la mano. Está tenso. Creo que no le gusta que le toque, y mucho menos que le toque los labios.

—Entonces, quédate —me pide con voz ronca.

La emoción empieza a burbujear dentro de mí. Estudio su mirada en busca de señales de burla.

No encuentro nada similar.

Así que respiro hondo y me... dejen llevar.

Sé que es estúpido quedarse. Y sé que me he dicho a mí misma algo así como mil veces que me mantendría apartada de él. Conozco los riesgos, pero necesito esto. Le necesito a él.

De alguna forma que no alcanzo a comprender del todo, entre Connor y yo se ha establecido una especie de conexión cuya profundidad me supera un poco. Tenemos algo. Nunca le he contado a nadie todo lo que le conté a él la semana pasada. Nunca me había abierto así, ni siquiera con el psicólogo. Sé que es peligroso y lo más estúpido que he hecho nunca, pero creo que es posible que esté... enamorada de Connor Davis.

Cuando regresa al salón, Connor ya se ha adecentado. Lleva un vaquero viejo y una camiseta blanca, y su pelo está revuelto, como si se lo hubiese peinado con los dedos. Hoy, a diferencia de otras veces, no se ha afeitado, por lo que la sombra de una barba oscureciendo su mandíbula le hace parecer mayor. Un hombre, no un chico.

Por encima de la camiseta cuelga el amuleto de Amber, y ahora, al saber que la diosa morena no es más que su prima, me parece que le sienta gloriosamente y que le concede una apariencia aún más rebelde.

—¿Amber ya se ha marchado? —pregunto desde el sofá.

Connor camina hacia mí. Sigue estando descalzo. Me gusta eso.

—Ha ido con Zach a Charlottesville, para hacerle el tour de la Universidad. Amber estudia ahí y conoce a todo el mundo. No le ha costado nada colar a Zach este fin de semana. Estarán fuera hasta el domingo. Mi hermano quiere echar un vistazo a las aulas, ver de qué va el tema, antes de decidir dónde mandar la solicitud.

Se sienta en el otro extremo del sofá. Ahora, que estoy sopesando muy en serio la posibilidad de que esté enamorada de él, me gustaría tenerle más cerca y así salir de dudas. Por desgracia, parece empeñado en mantenerse lo más alejado posible de mí.

—No sabía que Zach quisiera ir a la UVA.

Connor entorna los ojos, algo que he observado que hace muy a menudo, al igual que yo. Me pregunto qué otras cosas tendremos en común.

—Sí, le llama la atención por todo ese rollo de Poe.

—¿De Poe? —me asombro.

—Sí, Edgar Allan Poe. Fue uno de los alumnos más destacados de la Universidad de Virginia.

—Ah. No lo sabía. Guau. Pareces saber mucho del tema.

—No te creas. Soy más de Paul Verlaine.

—¿En serio? Creo que no he leído nada de él.

—*Encantadora mía, ten dulzura, dulzura... calma un poco, oh fogosa, tu fiebre pasional; la amante, a veces, debe tener una hora pura y amarnos con un suave cariño fraternal.*

Lo miro de hito en hito, irritada por el ardor con el que cita esos versos. Por su parte, él me sonrío como un niño encantador.

—Cuando te refieres a cariño fraternal, ¿intentas extrapolarlo a esto? ¿A lo que hay entre tú y yo?

—No hay nada entre tú y yo, Ophelia.

Lo dice tan tajante y sarcástico que asiento con una sonrisilla de fastidio.

—No, claro que no lo hay.

—Pero imagino que no querrás que pasemos mi única noche libre en todo un mes hablando de poesía, ¿verdad? Eso sería muy aburrido.

Me acurruco en el sofá, para estar de cara a él.

—Cierto. Háblame de ti. Quiero saber más.

La sombra de una duda nubla su hermoso rostro.

—¿De mí? ¿Por qué?

—¿Porque no? —repongo con una sonrisa que le hace entornar los párpados.

—No hay mucho que contar. —Exhala un suspiro de fastidio—. Toco en un grupo, vivo en esta casa y... tengo debilidad por Paul Verlaine. ¿Quieres tomar algo?

No me pasa desapercibida la rapidez con la que intenta cambiar de tema. No se siente cómodo hablando de sí mismo. Pues vaya novedad.

—¿Cómo te dio por la música?

Connor vuelve a resoplar. Ha debido de comprender que no tengo pensado ceder tan fácilmente.

—Siempre hemos tenido el piano. Era de mi tatarabuelo. Así que yo... no lo sé, debí de mostrar un especial interés en la música desde pequeño. Fue mi madre la que me impulsó a profundizar en el tema. Recuerdo que estaba muy orgullosa de mí cuando ingresé en el conservatorio.

Su sonrisa es lejana, un poco triste. Creo que aún echa de menos a su madre.

—¿Y tus padres? ¿Cómo eran?

Se encoge de hombros.

—Buena gente. A mi padre le dio por beber en los últimos años de su vida y... bueno, eso dañó un poco la imagen de esta familia. Contrajo deudas por todo el pueblo, y se metía en peleas día sí y día también. Fue... una mala época.

—Lo siento.

Los labios de Connor se tensan.

—No fue culpa tuya, Ophelia.

Lo miro ceñuda. ¿Qué quiere decir con eso? ¡Pues claro que no fue culpa mía que su padre fuera un desgraciado! ¿Por qué lo plantea como si yo fuera a pensar lo contrario?

—¿Cuántos años tenías cuando falleció tu padre?

—Quince.

—¿Cuántos años tienes ahora?

—¿Seguro que no quieres tomar nada? Porque a mí se me ha secado la garganta.

Se levanta bruscamente, atraviesa el salón y se sirve otra copa.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

Vuelve hacia mí su congelado perfil y me estudia en silencio. No me gusta sentirme tan observada, y empiezo a ponerme tensa bajo el fuego de su mirada.

—Porque no veo que sea asunto tuyo.

Connor siempre se debate entre el fuego y el hielo. Su voz suena helada siempre que me habla, pero sus ojos, por el contrario, arden como las llamas.

—Está bien —exhalo y me levanto del sofá—. Creo que ya he tenido bastante por hoy. Has demostrado todo lo que querías demostrar.

—Veintitrés, ¿vale? —cede al darse cuenta de que me estoy marchando.

Sonrío y me detengo en el umbral de la puerta del salón. Va de chico malo, pero en el fondo cede con demasiada facilidad. Es más bien un chico fácil.

La idea de que Connor sea fácil me hace ahogar una risita.

—Eres muy aburrido para ser un chico de veintitrés años.

Connor se deshace de su vaso de alcohol, viene hacia mí y me coge por las muñecas para girarme de cara a él. Pego un brinco, sintiéndome de repente frágil entre sus manos.

—Puedo ser divertido, si quiero.

—Demuéstramelo —lo vuelvo a retar.

Sus ojos relampaguean divertidos. Lanza una última mirada a mi boca, se aparta de mí y eleva el volumen de la música, que yo había bajado mientras él se estaba vistiendo arriba. Suena una canción igual de bonita que la anterior.

—Me gusta esta música —comento, mirándolo—. ¿Qué es?

—Rock alternativo.

—¿Como lo que haces tú?

—No. Yo hago rock progresivo.

¿Me está tomando el pelo? ¿Qué más da? Progresivo, alternativo... Rock, al fin y al cabo.

—¿En qué consiste la diferencia?

—En el progresivo empleamos técnicas de composición asociadas a la música clásica o al jazz. Aparte de los instrumentos comunes, se introducen saxofones o flautas o violines. Eso da más

prestigio a la música que hacemos.

—Ah. ¿Y el rock alternativo?

—El rock alternativo es más depresivo. Más... desgarrador. El ritmo es más laxo y la voz del cantante no suele mostrar ninguna especie de sentimiento. Es más como... esto.

—Me gusta esto. ¿Cómo se llama este grupo?

—Arcade Fire.

—¿Y la canción que sonaba cuando entré?

Me mira a los ojos por un momento prolongado.

—*Cold wind*. Mi favorita. Y no pienso desvelar nada más sobre mí.

Me río, divertida por su vehemencia.

—Eso ya lo veremos.

Connor sonrío y retrocede otros dos pasos.

—¿Qué quieres beber, Ophelia? —pregunta, con los ojos clavados en los míos.

—¿Qué es lo que bebes tú?

—*Bourbon*.

—Me valdrá.

Hay una pequeña llama burlona chispeando en sus ojos.

—No tienes edad para eso.

—Pero tengo un amigo mayor que estará encantado de proporcionarme todo el alcohol que deseo, ¿verdad?

Se cruza de brazos con la intención de parecer severo, pero la sonrisilla que juguetea en las comisuras de su boca lo delata. Le divierte esta situación.

—Tu amigo te proporcionará una sola copa. Y te echará Coca Cola para diluirtela.

Sonrío, conforme con su propuesta.

—Me vale.

—Bien, porque no va a haber una negociación.

Mientras Connor prepara la copa, me entretengo husmeando entre sus CD de música. Tiene una estantería enorme. Está claro que a Connor Davis no le va la piratería ni ha probado en su vida los servicios que ofrece YouTube. Sus gustos musicales abarcan gran variedad de artistas y géneros musicales, desde los clásicos Brahms y Schubert (sin duda, a Connor le pone el romanticismo), hasta grupos que no me suenan de nada. ¿Quién diablos son Ash?

—Aquí tienes.

Suelto el CD sobre la estantería y cojo la copa que me ofrece Connor.

—Gracias. —Le doy un trago y sonrío un poco—. Hm. Está bien. Fresco.

—Sí, pero no abuses o mañana necesitarás un par de aspirinas.

Me río.

—Esperemos que no. Eleonor me mataría.

Connor se coloca a mi derecha, deja su vaso en un estante y coge el CD de Depeche Mode, una banda que, a decir verdad, nunca me ha gustado demasiado.

Lo pone y pasa un par de canciones, hasta que encuentra lo que estaba buscando: *Enjoy the Silence*.

—Una de las pocas que me gustan de este grupo —comento, mirándolo.

—A mí también.

Sonriéndome, eleva el volumen tantísimo que ya no podemos hablar y se aleja bailando. «¡Madre mía! Este chico sí que sabe cómo mover las caderas».

Y yo pensando que era aburrido...

Mientras lo contemplo con una sonrisa incrédula, me pregunto qué más sabrá hacer Connor Davis. Vale, no voy a pensar en eso, porque se me empieza a alterar la temperatura corporal.

Connor mueve la mano para instarme a que me acerque y, aunque rehúso su invitación un par de veces seguidas, acabo cediendo y me dejo arrastrar a esta fiesta para dos.

En algún momento, asfixiada por el calor, me quito la sudadera y me quedo solo con la camiseta de tirantes. Connor me guiña un ojo, bebe un poco de su vaso y sigue desmelenándose a mi lado. ¿Dónde está Amber para verle ahora? Ya no parece cabeza de ninguna familia. Solo es un chico de veintitrés años que sabe cómo pasárselo bien.

—Ya que empiezas a cogerle el gusto a esto de Depeche Mode, voy a poner una canción con más ritmo. ¿Qué te parece *Personal Jesus*?

Sonrío, levanto los brazos por encima de la cabeza y empiezo a girar por el salón.

—Uhh.

—¿Te gusta? —me pregunta Connor, bajando el volumen por un segundo.

Dejo de girar a saltos y me detengo para mirarle. Al principio no comprendo por qué me observa con ojos tan oscuros, hasta que advierto que el tirante de la camiseta ha resbalado por mi hombro.

Trago saliva y Connor se me acerca despacio, con un semblante tan grave que me corta la respiración. No sé si es por estar tan cerca el uno del otro, por la música o por la oscuridad que se ha instalado aquí dentro, pero la atmósfera entre nosotros ha cambiado por completo, cargándose de una anticipación que hace que me bulla la sangre en las venas.

No digo nada cuando se detiene frente a mí, levanta la mano y, arrastrando suavemente el pulgar por mi piel, coloca el tirante en su lugar. Estoy temblando sin ninguna razón y lo miro absolutamente paralizada, incapaz de reaccionar o de actuar como si esto no me afectara.

—Dime tu canción favorita —me pide con voz suave, mientras su mirada sostiene la mía.

Percibo en sus ojos algo vulnerable. ¿En qué está pensando cada vez que su mirada se vuelve así de atormentada?

—*Bring me to life* —contesto, sin dejar de mirarle. De todos modos, no sería capaz de hacerlo. No puedo apartar los ojos de los suyos.

Connor sonrío para sí, arrugando un poco las comisuras de la boca.

—¿Evanescence?

—¿Los tienes?

—Soy músico, Ophelia. Me pagan por tener esta clase de cosas.

—¿En serio?

—No —admite, entornando los párpados—. Lo cierto es que lo hago por amor al arte.

Recorro los ángulos de su rostro con la mirada y una sonrisilla traviesa empieza a curvar mis labios.

—Deja de burlarte de mí o dejaré de ser tu amiga. Y la última vez que miré, no es que te sobraran amigos.

Connor se ríe, me guiña un ojo con socarronería y se desplaza hacia la estantería de los CD. Está de espaldas a mí, y yo no soy capaz de dejar de estudiarlo, sus anchos hombros, sus firmes bíceps, el modo en el que se ciñe la camiseta a los músculos de su espalda cada vez que hace un movimiento. Le lleva un buen rato encontrarlo, pero ahí está: Evanescence, entre sus manos. Se torna de cara a mí y lo agita con las cejas arqueadas en un gesto de triunfo.

—Te lo dije.

Le sonrío y él pone la canción, antes de bajar un poco el volumen y encaminarse hacia mí, despacio, como un depredador al acecho. Lo observo sin ningún reparo, una mirada larga y concentrada que no parece avergonzarle. Tiene las caderas delgadas y los vaqueros le cuelgan sobre ellas de un modo bastante sugerente. Sus iris arden como el fuego y ya no soy capaz de decidir qué es lo que me hace sentir todo esto.

Se detiene a escasos centímetros de mí y sus ojos caen sobre los míos. Puedo oler su piel, está tan cerca que casi puedo sentir el cuerpo esbelto cuya firmeza se insinúa por debajo de su ropa.

Incluso puedo advertir que su respiración también se ha alterado de repente. «*Oh, ¿por qué la cabeza me da tantas vueltas cuando estoy cerca de él?*».

—Baila conmigo —susurra, tan serio que noto el nudo que crece en mi garganta.

Esto me supera. Todo, Connor, lo que siento cuando me mira así. Es demasiado.

—Llevo bailando contigo media hora —musito, conteniendo el aliento cuando sus ojos se hunden en los míos con una insistencia que me acelera el pulso.

—Erróneo. Llevas bailando a mi lado media hora. Yo te he pedido que bailes *conmigo*.

Estoy cada vez más intranquila, más turbada.

—Está bien —accedo, intentando componer una sonrisa que, por desgracia, se tuerce en un gesto vacilante y torpe tan pronto como noto las manos de Connor en mi cintura y el calor de su piel traspasando la delgada tela de mi camiseta.

Uf.

Debería centrarme en otra cosa, pero lo único en lo que puedo pensar ahora mismo es en la calidez de sus manos y en lo profundos que parecen los ojos que atraviesan a los míos.

—A mí también me gusta esta canción —susurra, manteniendo la misma expresión alterada de excitación que desvela su rostro desde que me se me cayó el tirante de la camiseta. Está claro que no soy la única que siente la electricidad—. Creo que todos necesitamos ser salvados de la oscuridad de vez en cuando.

Callada, me mordisqueo el labio y el ceño de Connor vuelve a asomarse.

—¿Crees que está mal? —dice contra mis labios, tan cerca de mí que noto cómo se me va erizando el velo de la nuca.

—¿El qué? —consigo entonar con un hilito de voz.

—Todo esto. Tú y yo.

Me esfuerzo para que mi máscara de impasibilidad no se quebrante ante sus palabras.

—¿Ahora hay un tú y yo? —repongo, fingiendo desdén.

Los labios de Connor se acercan a mi oído. Dios mío. No puedo respirar y empiezo a jadear en busca de aire.

—Ya sabes que siempre ha habido un tú y yo, Ophelia. Eso es lo más terrible de todo.

Sus dedos se arrastran despacio por mi columna vertebral, y la habitación empieza a girar más deprisa.

Busco los ojos de Connor y comprendo que a él le sucede lo mismo. Somos como un imán el uno para el otro. Puedo sentirle incluso cuando está en la otra punta de la habitación, y su magnetismo es tan fuerte que me arrastra hacia él aun cuando mi mente me pide que siga hacia otra dirección.

—Connor...

Al oír mi súplica, algo se enciende en sus ojos. Algo que arde y le consume por dentro, algo primitivo y amenazador.

Trato de serenarme, pero, sin previo aviso, él mueve la mano, me coge por la nuca y me atrae hacia su rostro, hasta que nuestras bocas acaban apoyadas la una contra la otra.

Se me nubla la vista y un gemido muere instantes antes de brotar de mi garganta. Esto es lo que siempre he deseado. Por muy horrible que parezca. Le deseo y no es a él a quien debería desear. Él no es el chico que más me conviene. ¿Pero puede la mente derrotar esta inexplicable pasión? ¿Puede la consciencia alterar lo que uno siente?

Connor me mantiene cerca de él, pegada a su boca. No me besa. Se limita a respirarme, y la firmeza con la que me sujeta en vez de asustarme me excita.

Sus dedos me masajean la nuca y en su cara se pinta un gesto de desgarrador tormento.

—Esto está mal —dice en un susurro.

Su aliento se ha convertido en una cálida caricia que golpea contra mis labios.

Niego con la cabeza y hundo los dedos en su sedoso cabello, para mantenerle cerca de mí.

—No, no lo está —rebato, escudriñando el oscuro azul que enturbia su mirada.

Sus ojos bajan por enésima vez hacia mis labios y otra vez se le quebranta la expresión en mil añicos. Es evidente lo mucho que quiere besarme. ¿Qué es lo que le tiene tan preocupado?

Avanza la canción y nosotros seguimos igual, pegados el uno al otro, moviéndonos despacio sin dejar de respirarnos. Solo nos separan unos milímetros de aire.

El labio inferior de Connor se mueve y roza la comisura de mi boca solo un poco, solo una milésima de segundo, tanteando.

Me basta para saberlo, sin lugar a dudas, estoy *muy* enamorada de él. Le deseo y no tengo miedo por primera vez en meses, porque sé que esto no tiene nada que ver con el pasado. Esto es el aquí y el ahora.

—Hazlo —murmuro, tirando con los dientes de su labio inferior—. Bésame de verdad.

Connor, cansado de seguir luchando, se rinde con un gruñido. Me envuelve con más fuerza entre sus brazos y me besa con una pasión devastadora, se apodera de mi boca lascivamente y la posee durante minutos enteros.

Y es justo como imaginé que sería, posesivo, feroz, tierno, generoso.

Sus caderas se empujan con languidez contra las mías, haciendo que mantener los párpados levantados cueste cada vez más esfuerzo. Su húmeda boca baja por mi mandíbula, la besa y la mordisquea, mientras su mano recorre mi columna vertebral hasta la cintura y otra vez sube para rodearme la nuca.

Ahora mismo no poseo ningún resquicio de autocontrol. Y creo que Connor tampoco, ya que su palma se arrastra por mis brazos, llevándose con ella los finos tirantes de mi camiseta. La lujuria desencaja sus facciones conforme cae el tirante. Al llegar a la altura de los codos, no puede contenerse más y su boca se precipita sobre mis hombros desnudos. Echo la cabeza hacia atrás, hundo los dedos en su cabello y tiro de él con fuerza.

Gruñendo, Connor me pega a la pared que hay a mis espaldas y se mantiene apretado contra mí, con las manos moviéndose por mis costados y los labios buscando los míos, una y otra vez. Su pasión me enardece y noto cómo se eleva mi temperatura corporal y mi cuerpo se vuelve laxo entre sus manos.

—No tenías que haber venido esta noche —me susurra, colocándose las manos por encima de la cabeza. Me roza los labios con la punta de los dedos y sus caderas se golpean contra las mías, lo cual dispara la presión que siento en mi interior y me hace abrir la boca en busca de aliento.

—Discrepo. Creo que ha pasado lo que los dos llevábamos deseando desde el principio.

Evanescence grita *despiértame por dentro* y Connor me observa con absoluta determinación, preguntándome a través de esa mirada qué quiero hacer a continuación. Asiento despacio a modo

de respuesta, y él sonríe un poco, desvelando las puntas de unos dientes blancos y rectos.

—Es mala idea, Ophelia.

—Te equivocas. Necesito esto. Te necesito a ti.

Frunce el ceño y mantiene el rostro inclinado sobre el mío y mis brazos sujetos por encima de mi cabeza. Sus manos rodean con fuerza mis muñecas y, aunque intento liberarme para poder acariciar su tensa mandíbula, no me lo permite.

—¿Por qué? —demanda saber, mientras sus ojos planean amenazadores sobre los míos.

No me hace falta pensar una respuesta. Supongo que ya está en mi cabeza desde hace tiempo.

—Porque quiero crear nuevos recuerdos. Y quiero que tú formes parte de ellos, Connor.

—¿Por qué yo?

Me encojo de hombros.

—¿Por qué yo? —repongo, acercando los labios a los suyos.

Connor suelta un gruñido de rendición y me besa otra vez.

Sonrío cuando me levanta por las caderas y empieza a caminar conmigo en brazos hacia la escalera, instándome a rodear su cintura con las piernas, lo cual no tardo en hacer.

Vaya. Así que a Connor Davis realmente le gusto. Tengo que admitir que es una idea absolutamente excitante.

Me lleva a una habitación que claramente es la suya, porque, no solo conserva su olor, sino que ha dejado su huella por todas partes, en la guitarra que se apoya contra la pared o en el póster de *Arcade Fire* que corona la cama doble (tengo que profundizar mejor en la música de este grupo). La habitación exuda su esencia. Me gusta. Tiene un encanto irresistible. Es toda Connor.

Menos la foto que me sonríe desde un pequeño medallón olvidado en una pequeña estantería. ¿Qué demonios significa todo esto?

Connor, sin advertir mi interés en el medallón, me deja sentada en el borde de la cama, se aparta de mí y se hunde en un sillón debajo de la ventana.

Me fijo en que tiene montones y montones de libros aquí arriba.

—Leo mucho —contesta a la pregunta que aún no he formulado. No deja de mirarme. Todo esto es bastante siniestro. Nadie me ha mirado nunca así. Me está atravesando con la mirada.

—¿Qué me recomendarías de tu estantería de libros?

Se lo piensa un momento y se frota la barba con los nudillos.

—Tercer estante, el quinto libro de izquierda a derecha.

«¿En serio? ¿Los tiene catalogados?».

Me levanto, me acerco a la estantería y cojo el tomo que me acaba de indicar. Sonrío al leer el título. *The deep blue sea*. Rattigan. Menuda sorpresa.

—¿Por qué? —pregunto, volviéndome para encararle. No pienso decirle que me acaba de indicar uno de mis libros favoritos. No tiene sentido que se lo diga.

—Porque Hester elige al chico equivocado.

Su voz es gélida y su rostro, insondable. No puedo contener la sonrisa.

—Y piensas educarme para que no haga lo mismo.

En mis palabras se percibe cierto matiz de sarcasmo. Connor enarca las cejas con aire burlón.

—No te vendría mal.

Frunzo los labios en una sonrisilla de fastidio y dejo el libro en la mesilla.

—Me he leído el libro, ¿sabes? Y también he visto la película.

—¿Ah, sí? —murmura con voz ronca. ¿Está sorprendido?

—Mm-hm.

—¿Te gustó?

Me vuelvo de espaldas y me hago la misteriosa durante un rato. Mis dedos recorren varios libros cuyas portadas parecen antiguas.

—*La lujuria no lo es todo en la vida, pero Freddie es, ya ves, para mí. La vida entera. Y la muerte. Entonces, pon una etiqueta a eso, si puedes* —Me giro con una sonrisa—. Vaya. Yo diría que lo de elegir al chico equivocado valió la pena, Connor.

Su sonrisa desvela incredulidad, asombro y puede que una pizca de amarga ironía.

—Entonces, es que hay algo muy dañado en ti.

La inflexibilidad de su afirmación me arranca una media sonrisa un tanto agónica.

—Algo me dice que también lo hay en ti, Connor Davis.

—¿En serio? ¿Qué te hace pensar eso?

—Los que nos pasamos la vida atrapados entre el Diablo y el profundo mar azul sabemos reconocernos entre nosotros.

Se queda sin palabras, frunciendo el ceño, cabeceando y sonriendo sin poder evitarlo. «*Touché, Connor, touché*».

Coloco el libro en el estante, le vuelvo la espalda y recorro algunos tomos con las yemas de los dedos.

—No tenías que haber venido.

—No dejas de repetirlo.

Le oigo resollar a mis espaldas y escucho el sonido que hace la silla al ponerse en pie de golpe.

—Porque de verdad lo pienso —murmura para sí.

Ahogo un grito de sorpresa cuando me veo agarrada por dos manos firmes, envuelta en un fuerte abrazo y aplastada contra la estantería de madera. «*Dios mío*».

Las palmas de Connor se arrastran por mi abdomen con una pasión enloquecedora, suben milímetro a milímetro, se agarran a mis pechos y su erección empieza a golpear contra la parte baja de mi espalda.

Cierro los ojos, empiezo a respirar más deprisa y me muevo contra él. Que Dios me ayude, no puedo con esto.

Su mano me coge por la mandíbula y me ladea el cuello hacia la derecha, para que sus labios tengan pleno acceso al lóbulo de mi oreja.

No puedo hablar, y él pasa suavemente la lengua por el borde y luego me da un pequeño mordisco, que me atraviesa como una sacudida eléctrica.

—¿Has deseado alguna vez algo con tantas fuerzas que sentías que te desgarraba por dentro? —su voz en mi oído suena ronca y completamente excitada.

Dejo escapar un gemido ante la sensación de sus dientes arañando mi sensible piel. Es muy embriagador.

—Lo estoy deseando ahora... —jadeo, a punto de hundirme.

Connor me gira entre sus brazos y su boca desciende sobre la mía con una pasión oscura y violenta.

Hasta que, de pronto, se detiene. Sigue luchando contra sí mismo y contra lo que siente.

—Debo de estar loco —murmura, dando un paso hacia atrás—. Esto no puede estar pasando. Eres la chica de Zach.

Me obligo a separar las pestañas y mirarlo.

«Sí, Connor, estás loco. Y yo también lo estoy».

—No te martirices. No serviría de nada. Además, yo no pertenezco a nadie. Tomo mis propias decisiones.

Gruñe algo obsceno a modo de respuesta, se quita la camiseta y la lanza al suelo. Me quedo tan atónita que tengo que abofetearme mentalmente para cerrar la boca. Es, sencillamente, perfecto.

Mis ojos recorren en silencio todos los contornos de su torso, cada músculo que se tensa y se destensa al son de sus inhalaciones.

Noto la sangre laténdome en las venas y un deseo abrumador, que ha surgido así, de golpe, en la parte baja de mi vientre. Alzo el brazo y rozo la clavícula de Connor con la yema de mi dedo. Él suspira y me insta a proseguir. Ensimismada, bajo el dedo por su pecho, hasta detenerme en la línea de los vaqueros.

Connor mueve los brazos, me quita la camiseta con movimientos lentos y bastante controlados, y su boca se hunde en mi carne, al mismo tiempo que sus manos se agarran con fuerza a mi trasero y me levantan en vilo.

Camina conmigo en brazos hasta la cama, me deja encima del colchón y se arrodilla delante de mí. Me quita las zapatillas, sin que sus ojos aflojen la presión con la que sostienen a los míos. Su rostro no refleja más que deseo. Planta un beso en mi tobillo, se inclina sobre mí y me desabrocha el botón de los vaqueros.

—Ni una sola noche ha pasado sin que yo pensara en esto. En lo mucho que quiero estar

contigo —murmura contra mis labios.

«Dios mío. Connor Davis me desea. A mí». Lo ha fingido tan bien durante todo este tiempo...

Sonrí y levanto la pelvis para que pueda quitarme los vaqueros. Se incorpora, se termina de desnudar y se me acerca con ojos oscuros y ardientes.

De pie, delante de mí, hace el gesto de tomar una fotografía, se muerde el labio y sonrío.

—Estás perfecta así. Para enmarcarte.

—Estoy perfectamente desnuda.

—Lo sé —dice, sin dejar de sonreír.

—Odio preguntártelo ahora, pero... ¿mañana volverás a ser desagradable conmigo?

Frunce el ceño y su rostro se vuelve afilado y frío en medio de la oscuridad. Se dobla sobre mí y siento que me hundo en el colchón.

—Nunca soy desagradable contigo, Ophelia. No de verdad —susurra mientras nuestras bocas se buscan febriles y sus dedos se aferran a mi carne.

Todo acaba en pedazos

El presente de Connor

La cama huele a ella. Otra vez. Mierda.

Me levanto rechinando los dientes y me visto con gestos airados. Tengo que dejar de buscar su compañía. Esto no es sano.

Desde el centro de la habitación tengo plenas vistas sobre la ventana y puedo verla mientras cruza la calle en dirección a su casa. Espero que se marche pronto. No me gusta lo que estamos haciendo. ¿Es que espero algún futuro con ella? Es de locos, joder. Seguro que está ya casada o prometida, y esto acabará estallándome en la cara tarde o temprano. Siempre lo hace. Es mejor apartarse ahora, que aún estoy a tiempo. No me he involucrado demasiado. Puedo ponerle fin cuando desee.

Incluso mientras lo pienso, sé que es mentira. Porque desde que ha vuelto, no he hecho más que buscarla una y otra vez. Es mi única obsesión en el mundo.

El teléfono me arranca de mis pensamientos. Busco en el bolsillo del vaquero y descuelgo sin mirar la pantalla.

—Voy a divorciarme.

Es Zach. Y es muy pronto para mantener esta conversación. Aún tengo la mente espesa.

—¿Qué?

—Lara y yo hemos decidido dejarlo.

Mis dedos aprietan el teléfono con ira.

—No lo dirás en serio. ¿Es que has perdido la puta cabeza? Joder, ¿Ophelia solo lleva cuarenta y ocho horas en el pueblo y ya te has vuelto loco?

—¿Ophelia? No, esto no es por Ophelia.

Su negativa me tranquiliza un poco. Y me confunde.

—¿Ah, no?

—Noo. Es por Kitty.

—¡No me jorobes! ¡Zach! ¡Eso es aún peor!

—No es lo que piensas. Cálmate. No ha pasado nada indecente.

—¡La has besado! —le recuerdo a gritos.

—Lo sé. Pero eso fue algo dulce. No puede ser catalogado como indecente.

Me dejo caer en el borde de la cama y gruño una maldición. No tengo fuerzas para seguir de pie. Zach y sus razonamientos me abruman.

—Hermanito, creo que te estás volviendo un poco loco. No puedes haberte enamorado de Kitty

en cuarenta y ocho horas.

—Veinticuatro. Y sí que puedo.

—Piénsalo bien, Zach —intento persuadirlo con voz cansada—. No lo eches todo a perder. ¿Seguro que no te gusta Kitty solo porque es la hermana de Ophelia?

—¡Yo no soy Lara, joder!

Ah, mierda, lo sabe. Me paso la palma por la cara y suelto un soplido.

—Ya, pero...

—No lo entiendes. No quiero a Kitty porque sea hermana de Ophelia. En el fondo, son muy diferentes. Kitty es... bueno, no es tan intensa como su hermana, ni tan...

A Zach no se le ocurre ningún epíteto. A mí, sí. Unos cuantos.

—¿Oscura? —le propongo, haciendo una mueca.

—Eso. Oscura. Kitty es alegre y es dulce y... ¡le gusto!

—Esto va muy rápido.

—Es que se trata de amor a primera vista. Se supone que debe ser rápido.

—Me da a mí que eres muy enamorado.

—Cuando lo sabes, lo sabes.

Pongo los ojos en blanco ante su sabiduría popular.

—¿Y el bebé? ¿O es que se te ha olvidado que hay un bebé de por medio?

—Custodia compartida. Está todo arreglado.

—Jo-der.

—No es tan malo, si te pones a pensarlo bien.

—Yo que tú iba ahorrando para el psicólogo.

Zach se ríe. Ríe por no llorar.

—De todos modos, no es que pueda hacer otra cosa. Me ha dejado ella a mí.

Parpadeo y callo unos segundos.

—¿Qué?

—Es Lara la que quiere el divorcio, tío. No es feliz.

Me siento aliviado. Odio lo que implica el concepto de adulterio. Cuando uno se casa, es para toda la vida. Por eso yo sigo soltero. No puedo comprometerme con nadie de por vida.

—Oh. O sea que no tiene nada que ver con Kitty.

—Bueno, sí, pero no. Lara es la que me ha pedido el divorcio. Y a mí eso no me ha dejado hundido porque...

—Tampoco eres feliz y separarte de tu mujer te da la libertad que necesitas para empezar algo con Kitty.

—¡Exacto! Así que me siento triste, por el fin de una era, pero, al mismo tiempo, un poco aliviado. ¿Tiene algún sentido?

—Sip. Todo el sentido del mundo cuando se trata de ti. ¿Y qué sabemos de Kitty? ¿Qué planes tiene?

No me gustaría que le volvieran a partir el corazón. Zach, aunque no lo admite, sigue siendo vulnerable y yo sé que le afecta todo esto del divorcio. Vamos, ¡es Zach! A él le afecta incluso el aleteo de una mosca. Es todo culpa y conflicto interior.

—Pues no lo sé. No lo he hablado aún con ella. Pero seguro que piensa quedarse en el pueblo, ahora que la casa de Eleonor ha quedado vacía.

—Ya, pero ¿y si deciden vender?

Me doy cuenta de que esa idea me aterra, porque significaría no volver a verla. Junto a la casa se iría la conexión de Ophelia con Marion y conmigo.

—No lo harán, confía en mí.

—Yo no estaría tan seguro.

—Pues ten un poco de fe.

¿Fe? Niego despacio, me desplomo sobre el colchón, cierro los ojos y me tapo la cara con el brazo. Zach sigue hablando, pero yo solo puedo pensar en que fui yo quien inició toda esta locura, en esta misma cama, cuando estuve con Ophelia por primera vez. Han pasado doce años desde entonces y, sin embargo, los detalles permanecen tan frescos en mi memoria que es como si hubiese pasado ayer mismo.

Locamente enamorado

Connor, doce años atrás

Mis dedos se cierran sobre sus nudillos y aprieto sus muñecas contra el colchón. Ophelia gime, baja los párpados y arquea las caderas hacia las mías.

La beso en la boca y mi cuerpo se hunde en el suyo, bombeando fuera y dentro. La única chica a la que se suponía que no debía acercarme está en mi cama ahora mismo. «*Sí, lo he bordado, como siempre*».

Tragando saliva, muevo el brazo, le acaricio el pelo con ternura y una repentina oleada de cariño se abre paso a través mí. Nunca he sentido esta inexplicable necesidad de proteger a alguien.

La noto a punto, así que bajo la mano y la abro con los dedos. Ella separa los labios, se tensa y se contorsiona entre mis brazos, y yo me muevo más despacio, para prolongar todo lo posible la perfección de este momento.

Cuando cesan las sacudidas, Ophelia me clava los dientes en el labio inferior y tira de él con fuerza.

—Me vuelves loco —le susurro, cogiéndola por la nuca y mirándola a los ojos mientras me vacío dentro de ella con un fuerte palpitar—. Joder.

Permanecemos unos segundos abrazados, temblando y mirándonos confusos, y luego me aparto y caigo rendido sobre las sábanas arrugadas. Ophelia se tumba a mi lado sin decir palabra. La cojo por la muñeca, la acurruco contra mi pecho y mis dedos le acarician distraídos el cabello.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto al cabo de toda una eternidad—. Estás muy callada.

—Lo he hecho —musita, moviéndose entre mis brazos para estar de cara a mí.

—Lo *hemos* hecho —la corrijo con una sonrisa que pretende disimular el verdadero sentimiento que arde dentro de mí: esa culpa insoportable por haber traicionado a Zach y haberme enamorado de su chica.

Mi papel no era encarnar al villano, nunca lo fue. Se suponía que yo era el hermano mayor, el que debía cuidar del pequeño. Pero en vez de hacer eso, le he soplado a su chica, y aquí estoy, tan tranquilo, besándola y mimándola como si tuviera todo el derecho del mundo. Hay veces que me doy asco a mí mismo. Esta es una de esas ocasiones.

Ophelia mueve la mano y dibuja una línea que cruza mi pecho. Sonríe débilmente cuando tenso el abdomen y entrecierro los párpados. No creo que sea consciente de lo que provoca en mí cada vez que me toca.

—No creí que fuera a ser capaz, pero lo he hecho —me dice de pronto—. Y ha sido gracias a ti. Sé que no habría podido hacerlo con nadie más. Tenías que ser tú, Connor. Por algún motivo eres la única persona en la que confío ahora mismo, el único con el que no tengo que fingir.

Bajo los ojos hasta los suyos y la contemplo con un nudo en la garganta.

—Era tu primera vez, ¿verdad? —musito, pasándome la lengua por los labios, magullados de tanto besarla.

—Sí. Por eso quería remplazar el recuerdo de esa primera vez con el recuerdo de esto. Si mañana vas a ser desagradable...

—No lo haré —aseguro, entrecerrando los párpados y apretando la mandíbula.

—Si mañana vas a ser desagradable —insiste, levantando el tono—, me dará igual. Porque esto ha sido... perfecto. Y sé que tú también lo has sentido y nada nunca podrá cambiarlo.

Le echo el pelo hacia atrás y aprovecho para acariciarle el hombro con la palma. No puedo mantener las manos alejadas de ella.

—No quiero cambiarlo —musito, bajando los labios hacia los suyos.

Ophelia me dedica una pequeña sonrisa y yo le levanto la barbilla y la beso un buen rato, hasta que coloca una mano contra mi pecho y me empuja hacia atrás.

—Lo siento, tengo que volver a casa antes de que regrese Eleonor. Tengo la impresión de que últimamente casi nunca la veo. Apenas coincidimos y hay una conversación que necesito tener con ella desde hace días.

Frunzo el ceño con aire confundido y la dejo apartarse. Es la primera vez que me pasa esto y no sé cómo sentirme al respecto. Por norma general, el que pone fin a estos momentos soy yo.

—¿Y ya está? ¿Te marchas, sin más?

«Justo lo que pretendía, sonar como un cachorro abandonado.

Joder, Connor, contrólate. ¿Qué coño te pasa? No es el fin del mundo. Pues claro que se quiere ir a su casa. ¿Qué esperabas?, ¿qué se mudara aquí, contigo y con Zach? ¡Jesús!».

Me paso la palma por la cara y ella abandona la cama y va pescando su ropa, que yo he esparcido por todo el suelo mientras la desnudaba.

—Oye, Connor, esto no cambia las cosas entre tú y yo. Que me haya acostado contigo esta noche, no quiere decir que te sientas obligado a fingir que estás enamorado de mí. No le concedamos más importancia de la que tiene.

¿Cree que estoy fingiendo? ¿De qué va? ¿Es que no puede ver lo mucho que me altera? ¿Cuánto me hierre su falta de fe en mí?

Pego un salto de la cama, voy hacia ella y la cojo suavemente por los brazos.

—Me confundes, Ophelia.

Displicente, me mira a los ojos.

—Es que yo misma estoy confusa ahora. Mi plan para este curso era tirar fuerte para ingresar

en la universidad, leer un par de buenos libros y hacer unos cuantos amigos. No planeé conocerte, ni sentir todo esto que tú me haces sentir, y...

—¿Qué es lo que yo te hago sentir?

Ophelia suelta una risa casi histérica.

—Dios... ¡No lo sé! Solo sé que, si mañana volvieras a experimentar otro de tus habituales cambios de humor, eso me partiría el corazón. Y odio sentirme así de vulnerable, porque sé que para ti esto no ha significado nada.

La miro con súbita ternura y, por un segundo, sopeso la posibilidad de decirle la verdad, que estoy enamorado de ella y que lo que menos deseo es herirla, pero no creo que sea un buen momento.

Además, no se lo creería, pensaría que mis palabras no son más que una manera de cortar por lo sano.

—Oye... —Le levanto la barbilla suavemente y la obligo a mirarme a los ojos—. No digas que no ha significado nada, porque para mí lo ha significado todo. No estoy fingiendo, ni voy a ser desagradable contigo mañana. Ni mañana ni nunca más. No quiero hacerte daño, Ophelia. No quiero hacerle daño a nadie. Ni a ti, ni a Zach.

—¿Y qué vamos a hacer con Zach? Dios. Todo esto es culpa mía. Os he estado liando a los dos.

Hunde el rostro entre las manos y yo resoplo.

Precisamente esto era lo que pretendía evitar, hacerle daño a Zach. Se lo tengo que decir y aún no sé cómo. Sé que está muy entusiasmado por haberla besado, y si le dijera ahora todo lo que ha pasado entre ella y yo, me odiaría para siempre.

No es el mejor de los planes, pero creo que ocultárselo durante un tiempo es la única opción. Zach no puede saber que me he acostado con Ophelia, porque aún no está preparado para enfrentarse a esto.

—Déjame que me ocupe yo de Zach —resuelvo con otro suspiro—. De momento, no le diremos nada. Pasará un tiempo, él se dará cuenta de que no podéis ser más que amigos y, cuando se le haya quitado el enamoramiento, le diré la verdad.

Ophelia levanta el rostro y me mira con expresión de culpabilidad.

—Tengo que confesarte una cosa.

—¿Por qué tengo la impresión de que no va a gustarme?

—Le he dicho que iría con él al estúpido baile de los novatos.

—¿Qué?! ¿Por qué coño has hecho eso?

—Porque tú pasabas de mí y, no lo sé, me lo preguntó y le dije que sí. Creo que me sentí presionada.

Me aparto de ella y me paso la mano por el pelo. Estupendo. Justo lo que me faltaba ahora.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Escúchame. —Me vuelvo hacia ella con actitud resolutiva e intento conservar la sangre fría—. Irás al baile con Zach.

—¿Qué? —me grita—. ¿Y cómo pretendes que haga eso después de lo que ha pasado esta noche? Si alguien debe llevarme al baile, has de ser tú.

Sacudo la cabeza con desesperación y suelto un taco. Nada me gustaría más que llevarla al baile y estar con ella toda una noche, pero no puedo hacer eso. Intentaré ser un buen hermano, al menos esta vez. Ya bastante egoísta he sido al colarme por Ophelia.

—Irás al baile con Zach —insisto, paciente—. Es demasiado tarde para que encuentre otra pareja, y ya lo está pasando bastante mal en el instituto. No necesita más desprecios por parte de sus compañeros. No quiero complicarle la vida todavía más solo porque yo no he sido capaz de mantener las manos alejadas de ti. Así que no puedes rajarte ahora. Estamos juntos en esto, Rosetti.

—Pero...

La acallo con un dedo en alto.

—Si no quieres hacerlo por él, hazlo por mí. Sigue adelante con el plan. Ve al baile con Zach y fingiremos que nada ha pasado entre tú y yo. Necesito poder contar contigo, Ophelia. He cometido un acto tremendamente egoísta y ahora tengo que arreglar las cosas de tal modo que nadie salga herido. Creo que lo mejor que podemos hacer de momento es mantenernos alejados el uno del otro. Fingir que todavía nos odiamos. Solo por un tiempo.

Ophelia me lanza una mirada iracunda, se aparta, recupera sus vaqueros y empieza a vestirse deprisa. La observo distraído mientras se pone las zapatillas. Tengo que admitirme a mí mismo que siento celos de saber que va a pasar la noche con Zach, bailando entre sus brazos. ¿Y si intenta besarla de nuevo? ¿Lo besará ella, como la última vez? Esa idea me enferma. Antes ya fue bastante doloroso, pero ahora, después de todo esto, no sé cómo voy a encajarlo.

—Hagas lo que hagas, alguien saldrá herido —escupe, antes de salir por la puerta.

Me dejo caer en el borde la cama, hundo la cabeza entre las manos y cierro los ojos. Lo que más me enfurece es saber que tiene toda la razón. Haga lo que haga, alguien saldrá herido y yo no podré evitarlo.

Tratando de conservar la sangre fría y no dejarme arrastrar por la furia que siento hacia mí mismo, busco el móvil dentro de los bolsillos del vaquero que he tirado al suelo en un arrebato de pasión y contemplo la idea de llamar a Zach y confesárselo todo. Una traición no es tan grave si la confiesas, ¿verdad?

¿Pero qué voy a decirle? *¿Hola, soy tu hermano y me acabo de acostar con tu novia?* No, no

puedo. No puedo marcar su número.

Tiro el móvil encima de la cama, lo más lejos posible de mí, y salgo dando un portazo.

Bajo la escalera con gestos airados, me dirijo al salón y me sirvo una copa. Creo que es la quinta esta noche. Ni siquiera me apetece bebérmela.

Tomo un trago y, acto seguido, la lanzo furioso contra la chimenea. ¿Por qué no dejo de meter la pata? ¿Por qué soy incapaz de hacer las cosas bien? Mi único cometido era cuidar de Zach y mantenerme apartado de la chica Rosetti.

¿Cómo he podido fracasar tan estrepitosamente?

Me paso la mano por el pelo y mis ojos caen sobre el retrato del abuelo Davis, que me contempla impasible desde el pasillo.

—No estarás muy orgulloso de mí, ¿eh?

Suspiro frustrado, me siento en el taburete del piano y empiezo a aporrear las teclas como un loco, una y otra vez la misma canción, la que no puedo sacarme de la cabeza desde que conozco a Ophelia.

Abro la puerta en completo silencio y avanzo de puntillas por el vestíbulo. No me complace volver a casa a estas horas, y mucho menos con este aspecto desaliñado y resacoso. Menos mal que mis padres han elegido quedarse en el hotel.

—Ya veo que te has esmerado mucho para localizar al notario.

Pego un brinco al escuchar la voz sarcástica de mi padre y me detengo con una pierna en alto. Parezco un personaje de dibujos animados.

—¡Mamá, papá! —Fingiéndolo entusiasmo, me giro de cara a ellos. Están sentados en los butacones del salón, y Kitty está a su lado, ruborizada y exultante. Oh, por favor, ¿ahora va de hija buena? Si yo les contara lo que hizo anoche... Claro que no puedo contarle sin comprometerme a mí misma.

—Ophelia, ¿llevas la misma ropa que ayer? —pregunta mi madre con la nariz arrugada.

¡Oh, por Dios! ¿Por qué siempre se fija en estas cosas?

—Es que... verás, madre, resulta que es una historia muy divertida. No tuve tiempo de pasar por la lavandería ayer y como no tenía pensado quedarme demasiado tiempo, no me he traído cosas para...

—No mientas, Ophelia. Sabemos que no has pasado la noche en casa.

Mi mueca de niña buena deja paso a una de irritación.

—Entonces, ¿para qué preguntáis?

—Para ofrecerte la posibilidad de confesar.

—Papá, ¡tengo casi treinta años! No voy a confesar nada. Puedo hacer con mi vida lo que me plazca. No os debo ninguna explicación.

Mis padres me miran los dos pasmados. Nunca me he puesto tan firme con ellos.

—Me voy a la ducha —anuncio dulcemente, antes de que me entren los arrepentimientos y me dé por disculparme por decir justo lo que pienso.

Kitty pega un brinco de la silla y corretea hacia mí, agarrándome de un brazo y arrastrándome hacia la escalera.

—Ven. Tengo algo que contarte.

—¿Por qué? —pregunto con aire fatigado.

—Porque eres mi hermana favorita en el mundo. No te lo vas a creer. Me ha llamado Zach.

—Lo que faltaba.

—Se va a divorciar.

Kitty no cabe en sí de alegría. La miro horrorizada.

—¿Tan pronto te has cargado su matrimonio?! ¿Pero a ti qué te pasa, Katherine?

—Chisss. No chilles. Mamá te puede oír.

—Mejor. Se va a enterar de todas formas... Así te ahorro la molestia de tener que *confesar*.

Mi hermana me arrastra a su habitación y cierra la puerta a sus espaldas.

—Ophelia, estoy enamorada de Zach. ¿Te lo puedes creer?

Hago una mueca. Sí, sí, me lo puedo creer. ¿De Kitty? Cualquier cosa.

—¡Por favor! Le conoces desde hace quince minutos.

—Me da igual. Le quiero.

—Por Dios bendito.

—No pongas esa cara. Estoy muy entusiasmada y tú, en vez de darme la enhorabuena, me lo estás estropeando.

—Yo no te estoy estropeando nada. El problema es que vivís en zonas con distintos husos horarios.

Kitty no se deja convencer por mis argumentos.

—A mí nada me ata en California. Y si Eleonor te ha dejado la casa a ti...

—Alto el fuego. Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. ¿A quién se la iba a dejar? Tú eras la luz de sus ojos.

—Pues te equivocas. Eleonor era perfectamente consciente de que yo tengo una vida y que no puedo dejarlo todo plantado para mudarme al estado de la mofeta inquieta.

Ni siquiera sé por qué me he enfurecido tan de repente.

—Oh, disculpe usted, Doña Ocupada. No sé cómo se me ha pasado algo así por la mente...

Su sarcasmo me saca de mis casillas. Ya he tenido que lidiar con una criatura sarcástica hoy y no me apetece tener que enfrentarme a otra.

—Yo tengo una carrera, ¿vale, Kitty? Soy una abogada muy importante y hago mil cosas excitantes a lo largo de un día. No cuentes conmigo para tus planes disparatados.

—¿A ti qué mosca te ha picado?

—La mosca de la madurez. Algunos de por aquí trabajamos y nos tomamos la vida en serio.

—Y algunos de por aquí tenemos palos metidos en el culo, tan hondo que no sé cómo no nos hemos atragantado aún.

—Anda y que te den.

—¡Anda y que te den a ti!

Mi hermana me abre la puerta con gestos airados. ¿Me está echando de su habitación? ¡Ja! La que se marcha soy yo.

Salgo con unos aires dignos de la reina de Saba y Kitty da un portazo que me lanza al vestíbulo. Auch. Mi culo. ¿Cómo se atreve?

—¡Y que sepas que no es por Zach! —le grito desde el otro lado de la puerta, mientras me frote las doloridas posaderas—. ¡Es por la puta maldición familiar!

Kitty abre la puerta con rostro encendido y se planta en el umbral.

—¿Qué coño dices, so loca?

—Pues que una Rosetti es incapaz de resistirse al encanto de un Davis. Somos como dos imanes que se atraen sin remedio a lo largo del universo.

Mi hermana se me acerca y me toma la temperatura.

—Me parece que no se te ha quitado aún la borrachera.

Me cruzo de brazos y resoplo impaciente.

—Hablo en serio. Me lo dijo Eleonor.

—¿Y cuántas copas de jerez se había cascado Eleonor antes de decírtelo? Todos sabemos lo mucho que le gustaba empinar el codo. Anda. Mira. Más cosas que tenéis en común vosotras dos.

Le pongo cara de pocos amigos, gruño exasperada y me largo a mi habitación. No me apetece una reyerta con mi hermana. Allá ella si no se lo cree. Yo empiezo a pensar que lo del lastre familiar es cierto.

Desde luego, Eleonor se lo tomaba muy en serio. Y mamá también. Estaban las dos muy raras con todo ese rollo de la maldición Rosetti.

Demasiado jerez

Ophelia, doce años atrás

—Eres consciente de que son más de las doce de la noche, ¿verdad?

Suspirando, tiro el bolso al suelo, entro en el salón y avanzo por la alfombra con los hombros caídos y aspecto agotado. Me siento como si volviera de la guerra.

Eleonor, todavía con ropa de calle, está hundida en su butacón y se está sirviendo una copita de jerez. He observado que le gusta bastante el jerez. Lo bebe todas las noches y casi nunca se limita a una sola copa. Me pregunto si de mayor seré como ella, chiflada y con una ligera debilidad por el alcohol. A lo mejor yo también acabo tiñéndome el pelo de color violeta, quién sabe.

—¿Qué tal el bingo? —me esfuerzo por ser cordial, al tiempo que me dejo caer en el sofá.

—He ganado casi doscientos dólares. Mary Jo ha amenazado con no volver a salir conmigo si sigo con esta racha de buena suerte. Ella ha perdido la mitad de su pensión esta noche.

—Estás al tanto de que hay grupos de ayuda para vuestro problema, ¿verdad?

Eleonor entorna los ojos.

—No somos ludópatas, Ophelia. Nos gusta divertirnos, eso es todo. Y hablando de diversión. ¿Dónde estabas?

—Con Connor —contesto en un soplo.

Una sombra atraviesa su cara a la velocidad de un rayo.

—Siempre supe que sería Connor —masculla, antes de vaciar la copita y echarse otra para reemplazarla.

Pongo los ojos en blanco. No deja de dar la lata con lo de Connor.

—¿En serio? ¿Por qué lo sabías? ¿Por lo de la historia familiar? —le propongo con acidez.

Eleonor arruga el entrecejo y me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Qué sabes tú de la historia familiar, señorita?

—Para empezar, sé que ni tú ni mamá os habéis dignado a hablarme de ella.

—¿Y por qué íbamos a hablar de los viejos tiempos?

«*Ja. Los viejos tiempos*».

Extiendo los brazos en el respaldo del sofá, destenso los hombros y mis labios se mueven en una sonrisa encantadora.

—Porque, mientras haya una fotografía de mi madre en la estantería de Connor Davis, me atrevería a decir que esos tiempos no son tan viejos, *abuela*.

Eleonor frunce los labios, disgustada, se levanta y se va hacia la ventana.

En medio de un fúnebre silencio, contempla unos momentos la imagen casi siniestra que

muestra la casa de los Davis.

—Para que lo entiendas, debemos retroceder más de cien años en el tiempo. Es un viaje largo, Ophelia. ¿Seguro que estás preparada para esto?

—¿Tan remota es nuestra historia?

—Mucho más remota que eso. Pero lo que sucedió antes de Carlo Rosetti y Gustave Davis, no nos concierne ahora mismo. No apartemos el polvo que se ha asentado sobre esas historias tan viejas, niña. No vamos a encontrar nada agradable.

—¿Quiénes eran Carlo Rosetti y Gustave Davis? —me intereso, con repentino interés.

—Carlo fue nuestro antepasado más ilustre —explica Eleonor sin volverse hacia mí—. Aún conservamos un viejo retrato suyo.

—¿En serio? ¿Y dónde está? No me suena haberlo visto por aquí.

—Tras la muerte de tu abuelo, hice que lo bajaran al sótano. Nunca me cayó demasiado bien.

—¿Pero es que llegaste a conocerle? Pensaba que era más viejo que la historia...

—No, no llegué a conocerle, y ni falta que me hace —escupe ella—. Gracias a él, tuve que vivir la vida como una Rosetti y no como a mí me hubiese gustado. Así que perdóname si no le tengo en tan alta estima.

—¿A qué te refieres con eso? Carlo no pudo ser tu padre. Tu padre se llamaba...

—Victor, sí. Carlo fue mi abuelo, el padre de mi padre. Y aunque murió muy joven, apenas si llegó a alcanzar la franja de los cuarenta, fue en sus tiempos cuando nuestra familia conoció la más absoluta de las glorias. Carlo invirtió una gran fortuna en esta casa y le concedió un exquisito esplendor que todos en el pueblo envidiaban en esa época de depresión financiera. Pero ese no era dinero limpio, Ophelia, y por eso nuestra familia está maldita desde entonces.

Me inclino hacia delante y apoyo los codos contra las rodillas. ¿De qué está hablando Eleonor? ¿Maldita? ¿No será que se ha pasado otra vez con el jerez?

—¿Y de dónde procedía el dinero?

—De Gustave Davis. Era dinero manchado de sangre.

Me quedo pensativa.

—Espera, ¿del antepasado de Connor?

—Y el de Zach —puntualiza ella con cierta malicia.

Hago una mueca de fastidio.

—Por supuesto.

—Sí, Gustave era su antepasado, y mi abuelo fue el responsable de la ruina de la familia más poderosa de Marion. Persuadió a Gustave para que invirtiera gran parte de su fortuna en un negocio que no tenía ningún futuro y, aunque supo desde el principio lo que estaba haciéndole, no le importó.

—¿Pero Gustave no sospechó? ¿Invirtió el dinero así, sin más?

—Claro que lo hizo.

—¿Por qué?

—Porque Carlo era su mejor amigo. Gustave confiaba en él. Sus familias habían llegado a América en el mismo barco. Los unía una estrecha amistad.

Entreabro la boca en un gesto de perplejidad.

—¿Engañó a su mejor amigo a sabiendas de lo que pasaría?

—Oh, sí. Como he dicho, nunca me cayó demasiado bien. Gracias a él, los Davis se hundieron en la miseria más absoluta y, cien años más tarde, siguen sin levantar cabeza. Gustave se pegó un tiro en la biblioteca de esa casa de ahí cuando entendió el enorme error que había cometido al confiar en un Davis. Y su muerte abrió una brecha abismal entre las dos familias.

—¿Y qué tiene todo esto que ver con Connor y conmigo? Es que no lo entiendo. ¡Me estás hablando de cosas que pasaron hace un siglo, abuela! ¿Qué culpa tengo yo de que su tatarabuelo se pagara un tiro?

Eleonor se vuelve de cara a mí y se rodea el delgado torso en un abrazo. Hay dolor en su rostro, y la chispa de una oscuridad que nunca he visto en ella late en su mirada.

—Te he contado el comienzo, pero la historia no ha terminado aún. Verás, Ophelia, resulta que, en mi juventud, me enamoré de un chico.

—¿Mi abuelo?

Eleonor lo niega despacio.

—Más quisiera. Pero no. Bill Davis, el nieto de Gustave.

—Un momento. ¿Intentas decirme que *tú* te enamoraste del abuelo de Connor?!

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

La tierra empieza a girar demasiado deprisa. Si ella se enamoró del abuelo de Connor, y hay una foto de mi madre en casa de los Davis, ¿eso quiere decir que...?

—¡No irás a decirme que somos parientes cercanos! —chillo aterrada, escrutando ojiplática los rasgos de su rostro, que se mantienen tensos e inexpresivos.

—¿Por qué te repugna tanto la idea? —repone Eleonor con perturbadora calma.

—¡Porque me acabo de acostar con Connor Davis! —le grito, poniéndome de pie.

—¿Que te has acostado con Connor?! —ruje a su vez.

—No sé por qué parece tan escandalizada, si siempre supiste que sería Connor. ¡Y dime de una vez si somos primos o no!

—¡No sois primos! Habría sido maravilloso que lo fuerais. Y aún no he dado por zanjado el asunto de tu coito con nuestro vecino —añade, toda severa.

Pongo mueca de asco.

—Aaarrggg. Abuela, por favor, no digas palabras como coito.

—¿Y por qué no iba a decir las?

—¡Porque me revuelven el estómago, por eso! —exclamo, rogándole paciencia al universo.

—Pues bien que no se te ha revuelto mientras lo practicabas con ese señorito de ahí.

—¿Quieres dejarlo de una vez? Sí, me he acostado con Connor Davis. Según ya sabes, no ha sido la primera vez. Y, con un poco de suerte, no será la última.

Eleonor se tapa los oídos.

—¡Basta! Necesito una copa de jerez. No puedo lidiar con esto estando sobria.

—Qué raro que tú quieras beber.

Me da la espalda refunfuñando, avanza hacia la mesa auxiliar, coge la botella de cristal tallado y se sirve una copa. La observo mientras se lleva el vaso a los labios con manos trémulas. Lo vacía de golpe y lo vuelve a rellenar. «*¡Bebe más que un cosaco!*».

—¿Qué quieres decir con que habría sido maravilloso que Connor y yo fuéramos primos?

Eleonor vacía la copita, se seca los labios con el dorso de la palma y se vuelve sobre los talones. Parece más calmada.

—¿Nunca te has preguntado por qué te apellidas Rosetti?

—Mi padre se apellida Rosetti —respondo, un poco desconfiada.

—Al igual que tu madre —puntualiza ella, y yo aún no sé adónde quiere ir a parar.

—Dijeron que era una divertida coincidencia.

—¡JA! —exclama, jactanciosa—. Lo único divertido aquí es que tus padres son primos segundos, al igual que lo fuimos tu abuelo y yo, y mis padres, y los padres de sus padres, y los padres de los padres de los padres de su PUTA MADRE antes de nosotros.

La miro boquiabierta. Tiene el rostro encendido, y está claro que se ha pasado tres pueblos con el jerez.

—¿Eso es legal?

—¿Casarse entre primos? ¡Pues claro que lo es! ¿Es que no te acabo de decir que todos los Rosetti nos casamos entre nosotros?

Me dejo caer en el sofá. Me tiemblan las rodillas.

—¿Por qué? —pregunto, entre asombrada y asqueada.

Eleonor entorna los párpados.

—Para mantener el legado familiar. ¿Qué quieres que te diga? Somos gente extraña, Ophelia. No nos gusta que nuestra sangre noble y europea se eche a perder.

—¿Y por qué hay una foto de mi madre en casa de los Davis? —musito, buscando una respuesta en las profundidades de sus ojos verdes.

Eleonor suspira y toma asiento a mi lado.

—Porque tu madre es la razón por la cual el padre de Connor acabó como acabó. Perderla a ella le mató, Ophelia. Despacio pero inexorablemente. Se casó con la madre de los chicos, pero nunca pudo superar a Gabi. Supongo que Connor usará ahora la vieja habitación de su padre.

Quizá no haya tirado aún sus cosas. Estoy segura de que el medallón pertenecía a John.

—¿Mi madre y el padre de Connor?! —chillo, empezando a sentir nauseas—. Aaaaarrrrrggggg.

—Al igual que nos pasó a Bill y a mí, ellos también se enamoraron de quien no debían. Dada la rivalidad de nuestras familias y la extraña costumbre de casarnos entre nosotros, acabaron separándose. Tu abuelo exigió a tu madre que abandonara a John.

—¿Y ella lo hizo? —reboto, y Eleonor asiente apenada—. ¿Por qué?! ¿Es que ella no le amaba a él?

—¿Pues claro que le amaba! Le amaba muchísimo, pero obedeció a su padre porque, para un Rosetti, no hay nada más importante que la familia. Ni siquiera el amor. Yo abandoné a Bill porque mi padre me obligó, y tu madre abandonó a John porque el suyo hizo lo mismo. Esa es la historia familiar, Ophelia, la historia de la que nunca hablamos. Cualquier relación entre un Davis y un Rosetti está predestinada a concluir trágicamente. Estamos malditos.

Entorno los ojos. Sí, se ha pasado con el jerez.

—No digas chorradas. No veo ninguna maldición. Lo único que veo es a unas pánfilas que han hecho caso a sus padres. Gracias a Dios, yo no tengo ese problema.

Me levanto cabreada y cruzo el salón. No quiero seguir hablando de esto.

—Lo tuyo con Connor no va a acabar bien.

Hago caso omiso de eso y me detengo en el umbral.

—Abuela.

—¿Sí, Ophelia?

Me vuelvo para enfrentarla.

—¿Cuántos primos varones tengo?

—Unos cuantos.

—Pues que sepas que no tengo intención de desposar a ninguno de ellos.

Lo he dicho tajantemente y pienso mantenerme muy firme en esa decisión. Esta familia necesita sangre fresca. Por eso estamos todos tan chiflados.

Tregua

El presente de Kitty

A mí nunca me dura demasiado tiempo el enfado. La gente rencorosa me aburre. En mi vida he aguantado yo enfadada más de un cuarto de hora. Con Ophelia he estado enfadada hasta la hora de comer, y es todo un récord para mí. Creo que lo he hecho más bien por principios y por orgullo, no por necesidad.

Y porque besó a Zach.

Oh, ¿cómo pudo besarle antes que yo? Vale, sí, no es una competición, y cierto es que ella le conoció medio siglo antes que yo, pero, aun así, me desquicia saberlo. ¿Por eso volvió mi hermana tan rara después de vivir aquí un par de meses hace ni se sabe cuánto tiempo? Mi familia nunca me ha contado nada de eso. *Kitty es demasiado joven y volátil para tratar con ella los asuntos serios de la familia.* Oh, qué fastidio. Voy a interrogar a Ophelia. Si está enamorada de Zach, creo que debería confesármelo cuanto antes. Antes de que me enamore de él aún más. Me lo debe como hermana.

Claro que a Ophelia no se le pueden pedir las cosas así como así. Tiene demasiado carácter. Mi plan es sobornarla con una caja de helado de chocolate.

Por si acaso, por si firmamos la tregua esta noche, llevo una cucharilla extra en el bolsillo. Me pierde el helado de chocolate. Eso es lo único que Ophelia y yo tenemos en común. Por lo demás, somos polos opuestos.

A eso de las siete de la tarde, cuando ya no me aguanto a mí misma en el aislamiento de mi habitación, llamo a la puerta de Ophelia. Al abrirme, sé que para ella también es agua pasada. Aun así, se hará la difícil durante un rato. Siempre lo hace.

—Hola, Katherine.

—Ophelia.

Con rostro solemne, se aparta para que pueda entrar. Antes de que me dé tiempo a decirle nada, me quita la caja de helado de las manos, la abre y me ofrece un poco. Le sonrío y ella me devuelve la sonrisa. Es lo bueno de tener hermanas. Las cosas se solucionan por sí solas.

—Si estás enamorada de él, deberías decírmelo —suelto en un impulso.

Ophelia parpadea confundida.

—¿Qué? ¿Te refieres a Zach?

—Pues claro.

Niega y se ríe como si la idea le resultara descabellada.

—No estoy enamorada de él, Kitty.

—¿Estás segura? Antes te has puesto hecha un basilisco.

—Sí, pero porque pensé que te estabas cargando su matrimonio. Zach es un buen amigo. No quiero que salga herido.

Me siento en su cama con los pies por debajo del cuerpo y Ophelia toma asiento delante de mí. Nos miramos a los ojos. Creo que ninguna sabe muy bien qué esperar de la otra. Yo la escruto en silencio y ella aguanta impasible, con la cabeza bien alta, como siempre hace Ophelia. A ella nada la doblega. Nunca.

—Si solo es un amigo, ¿por qué le besaste?

—Eso fue hace mucho. Y me besó él a mí. Pasó una sola vez. No tiene importancia.

Decido comer un poco de helado. Noto la garganta seca.

—Creo que para él la tuvo —comento mientras chuperreteo la cuchara.

—Kitty, no le des más vueltas.

—Ayer estabas con su hermano. Connor.

Mencionar a Connor hace que mi hermana me quite el helado de las manos y empiece a comer con nerviosismo. Elude mi mirada.

—Ajá.

—¿Y...?

Resoplando, deja de lado la caja y se enfrenta a mi mirada.

—¿Qué pasa, Kitty? Suéltalo de una vez.

—Es que... volviste muy rara hace doce años y...

—Sí, me acosté con Connor hace doce años. ¿Contenta?

Me quedo boquiabierta. Me lo esperaba, supongo, pero... Vaya.

—¿Pasó antes o después de besar a Zach?

—Después.

«¿Qué? ¡Y luego dice que el pendón soy yo!».

—¿Eras la novia de Zach y te acostaste con su hermano?

Entorna los ojos.

—No. Zach *pensaba* que era su novia y me acosté con su hermano.

No doy crédito. ¿Cómo no iba a pensar que era su novia si ella se había dejado besar? Menuda facilona.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué volviste tan precipitadamente? Mamá y papá dijeron que ibas a estar aquí todo el curso y, sin embargo, volviste a casa antes de navidades.

Ophelia desvía la mirada hacia la ventana y se calla unos momentos. Aprieta la mandíbula y, durante unos segundos, me pregunto si intenta retener las lágrimas. No, qué tontería. Ophelia nunca llora. Es como la dama de hierro.

—Connor me dejó. Y no pude seguir viviendo aquí después de eso.

Su voz se apaga hacia el final de la frase y, de repente, siento una enorme oleada de ternura hacia mi hermana. Parece herida, indefensa, como si aún no lo hubiese superado.

¿Y Connor? ¿Cómo es posible que la dejara si la otra noche la miraba como nunca me han mirado a mí?

—¿Por qué te dejó? —apenas me atrevo a susurrar.

Oph se encoge de hombros.

—Él no iba en serio conmigo, Kit. Además, éramos muy jóvenes. Solo fui... una diversión. Supongo que era la única del pueblo con la que aún no se había acostado. Quizá fuera un reto para él.

Habla con amargura. Sin duda, no lo ha superado.

—¿Alguna vez te arrepentiste?

Mueve la cabeza hacia mí y me mira extrañada.

—De haber elegido al hermano equivocado, digo.

Ophelia sonrío, pero incluso su sonrisa resulta amarga y diferente.

—Yo no elegí al hermano equivocado.

—¿Ah, no?

—No, Kit. Él siempre ha sido mi única opción.

Vaya. Creo que mi hermana nunca me había parecido tan atormentada como esta noche. ¿Es por la oscuridad de las cortinas corridas o de verdad su rostro se ha contraído de dolor?

—¿Le querías? ¿Le querías de verdad? ¿Como Hester quería a Freddie?

Baja los párpados despacio y las comisuras de su boca esbozan poco a poco un gesto divertido.

—Te dije que no tocaras mi libro.

—Solo quería saber por qué lo leías tan obsesivamente.

Ophelia niega. Sigue con los ojos medio cerrados. Tiene un aspecto exasperado ahora mismo.

—Kitty, no tienes remedio.

Sonrío y me como otra cucharilla de helado.

—¿Y bien? —digo con la boca llena.

Sus intensos ojos verdes se abren y me lanzan una mirada concentrada.

—Sí, le quería —responde con aplomo.

—¿Y qué pasa ahora?

Se encoge de hombros y sus labios se tuercen en un gesto de desdén.

—¿Ahora? Nada. Nos iremos a la cama. Estoy cansada.

—Me refiero a Connor y a ti.

—No hay nada entre Connor y yo.

—Pues creo que deberías decírselo. Me da a mí que no lo sabe.

—Por favor. Connor Davis no quiere ataduras. Y se mire como se mire, soy un lastre para él. Ahora, si no te importa, me gustaría acostarme. Me duele la cabeza.

Se ha puesto muy a la defensiva. ¿Por qué? Siempre me aparta cuando me acerco demasiado. Es irritante. Todo este secretismo es muy típico de esta familia. Nunca me ha gustado.

Me levanto con el helado en la mano, lanzo una mirada a su mesilla de noche y, desdeñosa, me desplazo hacia la puerta que da al pasillo.

—¿El libro era suyo, verdad? —digo, resistiéndome a marcharme.

—Jesús. ¿Qué libro?

—Ya sabes *qué* libro. El que llevas doce años leyendo.

Cuando me vuelvo, constato que mi hermana no se ha alterado ni un ápice.

—Me gusta Rattigan —asegura, su rostro debatiéndose entre la frialdad y el desafío.

Sonríe, y es una sonrisa que dice *no estás engañando a nadie, Ophelia*.

—Ya. Claro.

Sus cejas enarcadas me invitan a llevarle la contraria. Algo me dice que no es buena idea. Acabamos de reconciliarnos. Será mejor no tocarle las narices. De momento. Al menos, no con lo del libro.

—Una cosa más, Ophelia.

—Tú dirás, Katherine.

—¿Crees que Connor habría ligado con la novia de su hermano si se hubiese tratado solo de un pasatiempo? Es decir, no le conozco muy bien, pero no me ha parecido esa clase de tío. No sé, la otra noche parecía preocupado por Zach. Preocupado de verdad. Medítalo un poco, ¿quieres?

Le vuelvo la espalda y salgo triunfante. No me ha hecho falta enzarzarme en ninguna contradicción con ella. He ganado. No, no es una competición. Pero he ganado y eso sienta de perlas.

Ese cuento siempre me ha parecido estúpido. Es decir, nadie nota un puñetero guisante debajo del colchón. A no ser que el guisante sea una metáfora de algo, una preocupación o un pensamiento desagradable.

¿Crees que Connor habría ligado con la novia de su hermano si se hubiese tratado solo de un pasatiempo?

¡Jesús! Las palabras de Kitty se han pasado toda la noche dando vueltas por mi cabeza y esta mañana me siento como si hubiese dormido encima de cien mil sacos de guisantes. Tengo ojeras y me palpita la cabeza. Mi hermana me lanza una mirada divertida mientras prepara café. No sé de qué se ríe. Esto es cosa suya.

—¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor.

Mi contestación borde ensancha la sonrisa de Kitty. Me ofrece una taza de café y nos sentamos juntas en la mesa de la cocina. Ay, me duele todo.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —me pregunta como si nada hubiera pasado.

Pegarnos un tiro y esperar a desangrarnos, estoy tentada a decirle.

—Seguir buscando al notario, supongo. ¿Mamá y papá no se han dejado caer por aquí?

—No. Ayer estaban bastante cabreados.

—Oh, por Dios. Sí, he pasado la noche con Connor. Tengo treinta años y...

—Por lo del notario, Ophelia. Relájate.

Me siento estúpida. He sonado completamente histérica.

—Ah. No lo han encontrado, ¿eh?

—Nadie sabe quién es el notario de Eleonor. En este pueblo no hay un notario desde 1952. Tiene que ser alguien de la ciudad. ¿No te intriga todo este asunto?

Doy un sorbo a mi café y hago una mueca. Puaj. Kitty prepara un café espantoso.

Pero lo necesito.

—Un poco, sí. Quién sabe lo que nos ha preparado Eleonor esta vez.

—Conociéndola, será algo suculento y tramado a posta para cabrear a mamá. Oye, ayer me encontré este folleto en el buzón. —Kitty se saca un papel del bolsillo y me lo alarga—. Hay una fiesta ochentera en el gimnasio del instituto local. Por lo visto, recaudan fondos para el hospital de niños. ¿Te apetece que vayamos?

Me encojo de hombros. De todos modos, no tengo mejores cosas que hacer. Hasta que demos

con el notario, estoy atrapada en este pueblo.

—¿Hay que disfrazarse?

—Sí, pero son los ochenta. Seguro que Eleonor conserva cosas tuyas o de mamá.

La idea me resulta divertida.

Además, hace siglos que mi hermana y yo no hacemos nada juntas.

—Vale. Me parece bien.

Tras el desayuno, Kitty recoge la mesa y yo friego los cacharos. Trabajo en equipo.

—Si vamos a llevar esa ropa vieja, habrá que lavarla y secarla antes de ponérsela, así que cuanto antes lo hagamos, mejor —le digo a Kitty mientras me seco las manos en un trapo.

—¿Dónde crees que podría estar?

—No lo sé. Empecemos por el armario de Eleonor.

Lanzo el trapo sobre la encimera y la sigo de camino a la planta superior. Kitty abre la puerta y entramos casi de puntillas, como si Eleonor estuviera aún aquí y tuviéramos miedo a que nos echara una bronca.

—Qué cuarto más bonito. Es muy romántico, ¿verdad?

—No sabría decirlo. Me siento rara. Nunca he husmeado en el armario de Eleonor.

Kitty me mira sorprendida.

—¿Nunca te pusiste sus tacones?

—No estuve aquí más de tres meses. Además, Eleonor llevaba botas roqueras.

—Cierto. Era una abuela diferente.

—Ya lo creo.

—Ay, madre. ¡Un mono de lúrex!

Kitty saca dicha prenda del armario y me la enseña como si fuera algo alucinante. Frunzo la nariz.

—Por Dios. Qué horrerada.

—No lo es.

—Sí que lo es.

—Pues me lo pienso poner —se empecina, disgustada por mi falta de apoyo.

—Allá tú.

Eso tampoco le vale a Kitty. Es como cuando mamá nos decía *haz lo que quieras*.

Traducción: *como lo hagas, no te molestes en volver*. Kitty necesita entusiasmo, delirio ante su disfraz. Y solo ha recibido un triste *allá tú*.

—¡Que son los ochenta! —defiende sus argumentos a gritos—. ¡Se supone que hay que ir de horteras!

—Ay, Kitty, no sabes nada sobre los ochenta.

—Anda que tú...

Mi hermana se desviste y se enfunda el mono con gestos airados. Al acercarse al espejo, su expresión gruñona se difunde en una pequeña sonrisa.

—Uy, estoy monísima.

Me río. Ella no conoce el concepto de modestia.

—Nunca te han mirado la miopía, ¿a que no?

—Búrlate todo lo que quieras, pero pienso ir así vestida. De pequeña siempre quise tener un mono brillante.

—Ahí está la clave, hermanita. *De pequeña.*

—Pues a ver qué te vas a poner tú, doña Perfección —ironiza Kitty, atacada de los nervios.

Resolutiva, me acerco al armario y, con aplomo, retiro la ropa que más me llama la atención.

—Fácil. Esta *bomber* de The Cure, unos vaqueros viejos y las converse.

Kitty pone morritos.

—Eso no vale. Eso no es cursi.

—De eso se trataba.

—Al menos dejarás que te peine, ¿no?

Me río en su cara.

—JA. No, Kit. Pienso ir con coleta alta.

Me saca la lengua.

—Te odio.

Le lanzo un beso y me esfumo a mi habitación. Me hace mucha ilusión la fiesta de esta noche. Creo que Kitty y yo necesitamos un poco de normalidad después de todo lo que ha pasado últimamente.

En contra de mis infames presagios, Kitty está guapísima. El mono de Eleonor le sienta muy bien y, combinado con su maquillaje nada discreto y su pelo súper cardado y rizado, le da un aire de lo más ochentero. Yo voy bastante más comedida. De hecho, estoy segura de que nadie se fijará en mí si camino junto a la reina de la disco.

Como el instituto nos pilla a un par de calles de distancia, nos vamos andando. Así podremos beber las dos. Seguro que habrá ponche y alguna otra clase de bebidas alcohólicas en la barra. En los pueblos pequeños siempre se lo pasan en grande.

Llegamos pasadas las diez de la noche y el gimnasio ya está atestado de gente. Hay una bola de discoteca, una barra improvisada y, desde el escenario, alguien toca *Fame*, la famosa canción de la serie *Fama*. Hago una mueca cuando mis ojos caen sobre el cartel que anuncia el grupo. Sound

of Chaos. «¿En serio? ¿Ahora hacen música de los ochenta? Qué polifacéticos».

Disgustada, voy a la barra, consigo dos copas y me las bebo enteras. Cuando vuelve Kitty del baño, abre la boca en un gesto escandalizado.

—¿Te has cascado mi copa?

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿El qué?

—Que Connor tocaba esta noche.

—Y yo cómo iba a saber que... Os-trasss. ¡Sound Of Chaos! ¡Pues claro! Por eso escuchabas tanto esas canciones. ¿Cómo no lo vi venir?

Mi hermana cae en una silenciosa contemplación. O se está haciendo la loca o no tiene ni idea de nada. Decido no ahondar en el tema y, un poco más ablandada, consigo otras dos copas.

Esta vez, Kitty me quita la suya de las manos.

—Trae aquí.

—Oh, cálmate. No me la iba a beber.

—No me fio de ti.

Hago una mueca y lanzo una ojeada a la sala. Mi mirada se cruza con la de Connor. Creo que está sorprendido de verme aquí.

—Es una fiesta genial, ¿no?

La voz de Kitty atrae mi atención. Dejo de mirar al escenario y vuelvo la cabeza hacia ella. Me río al ver que Kitty menea el esqueleto a mi lado.

—Sí, sí. Muy bonito todo. Este ponche está muy cargadito, ¿no?

Se encoge de hombros.

—No me lo parece.

Ya. Ella ha tomado media copa y yo ya me he terminado la tercera. Pues claro que no le parece cargadito.

Al poner fin a la canción, el grupo anuncia una pausa de quince minutos. Decido volverme de espaldas, para dejar claro que no tenemos nada de lo que hablar.

Sin embargo, Connor se acerca por detrás, como si no hubiese captado el mensaje. Saluda primero a mi hermana y entabla conversación con ella. Kitty está muy parlanchina, le dice que la fiesta es genial, que su grupo es alucinante y que el pueblo es maravilloso.

Hago una mueca. Yo también tenía un discurso así hace doce años. Claro que el mío no era tan sincero.

—Y tú ¿qué tal, Ophelia?

Me vuelvo hacia él y fuerzo una sonrisa que casi duele, ya que se abre paso en medio de la rigidez casi cadavérica de mi rostro.

—Genial. Genial. Maravilloso todo.

Connor parpadea. Incluso Kitty me mira ceñuda. Parezco una demente, ¿verdad? Esta alegría no me pega nada.

—Acabo de recordar que tengo que ir al baño —se excusa mi hermana con expresión incómoda.

—Pero si acabas de ir —le gruño entre dientes.

—Ya, pero tengo que volver.

—¡Venga ya, Katherine!

—Lo siento. Una emergencia. Demasiado ponche.

Niego al ver lo deprisa que se aleja de nosotros. «*Cabrona*».

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta Connor con una sonrisa amable. Él también está bastante incómodo y creo que quiere romper el hielo con lo que sea. O puede que le apetezca una copa. No lo sé. Todo esto me confunde.

—Ya he bebido demasiado, gracias.

—¿Tan pronto? Pero si acabas de llegar.

—Soy bastante veloz.

—Ah. Interesante.

Entre nosotros se instala otro momento de silencio absurdo y sin sentido. Ay, madre, ¿por qué no vuelve Kitty de una vez? Su alegría destensaría un poco el ambiente. ¡No puedo estar a solas con Connor! ¿De qué vamos a hablar?

—Pues yo sí voy a tomar esa copa.

Fuerzo otra sonrisa.

—Adelante.

«¿*Qué demonios? ¿Estamos los dos raros porque dormimos juntos la otra noche? Qué disparate*».

—¿Seguro que no quieres una copa?

—No, no.

«*Beber demasiado es lo que me ha llevado a esta situación*», pienso con despecho.

Connor se pide una copa de ron con algo y le da unos cuantos sorbitos. Decido entablar conversación con él. ¿Qué otra cosa podría hacer? A fin de cuentas, somos dos personas adultas.

—No sabía que te interesara la música ochentera.

Es mejor mantener la conservación en terreno neutral.

—Es por una buena causa. ¿Qué tal lo he hecho?

—Oh, genial. Solo te faltaba la permanente.

Suelta una carcajada y yo me río y me muerdo el labio inferior. Connor cabecea divertido.

—He echado de menos tu mordaz sentido del humor.

Está tan serio que contengo el aliento. «¿*Crees que Connor habría ligado con la novia de su*

hermano si se hubiese tratado solo de un pasatiempo?» Las palabras de Kitty otra vez. Y yo estando tan mareada... Por el alcohol, por el olor de Connor...

—¿Ah, sí? ¿Y qué otra cosa has echado de menos de mí? —me sorprende diciendo.

La mirada de Connor se nubla. Vale, no era esta la reacción que esperaba.

—Hm... En realidad, nada. ¿Me disculpas?

Suelta la copa a medio beber encima de una mesa alta y se abre camino entre la gente, dejándome ahí malhumorada y humillada por su actitud. La idea de seguir bebiendo se me antoja de pronto bastante atrayente.

A lo lejos veo a mi hermana bailar con un señor mayor. Niego con la cabeza y me acerco a la barra. Creo que antes se me conocía en el pueblo por el apodo de *Ophelia, la nieta pelirroja de Eleonor*. Ahora seré *Ophelia, la nieta alcohólica de Eleonor*.

—Más licor de... lo que sea esto.

Vacíó dos copichuelas deprisa y me voy a bailar con Kitty. El grupo ha vuelto al escenario y ahora tocan *Simply the Best*, de Tina Turner.

Estoy a punto de alcanzar a Kitty, cuando, de espaldas a ella, veo acercarse a Zach. ¡Y a Lara! Ay, madre. Mi primer instinto es dar media vuelta y pasar de movidas, pero Kitty es mi hermana. Mi hermana buscona y desvergonzada, cabe mencionar; pero, aun así, mi hermana. Le debo cierta lealtad.

Lara llega hasta Kitty antes que yo y le dice algo. Kitty se vuelve y abre los ojos de par en par.

Ay, ay, ay. Pinta mal. «*¡Ya voy, Kitty! Tu hermanita al rescate. Oops. Acabo de tropezar. Demasiadas copichuelas*».

—Disculpe —le digo al señor al que acabo de empujar sin nada de delicadeza.

Él hace un gesto con la cabeza como para restar importancia a lo sucedido. Me excuso con otra sonrisa abochornada y sigo adelante como una leona defensora de su cachorro.

—No, soy... Soy Kitty, su hermana —escucho al acercarme a los que forman ahora el nuevo *Triangulo de las Bermudas de Virginia*.

El rostro de Lara se frunce. Zach está a su lado, bastante tenso. Intenta sonreír, pero es evidente que solo es una sonrisa postiza sin nada de autenticidad en ella.

—Ah. Vaya. Así que eres tú. Últimamente no dejo de oír tu nombre. Ahora por fin puedo ponerte cara.

Decido intervenir antes de que las cosas se desmadren. Para ser un pueblo tan pequeño, hay demasiado drama dentro de este gimnasio.

—Hola, chicos. Vaya, Lara, ¿eres tú? ¡Estás estupenda!

—Estoy preñada —repone ella con antipatía.

—¡Y estupenda!

Mi entusiasmo, al igual que la sonrisa de Zach, carece de autenticidad. «*Maldición*».

—Acabo de conocer a tu hermana —me dice con una sonrisa de superioridad moral—. Sois iguales.

Eso no parece un cumplido. No si lo ladra en ese tono resentido y sus labios registran la sonrisa de un psicópata de manual.

Decido que lo mejor que puedo hacer es fingir que no lo he notado y seguirle la corriente.

—Bueno. Nos parecemos bastante, sí.

—Ya. Eso he oído.

Uf. Detecto rencor y hostilidad. «*Sonríe, Ophelia, sonríe. Muestra todas las muelas de juicio*».

—¿Y qué tal vosotros? ¿Niño o niña?

—Niño —responde Zach, al mismo tiempo que su mujer dice *niña*.

Kitty y yo parpadeamos a la vez. La cosa se complica cada vez más.

—No nos ponemos de acuerdo —confiesa Zach con una sonrisa abochornada.

Mi hermana y yo intentamos corresponder a su gesto. Qué raro es el mundo de las aventuras extraconyugales.

Aunque no tengo nada claro que mi hermana y Zach tengan una aventura. La gente que se acuesta desvela cierta complicidad. Ellos dos parecen más bien incómodos, como en una primera cita. No detecto ni culpa ni esa sensualidad de los amantes que guardan un secreto, esas miradas intercambiadas con disimulo, o las sonrisas que insinúan algo íntimo y oculto.

No, por mucho que los examine, no veo nada raro en ellos. No son más que un par de páñflos que no saben cómo comportarse.

—Zach, quiero sentarme.

Menos mal que Lara pesa quinientos kilos y sus tobillos no aguantan demasiado tiempo de pie.

Nada más pensarlo, me siento mezquina. Lara no está gorda, solo embarazada. Y que haya sido desagradable conmigo en el pasado no quiere decir que yo tenga que serlo ahora.

Pero vamos, que, si se va, no lo voy a lamentar.

—Bueno, pues... eh... me alegro de veros, chicas.

Zach, muy solícito, se despide con una sonrisa, coge a su mujer del brazo y la lleva a la zona de las sillas. Kitty y yo resoplamos aliviadas.

—Ha sido muy raro —me susurra mi hermana, la María Magdalena de nuestro siglo.

—Y que lo digas.

—¿Nos tomamos algo?

—Por favor, sí.

Ya nos hemos ventilado un par de chupitos (cabe mencionar que aquí los sirven medio aguados), cuando Connor tiene la ocurrencia de cambiar de registro y obsequiarnos con una melodía muy distintita a la música ochentera.

—Me gustaría dedicarle esto a... Bueno, a una chica, cómo no.

La gente se ríe en la sala. A mí me da un vuelco el corazón. Sigo la mirada de Connor para ver a qué chica mira, pero descubro que está mirando a un señor mayor. ¿Eh? ¿Será que la de la miopía soy yo?

—Es una de sus canciones favoritas —sigue diciendo Connor. Sus ojos se giran de golpe hacia los míos y yo contengo el aliento—. Espero que te guste. *Cielo*.

—¿Me lo estás diciendo a mí? —formulo con los labios. Connor no se digna a contestar. Baja la cabeza y marca el ritmo con el pie.

«*Joder*».

No me había permitido a mí misma fijarme en eso, pero está guapísimo esta noche, todo vestido de negro, con chupa de cuero, vaqueros y el pelo revuelto. Tiene ese aspecto de sex simbol atormentado, la mirada peligrosa de un delincuente, y sus labios están...

«*Para ya, Ophelia. Sabes que es letal para ti*».

How can you see into my eyes like open doors?

Leading you down, into my core.

Where I've become so numb, without a soul.

My spirit's sleeping somewhere cold.

Until you find it there, and lead it, back, home.[10]

Bajo los párpados despacio y algo se quebranta dentro de mí. Connor está tocando *Bring me to life*. Me encantaría saber por qué. ¿Por qué hace Connor las cosas que hace? Si tiene algo que decirme, ¿por qué no tiene las narices de venir y decírmelo a la cara? ¿Por qué se comporta como un crío resentido?

El dolor acaba convirtiéndose en un enfado tan poderoso que, cuando levanto los párpados y constato que me está mirando, le dedico una mirada que dice todo lo que mis labios callan. «*Sí, Connor, te culpo de todo lo que me ha pasado desde que te conozco. Asúmelo*».

Connor lo comprende y su rostro se vuelve más frío y distante por momentos. Sin embargo, no pone fin a esta locura.

Frozen inside, without your touch.

Without your love, Darling.

Only you are my life. Among the...dead[11]

Al borde de las náuseas, niego y le vuelvo la espalda. No puedo enfrentarme a esto ahora. Es demasiado.

Furiosa, aparto a la gente que hace cola delante de la barra, me pongo la primera de la fila y me pido otro chupito. Sin duda, Eleonor estaría muy orgullosa de mí. Bebo más que un caballo. Una auténtica Rosetti. Sí, señor.

La fiesta acaba y yo deambulo por los pasillos del instituto en busca de Kitty. Se fue al baño hace al menos un cuarto de hora y no le he visto el pelo desde entonces. Cabe mencionar que estoy un poco ebria y tener que buscarla ahora mismo no me hace ni puñetera gracia.

—Kit —susurro, como si estuviéramos haciendo algo ilícito aquí dentro—. Kitty, ¿estás aquí?

—Está con mi hermano. Tranquila.

Pego un gritito y contengo el aliento mientras una figura se materializa entre las sombras.

—Tú —escupo, apuntándolo con un dedo tembloroso—. Precisamente contigo quería yo hablar.

Connor enarca las cejas y finge sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—¿De qué iba lo de la canción?

—¿Qué canción?

—Sabes perfectamente de qué te estoy hablando. No te hagas el tonto conmigo.

Sonríe, una media sonrisa lenta e irritante que puedo sentir incluso en la oscuridad.

—Sigues creyéndote el centro del universo, ¿eh? Santa Ophelia Rosetti, alrededor de la cual gira toda nuestra galaxia.

—Para el carro, Connor. Déjalo de una vez. Me empiezo a hartar.

Hunde las manos en los bolsillos, apoya el hombro contra una taquilla y su expresión es tan glacial como el gesto que tuerce las comisuras de sus labios. Sus ojos me estudian con atención. Tiene la mirada de un condenado, ojos brillantes, persuasivos y cargados de sagacidad.

—¿Qué quieres que deje?

—Este rollo tuyo de chico malo y sarcástico. Me pone de los nervios.

—Me temo que no puedo dejarlo. Yo soy así.

—No conmigo.

—Ya. Eso era antes.

—Eso era antes... —Me lo pienso unos segundos y luego esbozo una sonrisa incrédula que delata lo mareada que estoy—. ¿Sabes? No entiendo por qué me estás castigando.

—No sé de qué estás hablando —asegura Connor con un aplomo muy digno de él.

—No insultes mi inteligencia. Claro que lo sabes. Desde que he vuelto, no has hecho más que meterte conmigo, como si fuese yo la culpable de algún crimen que no te dignas a compartir con los demás. Por si se te ha olvidado, *macho*, fuiste tú el que cortó conmigo.

Mis palabras hacen que su mirada se pierda en la nada y, durante unos segundos, no escucho más que el sonido de mi corazón. ¿Por qué late tan deprisa?

—Supongo que lo he hecho —musita Connor por fin, y percibo una profunda derrota en sus palabras.

Creo que ya no podemos añadir nada más.

Nos quedamos contemplándonos en la oscuridad y siento que las fuerzas empiezan a fallarme.

—Te puse las cosas fáciles, Ophelia —me dice de repente, torciendo el rostro como si un dolor agudo se estuviera abriendo paso a través de sus venas.

No puedo retener una carcajada, tan aprensiva como la expresión de mi rostro.

—Me pusiste las cosas fáciles. ¿En qué puñetero universo?

—Para que no tuvieras que tomar una decisión.

—¡Es que ya lo había decidido! —le grito, sin poder controlar más esta ira que me consume por dentro—. ¡Te quería! ¡A ti! ¡Tú eras mi única opción! ¡Siempre fuiste mi única opción!

—¿Qué?

Lo miro negando con la cabeza y un gesto de desprecio me desencaja las facciones. No me trago eso de que no lo sabía. Lo sabía y le importó una mierda. Porque él es así. Siempre ha sido así. Connor Davis. El chico que vive con un cordón sanitario a su alrededor.

—Estaba profunda y absolutamente enamorada *de ti*, Connor, y tú cogiste ese amor y lo hiciste pedazos. Porque tenías miedo. Tenías miedo de que fuera a acercarme demasiado a ti.

—¡Lo hice por Zach!

—¡Y una mierda! ¡Lo hiciste porque eres un puto cobarde! ¡Porque no soportas la idea de amar a alguien y que ese alguien acabe marchándose!

—¿Ophelia?

Con lágrimas corriendo veloces por mis mejillas, me vuelvo hacia Kitty y dejo caer los párpados en un gesto de derrota. Zach está a su lado y nos contempla sin aliento. Lo siento, Zach. Lo siento mucho. No tenías que haber escuchado esto.

—Buenas noches, Connor —me despido, aunando mis últimos restos de dignidad para hacer una salida menos humillante—. Vamos, Kit. Ya se nos ha hecho bastante tarde.

Cojo a mi hermana del brazo y la arrastro hacia la salida, mientras mis propios recuerdos me arrastran a mí de vuelta al pasado. El mismo lugar, el mismo pasillo. Un baile diferente.

La mayor mentira de todas

Ophelia, doce años atrás

Absorbo las palabras en silencio. Los labios de Connor se siguen moviendo. Lo siente. No iba en serio. No quiere hacerme daño. Está notando que me estoy involucrando y cree que es mejor parar ahora.

¿Parar? ¿Cómo vas a parar algo que te consume por dentro?

Sus palabras azotan cada vez con más fuerza, clavándose en mi corazón como esquirlas de hielo. No se da cuenta de que no le estoy prestando apenas atención. Su voz suena tranquila. Casi indiferente. Lo miro sin aliento y, por un segundo, juraría que sus ojos arden en la oscuridad.

Pero sé que solo son cosas mías. El hielo no puede arder. Una idea devastadora.

—Es mejor así, Ophelia. Cada uno tiene que seguir con su camino.

«¡Mi camino eres tú!».

Quiero gritarle, pero tengo los labios entumecidos y la mirada apagada. Connor está cortando conmigo.

—Mira, creía que podría hacerlo. Que incluso me resultaría divertido. Pero no es así. Esto ya no me divierte.

—Ya no te divierte —repito como un autómatas.

—Deberías elegir a Zach. A él sí le importas. No bromeo, Ophelia. Mi hermano va en serio contigo.

Al ver que no reacciono, coge mi cabeza entre las manos y me obliga a mirarle.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —me dice, con los ojos evaluando ansiosos los míos.

Comprendo que lo estoy perdiendo y el pánico me atenaza las entrañas. Connor, con su mirada abstraída y su sonrisa. Connor, con sus bromitas y su pasión. Connor... Eleonor tenía razón. Siempre ha sido Connor.

—No puedes hacer esto —musito, con voz atona—. ¿Cómo puede no importarte?

Connor se pasa la lengua por los labios y sus dedos se vuelven de acero alrededor de mi rostro.

—Porque, cielo, esto no era real.

Lo dice tan tajante que no puedo evitar un sollozo.

—Mientes —gruño entre dientes.

¡Tiene que ser mentira! Todas las noches que me escabullido de mi habitación para ir a encontrarme con él en medio de jirones de niebla, todas las veces que su mano ha salido de la oscuridad, me ha arrastrado hacia las sombras y su boca ha cubierto febril la mía, todos los besos

que me ha dado en la buhardilla mientras nos escondíamos de los demás y el cielo derramaba su furia sobre nosotros...

No puede ser solo un espejismo. No lo aguantaría.

—Eres demasiado ingenua si crees que esto significa algo para mí.

Aúno mis últimas fuerzas y lo miro a la cara.

—Cuando te pregunté por qué no dejas que la gente se acerque a ti, ¿recuerdas lo que me dijiste?

Connor rechina los dientes y suelta una maldición.

—No, no lo recuerdo.

—Mientes, pero da igual. Te refrescaré la memoria. Dijiste que la gente siempre se va y tú te quedas atrás. Y que, ya que se van a ir, es mejor que no entren. ¿Es por eso por lo que lo estás haciendo? ¿Porque, en el fondo, tienes miedo de que me vaya? Porque si es eso, yo puedo quedarme. *Siempre*. Yo... no tengo por qué irme, Connor.

Me aferro a su rostro y atravieso sus brillantes ojos de hielo en busca de la verdad. Estoy segura de que detrás de la escarcha encontraré algo... encontraré la respuesta. Tiene que estar ahí. ¿Por qué no puedo verla? ¿Por qué...?

—No quiero que te quedes. No por mí.

—¡Mientes! —grito, descargando toda mi furia contra él—. ¡Eres un mentiroso, Connor! ¡Un mentiroso!

Se mantiene inamovible y me mira con aplomo, como si nada de esto le afectara.

—Se ha acabado, Ophelia.

—¡No puedes hacerlo! ¡No puedes! ¿Por qué no estás luchando?

—¡Porque no me importa! —me grita—. *Tú* no me importas.

El desprecio en sus ojos me sienta como un puñal en el corazón. Yo he visto arder esos ojos, los he visto empañados de tristeza y dolor. No puedo verlos tan llenos de desprecio e indiferencia. No puedo.

—¡Mientes! —le grito, dándole otro golpe en el pecho—. ¿Por qué no dejas de mentirme?

He perdido tanto los papeles que descargo golpe tras golpe contra su cara y su pecho.

—Basta —me exige Connor con una dureza que nunca he visto en él—. No eres tú misma esta noche.

Me coge por las muñecas y me obliga a detenerme. Forcejeo un rato, hasta que comprendo que es más fuerte que yo, y una ira aún más ardorosa me abrasa el interior.

Aunque, por encima de la rabia, lo que más aprieta es la derrota, y contra eso sí que no hay forma de luchar.

—Lo siento, Ophelia, pero las cosas son así. Encuentra la... forma de comprenderlo.

Me suelta, me vuelve la espalda y se marcha con paso ligero. Boqueando en busca de aire, me

apoyo contra la taquilla y mi cuerpo empieza a temblar conforme los sollozos empiezan a deformar mi boca. No puedo respirar. No puedo pensar. Connor se ha ido y yo estoy perdida. ¡Perdida! Me cojo el estómago con una mano, cierro los ojos y me escurro hacia abajo. ¿Cómo he dejado que esto acabara así?

Mis dedos trémulos rodean la taza de café.

—Rompió conmigo en ese mismo pasillo, y la verdad es que no me lo tomé muy bien. No supe lo mucho que me importaba hasta que le perdí.

—¿De verdad crees que iba en serio?

—Oh, sí, iba muy en serio, Kit.

Mi hermana toma un sorbo de café y me contempla con mirada compasiva. Estamos en la única cafetería que permanece abierta durante toda la noche. Aparte de nosotras, solo hay un grupo de jóvenes a un par de mesas de distancia. Es un sitio tranquilo.

—¿Cómo lo sabes?

Cambio de postura antes de responder.

—Porque le miré a los ojos.

—¿Y no crees que Zach tuvo algo que ver con eso?

—No. Zach no tenía ni idea de lo nuestro. Connor y yo nos veíamos en secreto. Habíamos decidido no hacerlo, pero... —Esbozo una sonrisa amarga y bebo un poco de café—. Era difícil. A los dos nos ponía la adrenalina, supongo. Encontrarme con él en mitad de la noche era bastante excitante.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Un par de semanas. Hasta la noche del baile.

—¿Semanas? ¿Cómo demonios pudo pegarte tan fuerte?

—Cuando sabes que algo no es para ti...

—Lo deseas con el doble de fuerza —termina Kitty con una sonrisa.

—Exacto.

—Ya. Es lo que me pasa a mí con Zach. ¿Pedimos más café?

—No. He tenido bastante excitación por hoy.

—¿Has pensado en hablarlo con él?

—¿Con Connor? No. ¿Para qué? Lo nuestro está muerto. No le veo el sentido. ¿Por qué reavivarlo si es mejor así? En el fondo, me ha hecho un favor. Lo nuestro no iba a funcionar.

Apuro el café y me limpio la boca con la servilleta.

—¿Nunca te has preguntado qué hubiese pasado si...?

—Nunca —rechazo tajantemente la idea.

—Vaya. No sé cómo lo consigues.

Mi hermana parece impresionada. Pongo los codos sobre la mesa y establezco contacto visual con ella.

—Pues, verás, Kitty, no sé mucho sobre la vida, pero sí sé que no se puede vivir mirando constantemente atrás.

Entre líneas

Connor, doce años atrás

Con solo echar un vistazo, sé que a su coche no le pasa nada. Aun así, finjo estar muy ocupado buscando el problema. Cualquiera cosa es mejor que tener que mirarla a los ojos.

—¿Y bien? —pregunta Ophelia con frialdad. Es la primera vez que nos vemos después del baile de los novatos. Ha estado muy ocupada últimamente quedando con Zach. Me he dicho a mí mismo que eso no me importa. He tomado una decisión y pienso respetarla. Pero ojalá no doliera tanto, joder.

—No lo sé. Puede que sea la batería. ¿Dices que no arranca?

—Digo que no ha arrancado. Ahora es evidente que arranca, pero me gustaría saber por qué ha fallado. Para que no vuelva a pasarme.

Mi jefe me mira desde el mostrador. Me encojo de hombros y sigo mirando bajo el capó.

—Es raro que un coche nuevo falle al arrancar.

—Cosas peores se habrán visto.

Esbozo una sonrisa leve y toco unos cables.

—Puede que haya algo suelto.

—Tú eres el experto. Tú sabrás.

Mi sonrisa ensancha un poco más. Suspiro, me enderezo y cierro el capó.

—¿Qué haces? —me increpa Ophelia—. ¿Has encontrado el problema?

—Nop.

—Entonces ¿por qué cierras el capó?

Le devuelvo las llaves.

—Porque los dos sabemos que no hay ningún problema.

—Eso no es cierto. El coche no arrancaba.

Me cruzo de brazos y la miro con cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí, Ophelia? ¿Por qué no estás con Zach?

—¡Mi coche no funciona! —exclama entre dientes.

—¡Tu coche está perfectamente! —le grito, y luego bajo la voz, ya que el señor Jones me lanza una mirada ceñuda—. Ophelia, por favor, no puedes seguir haciendo esto.

—¿Qué? ¿Qué es lo que estoy haciendo?

Me callo, aparto la mirada y esbozo un gesto de dolor.

—Aparecer —respondo, con un hilo de voz.

Cuando la miro, me doy cuenta de que está devastada. Y de que lo comprende. Comprende que

esto es el fin de todo.

—Dijiste que no era real.

¿Por qué me lo está poniendo tan difícil?

—No lo era —me obligo a decirle.

—Mientes. Sé lo que siento, y sé que tú también lo sientes. O, al menos, que lo has sentido en algún momento. No he venido a convencerte para que vuelvas contigo. Solo quiero saber la verdad. Quiero saber por qué te comportas de repente de esta forma tan distante. Vamos, te conozco. Tú no eres así. Tú no haces daño a la gente aposta. ¿Han sido mis padres los que te han convencido para que cortes conmigo? ¿O Eleanor? Por favor, Connor, necesito saber la verdad para poder pasar página. Me lo debes.

—¿La verdad? —repito en tono de mofa—. Te diré la verdad, Ophelia. Lo verdad es que deberías subir a tu estúpido coche de marca, meter primera y largarte sin mirar atrás. Deja de inventarte películas. Deja de creer que aquí hay algo más. No lo hay. Nadie me ha pedido que corte contigo. Lo he hecho porque me aburres, ¿está claro?

Mis palabras le sientan como un bofetón. Desearía no tener que hacer esto. Desearía no tener tanto poder sobre esas lágrimas que tiemblan en su mirada.

—Vete, Ophelia —le digo con repentina suavidad—. Deja ya de importunarme.

Se traga las lágrimas con furia, aprieta la mandíbula y monta en el coche sin decir palabra.

Impasible, observo cómo se marcha en medio de una nube de polvo. Ni me inmuto, a pesar de que noto en el pecho una opresión tan fuerte que no puedo ni respirar. Me digo a mí mismo que he hecho lo correcto y que algún día se me pasará.

—Nunca se lo has llegado a decir.

Connor me lanza una mirada larga y el gesto de su cara se tuerce por culpa del disgusto.

—¿El qué?

—Que fui yo el que te pidió que te apartaras de ella.

—No.

—¿No crees que debería saberlo?

Aprieta los puños y veo cómo se le tensan los hombros. Su rostro es una máscara de hielo y dureza.

—No —escupe, inflexible.

—Connor...

—No, Zach. Ya es demasiado tarde.

—No si se lo cuentas.

—No quiero contárselo. Eso no arreglaría nada.

—No puedes saberlo.

—Sí que puedo. Ophelia me odia y yo estoy conforme con eso. No tiene sentido remover el pasado.

—Pero...

—¿No quiero oír hablar más del tema! ¿No tienes una mujer embarazada a la que cuidar?

Me da la espalda antes de que me dé tiempo a seguir insistiendo y desaparece entre las sombras del pasillo. Hago una mueca y tuerzo en dirección contraria. Necesito encontrar a Lara.

—¿Estás seguro de esto?

—No —murmuro, mirando la puerta con gesto ausente.

—No creo que a Connor le haga mucha gracia que te inmiscuyas en sus asuntos.

—Ya sé que no.

—¿Entonces?

Bisbiseo una maldición y busco su mirada en medio de la oscuridad del coche.

—*Tengo* que hacerlo. Ella merece saber la verdad.

Lara aprieta los labios y asiente.

—Eres un buen tío.

—¿Te importa esperarme aquí?

Su sonrisa está teñida de tristeza. Niega despacio.

—Adelante. Ve a hablar con ella.

Trago saliva, cuadro los hombros y me apeo por la puerta. Hay mucho viento esta noche, viento frío, como de tormenta.

Cruzo el patio con la cabeza gacha y llamo al timbre. La que me abre es ella.

—Hola, Ophelia —saludo con voz neutral.

Levanta la cabeza y se me queda mirando. No hay nada en su rostro. Ninguna clase de emoción. Me mira como si fuera capaz de ver a través de mí.

—Hola, Zach. ¿Qué hay? —pregunta impasible—. Kitty está durmiendo. Es un poco tarde para visitas.

—No vengo a ver a Kitty. Vengo a verte a ti. ¿Puedo pasar?

Se encoje de hombros y luego se aparta. Antes de cruzar el umbral, miro atrás por un segundo. Miro a Lara. *Estás haciendo lo correcto, Davis.* Me lo está diciendo con una sonrisa.

—Di algo.

—Me dejé porque tú se lo pediste. ¿Qué hay que decir?

—Ophelia, lo siento. Si llego a saber que...

—Es igual. Ya no importa.

—¡Sí que importa! Fue culpa mía. Le dije que no podía seguir sin ti. Que no soportaba la idea de que tú también te marcharas.

Sus ojos me contemplan en silencio, fríos, extrañamente gélidos.

—Me equivoqué, ¿vale? —vuelvo a decir, al comprender que no voy a sacarla de su tozudo silencio—. Le pedí demasiado.

Ophelia agita la cabeza, resopla y sus ojos traban la mirada con los míos.

—¿Por qué me estás contando todo esto ahora, Zach? ¿Qué importa lo que pasara hace doce años?

—Sé que a él aún le importas. Y sé que a ti también te importa él. Solo intento arreglar las cosas.

Baja la mirada al suelo y se queda unos segundos en silencio.

—Así que Lara nos vio besándonos y te lo dijo.

—Sí.

—¿Y tú...?

—Le grité que me estaba arruinando la vida. Que podía soportar la idea de que me traicionara el mundo entero, pero que no podía aguantar que me traicionara mi propio hermano, mi única familia. Le dije que, si de verdad le importaba como decía, te dejaría en paz.

Asiente y traga saliva.

—Y él no luchó por mí.

Su afirmación está cargada de amargura y rencor. Sus ojos arden de dolor cuando buscan los míos.

—No, no —me apresuro a sacarla de su equivocación—. No lo entiendes. Él habría luchado, pero... no contra mí. Su deber...

—Su deber, su honor... ¿Sabes algo, Zach? No son más que palabras vacías. Estoy harta de toda esta mierda —Su voz vibra, como si se fuera a quebrar—. Lo único que sé es que no movió un dedo. Me rompió en pedazos y ni siquiera miró atrás. ¿Y todo para qué? ¿Porque *tú* se lo pediste? ¿Intentó convencerte siquiera? ¿Intentó hacerte ver que lo tuyo no era más que un encaprichamiento estúpido?

Sus palabras me sientan como un puñetazo. Trago en seco y niego con la cabeza.

—No.

—No, claro que no. ¿Sabes por qué? Porque le daba igual. Tu hermano es la criatura más egocéntrica, egoísta e inmadura que he conocido en toda mi vida y, afrontémoslo, macho, no le importa nada aparte de sí mismo.

Intento contenerme, pero la tensión alrededor de mis hombros es cada vez mayor.

—Tú no le conoces como yo. No sabes a cuántas cosas ha tenido que renunciar Connor por mí, ¡incluido el puñetero amor de su vida! Me lo ha dado *todo* y, si de verdad piensas lo que me acabas de decir, si en el fondo de tu... dolorido corazón crees que es egocéntrico, egoísta o incluso un poco inmaduro, entonces está claro que no le mereces como yo creía y esta conversación ha sido un error. Así que discúlpame por molestarte a altas horas de la noche.

Me levanto airado y me marcho sin añadir nada más. Ophelia no se molesta en acompañarme a la puerta. Es igual. Ya conozco el camino.

—¿Qué tal ha ido?

Arranco el motor rechinando los dientes y miro a Lara, con un rostro duro que no refleja nada.

—Como esperaba.

Me da un apretón en la mano.

—¿Funcionará?

Miro por la ventanilla la luz que se apaga en el vestíbulo.

—Conozco a Ophelia. Solo quiere lo que no puede tener. Es lo único de lo que estoy seguro ahora mismo.

Mi pie aprieta el acelerador con fuerza y el coche sale disparado, chirriando en medio de la

calle vacía.

Cuando Marion no es más que un puñado de luces a lo lejos, comprendo que he hecho lo correcto, he jugado bien mis cartas.

Y una pequeña sonrisa empieza a abrirse camino por mis labios.

—Tanto la casa como las demás propiedades de la familia se dividirán a partes iguales entre Ophelia Marie Rosetti y Connor William Davis. Era su último deseo y así consta en acta.

Connor empuja la silla hacia atrás, se pone de pie con rostro impasible y se marcha sin mirar a nadie. Me falta aire en los pulmones. Estoy en estado de *shock*.

—No puede hablar en serio —oigo la voz de mamá como dentro de un sueño—. Mi madre no...

Pasa un segundo, me levanto y corro detrás de él.

—Connor. ¡Connor! ¡Espera!

Salgo a la calle y él se detiene en medio de la lluvia y vuelve la cabeza para mirarme. Nunca me ha parecido su rostro tan pétreo. Sus ojos brillan con un destello más frío que el hielo.

—Descuida. Lo rechazaré.

¿Por qué me habla de esta forma?

—No quiero que lo rechaces.

—Entonces, ¿qué quieres, Ophelia?

Trago saliva y me obligo a continuar.

—Solo quería decirte que considero que Eleonor ha hecho lo correcto. Esta familia te lo debía. Se me acerca de una zancada y se inclina sobre mí, dominándome con su tamaño. De pronto, me siento pequeña e indefensa. Su pecho parece demasiado robusto.

—No necesito vuestra puñetera caridad —escupe contra mis labios.

La mirada de desprecio en sus ojos sienta como un golpe en el estómago.

Lo contemplo con un nudo en la garganta, y él da media vuelta y desaparece bajo el aguacero.

Cuando vuelvo dentro de la oficina del notario, mis padres no me quieren ni ver. Como siempre, piensan que he conspirado con Eleonor a sus espaldas. No sirve de nada decirles que no tenía ni idea. Mi madre está tan atacada que no atiende a razones, y mi padre tampoco colabora demasiado en mi favor. La única que se mantiene al margen es Kitty. Ella ha heredado las joyas de la familia.

—Impugnaré el testamento. Mi madre no estaba en pleno uso de sus facultades.

Me acerco a ella con un nudo en la garganta.

—Mamá, ya basta.

—Ophelia, no te permito...

—Mamá, déjalo de una vez —suplico, mirándola a los ojos—. Sabes que es lo correcto. Sabes

que se lo debes a Eleonor. Y a John.

Al escuchar el nombre de John, mi madre palidece y las palabras mueren en sus labios. Mil emociones cruzan su rostro en menos de lo que dura un parpadeo.

—¿Quién es John y por qué no dejo de oír su nombre?

Me vuelvo hacia mi padre y lo miro en silencio.

—Mamá te lo explicará algún día. Ahora llévatela a casa. Ha perdido a su madre y necesita asimilarlo.

Mi padre frunce el ceño, pero elige no discutir conmigo y coge a mi madre por el brazo.

—Vámonos, cariño. Aquí ya no pintamos nada. Decidirás más adelante si impugnas o no el testamento.

Mi madre se marcha con los ojos cargados de lágrimas. Me costará borrar esa imagen de mi mente, porque sé que esas lágrimas están ahí por culpa mía. Soy yo la que no deja de abrir viejas heridas, las mías y las de los demás.

Maldiciendo, cojo el paraguas y el bolso y salgo a la calle con Kitty siguiéndome en silencio.

—Conque Eleonor sabía lo ocupada que estás, ¿eh?

No puedo evitar sonreír, y esta vez ni me molesto en disimularlo. Es maravilloso ser capaz de sonreír a pesar de todo.

—Eleonor era una mujer sabia, Katherine. Me está manipulando incluso desde la tumba.

—¿Qué vas a hacer con Connor, ahora que sabes la historia al completo?

Me paro por un segundo para mirarla a los ojos. ¿Qué importa la lluvia que se estrella contra nuestras cabezas? La lluvia te hace sentir vivo.

—¿Qué crees que debería hacer con Connor?

—¿Sinceramente? Casarte con él y poner fin a la maldición familiar de una vez por todas.

Suelto una carcajada, miro el cielo encapotado y abro el paraguas. «Ay, Eleonor. Siempre señalando el buen camino, ¿eh? Desde que pinché la maldita rueda, no haces más que indicarme el rumbo que debo coger».

—¿Sabes algo, Katherine? Nunca pensé que diría esto, pero te estás convirtiendo en una mujer muy sabia.

Mi hermana me coge del brazo y, compartiendo un paraguas rojo, echamos a andar por la acera en dirección al coche.

Siempre supe que sería él

El presente de Ophelia

Llevo cinco semanas en el pueblo. Me he cogido una excedencia del trabajo. La casa necesita unos cuantos cuidados, si pretendo conservarla en pie otros ciento cincuenta años más. Una cosa tengo clara: no voy a dejar que la casa de Eleonor se venga abajo.

Agradezco que Kitty se haya quedado para hacerme compañía. Si se puede sacar algo bueno de la muerte de mi abuela es que nos ha unido a mi hermana y a mí. Nunca había pasado tanto tiempo con ella y, aunque algunas veces aún siento ganas de estrangularla, me gusta tenerla cerca. Me gusta levantarme por la mañana y bailotear por la cocina mientras preparamos el café, y me gusta verla quemar la lasaña y tener que llamar al único restaurante de comida rápida que hay en toda la comarca. Me gusta incluso plantar geranios juntas. Es ridículo. Pensé que echaría de menos la ciudad o el estrés. Y, sin embargo, aquí me siento como en casa. Quizá sean palabras demasiado grandes o una locura lo que estoy a punto de decir, pero ¿es posible que este lugar me haga feliz? ¿Feliz *de verdad*?

En todo este tiempo no he visto a Connor ni a Zach. Ninguno vive ya en el pueblo. No he sabido nada de los hermanos Davis, hasta que me llegó la notificación de la mano del cartero.

—¿Qué te parece, Kitty? —Voy hacia ella aireando un papel—. Connor me cita para arreglar lo de la herencia.

Kitty suelta el rastrillo, se quita los guantes y se apoya en el mango de madera. Está ruborizada y bastante bronceada. Le sienta bien hacer cosas al aire libre.

—Me parece que es una buena noticia. Volverás a verle, incluso si es solo para recuperar la herencia familiar.

—Ya, pero no lo sé, me gustaría tener una charla con él antes de hacer nada. Yo sí quiero respetar el último deseo de Eleonor.

—¿Y por qué no vas a buscarle y se lo dices?

—Es que...

—Ya sé que tienes tu orgullo —interrumpe impaciente—. Y no sé mucho sobre la vida, Ophelia, pero lo que sí sé es que con el orgullo no se llega a ninguna parte. Si hay algo que de verdad deseas, deja el puto orgullo y lucha para conseguirlo.

Estoy muy orgullosa de ella. Kitty está madurando por fin. Solo le ha llevado veintinueve años.

—Guau. Mi hermana pequeña dándome consejos de amor. Y parafraseándome a mí misma.

—¿Lo harás?

—No. ¿Por quién me has tomado?

Kitty me mira como si supiera que miento. Tiene razón. Solo pasan unas horas hasta que consigo la dirección de Connor. Bendita Mary Jo. Se las sabe todas.

Teniendo una propiedad como la mansión de los Davis, no me explico muy bien por qué Connor vive en un bloque de pisos. El barrio está bien, y admito que la ciudad tiene sus ventajas, pero, no sé, me cuesta imaginármelo aquí. Recuerdo lo mucho que le gustaba el bosque e irse con Zach a pescar al río. ¿Ha renunciado a todo eso para tener un supermercado abierto las veinticuatro horas del día y colegios por doquier? ¡Si ni siquiera tiene hijos, joder!

Me apeo del coche, me engancho el pelo tras las orejas y, ensayando una buena sonrisa, casi comercial, cruzo la calle en dirección a su casa. Hay un pequeño jardín, muerto y apagado, delante de la entrada. Típico de Connor. ¿Qué le costaría poner un par de macetas?

Llamo al timbre con los párpados medio entornados y espero un minuto hasta que comprendo que no hay nadie en casa. Estupendo. He conducido cuarenta minutos para nada.

Resollando irritación, busco en el bolso un poco de papel, escribo una nota y la empujo por debajo de la puerta. Yo ya he dado el primer paso. Ahora la pelota está en su tejado.

El restaurante es... bonito. Pido una botella de vino y un poco de queso para entretenerme mientras espero a Connor.

—¿Desea pedir ya? —me dice el camarero al ver que ya me he comido el queso y he tomado toda una copa de vino.

Mis ojos comprueban el reloj disimuladamente. Connor llega quince minutos tarde. No es muy típico de él. En el pasado solía ser puntual. Espero que no le haya pasado nada.

—Aún no. Estoy esperando a alguien.

—Como desee.

Me cambio de postura, esbozo una sonrisa tensa y peino el restaurante con la mirada. «*Vamos, Connor. ¿Dónde demonios estás?*».

Me sirvo otra copa y me la tomo a sorbitos. No es buena idea pasarse con la bebida.

Compruebo otra vez el reloj. Llevo aquí media hora. Con mano trémula, me sirvo otra copa. Tengo la impresión de la que la gente me mira y sabe que me han dado plantón.

Tras una hora de espera, se me acerca de nuevo el camarero.

—¿Le tomo nota ahora?

Le lanzo una mirada iracunda y gruño hacia mis adentros, maldiciendo a Connor Davis como

no le han maldecido en toda su miserable vida.

Toco el timbre varias veces y aporreo la puerta como si ignorara la hora que es. Me estoy comportando como una loca. Sí, ¿y qué? Se lo merece.

A mis espaldas, los ladridos de los perros del vecindario convierten en añicos el falso silencio de la noche. Pongo el dedo encima del timbre y decido no apartarlo hasta que me abran. Por fin alguien enciende una luz dentro de la casa y escucho pisadas y maldiciones acercándose a la puerta. Estupendo. Está en casa.

Cuando me abre, Connor tiene los ojos hinchados de sueño y solo lleva un pantalón corto. Ahí va... Se me dilatan los ojos y por un segundo pierdo la capacidad de gritarle e insultarle. ¡Sigue estando como un tren! Sus abdominales son... dignos de un semidiós.

—¿Ophelia? ¿Qué haces aquí a estas horas?

No tardo nada en recuperar la capacidad de gritar e insultar, y lo empujo con el hombro para abrirme paso hacia el interior de su casa.

—¿Que qué hago aquí? No me habían dado plantón desde... ¿Qué digo? ¡Nunca me habían dado plantón!

Connor se queda de pie al lado del zapatero del recibidor, se cruza de brazos y junta tanto las cejas que su rostro adquiere un matiz adusto.

—No era buena idea lo de la cena por la paz.

Suelto una risa incrédula, quizá ligeramente histérica.

—No era buena idea. Acostarme contigo no era buena idea —le grito— ¡y lo hice! Enamorarme de ti no era buena idea ¡y lo hice! ¿Crees que por una vez en tu miserable vida te habrías muerto por hacer algo que NO ERA BUENA IDEA? —rujo, haciéndole burla.

Connor suspira y se pasa la mano por el pelo. Nuestros ojos cruzan una mirada y noto que parece cansado, un poco harto de todo este asunto.

—¿Qué quieres de mí, Ophelia? —me habla entre dientes, con voz vibrante de furia.

Mi ira se disuelve como la niebla y de repente me siento derrotada y dolida. He perdido las ganas de gritarle.

Le lanzo una mirada larga y reluciente, aúno mi dignidad hecha añicos y arrastro los pies hacia la puerta intentando mantener la cabeza bien alta. Aunque no lo había planeado, me detengo abruptamente delante de él. Me detengo para poder mirarle a los ojos, para ver por última vez su hermoso rostro tallado en un bloque de hielo macizo. Su mandíbula está apretada en un gesto de determinación que sé muy bien lo que significa, puesto que no es la primera vez que lo veo.

—La verdad es que ya no quiero nada —le susurro con suavidad—. Quiero que esto acabe.

Firmaré lo que quieras que firme. Buenas noches, Connor.

Le vuelvo la espalda y salgo por la puerta. ¿Qué demonios he intentado hacer? ¿Recuperar qué? ¿Lo que nunca tuvimos? Tengo que aceptar que él es mi gran amor, pero que yo no soy el suyo; que nos pasamos la vida persiguiendo a gente que no nos corresponde; que el mundo funciona así. Que nadie puede tener lo que de verdad desea.

—Ophelia.

Aturrullada, me vuelvo como dentro de un sueño y lo miro. Está de pie a unos pocos metros de distancia de mí y tiene el rostro devastado y la mirada brillante y oscura.

—¿Qué? —consigo decirle a pesar de las lágrimas que pugnan por salir.

—¿Te hundirás conmigo? —musita, mirándome como siempre he querido que me mirara, suplicante, necesitado, lleno de esperanza.

Veo la inseguridad aparecer en su mirada, y sé que ya no puedo seguir guardando mis sentimientos. Los he ignorado durante demasiados años, he luchado siempre contra ellos. Estoy cansada de llevar este lastre. Pesa demasiado.

Los ojos se me cargan de lágrimas, pero yo sonrío, una sonrisa desfallecida que casi me duele esbozar.

Y ya no sé quién echa a correr primero. Solo sé que, un segundo más tarde, mi cuerpo se acopla al suyo como si nunca se hubiese apartado, sus labios cubren los míos y todo el sufrimiento de los últimos doce años termina de golpe al besarnos.

Connor me envuelve entre sus brazos y me aprieta con fuerza contra su pecho. No importa el viento que aúlla y acomete contra mi espalda. No noto su gelidez como muchas otras veces. Ahora solo noto fuego. Estoy flotando y el ansia por estar cerca de él se vuelve cada vez mayor.

Mientras me besa y la tensión de su cuerpo empieza a desvanecerse poco a poco, me acaricia la mejilla con el pulgar, y sus labios son cálidos y apasionados encima de los míos.

Cuando por fin se separa, siento ganas de llorar. Mi piel nunca ha dejado de echar de menos su contacto. Ningún hombre ha estado nunca a su altura

—Siento haberte dado plantón.

—No pasa nada —musito, alisando la arruga de entre sus oscuras cejas—. Ha sido una experiencia. Solo lamento haberme puesto este vestido tan bonito para nada.

Connor rodea mi rostro entre los dedos y durante un buen rato nos respiramos en silencio, empapándonos del aliento del otro. Connor luce atormentado, como si estar tan cerca de mí le resultara doloroso.

—Ophelia. Respecto a lo que ha pasado...

—¿Sí? —acierto a decir por encima del nudo que constriñe mi garganta.

Me coge por la nuca con una mano tan fuerte que podría romperme el cuello sin demasiado esfuerzo y pone los ojos a la misma altura que los míos.

—Quiero que sepas que tú también has sido siempre mi única opción.

Me lo dice tan serio que dan ganas de reírse.

—Vaya, Connor Davis. ¿Cómo es que no te has atragantado al decirlo? Es casi antinatural oírte decir algo bonito y romántico.

Me pone mala cara y no puedo evitar reírme de él.

—Supongo que me lo he ganado a pulso —admite, cabeceando divertido—. ¿Quieres pasar?

—No. Solo he venido para decirte que eres un capullo.

Enarca una ceja e intenta refrenar la sonrisa.

—¿En serio? ¿Tanta molestia solo para eso?

—Me sentía generosa esta noche. Demándame. Además —prosigo, sonriendo maliciosamente—, no tengo tiempo para tonterías. Tengo que llamar a Bill.

La mueca divertida de Connor se endurece al instante.

—¿Quién es Bill? ¿Está soltero?

—Solo es un amigo.

—¿Vas a dejarme plantado porque tienes que llamar a un amigo? ¿A las doce de la noche? ¿Pero a ti qué te pasa?

—*Quid pro quo*, Clarice.

Sacude la cabeza con desaprobación y un suspiro airado brota a través de sus labios.

—Asombroso.

—Lo siento. Lo de Bill no puede esperar a mañana. Tengo que decirle que su teoría es una mierda.

Connor frunce el ceño y me lanza una mirada confusa.

—¿Cuánto has bebido antes de venir?

—Será mejor que no lo sepas. Buenas noches, Connor. Gracias por el... beso.

Limpiándome las comisuras de los labios, me aparto de él, pero me coge por la muñeca y me detiene a su lado. Su rostro exhibe una expresión inescrutable que me insta a detenerme.

—Ophelia.

—¿Qué? —grazno disgustada.

—¿Puedo volver a verte antes de que... te vayas?

—No lo sé, Connor. ¿Puedes?

Estudio sus ojos como si estuviera retándolo, y él pone una sonrisilla de fastidio y cabecea otra vez.

—¿Qué tengo que hacer para ganarme tu confianza?

—Puff. Será un camino largo y doloroso. Lleno de espinas.

No puedo enmascarar el matiz sarcástico de mi voz y Connor pone los ojos en blanco, aunque solo tarda segundos en volverse serio otra vez.

—Estoy dispuesto solo si tú lo estás.

Finjo deliberar.

—Está bien. Si quieres que vuelva a tomarte en serio y que me olvide de que eres un capullo egocéntrico, vas a tener que hacer mucho más que besarme. Vas a tener que pedirme una cita.

La arruga entre sus cejas es verdaderamente desternillante.

—Una cita —afirma, sin ninguna convicción.

—Eso es. Cena y peli. Quiero el pack al completo.

Es evidente que la idea de arrastrarse no le produce la menor diversión.

—¿Hablas en serio?

—¿Tú qué crees?

—Eso me temía —grazna pesaroso—. Está bien. ¿Qué tal mañana?

—¿Qué tal hoy? Ya son más de las doce.

—A eso me refería.

—Pues haber sido más claro.

—Ni ha empezado la cita y ya me estoy arrepintiendo.

—Pues te aguantas.

Sonríe y apaga la sonrisa.

—¿A las ocho?

—Ocho y cuarto.

—Te encanta llevarme la contraria, ¿verdad?

—No especialmente. Y que sean las ocho y media. Hasta la vista, Connor.

Me despido con una sonrisa dulce y él se queda delante de su casa, rechinando los dientes y siguiéndome con la mirada.

—¿Estás en condiciones de conducir hasta tu casa? —grita al ver que pulso el mando del coche.

Abro la puerta y me detengo justo antes de montar. La única respuesta que le concedo es una sonrisilla traviesa. Niega con la cabeza, jura y se frota la barba con las palmas. Está furioso conmigo. Bien.

Cita con el pasado

El presente de Ophelia

—Comida italiana, una película de Jennifer Aniston... Si no lo supiera mejor, diría que intentas seducirme.

Connor me acerca una copa de vino, cruza el salón para sentarse en una butaca lo más lejos posible de mí y una sonrisa de suficiencia eleva las comisuras de su boca.

—¿Funciona? —pregunta mientras extiende las piernas hacia el centro de la habitación.

—No dejaré que me arranques el corsé, si es eso lo que estás preguntando.

Toma un sorbo de vino, se humedece los labios y vuelve a sonreír, una sonrisa tan descarada que empiezo a ruborizarme.

—¿De verdad llevas corsé?

—Nunca lo sabrás.

Se ríe a carcajadas, y yo desvío la mirada y evalúo la casa con gesto contemplativo.

—Me gusta cómo la has dejado.

Suspira y mueve la mirada hacia el retrato de su abuelo, que sigue en el pasillo.

—Sí. Y a mí.

—¿Por qué no vives aquí?

—Demasiados recuerdos.

—Ah.

—Además, me gusta la ciudad.

Eso no se lo cree ni él.

—¿Cuál es el plan?

Sus ojos se giran de golpe y se fijan en mí.

—¿Qué plan?

—Aún no me has dicho qué tienes pensado hacer para conseguir arrancarme el corsé.

Hace girar el vino en la copa con irritante parsimonia y luego levanta la mirada hacia la mía. Está conteniendo la sonrisa.

—Nada —me dice, lleno de aplomo.

—¿Nada?

Sí, vale, ha sonado a decepción.

—Nada. Quiero que esta vez sea especial.

Abandona su sillón y se encamina hacia mí. Sus ojos arden como el fuego. Me coge con delicadeza por las muñecas y me hace ponerme de pie junto a él. Nuestros ojos se encuentran a

través del aire y Connor me acaricia la ceja con el dedo.

—¿Te han seducido alguna vez, Ophelia?

Es como si su mirada me quemara, como si la temperatura corporal se me estuviera alterando de golpe. ¿Qué demonios es lo que está haciéndome? Nunca he visto esta faceta suya, tan juguetona y... carnal.

—Porque yo puedo hacerlo —asegura, acercándose a él hasta que nuestros labios casi se rozan—. Puedo ser un buen amante para ti.

—¿Eso es todo lo que me ofreces?

Coge mi cabeza entre los dedos, tensando los tendones de los brazos, y sonrío lentamente. Estamos jugando a juegos de mayores. Esto es nuevo para los dos.

—¿Por qué no me dices de una vez por todas qué es lo que quieres de mí?

—Lo quiero todo —respondo, levantando los labios hacia los suyos.

Connor gruñe de placer y me roba un beso rápido y apasionado, que acaba con sus dientes tirando de mi labio inferior.

—¿Y qué gano yo? —susurra, soltándose el labio para acariciarme la base del cuello con la nariz.

Abro los ojos y pongo una expresión tan traviesa que le hace sonreír.

—A mí. ¿No te basta?

Me recorre el cuello con los labios y luego se aparta y me observa sin aliento. Levanta los brazos y me encaja entre sus dedos, como si estuviera a punto de tomarme una fotografía. Sé el aspecto que debo de tener, despeinada, ruborizada. Hambrienta...

—Me basta —sentencia Connor, mientras se acerca y me coge la cabeza entre las manos—. Tengo que decirte una cosa.

—Te has hecho la vasectomía.

No puede evitarlo y estalla en carcajadas.

—¿Qué? No.

—Entonces, cualquier cosa que me digas no va a alterarme.

—Te quiero, Ophelia —declara, de repente tan serio que contengo el aliento—. Te quiero de verdad.

Ni siquiera sé cómo reaccionar. Es todo lo que siempre he querido y ahora no sé cómo demonios debo reaccionar.

Lo miro y, durante unos segundos, no existe nada aparte de nosotros.

—¿Connor?

—¿Sí, cariño?

—Arráncame el corsé de una puñetera vez.

Sonríe y niega con la cabeza.

—No. Primero haré esto.

Me coge la mandíbula entre el pulgar y el dedo corazón y usa el índice para arrastrar mi labio inferior hacia abajo. Se me dispara el aliento y lo miro con ojos ardientes y necesitados. ¿Por qué está jugando conmigo? ¿Disfruta teniéndome a su merced?

—Y esto... —murmura, antes de darme un beso en la boca abierta—. Y, sobre todo, esto —concluye mientras su mano se cuela por debajo de mi falda y se eleva por la parte exterior de mi cadera—. Deberíamos ir a la cama —me susurra al oído.

—No podría estar más de acuerdo.

Ríe, y yo dejo que me coja de la mano y me guie por la escalera.

En su vieja habitación, se inclina sobre la cama, enciende la lámpara de la mesilla y se quita la chaqueta y la camiseta negra sin dejar de mirarme insistentemente a los ojos. Ahora solo le queda el pantalón y el colgante de Amber, que brilla en medio de unos pectorales bien tonificados. Me veo a mí misma arrastrando la lengua por su piel y la mera idea me hace estremecerme.

Tras tirar su ropa en un rincón de la habitación, Connor camina con cautela hacia mí, mueve el brazo y me desabrocha la blusa con dos dedos. Se toma su tiempo, como si no notara que mi aliento suena cada vez más irregular o que mis pupilas están de pronto dilatadas y llenas de deseo.

—¿Has sido feliz? —susurra contra mis labios.

Levanta la mirada y su rostro se altera al darse cuenta de lo cerca que estamos el uno del otro.

—Viví mi vida, si a eso te refieres.

Gruñe y me desabrocha la falda con movimientos controlados. Se arrodilla delante de mí y empieza a bajármela por las caderas.

—¿Me odiaste alguna vez? —pregunta, y sus ojos azules se elevan despacio hacia los míos al ver que no respondo.

—Sí. La mayor parte del tiempo.

Hace un débil amago de sonrisa, me baja las bragas arrastrando las palmas por mis piernas y luego pasa dos dedos por encima de la línea que une mis dos muslos. Su rostro muestra una expresión contenida, casi atormentada, y yo tengo que apretar la mandíbula para retener un gemido.

—Bien —murmura mientras sus labios se acercan a mi cadera y se deslizan hacia mi ombligo—. Ahora voy a compensártelo.

Me coge el trasero con las dos manos, clavando los dedos en mis nalgas y me coloca delante de su boca. Estoy vibrando y me muerdo el labio por dentro para contener un gemido.

—Quitás el aliento, Ophelia. No sabes lo malditamente sexy que estás en este momento.

Su expresión se altera de lujuria cuando mueve la mano y me recorre el cuerpo con las puntas de los dedos. Despacio, me tantea con la lengua, y ya no puedo contenerme y me apoyo en sus hombros y dejo salir un gemido abandonado.

Mordiéndose el labio, Connor se yergue, se quita el pantalón sin dejar de mirarme con ojos centelleantes de pasión, y después me lleva a la cama y me hace sentarme en su regazo. Sus manos me instan a rodear sus caderas con mis muslos. Obedezco y él pone una mano en mi nuca y me obliga a mirarle a los ojos.

—Sé que te parecerá una locura, y que probablemente me vas a mandar a la mierda, pero he pensado que podríamos vivir juntos. Algún día. Si... te place. Incluso podemos usar la casa de Eleonor, si esta no es de tu agrado.

No puedo evitar sonreír. La erección de Connor cobra vida contra mi cuerpo.

—¿Nada de matrimonio?

—Sé que se lo prometí a tu padre una vez, pero a lo mejor podríamos ir poco a poco esta vez.

La forma en la que su palma se arrastra por mi nuca y mis hombros es enloquecedora. Me gustan estas caricias.

—No será que tienes miedo al compromiso, ¿verdad?

Lo miro con desconfianza, pero su sonrisa es tierna y sus ojos, tan serios, que algo se encoge dentro de mí.

—No es eso. Es que... no quiero... volver a perderte.

Eso es, sin duda, lo más dulce que ha dicho Connor Davis en toda su vida.

Cojo su rostro entre las manos y mis ojos atraen a los suyos como un imán.

—No me perderás —susurro, moviendo el índice por encima del arco de sus labios.

—¿Lo prometes?

No le respondo. En cambio, muevo un poco el cuello y junto nuestros labios en un beso que sirve de promesa. Confianza. Amor. Pasión. Deseo. Estaba perdida cuando él me encontró. Estaba rota y supo arreglarlo.

Y romperme otra vez.

Y volver a arreglarlo.

Quizá Eleonor tuviera razón. Somos mitades que siempre acaban juntándose. ¿Seremos Connor y yo los primeros en mantener la unión? No puedo pensar en eso ahora. Connor está aquí. Con él nunca puedo pensar en nada serio.

Separo los labios y boqueo en busca de aire, y su cuerpo se hunde en el mío y su boca vuelve a buscarme como antes. Gimo y su brazo me rodea la espalda para mantenerme pegada a él.

—Mírame, Ophelia. Mírame para asegurarme de que esto es real.

Arrastro su labio hacia abajo y luego lo cojo entre los dientes y lo chupo.

—Lo es.

Para mí, Connor fue el primer amor. Ahora lo que quiero es que sea el último.

Mozart tenía una extraña teoría. Si acabas una obra de la misma forma en la que la has empezado, el éxito está garantizado. Eso quiere decir que la vida es como un círculo cerrado en el

que las cosas tienen que acabar justo donde han empezado.

—Me hundiré contigo —le susurro al oído, y Connor me aplasta contra su pecho y su boca arde de nuevo encima de la mía.

Epílogo

Connor, cinco años después

—Vaya. Así que al final sí que nos hemos visto en la sala de partos, ¿eh? Quién lo habría dicho.

Los padres de Ophelia, mis futuros suegros, hacen una mueca. No hace falta que lo digan, sé que no les caigo nada bien. Lo dejaron claro el año pasado, en la boda de Kitty y Zach.

—¿Cómo está Kitty? —pregunta Gabrielle.

—Está bien —aseguro, forzando una sonrisa—. Y la niña también. Tres kilos cuatrocientos.

—¿Y Ophelia? —pregunta el padre.

—También está bien. El nuestro es un niño. Cuatro kilos doscientos.

Mi suegra compone una sonrisa que pretende ser amable.

—Supongo que ahora os casaréis, ¿verdad?

Ha bastado solamente tener un hijo en pecado para que deseen con todas sus fuerzas que formalicemos nuestra unión.

—Oh, sí, ya tengo lista la caravana para trasladarnos.

Me ponen mala cara a la vez, y yo me arrepiento de estar forzando la cuerda sin ninguna necesidad de ello.

—Lo siento. No ha tenido gracia.

—No tienes que caernos bien, Connor —me dice el padre de Ophelia con rostro adusto—. Con hacer feliz a mi hija... Y *casarte con ella*...

Aprieto los labios y asiento con la cabeza.

—Eso está hecho. Por fin tenemos fecha.

Me da un golpecito en el brazo y, por primera vez en años, siento que empiezo a gustarle.

—Bien hecho.

—¿Podemos pasar? —me pregunta Gabrielle, forzando una sonrisa amable—. Están juntas, ¿verdad?

—Sí. Kitty quería compartir salón para ahorrar molestias a los visitantes. Así nadie tendrá que elegir a quién visitar primero.

—Es... muy considerado por su parte.

—Ya. Así es Katherine. Generosa y... considerada. Por aquí. Están justo al fondo del pasillo.

Los sigo cabizbajo y entro después de ellos. Ophelia y Kitty están en camas conjuntas y los niños, cada uno en su cunita. Zach, ojeroso y aturrullado, atiende a uno y a otro.

—¡Tío Connor! —John, mi sobrino mayor, me salta a los brazos y no me queda otra que cogerle si no quiero que se abra la cabeza. Como su madre ha decidido coger la carretera y

largarse de Marion, Kitty y Zach se hacen cargo de él, y yo he tenido que hacer de niñero más veces de las que puedo recordar.

—Esto va a ser divertido —me mofo mientras la puerta se cierra a mis espaldas—. Venga, John, hagamos el avión, pero procura no caerte encima de los bebés. Al menos, no mientras tengamos visita.

Ophelia me dedica una mirada seca y luego intenta componer una sonrisa para sus padres.

—¿Qué os parece? Dos nietos a la vez.

—Soy demasiado joven para ser abuela.

—¡Mamá! —chilla Kitty, dedicándole una mirada reprobatoria—. Tienes más de cincuenta años.

—Katherine, como vuelvas a decir eso en público, juro que te desheredaré.

—Está tan rígida y tan seria que me lo creo de verdad —dice Zach con una sonrisa—. Tenga. Aquí le dejo a su nieta. Y a usted, a su nieto. Hala, quédenselos un rato y ejerzan de abuelos. Yo estoy agotado.

Los padres de Ophelia cogen a los niños con torpeza y nos miran espantados. No parecen nada cómodos en su nueva faceta de abuelos. «*Pues nada, que se aguanten*».

Riéndome, dejo a John en una silla, voy hacia Ophelia y planto un beso en su coronilla.

—Hola, cielo.

—Hola, amor.

—¿Cómo se ha portado el pequeño?

—Es tan molesto como el padre. No ha dejado de chillar. Quiere pasarse el día enganchado a la teta.

—¿Y quién no? —repongo con una sonrisa traviesa que hace que Ophelia me dé un golpecito en el brazo.

—Oye.

—Lo siento. No ha tenido gracia.

—Lara os manda saludos desde Haití —Zach tiene la *tablet* en la mano y sus ojos se mueven deprisa, como si estuviera leyendo algo—. Trabaja de voluntaria. Dice que es alucinante. Os leo su *email*. Querido Zach, bla, bla, bla... Enhorabuena a Ophelia y a Connor, y a ti, Zach, te deseo lo mejor. Kitty, gracias por hacerte cargo de John. Volveré en cuanto pueda.

—Sí, en cuanto se haya encontrado a sí misma —digo yo con voz seca.

Mi hermano me pone mala cara. ¿Qué? No me gusta la gente que abandona a sus hijos. No puedo evitarlo.

—Una cosa es segura —dice Kitty mirando a los bebés sin poder dejar de sonreír.

—¿Cuál? —Ophelia le lanza una mirada confusa a su hermana.

—Tú y yo hemos puesto fin a la maldición familiar.

Ophelia es la primera en soltar la carcajada. Un segundo después, nuestras risas resuenan por todo el pasillo.

[1] Letra canción *The House of the Rising Sun*. Trad. *Hay una casa en Nueva Orleans. La llaman el Sol Naciente.*

[2] Trad. *Y ha sido la ruina de muchos chicos pobres. Y Dios sabe que yo soy uno de ellos.*

[3] Trad. *Mi madre era saste*

[4] Trad. *Cosió mis nuevos jeans azules. Mi padre era un hombre de apuestas. Abajo en Nueva Orleans.*

[5] Trad. *Oh, madre, dile a tus hijos.*

[6] Trad. *Que no hagan lo que yo he hecho, gastar sus vidas en pecado y miseria, en la casa del sol naciente.*

[7] Letra canción *I'm so excited* (The Pointer Sisters). Trad. *Estoy tan excitada y simplemente no puedo ocultarlo.*

[8] Trad. *Estoy tan excitada y simplemente no puedo ocultarlo. Estoy a punto de perder el control y creo que me gusta.*

[9] Trad. *Estoy tan excitada y simplemente no puedo ocultarlo. Y yo sé, yo sé, yo sé, yo sé, yo sé que te deseo. Te deseo.*

[10] Letra canción *Bring me to life* (Evanescence). Trad. *¿Cómo puedes ver en mis ojos como si fueran puertas abiertas? Bajándote hasta mis entrañas, donde me he quedado tan insensible. Sin un alma, mi espíritu está durmiendo en algún lugar frío. Hasta que tú lo encuentras y lo conduces de vuelta a casa.*

[11] Letra canción *Bring me to life* (Evanescence). Trad. *Congelada por dentro sin tus caricias, sin tu amor, cariño. Solo tú eres la vida entre la muerte.*

[12] Ref. *El silencio de los corderos*